

DBCL
A

X. 1623

C. 1195682

50€

63-69

CANTOS

DEL

TROVADOR.



CANTOS DEL TROVADOR.

COLECCION

DE

LEYENDAS

Y

TRADICIONES HISTORICAS,

POR

DON JOSE ZORRILLA,

TERCERA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE J. ANTONIO ORTIGOSA,
Corredera de San Pablo, 22.

1859.

ADONIS 130 807113

COLECCION

LETRAS

TECNOLOGIA Y HISTORIA

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

1971



R. 120473

INTRODUCCION.

¿Qué se hicieron las auras deliciosas
Que henchidas de perfume se perdian
Entre los lirios y las frescas rosas
Que el huerto ameno en derredor ceñian?
Las brisas del otoño revoltosas
En rápido tropel las impelian,
Y ahogaron la estacion de los amores
Entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
En torno de la antigua chimenea,
Y acaso la ancha sombra recordamos
De aquel tizon que á nuestros piés humea.
Y hora tras hora tristes esperamos
Que pase la estacion adusta y fea,
En pereza febril adormecidos,
Y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos
Nos lanzamos do quier; y órgias sonoras
Estremecen los ricos aposentos
Y fantásticas danzas tentadoras;
Porque antes y despues caminan lentos
Los turbios días y las lentas horas
Sin que alguna ilusion de breve instante
Del alma el sueño fugitiva encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
Sueños de oro y de luz mi dulce vida
No os dejará dormir en los salones
Donde al placer la soledad con vida;
Ni esperar revolviendo los tizones
El yerto amigo ó la faláz querida

Sin que mas esperanza os alimente
Que ir contando las horas tristemente.

Los que vivis de alcázares señores,
Venid, yo halagaré vuestra pereza;
Niñas hermosas que moris de amores,
Venid, yo cantaré vuestra belleza:
Viejos que idolatrais vuestros mayores
Venid, yo os cantaré vuestra grandeza;
Venid á oír en dulces armonías
Las sabrosas historias de otros días.

Yo soy el Trovador que vaga errante,
Si son de vuestro parque estos linderos
No me dejéis pasar, mandad que cante;
Que yo sé de los bravos caballeros
La dama ingrata, y la cautiva amante,
La cita oculta y los combates fieros
Con que á cabó llevaron sus empresas
Por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mí, yo canto los amores,
Yo soy el Trovador de los festines;
Yo ciño el harpa con vistosas flores
Guirnalda que recojo en mil jardines:
Y tengo el tulipán de cien colores
Que adoran de Stambúl en los confines,
Y el lirio azul incógnito y campestre
Que nace y muere en el peñon silvestre.

¡Ven á mis manos, ven, harpa sonora!
¡Baja á mi mente inspiracion cristiana
Y enciende en mí la llama creadora,
Que del aliento del Querub emana!
¡Lejos de mí la historia tentadora
De agena tierra y religion profanal
Mi voz, mi corazón, mi fantasia
La gloria cantan de la patria mia.

Venid, yo no hollaré con mis cantares

Del pueblo en que he nacido la creencia,
Respetaré su ley y sus altares;
En su desgracia á par que en su opulencia
Celebraré su fuerza, ó sus azares,
Y fiel ministro de la gaya ciencia
Levantaré mi voz consoladora,
Sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,
Grande, opulenta y vencedora un dia,
Sembrada de recuerdos y de historias,
Y hollada asaz por la fortuna impia!
Yo cantaré tus olvidadas glorias,
Que en alas de la ardiente poesia
No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,
Que á una sonrisa de mi dulce España.

LEYENDA PRIMERA.



LA PRINCESA DOÑA LUZ.

I.

LA VENTANA DE LA TORRE.

Fria y lóbrega es la noche
A mas de húmeda y medrosa,
Que el pabellon de los cielos
Confusas nieblas embozan.
Se afana en vano la vista
Para registrar la sombra
Porque la menor distancia
Los objetos encapota.
Desiertas están las calles,
Las puertas cerradas todas,
Las centinelas ocultas
Y bajo techo las rondas.
No hay una sola ventana
En donde aceche ó se esconda
Una doncella atrevida
Ni una madre recelosa.
Ni hay en reja ni en esquina
Galan que yerto se esponga
Las monótonas goteras
A contar una tras otra.
Que es asaz cruda la noche
Y el cierzo sutil que sopla
Deja las manos sin brios
Para asir de la tizona.
Solo en una torrecilla

Del alcázar donde moran
Los reyes, brilla una luz
Tras unos vidrios dudosa.
Tan débil y tan opaca
Que apenas no se coloran
Las ricas alegorías
Con que los vidrios se adornan.
Mas al exámen prolijo
De vista escudriñadora
Se alcanza que en este instante
Quien vive allí no reposa.
Pues aunque hay unas cortinas
Que las vidrieras entoldan,
Oscilan continuamente
Luces produciendo y sombras.
Y apelando á unos *celillos*
O á una recta y *buena lógica*
Pudiera darse en que hay dentro
Desvelada una persona,
Que sin descanso pasea
La estancia, y dando á la atmósfera
Movimiento, el de los lienzos
Con cada paso ocasiona.
La verdad es que allí dentro
Está pasando á estas horas
Una escena que sin duda
Mucho saber nos importa;
Si no por lo que interese
A quien esto lea ú oiga,
Por nuestra naturaleza
Entremetida y curiosa.
En un sillón de dos brazos,
La faz y la vista torva
Descolorido el semblante
Y entre ofendida y llorosa
(Aunque en nudos de respeto
Aprisionada la boca)
La princesa doña Luz,
Con su silencio razona.
Y su apostura modesta,

Y su calma magestuosa
Por su causa buena ó mala
Imperiosamente abogan.
El rey Egica su tío
Sin disimular su cólera,
Mide sin compás ante ella
A largos pasos la alfombra.
Y su barba mal peinada,
Las cejas negras, cerdosas,
Sus labios trémulos, pálidos,
Y la aspiracion que sorda
Del aire que le circunda
Tan dificilmente toma,
Le semejan á una fiera
Cuanto enjaulada rabiosa.
Paróse en medio la estancia
Por fin, y en su encantadora
Sobrina puso los ojos
Dó la rabia se le asoma;
Y él altivo y ella humilde
El feroz. ella medrosa,
Bien comparárseles puede
Al milano y la paloma.
Por último, el rey la dijo,
Con voz destemplada y cóncava:
—¿Con que ello es que lo desprecias
Mozuela atrevida y loca?
¿Con que tienes en tan poco
Mi cariño y mi persona
Cuya dueña hacerte quise
Por hacerte venturosa? —
A cuyas palabras necias
Insolentes é injuriosas
Subió al rostro de la infanta
Todo el carmin de la honra.
—Mirad lo que hablais, repuso,
Que una sangre nos es propia,
Y aquí somos dos mujeres
Y no hay mas que una corona.
Para dama, no he nacido,

Si vuestra intencion es otra
Ventura y razon os faltan
Y resolucion me sobra.

—Y amor en otro parece.....

—Eso, tio, no os importa,
Basta que no os quiera á vos
Para lo que á entrambos toca.

—Pues probaremos entrambos
Nuestra fortuna, señora,
Y si hay galan de por medio
Cuidad bien que no os le coja,
Porque ya sabeis que hay leyes
Que queman á *las sin honra*,
Y que es sentencia que dada
Ni el mismo rey la revoca.

Y esto hablando el rey Egica
En el manto se revoza
Y dando un fuerte portazo
Dejó á la princesa á solas.

Corrió á la puerta el cerrojo
Doña Luz, y en su congoja
Soltó las riendas al llanto
Que á sus párpados se agolpa.
Llenó el aire de suspiros,
Se mesó la faz hermosa,
Y la belleza maldijo
Que con pesares la agovia.
Destrenzóse los cabellos
Arrojó al suelo la toca,
Pisó los ricos collares,
Y renegó de las joyas,
Y renegó de la sangre
Heredada, regia, y goda
Que á ocultar tenaz le obliga
Su inspiracion amorosa:
Y desesperada al cabo
Dirigióse hácia la alcoba

Sin dar aviso á sus damas
Que la descíñan las ropas.

Las lágrimas á los ojos
Mas que nunca abrasadoras,
Mas triste que nunca estuvo
Llena de negras memorias,
Iba á soplar en la lámpara
Soledad ansiando y sombra,
Cuando á una puerta escusada
Sonó señal cautelosa.

—¡Luz mia! dijeron, ¡Luz
De mi esperanza! ¿estás sola?
E introduciendo una llave
Se abrió la puerta en dos ojas.

—«¡Amor mio! exclamó el mozo.

—¿Eres tú? dijo la hermosa,
Y se tendieron los brazos,
Y se besaron las bocas.

—¿Tú has llorado, Luz?

—Y mucho.

—¿Pues hay razon?

—Poderosa!

—¡Por Dios, alma de mi alma,
Que me digas quién te enoja!

—Está lejos de tu alcance.

—¿Lejos? ¡por Nuestra Señora

Que como espectro no sea

Ha de pesarle su obra!

Díme su nombre.

—Mi tio.

—¡Tu tio! Luz, estás loca!

—Mi tío, el rey.

—¡Por San Pablo!

Jamás pensara tal cosa,

¡El, que tanto te queria!

—Esa es mi desdicha toda

Que hoy de mi amor se consume

En la hoguera licenciosa.

—¿Eso mas?

—Vino á mi estancia

De noche, solo, á deshora,
Besó mis plantas de hinojos
Y con palabras fogosas
Me vino á decir las ansias
Que su corazon devoran.

—¿Y tú, Luz?

—Yo le he tirado

A la cara su corona.

Yo te amo y nunca tu imágen
Del corazon se me borra.

Y á las caricias tornaron,
Y á las confianzas propias,
De quien idólatra encuentra
Siempre firme á quien adora.

—Mira, Luz, (dijo el mancebo)

Nuestras visitas se acortan
Cada dia, y mas dificiles
Me van siendo y mas penosas.

Hay ojos que nos escuchan,
Y envidiosos que me rondan,
Y se aportilla tu honor,
Y mi dicha se malogra,

¿Quieres otorgarme un bien?

—¿Un bien? tú mismo le toma,

¿Qué puedo negarte yo?

¿Cuál es?

—Que seas mi esposa:

—¿Y el rey?

—¿Qué pueden los hombres

Contra la ley protectora
Del cielo que nos escucha
Y por nosotros aboga?

Ven, ante esta santa imágen
De la Concepcion, te postra,
Y júrame que eres mia.

—Sí que lo juro, y gustosa
Te doy mi vida y mi alma
Que lejos de tí me estorban.

—Y yo te juro, amor mio,
Ante esa virgen piadosa

Ser tuyo aunque á nuestro amor
El universo se oponga.

Y una y otra vez juraron
Así de hinojos, y á solas
Adorarse hasta la muerte
Como esposo y como esposa.

Crecia en tanto la lluvia,
Y con furia asoladora
Cruzaba el viento bramando
Entre las almenas góticas.
Estrellábanse en los vidrios
Las arrebatadas gotas,
Y en el nocturno silencio
De aquella tiniebla lóbrega,
Duraba en la torrecilla
Donde la princesa mora
Aquella luz que brillaba
Tras de los vidrios dudosa.
Mas ya no es interrumpido
Su reflejo por la sombra
De las cortinas movidas
Al paso de una persona.
Todo permanece quieto,
Tranquilo está todo ahora
Y es claro que quien la habita
O vive ausente ó reposa.
Y allá mas tarde calmada
La tormenta, y va la aurora
Vecina al nublado oriente
Se apagó la misteriosa
Luz, y por postigo oculto
Con precaucion previsor
Bajó al puente de Alcántara
Un bulto de humana forma.

Pasó la siguiente noche,
Y pasaron otra y otras,
Y siempre ardía la luz
Hasta el alba, en cuya hora
Bajaba á la puente misma
La misma figura lóbrega,

Embozada, solitaria,
Recatada y recelosa.

Y así se fueron pasando
Noches tras noches, y en todas
Al apagarse la luz
Aparecía la sombra.
Y allá á lo lejos se via
Por la ribera arenosa
Huir un hombre al escape
De un potro negro que monta.

II.

AVENTURAS Y DESVENTURAS.

Mas dió el rey en sospechar,
Y doña Luz en ñnjir;
Ella empezó á no salir
Y el rey en la cuenta á dar.

Cerró la infanta su puerta
A sus damas y á su tio,
Achacando este desvio
A una enfermedad incierta.

Y pasó un mes y otro mes
Y seis, y segun parece
Doña Luz está en sus trece...
Mas el rey está en sus tres.

Cada mañana subia
De la infanta al aposento,
Pero, siempre en el momento
En que doña Luz dormia.

Ya por la noche fatal,
Ya porque el mal la acosaba
Nunca para hablar estaba,
E iba adelante su mal.

Si el tio no satisfecho,

Llegaba hasta la cortina
De la alcoba, á su sobrina
Hallaba siempre en su lecho.

Los ajustados tapices
Indiscreto alzó una vez;
Y halló su pálida tez
Sin sus hermosos matices.

«Luego está enferma verdad!
Dijo, y mordióse los labios,
Añadiendo, mas hay sábios
Que vean su enfermedad.»

Y llamando á sus doctores
Visitarla les mandó
Mas ella les regaló
Con los desaires mayores.

Decia su camarera,
Siempre: *duerme, está en el baño,*
Y no llegara en un año,
Dia en que los recibiera.

*«La noche ha sido muy mala,
Yace en un sueño apacible,
Despertarla es imposible.»*

Y ellos siempre en la antesala.

Y el rey con noticia tal
Zeloso de la princesa,
La dió iracundo por presa
En su misma estancia real.

Damas quitóla y donceles,
Y no escusando cautelas,
La señaló centinelas
Entre sus siervos mas fieles.

En emboscada los puso
A los pies de la escalera,
Muerte amagando á cualquiera
Que tapara algun abuso.

Nadie allí debia entrar
Ni salir noche ni dia,
Mas que Leonor que solía
A la infanta acompañar.

Mas ¡ay de quien cela necio

A dama que le aborrece!
Que mas el peligro crece
Cuanto á su engaño da precio.

Cuanto mas su empeño es
En dar tenaz con su objeto,
Más de quien vela el secreto
Va creciendo el interés.

Y cuanto mas su tesoro
Guarda afanoso y avaro
Mas pronto, cuanto mas caro,
Se halla quien se venda al oro.

Andaba el celoso rey
Sin que le bastaran ojos,
Guardas doblando y cerrojos
Y amagando con la ley.

Resuelto á no perdonar
A quien despreció su amor,
Aunque otra mancha mayor
Hubiera de resultar.

Y juraba en su coraje
Que á hallar falta en la doncella
Había de hacer en ella
Grave escarmiento y ultraje.

Y á caerle entre las manos
El galan (si al fin le hubiera)
Moririan en la hoguera
Como patanes villanos.

Y así el tio en acechar
Y la sobrina en finjir,
Estan los dos en seguir
Hasta perder ó ganar.

Ella está en guardar su encierro,
El en doblar centinelas,
Ella en frustrar sus cautelas,
Y él en preparar su entierro.

Y asivan y vienen dias,
Y asi amarrados al potro
Siguen la una y el otro
Con su mal y sus porfias.

Hasta que allá en una noche
Se oyeron sordas, confusas
Y sentidísimas quejas,
Que aunque escusarlas procura
Quien las exhala, no puede
Del todo ahogarlas sin duda,
Y se le arrancan del pecho
Con desolacion profunda.
Ya eran ayes agudísimos
De quien con dolores lucha,
Ya tristísimos gemidos
De una mujer moribunda.
Los que oídos por los guardias
Que á doña Luz aseguran
Interpretacion tomaron
De diversas conjeturas.
Dijeron unos que acaso
Por un gran crimen oculta
La atormentan fieramente
Los incubos y las brujas.
Otros dijeron que el rey
Porque su aficion repulsa
Mandóla dar unas yerbas
Con que cayó en la locura.
Y algunos mas perspicaces
Que ambas cosas dificultan,
Que haya misterio sospechan
Y del misterio murmuran.
Así pasó largo tiempo
De la media noche, á cuya
Hora cesaron de pronto
Aquellos ayes de angustia.
Y en las distintas creencias
De los crédulos que escuchan,
Los unos se condolieron
De la apenada hermosura,
Los otros de su accidente
Juzgaron menos la furia,
Y algunos se santiguaron
Creendo en la sombra oscura

Sentir huyendo de espíritus
Densa y espantada turba,
Ante el poder de un conjuro
O al resplandor de la luna.
Mas brevemente olvidadas
Sus aprensiones nocturnas
Cayeron presa del sueño
Que las memorias sepulta.

La noche es mansa y tranquila
Y aunque la atmósfera enturbian
Algunas nubes errantes
Raras estrellas la alumbran.
Sopla revoltoso el cierzo
Y aunque tormentoso nunca
Segun por donde se arrastra
Silba, gime, brama, ó zumba.
Todo en Toledo reposa,
Y negra, apiñada y junta
Se vé la ciudad que á trechos
Ya se oscurece ó se alumbra,
Segun que los nubarrones
Por ante los astros cruzan.
Y allá por entre las peñas
Del valle opaco en la hondura
Se oye el ronco son del agua
Del Tajo que se derrumba,
Entre los rudos peñascos
Alzando hervorosa espuma.
¡Medrosos sitios son estos;
Medrosos por las figuras
Informes que representan
Y por tradiciones muchas.
¡Misteriosos son aquellos
Peñascos y quebraduras,
Cuyos contornos se extienden
En irregulares curvas,
Y en la fantasía toman
Forma y variedad difusa,

Y vida en el miedo encuentran,
Y en las creencias se abultañ.
Deslizándose en silencio
Por su superficie rústica
Viene á estas horas bajando
Una sombra lenta y muda.
Aparicion que nacida
En alguna grieta inmunda
Vaga de una en otra peña
Sobre el aura que la empuja,
Pálida ilusion diabólica
Inútil, perdida y única
Evocada en un conjuro
Pronunciado á la ventura,
Doliente imágen de alguno
Que mal hallado en su tumba
Viene á la orilla del agua
De sus recuerdos en busca.
Alma penada y maldita
Que por ignoradas culpas
Desorientada en la noche
El mundo á deshora cruza.
Pues ni se sienten sus pasos
Ni de su peligro cura,
Y ya resbala, ya salta
Huye, aparece ó se ofusca
Y ya pisa de las márgenes
La arena blanda y menuda,
Ya toca al agua, y parece
Que consigo misma lucha,
Y vuelve do quiera el rostro
Con miedo, y se vé que oculta
Incomprensible designio
Cuya ejecucion la angustia.
Al fin la luna amarilla
Rasgando las importunas
Nubes, de lleno en las rocas
Derramó su lumbre pura;
Y en este momento rápida
Con mano firme y segura

Lanzó la sombra un objeto
Que rompiendo el agua turbia
Sumióse por un instante
En la corriente profunda.
Quedó la vision un punto
Sobre la ribera húmeda
Inmóvil y confundida
Entre la sombra y la bruma,
Contemplando de las aguas
La superficie que arruga,
El vientecillo que corre
Llevando encontrada ruta.
Hasta que en medio del rio
Sobre el agua que le impulsa
Viendo el objeto que espera
Que á la superficie suba,
Volvió á alejarse del rio
Por entre las peñas rudas
Tomando una áspera senda
Que los brezos dificultan.
Así llegó á la muralla
Del real alcázar en cuya
Piedra hay abierto un postigo
Por resortes que le empujan,
Y al sumirse de la sombra
Por él la informe figura
A merced de una linterna
Que tras el postigo alumbraba
Se dejó ver claramante
Aquella vision nocturna,
Que aunque enlutada y medrosa
Éra una mujer en suma.

Cuanto mas se recataba
Doña Luz y resistia,
Mas el rey se enfurecia
De ver que no la lograba.
Llevaban ambos su empeño
Con tan resuelto teson

Que ella seguia en prision
Y el rey de la torre dueño.

Por mas que madrugador
Llegaba todos los dias
A su puerta, en sus porfias
Nunca el rey iba mejor.

De verla no hallaba medio,
Por mas protestas que hacia
Doña Luz de él no admitia
Ni visita ni recuerdo.

Decia su camarera
Siempre «duerme»—«*Está en el baño.*»
Y no llegara en un año
Dia en que la recibiera.

«*¡La noche ha sido tan mala!...*
La convulsion fué terrible...
Despertarla es imposible...»

Y el rey siempre en la antesala.

Hasta que ya enfurecido
Con desprecios tan tenaces
Juró de no hacer las paces
Ni darse nunca á partido.

Cesó pues en sus visitas,
Y cesando en su esperanza
Se dió á buscar su venganza
Por maneras inauditas.

Seguro es que tal desden
Por otro se le causaba
Ya solamente trataba
De asegurarse por quien.

Y hasta juró en su coraje
Que al fin con culpa ó sin ella
Iba á hacer en la doncella
Grave escarmiento y ultraje.

Y á no dar en conclusion
Con el galan que tenia
En la hoguera moriria
La mitad de la nacion.

Y ciego y sin atender
A que era su sangre real

Citóla ante un tribunal
Como á una infame mujer.

Y para injuria mayor
Pública haciendo su audiencia
Compró la torpe insolencia
De un villano acusador.

Llegó pues la hora fatal,
Mandaron á la princesa
Que bajara en faz de presa
A dar cuenta al tribunal.

Lloró, suplicó, rogó,
Resistió... mas todo en vano;
Delante el vulgo villano
A fuerza se presentó.

Y estaba la estancia llena
De vil y soez canalla
Que siempre deleites halla
En la pesadumbre agena.

Se hizo notar con malicia
De aquel juicio lo imparcial,
Pues hasta la sangre real
Se entregaba á la justicia.

Corria voz de que el rey
No hallaba paz ni consuelo
En lance tal, mas su celo
Por la justicia y la ley,

A su pesar le arrastraba
A no derogarla injusto,
Porque atendiendo á su gusto
La rectitud olvidaba.

Y el vulgo que tal oía
Engañado torpemente,
La voz alzaba insolente
Y con descaro aplaudía.

Y oíanse carcajadas
Groseras, y dicharachos,
Y chanzas que entre borrachos
Aun fueran mal toleradas.

Que cuando pone sus ojos
La plebe en quien algo vale,

Porque con ella se iguale
No escasea los sonrojos.

Y así ni aun para consuelo
En tan injusto quebranto
Para que oculte su llanto
La permitieron un velo.

Descubierta estaba, sí,
Doña Luz y avergonzada,
¡Vergüenza centuplicada
Por ser ella y ser allí!

Su noble hermosura espuesta
Con vilipendio brutal
Al ojo y lengua carnal
De la turba deshonestá...

¡Ah! corramos mas atentos
Con su memoria nosotros
El velo que osaron otros
Negar á sus sufrimientos!

Corrámosle, que en verdad
le necesita y bien doble
Para oír siendo tan noble
Cual le acusan sin piedad.

Llamado el acusador
Por los jueces, en voz alta
Demandó á doña Luz, falta
De aliento, en este tenor:

—«Yo, noble y paje del rey
»Invoco aquí por tres veces
»Del rey mismo, de sus jueces,
»Y de su pueblo, la ley.

»Y ante ella, á esta dama acuso
»Por mujer torpe y liviana
»Pues su amor vendió villana...
»Cuyas pruebas no rehusó.

»Y así en su justicia grande
»El Dios sumo á quien apelo
»Vea lo cierto en el cielo
»Y si no me lo demande.»

Calló aquí el mal caballero
Y al ver que en la turba inmensa

No hay quien salga á la defensa
Lo dieron por verdadero.

A doña Luz condenaron

A morir en una hoguera

Si desmentir no pudiera

Lo que allí le demandaron.

Entonces la hermosa dama

Mirándose sin amparo

Pensó en vender lo mas caro

Las pruebas contra su fama.

E hincando en tierra las dos

Rodillas, con voz doliente

Esclamó:—«¡juro que miente

Y apelo al juicio de Dios!»

Reinó un silencio solemne

En la atenta muchedumbre;

Y el juez segun la costumbre,

«Si estaba firme y perenne

»Y confiaba en su causa»

La preguntó á la princesa,

Cuya voluntad espresa,

Siguióse otra breve pausa.

Tras cuya sería consulta

Fijóse un plazo de un mes

Atenidos á él despues

Todos sin otra resulta.

Admitió el acusador

El combate, si es que habia

Caballero que admitia

La lid del mantenedor.

Y tornaron otra vez

Cada cual con su esperanza

El rey á su ruin venganza,

Doña Luz á su estrechez.

Y pues que nadie nos corre

Y un mes tenemos de espacio

Dejémosle á él en Palacio

Y á doña Luz en su torre.

LEYENDA SEGUNDA.

III.

LA PRINCESA DOÑA LUZ.

EL CABALLERO.

Si por mi dichosa estrella,
Lector, te place mi historia,
Y hasta el fin quieres sabella,
Fuerza es que vengas tras ella
A pocas leguas de Coria.

Al cabo no es largo viaje,
Ni habrá postas que pagar,
Ni que hacer grande equipaje,
Y á mas te daré carruaje,
Con que déjate llevar.

Pues te advierto ¡oh! complaciente
Lector (por si aun no lo sabe
Tu altitud), que á la presente
Los poetas somos gente
Muy cortesana y muy grave.

Que en este siglo sin valla
Machucho y conciliador,
Cualquier criticon nos halla
Tan buenos como el mejor.
Que hoy anda entre la canalla.

Por cuya razon me atrevo,

Seas lector quien te fueres,
A proponerte de nuevo
Que me acompañes, si quieres,
Que á mal lugar no te llevo.

Pues teniendo que tomar
Noticias de un caballero
Noble y valiente á la par,
Creo justo irle primero
Nosotros á visitar.

Así, pues, por concedido,
Yo quedaré agradecido;
Tú sabrás toda mi historia;
Y yo alegre y tú servido,
Aqui paz y despues gloria.

Hay, si no me acuerdo mal,
Cerca ya de Portugal,
De lo mas noble de España
Villa antigua principal
Que el Taje revuelto baña.

Yace en su frondosa orilla,
Y al pié de un monte sentada,
La nobilísima villa,
Por las armas de Castilla
Defendida y almenada.

Y hoy aunque en menos grandeza,
En mas honra y mejor fama
Sustenta bien su nobleza,
Y con altiva fiereza
Aun Alcántara se llama.

Y allá en los años remotos
Por do mi leyenda marcha,
Diz que de sus anchos sotos
Por las zanjas y los cotos
Cubiertos de fria escarcha,

Corria al salir la aurora,
Sobre un potro cordobés
Un noble, con quien mal hora

Dió una cierva corredora,
Pero cansada de piés.

Ibase el buen caballero
Sobre las crines tendido
Recortándola un sendero,
Con un venablo de acero
A matarla apercebido.

Y huía desalentada
La cierva delante de él,
Sintiendo desesperada
La carrera aventajada
Del poderoso corcel.

Y ya olvidado el camino,
Sin ver si pierde ó si avanza,
Seguia huyendo y sin tino,
Luchando y sin esperanza
Contra su fiero destino,

Cuando á la fin de la vega
La triste sin poder mas
Al agua lanzóse ciega;
Y el hombre, que á tiempo llega,
Lanzóse al agua detrás.

Hendia el raudal rugiente
La cierva con fuerza estraña,
Y hendia el potro valiente
La arrebatada corriente
Tras la medrosa alimaña.

Mas ya la infeliz vencida
Del agua al impulso fiero,
Dejóse desfallecida,
Y al cabo rindió la vida
A manos del caballero.

El, viendo en su potro brio,
Asió de ella y remolcola,
Cuando por medio del rio
Vió que se avanzaba un lio
Arrastrado de ola en ola.

Un tronco acaso creyólo;
Y sin volverlo á mirar,
A la corriente dejólo;

Mas el hidalgo iba solo
Y oia cerca llorar.

Registra la faz inmensa
Del agua maravillado
Y que está soñando piensa;
Nada hay en su tabla estensa,
Y oye llorar á su lado.

Ya la ruin superstición
Se le empezó á despertar,
Y empezó su corazon
A temer de la ocasion
Algún desdichado azar,

Cuando el descarriado objeto
Que sobre el agua venia,
Se atravesó y quedó quieto
Entre las bridas sujeto
Del potro que conducia.

Mil pensamientos perdidos
Le trajo el estraño encuentro,
Y mas cuando oyó gemidos
Cóncabos y comprimidos
En su misterioso centro.

No osaba mas que mirarle
Temeroso, y sin aliento
Para asirle ni dejarle,
Dejaba al potro arrastrarle
Sin resolucion ni intento.

Y así á la par remolcados
Y al azar encadenados,
Dieron al par en la yerba
Por el caballo ayudados
Lio, cazador y cierva.

Y aquí oyendo sin cesar
Los mismos tiernos gemidos
Resolvióse el hombre á dar
Con la causa singular
Por quien eran producidos.

Del cuchillo pues asió,
Deshizo las ligaduras
Que por encima encontró,

Y cuanto eran reparó
Bien dispuestas y seguras.

Halló en un lienzo embreado
Cuidadosamente atado,
Y por un lado vencido
Con peso al lienzo cosido,
Un cajoncillo cerrado

Encima de la cubierta
Con primoroso artificio
Y con resortes abierta,
Dejaba al aire un resquicio
Una pequeña compuerta,

Mas puesta con tal primor,
Que á la compresion menor
Que en sus dos lados obraba
Cerrábase, y recordaba
Despues su forma anterior.

Mas absorto cada vez
De abrirlo con avidez
El caballero, seguia
Cortando con rapidez
Cuantas ligaduras via.

Dió en un resorte por fin,
Saltó la tapa, y un niño
Topó como un serafin,
Mostrando origen no ruin
Sus vestiduras y aliño.

Ricos encajes traia
Y ricas prendas sobre él,
Y en terciopelos yacia,
Aunque así espuesto venia
Sobre tan débil bajel.

Mas al verle lastimero
Gemir de frio y temblar,
Por el semblante severo
Dejó el noble caballero
Una lágrima rodar.

Y mientras en brazos le alzaba,
Y con afan le besaba,
Y con su aliento cansado

A su rostro delicado
Vida y calor procuraba.

En turba alegre y ligera
Bajaban por la ribera
Los cazadores veloces,
Con alaridos y voces
Acorralando una fiera.

Y escapando de sus hierros
El cerdoso javali,
Cruzaba setos y cerros,
Hombres, caballos y perros
Llevándose tras de sí.

Y con los dientes agudos,
Para escapar mas veloz
Los jarales mas talludos
Y los brezos de mas nudos
Rompió el monstruo feroz.

Y ya los roncós alanos
A sus espaldas sentía
Cada punto mas cercanos
Y un montero en cuyas manos
Tarde ó temprano daría;

Cuando por su buena suerte
Los vió el hidalgo bajar
Y el son de su trompa fuerte
Paró la turba, y la muerte
Dejó su presa escapar.

Lanzóse al agua jadeando
La fiera, y los ojeadores
Los perros atraillando
Al rio fueron llegando
Detrás de los cazadores.

Entonces el caballero
Volvió á su gente y la dijo:
«Volverme á Alcántara quiero,
»Dejad que ese monstruo fiero
»Viva en nombre de mi hijo.
»Y conducidle con tiento
»Que pues su buena fortuna
«Le trajó á mi amparamiento,

»Si tuvo mal nacimiento
»Tendrá al menos buena cuna,
»¡Sus y á caballo! señores.»

Y el caballero montando
Obedecieron callando
Monteros y cazadores.

Era entonces como ahora
Harto difícil de hallar
Un caballero, sin tacha,
Llamado en justicia tal.
Y andaba la corte Goda
Tan corrompida en verdad,
Tan licenciosa y tan torpe,
Que no era el mejor lugar
Para hallarle, dado caso
De haber de él necesidad.
Lo que es á mi parecer
Prueba inconcusa y fatal
De que siempre fuimos unos
Punto menos punto mas.
Y esto por mas que se encomien
Las mejores de la edad.
Pues aunque hay del rey Egica
Quien se empeña en elogiar
La religion y grandeza
Y prendas de ánimo real,
Yo confieso llanamente
Que por mas que ando tenaz
A caza de sus virtudes
No doy con una jamás.
El trató en honras y vidas,
Y fué magnanimidad
Con casadas y doncellas
Andar siempre liberal.
Casóse con Egilona
Matrona muy ejemplar,

Pero exigente sin duda
Y malhumorada asaz:
Porque al cabo malamente
La tuvo que repudiar
Por ser muy parienta suya:
Impedimento legal
Encontrado á los dos años
Despues de matrimoniarse.

Mas de hombres son los descuidos,
Y en habiendo voluntad
De corregirlos en tiempo
Se deben disimular.

Así que el bueno del rey
Dió en amar la soledad
Y en andar triste y mohino;
Lo que me inclina á pensar
Que dió en hacer penitencia
Penado y contrito ya
De aquel matrimonio infando
Y escandaloso además.

Para este tan santo objeto,
Y para hacer olvidar
Murmuraciones del vulgo
Insolente y lenguaraz,
Tornóse ciego de amores
Por su sobrina carnal,
Que era la dama mas bella
Conque pudo el pobre dar.

Mas doña Luz espantada
De tamaña fealdad
Dió en resistir sus antojos,
Y á su vergüenza fué tal,
Y tal su arrepentimiento,
Que en su profunda humildad
Encerróla en una torre
Suponiéndola un galan.

Mas dejemos noramala
Tan necio filosofar
Que no nos toca á nosotros
Tarea tan principal.

Y vamos con nuestra historia
Aunque por lo dicho atrás
Verás lector, de este mundo
Lo que se puede esperar;
Y en córte tan corrompida
Cuanto es difícil verás
Que hallemos un caballero
Llamado en justicia tal.

Habíale sin embargo,
Pero harto de la ciudad,
Y de la córte (aunque oriundo
De cuna y sangre real)
Vivia consigo mismo
En apartado lugar
Con sus perros y sus potros
Sin boato mundanal.
Y por ocupar en algo
Vida tan sin vanidad,
A las fieras de sus bosques
Combatía sin cesar.

No era ni mozo, ni viejo,
Mas de alma y cuerpo cabal,
Justo, afable, comedido,
Recto, severo y veraz.
Usaba lengua la barba
Y bien peinada, lo cual
Daba á su noble figura
Respetable dignidad.
Y pródigo con los pobres,
Con sus amigos leal,
Piadoso sin finjimiento,
Modelo en la sobriedad,
Afable en el corregir,
Cariñoso en el tratar,
El primero en el ejemplo
Y en virtud el principal,
Era el ídolo de Alcántara,
Dó el rey no podía enviar
Ley que no se consultara
Con su recta voluntad.

Tal era el buen caballero
Que pocos momentos há
Tras una medrosa cierva
Al Tajo lanzóse audaz.
Y tal el que al tierno infante
Abandonado al azar,
Acogió en su propia casa
Con cariño paternal.

El es quien solo en un cuarto
Cerrado por dentro está,
Sentado frente á una mesa
Con pensativo ademan.

Y grave asunto le debe
A estas horas ocupar
Porque há tiempo yace inmóvil
Tendido en el espaldar
De un ancho sillón de brazos,
La cabeza echada atrás,
Entrambas manos cruzadas
Y en silencio pertinaz.

Abierto tiene delante
Aquel cajón singular
Hábilmente preparado,
Que mitad cuna, y mitad
Barco, condujo en su centro
Al desdichado rapaz.
Y véñse sobre la mesa
Derramadas á la par
Monedas y alhajas de oro
De valor muy especial.
Joyas y esquisitas prendas
Que atestiguándole están
Que al infante las destina
Quien quisiera darle mas.

De unas en otras los ojos
No cesaba de pasar
El caballero, abismado
En honda perplejidad,
Cuando tendiendo una mano
Por movimiento casual

La lleva al cajon y dentro
Con un pergamino dá.

Dice lo escrito en un lado.

«*Condúzcate Dios en paz*

»*Pedazo de mis entrañas*

»*Que no has merecido mal.*

»*Metido desde el nacer*

»*En aventuras estás.*

»*La infeliz que aquí te puso*

»*No fué por su voluntad,*

»*Llorando queda tu suerte...*

»*¿Cuándo á verte volverá?»*

Con cuyas tiernas palabras

Llenas de amor maternal

Se inclinó el buen caballero

Dos lágrimas á enjugar;

Y al volver el pergamino

Halló estas letras detrás.

«*Quien tuviere la fortuna*

»*Tal tesoro de encontrar*

»*Guarde secreto y no tema*

»*Daño por ello jamás.*

»*Que es este niño olvidado*

»*Infante de origen tal*

»*Que puede á quien le sirviere*

»*Sobre gigantes alzar.»*

Y aquí volviendo á la caja

El pergamino, leal

Don Godofredo á lo escrito

Tornó el cajon á cerrar

Diciendo: «Pobre inocente

»Sin padre no quedarás.

»Y pues tan noble es tu sangre

»Nada de hoy te saltará.

»Niño que sales al mundo

»En los brazos de un azar,

»Encomendado á las aguas

»Sin saber á donde vás;

»Pues á los míos te trajo

»La divina voluntad,

»De cristiano ni de noble
»Nada menos has de echar.
»Tu nacimiento la iglesia
»Como es justo cantará,
»Hermosas y caballeros
»Te saldrán á acompañar,
»Y ya que callan tu origen
»Por infortunios quizá,
»Tu primer sueño seguro
»Arrullarán á compas
»Las tropas y las campanas
»Con alientos de metal.
»Pues ya que madre te falte,
»Mientras yo viva tendrás
»Un brazo que te defienda
»Y un labio que te dé paz.»

Y saliendo Godofredo
Sus criados á buscar
Mandó aprontar un banquete

Con regia suntuosidad.

Hizo invitar á los nobles,

Y mandó en la parroquial

Un espléndido bautizo

Al momento preparar;

Repartiendo entre los pobres

Grandemente liberal

Cuanto oro vino en la caja

Para asistir al rapaz.

Le hizo llamar don Pelayo,

Y celebró fiesta tal

Que no la hubiera tan grande

A ser su hijo en realidad.

Y hablábase todavía
Entre la gente de Alcántara
De esta grandeza estupenda
Que en Godofredo encomiaban,
Cuando despues del bautizo

Poco mas de una semana
El gozo del caballero
Mató una noticia infausta.

Estaban á el medio dia
Reunidos en la plaza
Los nobles y caballeros
Que con Godofredo tratan,
Dispuestos y apercebidos
Entre una inmensa canalla
De monteros y ojeadores
Para una famosa caza.
Dispósola Godofredo
Con su pompa acostumbrada,
Y á ver los preparativos
El pueblo se despoblaba.
Al murmullo de la gente
Y al estruendo de las armas
Muchos caballos relinchan
Y muchos lebreles ladran.
Los que en la villa se quedan
Envidiando á los que marchan
De no ser de la partida
Se querellan ó se alaban.
Unos la poca destreza
De los ojeadores tachan,
Otros cuentan de los mismos
Lances que en proezas rayan.
Otros hallan de los perros
Algo cortas las amarras,
Y opinan que las traillas
Han de llegar muy cansadas.
Quién habla de un perro negro
Cual si de Alejandro hablara
Y dice que con él solo
Para una partida basta.
Quién apuesta en contra suya
Por una pareja blanca,
Y quién dice que no hay otros
Mejores en la comarca.
Y mientras, los caballeros

De mas brios é importancia
Con mucho calor disputan
De correrías pasadas.
Este acogotó seis ciervos
El solo en una mañana,
Aquel mató un javalí
De doce arrobas y largas.
Aquel usa unos venablos
De tres puntas, que no faltan
Jamás al tiro, y de un golpe
Con la rés mas recia acaban.
Uno dá la preferencia
A una poderosa lanza,
El otro en vez de puñal
Usa de tajante espada.
Unos gustan á pié firme
Ver la fiera y esperarla,
Otros juzgan mas alegre
Vencerla tras de cansada.
Y en tanto que los dichosos
Divierten con tales pláticas
El tiempo que ya impacientes
A don Godofredo aguardan
Abiertos de par en par
Miradores y ventanas
Se gozan con la presencia
De las mas hermosas damas.
Aquí se cruzan suspiros,
Y allí se truecan palabras,
Allá se quedan con miedo
Y acullá con esperanza.
Reconoce una su lazo
Carmesí, y otra su banda,
Uno recuerda un cintillo
Y otro una cifra bordada
Y el toque del medio dia
Empezaron las campanas
Cuando entró don Godofredo
A caballo por la plaza.
Rompió universal aplauso

Por la gente, y ya se daban
Besamanos á las bellas,
Y se rompía la marcha,
Cuando ágrio son de trompetas
Oyeron á sus espaldas.
Todos los pies se pararon,
Volvieron todos las caras
Y hubo un punto de silencio
En la turba aglomerada
Y aun duraba su estrañeza,
Y su atencion aun duraba
Cuando se entró plaza adentro
Con un pregon un rey de armas.
Paróse en medio la turba
Al rey aclamó en voz alta,
Y quedaron las cabezas
Descubiertas y humilladas.
Y luego con voz solemne
Habló con estas palabras:
«La princesa doña Luz
»De incontinencia acusada
»Y condenada á la hoguera
»En nombre de Dios reclama
»Como permiten las leyes
»Un caballero que salga
»Por su honor, si es que hay alguno
»Que admitiere la demanda.
»Un plazo de un mes y un dia
»Dió el rey por última gracia
»Siendo el primero que corre
»El que vá de la semana.»
Y las frases de costumbre
Añadiendo, dió la espalda
A la multitud absorta
Y volvió á salir de Alcántara.
Quedó en silencio la gente
Que allá en su interior pesaba
La grandeza de un delito
Que á los príncipes alcanza.
Y con los ojos en tierra

Cada cual por sí evitaba
Del valiente Godofredo
Encontrar con las miradas.
Hasta que al fin viendo este
Que no hay una sola lanza
Dispuesta á hacerse pedazos
En honor de la acusada,
Pidió en voz alta la suya,
Pajes tomó y gente de armas
Y dió la vuelta á Toledo
Descolorida la cara.

Pero ningun caballero
Salió tras él, que está clara
La voluntad de su rey,
Pues lo permite y lo manda.

IV.

EL PLAZO.

¡Ay triste de quien llora
Y en soledad amarga
Los perezosos días
Numera con afán,
Y pueden solamente
De su existencia larga
Temer los venideros
Llorar los que se van!

¡Ay triste del que joven
Y alegre todavía
Sus horas de ventura
Recuerda con dolor,
Y siente que aun adora
Su ardiente fantasía
La fugitiva sombra
De su perdido amor!

¡Ay de la esposa triste
Que del esposo lejos
Con tierna voz le llama
Y él á su voz no vá!
¡Ay sí, de quien no tiene
Ni amigos ni consejos,
Y el plazo de sus días
Determinado está!

¡Ay de la hermosa y noble
Cuanto infeliz princesa,
Que á los pintados vidrios

Sentada sin cesar,
Desesperada aguarda
De incertidumbres presa
La vuelta del que solo
La puede consolar.

En vano sus miradas
Por el camino tiende
Por donde puede acaso
Su rondador venir.
Y en vano nuevas suyas
Dar á su amor pretende
Si no las pueden ambos
Ni dar ni recibir.

¡Oh Zéfiros ligeros
Cuyo murmullo errante
Espira entre las hojas
Del árbol y de la flor;
Vosotros que el espacio
Cruzais en un instante
Llevad al caballero
Las cuitas de su amor!

¡Palomas de los valles,
Que al pié de su ventana
Con vuestro blanco esposo
A reposar venís,
Doleos de la hermosa
Que morirá mañana
Si al valeroso amante
Su mal no le decís!

¡Espíritus sin cuerpo
Que en medio las tinieblas
Éstremeceis el aura
Con misteriosa voz;
Contadle las que apiña
Desapiadadas nieblas
Sobre su triste vida

La tempestad veloz!

Volad hasta encontrarle
Decidle quien le espera,
Que rasgue los hijares
De su leal corcel,
Y que se lance al brio
De su veloz carrera....
Mas ¡ay! que será tarde
Cuando llegueis á él.

Mañana no habrá tiempo,
Porque de plebe henchida
Del polvoroso circo
La redondez fatal,
En medio de la arena
Dará la dulce vida
La que desgarró el velo
De la lujuria real.

Mañana espira el plazo:
¡Valientes caballeros,
Mañana es el combate
Y aun falta justador!
Jamás peor parecen
Que limpios los aceros,
Lidiad por la belleza,
Lidiad por el honor!

Mas ¡ay! que habeis nacido
De estirpe cortesana,
Y cortesanos torpes
De corazon servil,
Adorareis cobardes
La imágen soberana
Aunque los pies os ponga
Sobre la frente vil.

Lo sé: para vosotros
No hay honra ni grandeza

Que iguale á la sonrisa
Ó la amistad de un rey,
Y pues el rey condena
La dicha y la belleza,
Que espire bajo el peso
De la nefanda ley.

¡Traidores! como viles
Que al fin habeis nacido
La gloria vuestro nombre
Jamás recordará,
Y el harpa del poeta
Que os deja en el olvido
Primero que nombraros
Sus cuerdas romperá.

¡Mas quiero verlas rotas
Y rota mi garganta
Que nombres recordando
De gentes sin valor!
Mi voz no está vendida,
Y solamente canta
Los que valientes fueron
Con gloria y con honor.

¡Ay cuán en vano acechan
De doña Luz los ojos
Allá desde su torre
Por si venir le vé,
Pues de vosotros no halla
Quien calme sus enojos,
Ni quien la dé esperanza,
Ni proteccion la dé.

¡Ay de la esposa triste
Que del esposo lejos
Con tierna voz le llama
Y él á su voz no vá!
¡Ay sí, de quien no tiene
Ni amigos ni consejos

Y el plazo de sus dias
Determinado está!

Brilló la fatal aurora
Limpia, apacible y serena,
Porque las penas del hombre
A los astros no interesan .
Brilló, y donde el plazo acaba
El juicio de Dios empieza,
Si es que Dios toma su parte
Donde hay injusticia y fuerza.
La muchedumbre se lanza
Precipitada en la vega,
Toledo en yermo se torna
Y el ancho circo se llena.
Asi se lanza en el valle
Banda de buitres hambrienta
A cebarse sanguinaria
En la moribunda presa.
¿Qué importa que el condenado
Larga agonía padezca
Como en nombre de quien vence
La multitud se divierta?
¿Qué importa que quien espire
Sea inocente ó no sea
Como con pompa concluya
Y en espectáculo muera?
¿Qué importa que los insultos
De mil insolentes lenguas
De oprobios colmen la victima
Y centupliquen su pena,
Y que ella desesperada
En su venganza consienta
Y el alma ansiosa de sangre
Miseramente se pierda?
¿Qué importa, si la canalla
Diz que en su ejemplo escarmienta
Y amor cobra á la justicia,

Aunque viene á escarnecerla!
¡Pobres humanos! ¡Imbéciles
Hijos de la madre tierra
Cuando ostentais mas poder
Se vé mas vuestra miseria!
Leyes y penas hicisteis
De la virtud en defensa
Y cada pena tomáis
En vez de escarmiento á fiesta.

Pero así van de este mundo
Todas las cosas, revueltas,
Van todos á donde estorban
Y lo que les cumple dejan.
Que al cabo no es la canalla
Quien reparte las sentencias,
Y viene á ver como cumplen
Los condenados por ellas!
No es ella del fin del hombre
Quien ha de pedirle cuentas,
Y con descaro examina
Quien va sereno ó quien tiembla.
Vulgaridad insolente
E impía además de necia,
Pues quien á morir camina
Por Dios que no representa;
Que no hay en ello mas paso
De sátira ó de comedia
Que el perdón que él da á una turba
Que está para él sorda y ciega.
¡Acaso en el mundo luego
Doble su memoria queda,
Y unos por traidor le infaman,
Y otros por leal le aprecian....!
Pero tales son del mundo
Las ridículas quimeras,
P acaso lo que hoy es culpa
Mañana mérito sea.

El sol se viene arrastrando
Su magnífica lumbrera,
Y ya á gran trecho del cielo
Avanza su luz espléndida.
La escarcha tornasolada
Se desvanece en la yerba,
Y en transparentes vapores
Huye á los ojos la niebla.
Oyóse el Tajo espumoso
Murmurar entre las peñas,
Con el canto de las aves
Que las orillas le pueblan,
Y que al son de su corriente
Desvanecidas se alegran,
Y le beben los cristales
Y le pican las arenas.
;Hermosa está la mañana
Y está la naturaleza
En su claridad bañándose
Encantadora y risueña.
Suave y natural frescura
Perfuma el aire, y penetra
En el cerebro alejando
Melancólicas ideas.
La vista cruza la atmósfera
Hasta una distancia inmensa
Por entre su velo diáfano
Perdiéndose sin violencia.
Y los objetos reciben
De la luz formas tan bellas
Que enamoran los sentidos
Con mil ilusiones nuevas.
Un pajarillo volando
Si pasa rápido y cerca
Bajo sus alas tendidas
Mil tornasoles refleja;
Mil armonías silvestres
Del pico parlero suelta,
Y tras su rápida sombra
Ojos y oídos nos lleva.

Una triste florecilla
Que en los céspedes vegeta,
A la luz pura del alba
Ricos matices ostenta,
Y aroma grato despide,
Y jugo abundante deja,
Y el caliz dó el semen guarda
Menudas hojas conservan.
Y si la flor por acaso
Crece en un áspera piedra
En un carcomido muro,
O de un tronco en una grieta
Y allí libre y encumbrada
Su forma al aura presenta
Y la estremece vagando
Sutil el aura y risueña...
¡Oh! delicia de los ojos,
Dulce imán de las inciertas
Memorias mal adormidas
Nos encanta y enagena
La florecilla silvestre;
Y tanto bien nos recuerda
Que nos detiene á mirarla...
Y ¡qué embeleso se encuentra,
Qué de ilusiones suavísimas,
Qué de deleites en ella!
¿Cómo pensar en desastres,
Ni cómo tender tras verla
Los desencantados ojos
Por la ensangrentada arena?
Mas ¡ay! que ya por Toledo
Las troncas trompas resuenan
Y se oye son de caballos,
Y vivas, que la presencia
Anuncian del rey Egica,
Cuya venganza no alteran
Ni la beldad de la víctima,
Ni la crueldad de la pena.
Allá en el estenso circo
La muchedumbre que espera

A las ventanas se agolpa
Y se empuja y se atropella.
Los que no ven se encaraman,
Los oprimidos se quejan,
Los ventajosos insultan,
Los pendencieros contestan,
Y crúzanse las palabras,
Y trábanse las pendencias,
Y las puñadas se emprenden
Y la chusma se revela.
Gritan unos—*¡Que se matan!*
Otros gritan—*¡vayan fuera!*
Los que ven gritan *¡ya vienen!*
Y aplauden y victorean.
El rey al cabo en el circo
Con sus cortesanos entra,
Y cada cual toma puesto
Y la multitud se aquieta.
Vuélvense todos los ojos
Al sitio dó el rey se sienta,
Y al fin como hay que ver algo
La multitud se contenta.
Los que aguardaban ya dentro
Saludan á los que llegan,
Los recién llegados buscan
A los que saben que esperan.
Y crúzanse besamanos,
Nombres, sonrisas y señas;
Y repárase en el lujo,
En la gracia y la belleza,
Y el rico incomoda al pobre
Y el pobre aguanta y se estrecha.
Allí le distrae un calvo,
Allá abajo una mozuela
Que con descoco replica
A algunas gracias groseras.
Acá una dama notable
Por una hermosura extrema
Llama la atención del vulgo
Que atrevido la contempla.

Y allá un hombre de justicia
Con impavidez austera
A los chispazos del vulgo
Oídos hace de piedra.

Mas otra vez enterados
Los ociosos, de que aquella
Detencion no tiene causa,
Y que la funcion no empieza,
Vuelven con largo murmullo
Memoria á hacer de la fiesta;
Corre la voz por las gradas
Y á grados la voz se aumenta
Y poco á poco concluye
Gritando la masa entera:

—Que saquen á la acusada.

—El acusador que vengal

Y unos piden el combate

Y otros claman por la hoguera.

Crecen la audacia y las voces,

El tumulto se acrecienta,

Ni la magestad se mira

Ni la razon se respeta.

Y al fin con fúnebre pompa

De Occidente por las puertas

Entró cercada de lanzas

En la liza la princesa,

Desmelenada venia,

Sin esperanza, ni fuerzas,

A pié y en el bello rostro

El carmin de la vergüenza.

El pueblo elevó un murmullo

De ambigüo sentido al verla,

De compasion á una parte,

A otra parte de insolencia.

Dijeron unos:—*qué lástima!*

Tan jóven... y una princesa...

Y contestaron algunos,

—*Esa es la ley verdadera*

La que igual para con todos

Hasta todas partes llega,

Aunque muchos por lo bajo
(Y de virtud mas severa)
Dijeron:—*Esto es venganza*
Y si eso al rey interesa
Matárala en su prision
Si es que morir mereciera;
Al menos por escusarse
Ver en su sangre esta mengua.
Así el pueblo se dolía
Pero por fin iba á verla.
Llevaron á doña Luz
A un tablado de madera
Do hay un sitial sin respaldo
Preparado para ella.
Detrás se sentó el verdugo,
Y al pié se hacinó la leña
Donde debía morir
A no probar su inocencia.
Cercaron todo aquel sitio.
Soldados, y hecha la vénia
Al rey, los jueces del campo
Fueron á abrir las barreras.
Leyóse el pregon dos veces,
Y al sonar de las trompetas
Armado el acusador
Se presentó en el arena.
Salió por frente al tablado,
Pero por la parte opuesta
No pareció un caballero
Ni se apercibió una seña.
Volvió a entablarse en voz alta
La acusacion y en presencia
Del pueblo fué condenada
Pues que no hay quien la defienda.
Rompió en aplausos la gente,
Prendió el verdugo la hoguera
Y desplomóse de espaldas
Desmayada la princesa.
¡Perdon! dijeron algunos,
Y la muchedumbre—¡Muera!

Cuando á la puerta del Norte
Sonó aguda una trompeta.
Calló asombrada la turba
Y apercebido á la guerra
Seguido de cinco pajes
Entró un ginete á la prueba.
Con los blasones reales
Su negro escudo acuartela,
Caballos trae de batalla
Y corona en la cabeza.
Y es personaje sin duda
De real casa y reales prendas,
Pues mete en liza escuderos
Y pajes delante lleva.

V.

EL JUICIO DE DIOS.

Llegó el caballero incógnito
A los andamios reales,
Y alzándose la visera
Y con el rey encarándose
Del infante don Favila
Mostró el severo semblante.
Quedaron los cortesanos
Atónitos al mirarle;
Perdió la color el rey,
Y sobre el escaño alzándose
Plática entabló con él
Entre iracundo y amable.

EL REY.

Primo, seais bien venido.
¿Qué viento á Toledo os trae?

DON FAVILA.

El que vuestros pregoneros
Con vuestras sentencias hacen.

EL REY.

¿Sabeis pues vuestra deshonra?

DON FAVILA.

Vedlo, pues no llevo tarde.

EL REY.

¿Habeis caminado mucho?

DON FAVILA.

Toda cuanta tierra cabe
Desde Asturias á Toledo.

EL REY.

Y habeis heecho tanto viaje....?

DON FAVILA. (*vivamente.*)

Para lidiar como es justo.

EL REY. (*con ira.*)

¡Favila...! por la culpable?

DON FAVILA.

Por Dios que he corrido bien
Por llegar en este instante.

EL REY.

¡Sabeis cuál es su delito!

DON FAVILA.

Sé primo, que es nuestra sangre,
Y que por no defenderla
Es mengua que se derrame.

EL REY.

¿Tendréis tal vez prueba alguna
De su inocencia?

DON FAVILA.

Eso atañe

A los que esto sentenciaron:
Bástame á mí su linaje.
Y sabed que aunque otra fuera
Ser mujer era bastante

Para romper yo una lanza
A no defenderla nadie.

EL REY. (

¡Noble sois!

DON FAVILA.

Nací en palacio
Nadie como vos lo sabe.

Y su caballo volviendo
Dejó al rey, que á replicarle
Iba, y desairado viéndose
Dijo iracundo, ¡adelante!
Fuese el duque don Favila
Al acusador, y en grave
Acento y gesto sañudo
Dijole palabras tales:

—«Yo, para lidiar conmigo
»Os dispense lo que os falte,
»Y no riño mas que á muerte:
»Ved pues si podeis matarme
»Porque si acabo con vos
»He de daros por infame
»A vos y á todos los vuestros
»A donde la raza alcance.
»Conque á quien Dios se la diere
»Bendígasela su madre.»

Y asiendo un caballo negro
Que de hinojos le dá un paje
Tomó campo don Favila
Su antagonista imitándole.
Quedó en profundo silencio
La multitud un instante,
Y la atencion fué profunda,
Y el temor inesplicable.
Unos están por el duque,
Otros que el deseo saben
Del rey, anhelan inícuos
Que doña Luz no se salve.

Y otros que ven la nobleza
Del que á la batalla sale,
De la princesa dolidos
Por ella plegarias hacen.
Ellos, mientras, lanza enristre,
Tendidos hácia adelante,
A la señal de los jueces
Salieron á todo escape.
Viniéronse uno para otro
Y en el medio al encontrarse
Tal nube de polvo alzaron
Que oscureciéndose el lance
Por movimiento uniforme
Todos en su asiento alzándose
Tendieron tras de los ojos
Los cuerpos para mirarlos.
Y el espeso remolino
Con el viento disipándose
Dejó ver las consecuencias
Del encuentro formidable.
Por valor ó por fortuna
De un bote acabó el combate:
Nadie con el cómo atina
Pero el hecho está palpable.

El bueno de don Favila
Al acusador cobarde
Tenia á sus pies tendido,
Y la lanza asegurándole
Al pecho, le amenazaba
Con morir ó retractarse.
Grande fué entonces el asombro,
Y el bullicio fué muy grande,
Que hay quien á mágia lo achaca,
Y otras causas semejantes.
Y el rey que á su favorito
Mira en tan extremo trance
Lanzó á la arena su cetro:
Mas don Favila mas hábil
Antes que á tierra llegara
Pasóle de parte á parte.

Rompió en aplausos la turba
Que todo al cabo lo aplaude,
Gozó don Favila el triunfo,
Y el rey gimió de coraje.

Dióse por libre á la infanta
Y empezó á salir la gente,
Cuando confuso tumulto
Se levantó en el palenque.
Asustáronse las damas,
Y hubo voces diferentes
De alarma—¡fuego!—¡á la vega!
¡Fuera!—¡matarle!—¡cogerle!
Y el alboroto redobla
Y en la confusion que crece
Unos á huir se preparan,
Otros á la bulla vuelven.
Allá abajo entre una turba
Se ven apenas los jueces
Con sus insignias por alto
A las que ninguno atiende.
Y suenan voces de riña,
Y puños por alto véense,
Aunque, en verdad, del tumulto
Nadie la razon comprende.
Sonaron, por fin, clarines
Del rey, y entraron ginetes
Que despejaron el campo,
Con que logran entenderse.
Volvióse la multitud
A los asientos, volviéronse
Con el rey los cortesanos
A sus sitios preferentes,
Y demandando la causa
El rey, fueron á ponerse
A sus pies tres caballeros
Armados hasta los dientes.
Enojado el rey Egica,

Dijoles:—¿Quién son? ¿qué quieren?
Y alzó la voz uno de ellos
Diciendo: *Vasallos fieles,
Amigos de la justicia,
Y del difunto parientes.
Señor, la misma demanda
Entablamos nuevamente,
Y á desafiar venimos
A su vencedor á muerte.*

Brilló en el rostro del rey
Traidora sonrisa oyéndole,
Y dijo con voz de triunfo
A don Favila volviéndose:
—Primo, ¿admittis la demanda?
¡Ya veis que con causa vienen!
—¡Que vengan enhorabuena!
Yo traigo quince ginetes,
Y admito por cada cuatro
De mis caballeros, siete.
—Y yo soy con mi sobrino
Mantenedor del palenque
Esclamó entrando en la liza
Otro, cuya voz potente
Cubrió el rumor que en el pueblo
La nueva noticia mueve.
Frunció las cejas Egica
Viendo al nuevo combatiente
Y esclamó: ¡Vos Godofredo
Vais á lidiar!

—Me parece.
¡Ea! buen duque, á caballo!
Que hombres de nuestra progenie
Por un contrario de mas
Batalla escusar no pueden.
—No, tío, ¡viven los cielos!
Pero algo ha de concederse
A quien como noble lidia,
Y abriga sangre de reyes.
Yo solo mantengo el campo,

Que tiren entre ellos suertes
Y al que le toque, que salga;
Pero ¡ay de ellos si no vencen!
Todos quedarán esclavos
Para cuidar mis lebreles,
Yo arrastraré al que derribe,
Y escupiré á los que queden.
—Eso si, sobrino mio.
Mas si por desdicha vencen
Soy tu padrino y no dudes
Que vengaré bien tu muerte.
—Pues á caballo!

—¡A caballo!

Y al punto la lid resuelven,
Sentadas las condiciones
Entre padrinos y jueces.
Volvió á temer doña Luz
Acusada doblemente,
Y el pueblo volvió á gozar,
Porque el pueblo goza siempre.
Salió al combate don Bistres,
Mozo de años veinte y nueve,
De alma relajada y fiera
Y esforzado como un Hércules.
Mucho de su fama y brios
Por don Favila se teme
Y dicen que el rey nombra
Por el mas recio escogiéndole.
Ello es que él y don Favila,
Lanza en ristre y frente á frente,
Apercibidos esperan
La señal de acometerse.
Diéronsela los padrinos
Y uno para otro viniéndose
En la mitad de la arena
Se hallaron bizarramente.
Don Bristes de una lanzada
Hendió escudo y coselete
A don Favila que apenas
En la silla se mantiene.

Y don Favila mas diestro,
Aunque en golpe menos fuerte
El hombro derecho á Bristes
Certo le desguarnece.
Pero ambos en los arzones
Con buena prez manteniéndose,
Con nuevas lanzas que toman
Segunda carrera emprenden.
Erró don Bristes el golpe
Por fiarse solamente
De su fuerza, y don Favila
De su falta aperciéndose
En un vigoroso encuentro
Tendió caballo y ginete.
Muerto, al ver que toca en tierra
Todos á la par creyeronle
Mas caballero famoso,
De su destreza valiéndose,
Con rapidez inaudita
Tornó á lanzarse de repente.
Glorioso arrancó un aplauso...
Y por Dios que lo merece,
Porque es asombroso lance
Y sutilísima suerte!
Atónito don Favila
Quedó, y receloso al verle
Venirsele espada en mano
Rabioso como una sierpe.
Tambien acudió á la suya,
Mas no tan pronto revuelve
Que no le alcance del tajo
Mucha parte en el almele.
Cargó el rápido Bristes
Colérico por dos veces
Y evitóle don Favila
Casi milagrosamente.
Y siempre entrando y saliendo,
Y acuchillándose siempre,
Si bien le trabaja Bristes
Bien el duque se defiende.

Pero viendo don Favila
La ventaja que en sí tiene
Por ser mejor su caballo
Al que manda fácilmente,
Dió en esquivar á don Bristes,
Acechando cautamente
Un paso sentado en vago
Que descubierta le deje,
Con lo que el otro creyendo
Que ya don Favila teme,
Su afán redobla, y su potro
Con tal ímpetu revuelve
Que ya doña Luz desmaya,
Y ya murmura la gente,
Y ya con harto trabajo
Los aplausos se contienen.
Mas el diestro don Favila
Se cierra tan de repente
Con Bristes, que ambos á dos
A tierra á un tiempo se vienen.
Cayó bajo su caballo
Don Bristes innoblemente,
Y el duque por la garganta
Su agudo puñal le mete.
Soltó la espada el vencido,
Tendió los brazos inermes;
Y asieron de don Favila
Los padrinos y los jueces.

DON GODOFREDO.

¡Dáme los brazos sobrino!

DON FAVILA.

Tío, matarle no basta
Fuerza es que á toda su casta
Llegue su fatal destino,

JUEZ.

Se abrió el campo, caballero,
A la lid, no á la venganza.

DON FAVILA.

Cuanto derriba mi lanza
Pertenece á mi escudero.
Si en leyes entendeis vos
Yo entiendo en lances de riñas,
Con que dejad socaliñas
Que me causais ¡voto á Dios!
Escudero, en buena ley
De impostores para mengua
Arranca al muerto la lengua
Y pónla á los pies del rey.

JUEZ.

A nadie se permitió....

DON FAVILA. (*con desprecio.*)

Si á nadie se ha permitido
Tampoco permiso pido,
Que primo del rey soy yo.

Con cuyas fieras palabras
Desairados los presentes,
Los jueces se desconciertan
Y el escudero obedece.
Y sigue aplaudiendo al duque
Con estrépito la plebe
Y entréganse despechados
Del vencido los parientes,

DON FAVILA.

Tío, decid á esa dama
Si está su honor satisfecho,
Y al rey si basta lo hecho.
Para volverla su fama.

DON GODOFREDO.

El rey se partió, indignado
Tal vez de tu demasia.

DON FAVILA.

Mañana será otro día
Y se habrá desenojado.
Pues si llora por el muerto
No me tendrá en gran favor.

DON GODOFREDO.

Que lo cuentes es mejor,
Sobrino.

DON FAVILA.

Estais en lo cierto.
Con que, tio, Dios os guarde,
Que he apretado bien los puños
Y tengo varios rasguños,
Segun creo, y se hace tarde.

Y en tanto que hablaban esto
Don Godofredo y el duque,
El rey se salió del circo
Con ira ó con pesadumbre.
Dió por libre á doña Luz,
Pero segun se presume
Secretos designios guarda,
Y negra intencien encubre.
Porque al punto que don Bristes
Cayó bajo el brazo ilustre
De don Favila, sus guardias
Con celo que bien no arguye,
Asieron de la princesa
Y quedó la incertidumbre
De si va libre y honrada
O si presa la conducen.

Ello es que estos pormenores
Que por entre el vulgo cunden
Sospechas alzan y miedos
Que hacen que asaz se murmure

Y ello es que á hablar en secreto
Por la tarde se reúnen
Los vecinos, y se teme
Que en partidos se pronuncien.
Porque se habla demasiado
Del combate, y atribuyen
A Dios mucha parte y dicen
Que su mano se descubre
Pues que vuelve por el justo, —
Y no obra el rey cual le cumple.
Lo cierto es que hay destinados
Cien ginetes que patrullen,
Y el rey ha enviado á su primo
Un mensaje, que en resúmen
Le intima que á sus estados
Para volver se apresure.
Y así se pasó la tarde,
Y el mundo en sombras se sume,
Y envuelve el cielo la noche
Con pabellones azules
Algunas estrellas lánguidas
Acá y acullá relucen,
Diseminadas antorchas
Que mas que aparecen huyen.
La luna asoma á pedazos
Por un peloton de nubes
Que la circunda fantástico
En forma y color voluble.
Y al fin por mas que los nobles
El juicio de Dios divulguen
Haciendo favor al rey,
Y por mas que él disimule,
No queda nadie en Toledo
Tan necio, á quien se le oculte
Que doña Luz sigue presa
Y que se destierra al duque.
Por eso en la torrecilla
Del gótico alcázar luce
La lámpara misteriosa
Que pena y desvelo arguye

En quien la habita, y por eso
El reposo se interrumpe
De la noche con los ayes
Que necio vapor infunden
En los guardias de la torre,
Y cuyo son les aturde
Mientras en el aire vaga
Y en el aire se consume.

VI.

ENCUENTRO Y RESOLUCION.

¡Ay triste del que ufano
Y alegre en apariencia
Figura á los placeres
Quimérica aficion,
Y rie y goza y muchos
Envidian su existencia,
Y un torcedor secreto
Le roe el corazon!

¡Ay triste del que lleva
Los celos en el alma
Y afecta en el semblante
Las risas del placer
Y sus palabras mienten
La venturosa calma,
Porque suspira ansioso
Su contristado sér.

Sí, triste á quien asalta
Perdido un pensamiento
Cuya horrorosa duda
Destruye su ilusion,
Y vaga por su mente
Cual á merced del viento
Vagel desorientado
Sin velas ni timon.

¡Ay pobre caballero
Cuyo leal cariño

Secreto largos años
A su beldad guardó,
Soñando á su querida
Mas pura que el armiño
Y al cabo de una ausencia
Sin honra la encontró.

— — —
¿Quién hallará palabras
Que al caballero amante
Consuelen, ó á lo menos
Satisfaccion le den,
Cuando en la lengua torpe
Del vulgo petulante
Prostituido encuentra
El nombre de su bien!

— — —
¡Ay! la princesa amaba
En otro tiempo á un hombre
Que los rabiosos celos
Estimuló del rey,
Y de quien no bastaron
A descubrir el nombre,
Ni el pavoroso juicio
Ni la sangrienta ley.

— — —
Si aun la ama, si el delito
Tal vez es verdadero
¿Por qué por honra propia
No viene á combatir?
¿Por qué si la ha infamado
No sabe el caballero
Satisfacer cual noble,
O cual leal morir?

— — —
Mas pues la acusan todos
Habrà razon alguna
Para que todos la hagan
Tan vil imputacion:
Y entonces ¡ay! ¿quién sabe
Si por fatal fortuna

Ageno será el crimen,
Y agena la pasión?

— — —
Y ¡ay triste del que lleva
Los celos en el alma
Y afecta en el semblante
La risa del placer,
Y sus palabras mienten
La venturosa calma
Porque suspira ansioso
Su contristado sér!

— — —
Mas doña Luz á solas
Llorando sin consuelo
Por su galan oculto
Se aflige sin cesar,
Y prematura muerte
De hinojos pide al cielo
Si acaso pudo ingrato
Su corazon cambiar.

— — —
Y acaso en este instante
Con torcedor secreto
Los celos se apoderan
A un tiempo de los dos,
Y van por dos caminos,
Entrambos á un objeto,
El uno en pos del otro
De su ventura en pos.

— — —
Está avanzada la noche
Fria por demas y oscura
Apagadas las estrellas
Y encapotada la luna.
Sopla á ráfagas el cierzo
Y aunque tormentoso nunca,
Segun por donde se arrastra
Silba, gime, brama ó zumba.

Todo en Toledo reposa,
Y negra, apiñada y mustia,
Se vé la ciudad que á trechos
En la sombra se dibuja.
Y allá por entre las peñas
Del valle opaco en la hondura,
Se oye el ronco son del agua
Del Tajo, que se derrumba
Entre los rudos peñascos
Alzando hervorosa espuma.
¡Medrosos sitios son estos!
Medrosos por las figuras
Informes que representan
Y por tradiciones muchas.
¡Misteriosos son aquellos
Peñascos y quebraduras,
Cuyos contornos se estienden
En irregulares curvas,
Que en la fantasía toman
Forma y variedad difusa,
Y vida en el miedo encuentran
Y en las creencias se abultan.
Avanzando silenciosa
Por su superficie rústica
Viene á estas horas subiendo
Una sombra lenta y muda.
Y ya por paso mas fácil,
O porque mejor le encubran
Con la sombra mas espesa
De los peñascos se escuda.
Cumplido manto la emboza,
Y aunque impedirlo procura
La malla y los acicates
Por debajo le relumbran,
Y á cada paso se siente
El crujir de la armadura,
Cuyas piezas al moverse
Se separan y se juntan.
Y no sé que de siniestro
En tales sitios augura

Quien en tan lóbrega noche
Su fria soledad turba.
Y bien á lo que parece
Conoce el lugar sin duda,
Pues ni en lo áspero tropieza
Ni lo difícil le asusta;
Y avanza y gira á su tiempo
Con precision, y segura
Su planta evita los brezos,
Y los pedregales cruza.
Así de una en otra peña
Llegó trepando á la altura
Hasta tocar del alcázar
Las viejas murallas húmedas,
Donde apartada una piedra
Que falso postigo oculta
Iba á alzar con una llave
La mohosa cerradura.
Mas no bien la estrecha puerta
Tocaba, cuando la punta
De una espada en la garganta
De repente le aseguran.
—«¿Quién vá allá?» le preguntaron;
Mas con repentina astucia,
—¡El diablo! contestó al punto,
Y con impensada furia
Dando sobre el que le amaga
—¿Quién vá? á su vez le pregunta.
Quedaron pues, cara á cara,
Aunque cada cual la suya
Tapa cuidadosamente,
Y aprestados á la lucha.
Mas el que amagó primero
Ya por miedo ó por cordura
Bajando primero el arma
Así la cuestion escusa,
Diciendo: «De todo el muro
Es esta la puerta única.
Solo dá entrada á esta torre;
Y vos conoceis la ruta.

Que ibais á entrar está claro,
Conque de dos cosas una:
O el galan de doña Luz
Sois, ó en la sombra nocturna
Fiado, en la torre entrabais
De oro y de alhajas en busca.
Si lo primero, en mis manos
Tengo yo vuestra fortuna,
Si lo segundo, mis gentes
Apostadas en la hondura
Dan con vos á una señal
En la corriente profunda.
Conque hablad pues.»

—«Norabuena!

Y escuchadme: esta es la única
Puerta que llega á esta torre
Y vos conocéis la ruta.
Que ibais á entrar me sospecho,
Conque de dos cosas una:
O el galan de doña Luz
Sois, ó en la sombra nocturna
Sorprendido su secreto
Habeis venido en su busca.
Si lo primero, me importa
Estorbar vuestra fortuna;
Si lo segundo, uno es fuerza
Que en la eternidad se hunda.
Conque hablad pues.»

—Norabuena,

Y ó la razon se me ofusca
O al cabo de la cuestion
Nos encontramos en suma.
Vos sois el galan oculto.
—Y vos mi rival sois.

—Sin duda.

—Defendeos pues.

—Primero

Fuerza es que aclaremos una.

—¿Cuál?

—La de con quien reñimos.

—Yo no me descubro nunca
Cuando riño por guardarme.

—Aparte necias escusas

Señor valiente, que ha dado

Con quien de razones gusta

Porque me importa el asunto

Mas de lo que se os figura,

Y si es tal vuestro secreto

Que en descubrirlo haya culpa,

Mi nombre es la garantía

De que lo echais en la tumba;

Que el príncipe Godofredo....

—Vos, mi tío?

—Bondad justa

De Dios, eres don Favila?

—Yo soy.

—¿Pero qué te turba?

¡Oh! de hallarme tan á tiempo

Da gracias á la fortuna,

Que sé mas de lo que crees

Por mucho que te presumas.

Pero entremos, que no es justo

Platicar en pié y á oscuras.

Tras cuyas frases metiendo

La llave en la cerradura

Desaparecieron ambos

Por la puertecilla oculta.

Su infortunio en maldecir,

Y en suspirar y gemir

Se ocupaba la princesa,

Cuando oyó con mucha priesa

Por el caracol subir.

Sobresaltóse advertida,

Y asió por dentro el cerrojo,

Tal vez temió por su vida

Que no hay precaucion perdida

Del rey contra el fiero enojo.

Dieron cautelosamente
Dos golpecitos por fuera,
Mas doña Luz cautamente
A oír aguardó prudente
La voz del de la escalera.

«Luz!»—dijeron, mas tan quedo
Que no pudo conocer
Él acento y tuvo miedo;
Porque tenia en Toledo
Mucha traicion que temer.

DON FAVILA.

«Abre Luz, ¿no me conoces?»

DON GODOFREDO.

Despierta si estás dormida.

DON FAVILA.

Por dulce sueño que goces
Desvélente, Luz, mis voces,
Despierta por Dios, mi vida!

A cuyo amoroso acento
Respondiendo el corazón
De doña Luz, y un momento
Dudando, abrió su aposento
Al imán de su pasión.

Pero mirando turbada
A Godofredo con él,
Recibiólos reservada
Severa y disimulada,
Siempre á su secreto fiel.

DOÑA LUZ.

Tal vez buenos caballeros
Con nobleza ya escesiva
Venis de nuevo á ofrecerlos;
Tal favor agradeceros

Sabré yo mientras que viva.
Que aunque será según creo
Por breve tiempo quizás,
Lo grande de mi deseo
Podrá suplir lo demás.

DON GODOFREDO.

(¡Qué farsa es esta que veol!)
Luz, la brevedad importa,
Responde: esta letra ¿es tuya?

Quedó doña Luz absorta
Cuestion tan precisa y corta
Sin atinar como huya.

Y el tío que esto previno
A los ojos la ponía
El escrito pergamino,
Que á dar en sus manos vino
Allá en Alcántara un día.
Posaba convulsamente
En él la avara pupila
Doña Luz; su tío en frente
Sonreía dulcemente,
Y temblaba don Favila.

Al cabo rompió á llorar
La pobre madre culpada,
Sin osarle preguntar
Por su prenda abandonada
En los brazos del azar.

Y abriéndola con ternura
Los suyos don Godofredo
«¡Ven (la dijo) está segura
»Esa prenda de ventura,
»Pero lejos de Toledo.

»Y abrazaos ¡vive Dios!
»Que el cielo piadoso aprueba
»Lo que hartó costó á los dos;
«Que va de la culpa en pos
»Pero aborrece la nueva.»

Y los dos tiernos amantes

Por tanto tiempo constantes
En un cariñoso abrazo
Lid, olvidaron y plazo
En tan ansiosos instantes.

Lloraban ambos al par
Con lágrimas de ternura,
Y ya próximo á llorar
El tío sin respirar
Bendecia su ventura;

Cuando oyeron de repente
De pobre instrumento el son,
Y entre el son de la corriente
Del Tajo, alegre cancion
Entonada diestramente.

DON GODOFREDO.

¡Ea! no escuse lo menos
Quien ha emprendido lo mas;
Íd vuestra ruta serenos
Que mis caballos son buenos,
Y os queda un amigo atrás.

DOÑA LUZ.

¡Cómo señor, ¿qué es aquesto?

DON GODOFREDO.

Todo lo tengo dispuesto.
Y no hay remedio mejor
Ni para guardar tu honor,
Ni para evitar su arresto.

DON FAVILA.

¿Y el rey?

DON GODOFREDO.

Yo me quedo aquí,
Esposos sed ante Dios,
Que el rey Egica ante mí
Tendrá que ver que nació

El mas justo de los dos.

CONCLUSION.

Estaba cercano el dia;
La luna en el horizonte
Escasa luz despedia
Y á largos pasos se hundia
Detrás del alzado monte;
Cuando solo y descuidado
En largo manto embozado
Espacio entraba en Toledo
Un hombre, que bien mirado
No era otro que Godofredo.

Y allá á lo lejos se vian
La estensa vaga cruzando
Varios ginetes que huian,
Que mas se desvanecian
Cuanto se iban alejando.

Pasó Godofredo el puente,
Y apenas apareció
La aurora en el rojo oriente,
Firme el pié y alta la frente
En el alcázar entró.

Lo que pasó dentro de él
Entre el infante y Egica
Nadie en Toledo lo explica
Ni se halla en ningun papel.

Ello es que don Godofredo
De una hora tras el espacio,
Volvió á salir de palacio,
Y se ausentó de Toledo.

Y en el aire triunfador
Con que dicen que salia
Bien claramente se via
Que llevaba lo mejor.

El rey desde su partida
Presa de oculto pesar
Cercano estuvo á exhalar
A sus rigores la vida.

Y en cuanto esta le duró
Ni al duque persiguió mas
Ni el bello nombre jamás
De la princesa mentó.

Y aunque recias tempestades
Fueron á turbarles luego
De su retiro el sosiego
Y el bien de sus soledades,
Del rey su tío á cubierto
Ellos allá en sus estados
Vivieron muy bien casados
Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.

Y acaso en otra ocasion
Si tu favor me aseguras,
Sabrás otras aventuras,
De doña Luz, que hartas son.

Mas si no son de tu gusto
Lector las que te conté,
No hablemos mas, porque á fé
Que no me coje de susto.

FIN DE LAS LEYENDAS PRIMERA Y SEGUNDA.

LEYENDA TERCERA.

CAPITULO PRIMERO.

DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORÓ DE UNA FRANCESA.

En un dia de febrero
Como á las tres de la tarde
Del rio Arlanza mirando
Los fugitivos cristales,
Y entre el camino de Francia
Y el rio humilde paseándose,
Viase un á hombre vagando
Por su solitaria márgen,
Hidalgo y rico á juzgar
Por su gentileza y traje.
En secretas reflexiones
Abismado y sin curarse
De cuanto en rededor pasaba
Seguia cual si pasasen
Su mente graves cuidados
O duelos su ánima graves.
Parado estaba del puente
Cabe los altos pilares,
Cuando llamó su atencion
Ruido y polvareda grandes
Que alzaban muchos ginetes
Por el camino adelante.
Alargó pues el hidalgo
Sus pasos para encontrarles
Bien fuese curiosidad

O bien que les aguardase.
Salió al lindel del camino,
Y á la turba aproximándose
Peregrinos vio y juzgolos
Gente de noble linaje.
Dos damas y un caballero
Eran, y con antifaces
Traian cubierto el rostro
Costumbres de tiempos tales.
Caballos traian recios,
Cruces de plata, y por pajes
Quince ginetes armados
Del casco á los acicates.
Llegados ante el incógnito
El caballero parándose
Dijoles: Dios sea loado,
Buen hombre. Y el con voz grave
Repuso:—Loado sea
Por siempre, buen caminante.
—¿Por dónde voy al palacio
Del conde Garci Fernandez?
—¿Pensais en él hospedaros?
Sí que pienso.

—Muchas calles

Hay que cruzar, y yo mismo
Es mejor que os acompañe,
Si la atencion no os enoja.
—Si ese camino lleváreis
Para ir á vuestros quehaceres
Consiento, y Dios os lo pague.
—Voy tambien hácia palacio.
—Entonces echad delante.

Tomó el de apié en este punto,
La vuelta á los arrabales,
Y sin que hubiesen los guardias
Ocasión de demandarle
Sino de hacerle gran honra
Como á ilustre personaje,
Entró en Burgos por la puerta

Que á Santa Maria cae.
Y aquí con los peregrinos
Que le seguian juntándose
Conversacion introdujo
Con palabras semejantes.
—¿Y á dónde es el derrotero?
—A Santiago.

—Es una imágen
Y una iglesia milagrosas.
¿Y de qué tierra se parten?
—Desde Tolosa de Francia.
—¡De agradecer es el viaje!
—¿Es devocion ó promesa?
Es devocion y eso baste,
Que habeis hecho tres preguntas
Sin que os preguntara nadie.
—Perdone el buen peregrino.
—Vaya el buen guia adelante.
Y en esto el de á pié teniéndose
Ante un edificio grande
Alzado en una plazuela,
Dijo entre sério y afable:
—Vealo que habla el Romero,
Pues aquí es fuerza que pare
Quien á mi palacio llega
A demandar hospedaje.
—¡Cómol ¡Sois por vida mia.....
—El conde Garci Fernandez.
—El de Castilla perdone.
—El de Tolosa demande,
Que anduvo el guia indiscreto
Y hará el conde castigarle.
Pero pié á tierra señores
Que esta es su casa.

Y con tales
Palabras ayudó el conde
A las damas á apearse;
Y entrándose por sus puertas
Con corteses ademanes
Las dió el brazo en la escalera



Sin que ellas se la esquivasen.

Como entra amor en el alma
En verdad que no se sabe
Pero ello es que él tiene llave
Para abrir el corazón;
Y una palabra, un suspiro
Dicha ó exalado apenas
Son á veces las cadenas
Con que ata nuestra razón.

Cadenas hechas de flores
De deseos y de antojos
Forjadas en unos ojos
De pudoroso mirar
O en unos labios de púrpura
Que sonrien tiernamente
Ensayados diestramente
En sonreir y en hablar.

¡Oh amor! qué bien escogistes
Aunque niño, loco y ciego,
Lugar dó esconder tu fuego
Y tu irresistible iman!
Porque ¿cómo recelarse
De unos ojos inocentes,
Y de unas indiferentes
Palabras que al alma ván?

¡Ay! poco á poco se miran
Y se escuchan poco á poco,
Y nace un deseo loco
Que aunque aislado y sin valor
Tras él otros y otros trae,
Que ardientes y decididos
Nos despeñan impelidos
Por las simas del amor.

Así al conde de Castilla
Labraba su desventura
La peregrina hermosa
Que en su palacio hospedó.
Y él que esquivó los halagos
De castellanas hermosas
En las redes codiciosas
De la francesa cayó.

Aspid fatal que introdujo
El mismo conde en su seno,
Y cuyo dulce veneno
Bebia con avidez
Tan ciego y desalentado
Que cuanto mas le apuraba,
Mas el infeliz dudaba
Que fuese poco á su sed.

Sí, porque ¿quién no le apura
Ofrecido en rico vaso
Que incita á beberle acaso
Con su esquisito primor?
¿Quién fascinado no corre
Tras unos ojos de fuego
Que nos roban el sosiego,
La prudencia y el valor?

Y á fé que era encantadora
La dichosa peregrina!
Bellísima era Argentina,
Y de prosapia real.
Y él que vió sus ojos cándidos
Sin los dobleces del velo
Creyó su azul como el cielo
Signo de dicha inmortal.

Y vió una vez fascinado,
Miró luego respetuoso,
Amó despues licenciado
Y amó con ansia despues;

Primero dispuso fiestas,
Luego presentes y galas,
Y al fin de su amor en alas
Cayó sin fuerza á sus pies.

Y una noche entre les mirtos
Del jardin de su palacio
Cuando á solas y despacio
Por fortuna la encontró,
Tomó sus manos de nieve
Y doblando la rodilla,
La corona de Castilla
Loco de amor la ofreció.

Oh bellissima Argentina
(La dijo el rendido amante)
Desde el fortunado instante
En que por primera vez te ví,
Mi voluntad, mi deseo
A mas ventura no alcanza
Que á la débil esperanza
De tenerte junto á mí.

De noche allá en mis delirios
Tu imágen se me aparece
Y el alma se me estremece
Con tan dichosa ilusion.
La luz que radia tu rostro
Mi corazon ilumina,
Y aun tu sombra ¡oh mi Argentina!
Acrecienta mi pasion.

De dia ansioso te busco,
Bajo tus rejas paseo
Y venturoso me creo
Si de la reja á través
Alcanzo tu sombra errante,
Aun sabiendo ¡vida mia!
Que mi amorosa agonía
Ni te imaginas, ni vés.

Creí que podría un tiempo
Mas que mi destino fuerte
Olvidarte ó no quererte,
Mas neciamente creí.
Yo te amo sí, cada día
Que por mi existencia pasa
Mi pasión crece sin tasa,
Y no hallo vida sin tí.

Y pues te brinda el destino
¡Oh bellisima francesa!
Sé en Castilla la condesa
La luz de mis ojos sé;
Y piensa que en compañía
De quien tan fino te adora,
Tú serás reina y señora
Yo tu esclavo viviré.

Y así diciendo el buen conde
Las manos la acariciaba
Y el rostro la contemplaba
Con amorosa ansiedad;
Y ella inmóvil y en silencio
Con angélica sonrisa
Contemplábale indecisa,
Mas confiada en verdad.

Sus manos le abandonaba
La hermosa sin defendellas,
Y el conde estampaba en ellas
Sus labios con harto ardor,
Mientras la luna que huía
Y las auras que sonaban
Prestaban luz y armonía
A aquella escena de amor.

Y quien sabe lo que pueden
La solitaria frescura
La ilusión y la ventura
De una noche y un jardín;

Quien vé el empeño del conde,
Y la paz con que ella escucha
El sí con que le responde
Imaginese por fin.

Un sí pronunciado apenas
Fugitivo y balbuciente,
Pero espresivo, elocuente,
Espontáneo, abrasador.
Un sí cuyo eco encantado,
Cuyo sonido improviso
Abrió al conde un paraíso
De deleites y de amor.

Cayó Argentina en sus brazos,
Dobló en su pecho la frente
Y un beso, aunque puro ardiente
En ella el conde posó,
Y la niña no ofendida
Mas cautelosa apartándose,
De su buen padre, ausentándose
El dulce nombre invocó.

El conde que era entendido
Aprovechando el momento
A poco en el aposento
Del buésped se hizo anunciar,
Y allí con él encerrado
Y de Argentina en ausencia
La importante conferencia
Comenzaron á entablar.

EL FRANCÉS.

Generoso castellano,
¿Qué puedo hacer por serviros?

EL CASTELLANO.

La dicha vengo á pedir.

EL FRANCÉS.

Si está en mi mano os la doy;

Mas decidme ¿en qué manera
Alcanzo á vuestro destino?

EL CASTELLANO.

Oidme buen peregrino
Que á descifrároslo vengo.
Yo os di por vuestra nobleza
En mi palacio hospedaje,
Y os vino á hacer homenaje,
Cuanto en Castilla hay mejor.
Ardió mi tierra en festejos
Por los condes de Tolosa,
Y solo existe una cosa
Con que pagarme, señor.

EL FRANCÉS.

Decidla pues, que aunque sea
La mitad de mi corona
Mi fé desde aquí os la abona
Para delante de Dios.

EL CASTELLANO.

Pues bien, teneis una hija
Yo apelo á vuestra promesa
Y quiero hacerla condesa
Sin que lo herede de vos.

EL FRANCÉS.

¡A Argentina!

EL CASTELLANO.

Sí por cierto.
Y ved que de otra manera
Haceros cargo pudiera
Como á huésped desleal,
Porque yo os franqueé mi casa,
Y os di cuanto poseia
Y robáisme el alma mia
Con que me pagais muy mal.

Quedó el francés á estas voces
Sombrio y meditabundo,
Pues que no habia en el mundo

Cosa que irle á demandar
Que él diera de peor gana
Ni á un conde, ni á un extranjero,
Porque él acaso altanero
De conde aspiró á pasar.

Mas mirando que le estaba
Del hospedaje obligado
Y que el español honrado
Vivia y con gran poder,
Pensó que andaria necio
En negarla al castellano
Que si no era un soberano,
Honrara harto á una mujer.

Tendió pues la mano al conde
Con cortesana sonrisa,
Y sentando por precisa
Y absoluta condicion
La voluntad de Argentina,
Contestó que él la otorgaba
Puesto que en dársela obraba
Conforme á su obligacion.

La boda pues, acordóse,
E impaciente don García
Casóse en Santa María
Aun no trascurrido un mes;
Castilla y Tolosa hicieron
En las fiestas competencia
Y hubo festin y licencia
Muchas semanas despues.

Vino á ofrecerse rendida
A su nueva soberana,
La nobleza castellana
Siempre á sus condes leal;
Y cumpliendo el de Tolosa
En Santiago su promesa
Volvióse á tierra francesa,
Siendo el gozo universal.

CAPITULO II.

DE COMO SE LA HUBIERON LA FRANCESA Y EL ESPAÑOL

Más ¡ay del necio que fia
En la mujer y en el viento
Que cambian en un momento
De rumbo y de fantasía!

Y ¡ay de quien fia en estraños
Que aunque halagarnos pretendan
Preciso es que al fin nos vendan
O con fuerza ó con engaños!

Dos años y no cabales
Vivieron ambos esposos,
Tiernos siempre y cariñosos
Alegres siempre é iguales.

Amábala el español
Con tan ciega idolatría
Que antes que en ella creeria
Que hubiera mancha en el sol.

Y amábale la francesa
Con intensidad tan rara
Que mejor se la juzgara
Favorita que condesa.

No habia para él mas gloria
Que su amor, y en tal esceso,
Que cambiára por un beso
La mas preciada victoria.

No habia gusto para ella
Si con él no partia,
Y el vulgo en fin los creia
Nacidos bajo una estrella.

Tambien lo creia el conde,
Pero al fin dió en un abismo
Que ¿quién por otro responde
Si aun duda uno de sí mismo?

Vino dos años despues

Desde tierras de Tolosa
De los padres de la esposa
Con regalos un francés.

Para mas ostentacion
De la amistosa misiva
Vino con gran comitiva
De gente de estimacion.

Toda hidalga y opulenta
Que entre ella nobles venian
Que provincias mantenian
Con sus tropas y á su cuenta.

Trajeron mil invenciones,
Refinamiento elegante
Del lujo, heraldos delante
Pages detrás y bufones.

Y en fin entre su equipaje
Con esplendidez estraña
Hasta tienda de campaña
Para las siestas del viaje.

Cuyas cosas en Castilla
Por gente sóbria habitada
Tuvieron boga sobrada,
Rayando en la maravilla.

Tomaron de ellos los trajes
Por gusto de la condesa,
Y armáronse á la francesa
De bufones y de pajes.

Diéronse mútuos festejos
Y fué con tanta porfia
Que cada cual ir quería
En lo liberal mas lejos.

Su ventaja al conocer
En caballos los de Francia
Abrieron con arrogancia
Un campo donde correr.

Con lo cual los burgaleses
Gente en los combates ducha,
Abrieron campo á la lucha
De á pié contra los franceses.

Bajaron de la montaña,

De tal fiesta á los rumores
Los mas fuertes lidiadores
Que daban honor á España.
Y al fin mas pronto ó mas tarde
De mil diferentes modos
De su bizzarria todos
Vinieron á hacer alarde.

Hubo castellanos nobles,
Que en cabalgar muy maestros
Con los franceses mas diestros
Ganaron apuestas dobles.

Y hubo muchos castellanos
Que en la lucha franca y leal
Se la hubieron harto mal
De los franceses á manos.

Pero sobre todos uno,
Gallardo Alcides francés
Luchó una vez contra tres
Y no le rindió ninguno.

Mozo era de sangre noble
Chico de cuerpo, mas fiero,
Como los vientos ligero,
Y robusto como un roble.

El fué siempre el vencedor,
Y en la liza al presentarse
Los demas no retirarse
Era solo por honor.

Llamábase el tal, Lotario,
Y para amorosos lances
Nadie le iba á los alcances
Pues rayaba en temerario.

Y aunque cortés y cumplido,
En su fortuna fiado
Jamás respetó sagrado
De padre ni de marido.

Hipócrita mas que fiero,
Con una segura táctica,
Los medios ponía en práctica,
Mas infalibles primero.

Iba tras de las devotas

A las iglesias rezando;
Con opulentas tratando
Gastaba con manos rotas.

Donde habia un padre viejo
Idólatra del honor,
Por la palabra menor
El duelo era su consejo.

Donde familia pacífica,
Via que aunque retirada
De oro y de bienes sobrada
Le recibia magnífica,

El, con gravedad enfática
Cada visita que hacia,
Por lo grave parecia
Una mision diplomática.

Y por fin de astucia extrema
Dotado, el refran usaba
Que á cada paso encajaba,
Cada loco con su tema.

Con esto y con ser al par
Gran músico, no hubo dama
Que al reclamo de su fama
No le viniera á admirar.

El, de las galas francesas
Llevaba la palma toda,
Y él era el galan de moda
Con las damas burgalesas.

La plática principal
De las mas hermosas niñas,
Eran las rondas y riñas
Del amante universal.

Y todas de sus amores,
Anhelando ser objeto
Disputábanse en secreto
Sus mas mínimos favores.

Mas él de su fiel fortuna
Audaz siguiendo las huellas
Se olvidó de las estrellas
Al postrarse ante la luna.

¿Qué tienes paloma mia?
Preguntaba el conde un dia
A solas á su condesa,
¡Bien sabe Dios que me pesa
Mirar tu melancolia!

Si tal vez por un descuido,
Imprudente ó no advertido
Vida mia, te ofendi,
Perdon de hinojos te pido:
Sino ¿qué te aqueja, di?

Comprender la causa quiero
Del dolor que te atormenta;
Ni esposo ni caballero
Seré si no te prefiero
A las cosas de mas cuenta.

No Argentina, en mi condado
No hay objeto que me importe
Lo que tu amor regalado;
Dime pues ¿quién te ha enojado?
¿Algun chisme de la corte

De alguna dama envidiosa
O de algun necio me infama?
¿Pudiste olvidar hermosa
Que tú á la par de mi esposa
Has sido siempre mi dama?

Y cuando no hay en Castilla,
Otra como tú tan bella
Que pienses me maravilla
Que en mi tu amor amancilla,
Ni casada ni doncella.

No por Dios, paloma mia!
¿El conde asi venderia
El amor de su condesa?
Que lo imagines me pesa
Mas que tu melancolia.

Tal dijo el conde á su esposa,
Mas no logró una respuesta

Que pusiera manifiesta
A sus ojos la verdad.
Pasó un día y otro día,
Y á su mismo afán tornando
Volvió á porfiar quedando
En la misma oscuridad.

— — —
Tornábala el pobre esposo
Con la candidez de un niño
A ponderar su cariño
Con minucioso placer.
Llamábala con los nombres
Mas sentidos y halagüeños,
Sol, arcángel de sus sueños....
Cuanto halaga á una mujer.

— — —
Y tomando entre sus manos
Su peregrina cabeza
Contemplaba su belleza
Con alegría infantil:
Y estático en sus hechizos
El purísimo reflejo
De sus ojos le era espejo
De su sonrisa pueril.

— — —
Besaba su frente pálida,
Sus párpados transparentes
Y sus mejillas ardientes,
Y sus labios de coral,
Y los rizos olorosos
De su flotante cabello
Suspendidos por el cuello
En complicada espiral.

— — —
Y él triste de cualquier modo
Y aun á su costa quisiera
Una sonrisa ligera
De sus labios arrancar;
Mas era empeño insensato!
El embozo impertinente

Conque nublaba la frente
No pudo nunca apartar.

El, que como amante, ciego
Por falso cristal veía
Capricho amante creía
Lo que era abierto desden,
Y aguardaba á cada instante
La esplicacion de un misterio
Que le robaba el imperio
En el alma de su bien.

Que mas que advertido amante
Juzgaba el alma de Argentina,
Hijo de duda mezquina
En su inalterable amor,
Y en la pureza fiado
De su tranquila conciencia
Aguardaba con paciencia
Que saliera de su error.

Ella de continuo tétrica,
Los sitios mas solitarios
Elegia por santuarios
De su secreto pesar;
Y se la via en la noche
Cual sombra que arrastra el viento
A solas con paso lento
Por los jardines vagar.

A veces cabe una fuente
Reclinada largas horas
De las corrientes sonoras
Adormida con el son,
Sollozaba tristemente
Las secretas agonías
Que envenenaban sus dias,
Royéndola el corazon.

A veces del pardo muro

Perdida en la sombra oscura,
O entre la ojosa espesura
De la parra y del rosal,
Parecia que con alguien
Conversacion entablaba
Aunque qué y con quién hablaba
Se comprendia muy mal.

Y el rumor de estos misterios
Entre el vulgo propagado,
Por el vulgo interpretado
Con ruin malicia vulgar
A mil fábulas audaces
Crédito asaz infundia,
Y á cada punto crecia
En la chusma popular.

Porque de antiguo Castilla
Ya escarmentada de estraños
Imagina siempre engaños
De la estrañera dolez;
Y luego (decia el pueblo)
Por mas que nació condesa
Siendo al cabo una francesa
No hay que fiarse pardiez!

El conde en tanto creia
Que la memoria de Francia
Con el tiempo y la distancia
Avivada y sin sentir,
Y á la vista de sus gentes
Y el recuerdo de su lengua
A las manias presentes
La pudieron conducir.

Y en su bien solo afanado
La aseguró que acabab
Una contienda empeñada
Con el árabe Almanzor,
Darian vuelta á Tolosa

Donde pronto espantaría
Su oculta melancolía,
Devolviéndole su amor.

Partióse pues el buen conde
Contra Almanzor á campaña
Y fué con tan justa saña
Que aun humeando del moro
Con la sangre harta de afrenta
Su campo feráz ostente
Santisteban de Gormáz.

Que en aquel día glorioso
Para el honor de Castilla
Ni quedó ginete en silla,
Ni peon quedó de pié.
Allí cayeron á impulso
De las lanzas castellanas
Las falanjes africanas
Enemigas de la fé.

Y aun vienen alguna noche
Los lobos en turba hambrienta
A hozar la tierra sangrienta
Regada ocho siglos há:
Y aun pasan los calvos buitres
Sobre el valle en banda espesa
Avarientos de la presa
Reducida á polvo ya.

¡Gloriosa fué la jornada!
Mas ¡ay pobre don García!
El solo lloró aquel día
La gloria que á España dió.
Mas le valiera mil veces
Caer en Gormáz con honra
Que cargar con la deshonra
Con que Burgos le acogió.

Sí, pasó bajo sus puertas

Al doblar de los tambores
Con mas aplausos y honores
De los que él soñó jamás;
Pero llegó á su palacio
Y al entrar por sus dinteles
Sus merecidos laureles
Maldijo, y su sér quizás.

Las puertas vió de su alcázar
Para recibirle abiertas,
Mas nadie salió á sus puertas
Para darle el parabien.
Y los siervos y las damás
Que dejó en él en su ausencia
Esquivaron su presencia
Cual de su gloria en desden.

En vano se entró iracundo
Por sus puertas adelante
Llamando con voz pujante
A su gente desleal;
Solo el eco que en las bóvedas
Cóncavas se guarecía
A sus voces respondía
Con lamento funeral.

Rabioso decía—«¿dónde
Mi servidumbre se encuentra?»
Y el eco decía—*entra*
Y entraba el conde en furor.
Decía con voz doliente:
«¿Qué es de mi esposa querida?»
Y el eco decía:—*ida*
Con acento de dolor.

Y el triste Garcí Fernandez
De sus amigos cercado
Su alcázar abandonado
Pisando medroso vá.
Y su ánima vigorosa

De una sospecha asaltada
En su pecho arrinconada
Ni aun esperanza le dá.

Volvió á los suyos y dijoles:
«¿No hay quien me dé una respuesta?»
Y el eco repitió,—*esta*
Y él mirando en derredor
«¿Quién, gritó, en mi casa propia
Me mofa con arrogancia?»
Y el eco retumbó Francia
Por el largo corredor.

Lanzóse por él el conde
Por un instinto guiado
Cruzó el corredor aislado
Y al oratorio llegó:
Abrió la puerta con ímpetu
Y al tender dentro los ojos
En torno al altar de hinojos
A sus siervos encontró.

¿Qué es esto? dijo asombrado
El infeliz don García:
¿Pensábais pues que vendría
Mi palacio á conquistar?
¿Por qué os acogeis al templo?
¿Qué es esto, gente menguada?
Pero la turba callada
Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde
En la mansion religiosa,
Y el semblante de su esposa
No alcanzando á ver allí
Asió con ira del cuello
Al que topó mas cercano
Y con la daga en la mano,
Le dijo iracundo así:

¿A dónde está la condesa?
Dí, ó mueres tras mi demanda.
Y el eco murmuró—*anda*;
Porque la turba calló.
Hablad por Dios, dijo el conde;
Vuestro dolor ¿qué me arguye?
¿Dó está mi Argentina?—*huye*
El eco sordo gimió.

Rompió en sollozos la gente
Y humillada y temerosa
Dobló la faz vergonzosa
Con la tierra hasta tocar;
Y entendiendo don García
Todo el valor de su duelo,
Los ojos puso en el cielo
Gimió..... y los tornó á bajar.

En vano por consolarle,
Sus amigos se afanaron,
Sus pueblos le victorearon,
Y la gloria le aduló;
El se encerró en su aposento
Y en soledad noche y día,
La razon y la porfia
Igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,
Amigos, fieles y viejos
«No necesito consejos
Respondió, sé como obrar.»
Y aunque adusto y cabizbajo,
Bien en su faz se veia
Que algo resuelto tenia,
Imposible de mudar.

CAPITULO III.

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE UNA AVENTURA DIGNA
DE SER MEJOR CONTADA.

De un montecillo estraviado
Sobre la empinada loma,
Como escondida atalaya
Puesto entre Francia y Borgoña
Hubo segun un cronista
Allá en edades remotas
Un castillo inhabitado
De manos francesas obra.
Perteneía en los tiempos
A que alcanza nuestra historia,
A un segundo pendenciero
De familia poderosa.
De modo que en su recinto
Roido por la carcoma,
No habia mas que un alcaide
Con guardia holgazana y poca.
Y como donde hechos faltan
Fábulas del vulgo sobran,
De él relataban mil cuentos
Los pueblos á la redonda.
Todo invenciones acaso,
Mas siempre lo falso apoya
Alguna verdad oculta
Entre mentiras de monta.
Y es así que no hay castillo
Ruinoso, ni ermita sola
Donde mil negras visiones
Crédulo el vulgo no esconda,
Mas no hay una de esas fábulas
Imposibles y espantosas
Que no haya tomado origen
De un hecho que el vulgo embrolla.

Tal era nuestro castillo,
Mansion solitaria y lóbrega
Vivienda segun el pueblo
De fantasmas y de sombras.
Jamás se abrian sus puertas
Sino á medias y á deshora;
Jamás por ellas entraban
Sino á lo mas dos personas.
Nadie por ellas salia
Tras conversacion sabrosa,
Ni aun en busca de viandas
De gente que existe propias.
Todo lo cual era cierto,
Porque el alcaide en Perona
Almacenaba por años
Su provision, que aunque corta
Bastaba para su gente,
Que descuidada y ociosa
En la ciudad se ocupaba
Todo el año sin zozobra.
Y en esto siempre sus amos
Hicieron la vista gorda
Pues nunca anduvo la paga
De la guarnicion de sobra.
Ellos se buscaban vida
En la ciudad mas gustosa
Donde hallaban amos ricos,
Juegos, pëndencias y mozas.
Y en caso de una imprevista
Necesidad poderosa,
Siempre en el castillo hallaban
Casa grande y mesa sóbria.
Los años de nuevecientos
Y ochenta y seis, (ó era próxima)
Corrian cuando una noche
Oyó el alcaide á deshora
Al otro lado del foso
Producida en una trompa
Aguda señal de aviso
Que redoblaba imperiosa.

Bajó el puente y en el patio
Entróse sin ceremonia
Un hombre que dijo á voces
Desde el caballo que monta.
—¡Ola alcaide! vuestros amos
Llegan mañana á estas horas.
—Mañana! exclamó el alcaide,
Válganos nuestra Señora
Del Hoyo, y están las gentes
En la ciudad.

—Nada importa
Buen viejo, repuso el otro,
Los amos traerán su escolta
Y á mas el secreto encargan
Y grande.

—Secretos.... ¡oiga!
—Y asi que todo esté listo,
Y nada de ir á Perona
A garlar como mujeres,
¿Con que lo oye? punto en boca.

Metió su jaco en la cuadra,
Tomó la escalera lóbrega
De la torre y pidió al punto
Cena fuerte y cama cómoda.
Y por mas que ensartó el viejo
Unas preguntas tras otras
No le sacó mas palabra
Que *estad listo y punto en boca.*

Y no mintió el mensajero
Pues de su lecho de rosas
Del dia siguiente apenas
Se levantaba la aurora,
Cuando el señor del castillo
Sobre una yegua fogosa
Cruzaba el puente seguido
De unas catorce personas.
Dos eran damas cubiertas
Con largos velos, las otras

Criados, y gentes de armas
De faz amenazadora.

Y en verdad que su talante
Y aparicion misteriosa
Nada de bueno auguraban
A hablar como gente de honra.

Tenia aquel castillo

Todo en redor del monte en que se alzaba
Un frondoso y ameno parquecillo
Donde un arroyo limpio murmuraba;
Y entre guijas bullendo,
Por entre árboles mil serpenteando,
Ya en remansos sus aguas deteniendo,
Ya por cuevas sus aguas despeñando,
El parque por do quier iba cubriendo
De gruesos chopos ó de cespèd blando
Dando al par su corriente cristalina
Música y sombra á la mansion vecina.

El espeso follaje

Y la fresca estension de su ramaje
Entoldando la yerba en el estio,
Y en el invierno crudo
Guardando el valle contra el cierzo frio
Penetrante y agudo,
A la paz y al reposo convidaban;
Y así á su rica amenidad venian
Y en su centro anidaban
Mil avecillas que hasta allí llegaban
Y contentas en él se guarecian.
No habia allí tocado por fortuna
Del hombre protector la torpe mano;
Y sin lesion alguna
Prosperaba en invierno y en verano.

En sus cuadros campestres

Sin ayuda de riegos, ni semillas,
A su capricho y voluntad brotaron
Mil rosales silvestres,

Que del agua las márgenes bordaron
Con varia multitud de florecillas;
Y en medio de ellas sin pudor se alzaron
Tal vez de sus colores envidiosas
Amapolas y malvas temblorosas
Romero y madre selvas amarillas.
Ni tampoco faltaron
En el vicioso cesped escondidos
Los lirios por el sol descoloridos
Los jacintos morados,
Las anchas acederas,
Las pródigas junqueras,
Y las altivas y sonantes cañas
Rodeadas de mimbres y espadañas;
Y aun al pié de una peña guarecidas
Del cierzo y de las ráfagas inquietas,
Se levantaron de perfume henchidas
Tempranas y odoríferas violetas.

Aqui pues una tarde
Ya cercano á su fin el claro dia,
Al pié de una cascada
Que la corriente hacia
Por cima de una peña despeñada,
En el mullido cesped recostada
Una niña hermosisima se vía.
La sien sobre la mano,
Sobre la yerba el codo
Permanecía inmóvil de tal modo
Que alguno la juzgara fácilmente
De acertado escultor obra escelente
Trasunto de un modelo soberano.
Sus dulces ojos de tristeza llenos
Fijos en la corriente fugitiva
No brillaban amantes y serenos,
Antes ¡ay Dios! de lágrimas henchidos,
Y á través de una lágrima ardorosa
Miraban la corriente distraidos
Con espresion doliente y lastimosa.
Y su frente nublada
Con hondos pliegues de dolor surcada,

Su faz descolorida y ojerosa,
Y sus mejillas faltas
De su matiz purísimo de rosa,
Demostraban bien claro
Que en su cándido espíritu inocente
El pesar se cebó traidoramente.
Ella en sus pensamientos embebida
De su propio aislamiento se olvidaba,
Y el aura estremeciéndole atrevida
Los ligeros adornos,
Conque cubierta su beldad llevaba
Sus puros y bellísimos contornos
Descubria á traicion cuando pasaba.
Y el hombro torneado
Y el trasparente cuello,
Y el pecho entre los rizos mal velado
De su rubio cabello
Por la espalda y los hombros destrenzado,
Y sus menudos pies mal escondidos
Entre los pliegues de la suelta falda
Deshechos á los soplos atrevidos
Del aura licenciosa,
Todo sin gran pesar lo descubria
La vista cuidadosa
De un viejo peregrino que subia
Por la empinada cuesta trabajosa.
Y aunque avanzaba el viejo
Cada vez con mas priesa y mas recato
La niña sin consejo
No curaba abismada en su amargura
Los hechizos velar de su hermosura.
Y así mientras el viejo peregrino
Por la cuesta subia
Con cada pié menguando su camino,
La hermosa niña sin temor yacia
Asus solas llorando su destino.

Llegó por fin donde el arroyo manso
Para rodar mejor por la cascada
Parándose tenaz labró un remanso,
Y con voz cariñosa

Y sonrisa halagüeña
Dijo á la niña «¿Qué haces Blanca hermosa
Tan sola en esa peña?—»

Y en sí volviendo con su voz la niña
Los ojos en redor tendió asombrados
Y ¡Quién me nombra! preguntó risueña.

—¿Quién sino yo, la replicó el viajero
Que de tu mal dolido

Librarte dél ó consolarte quiero.

—¡Ay señor! dijo Blanca suspirando,
Que completo mi mal no habeis sabido
Cuando me estais remedios augurando.

—¿Quién sabe ¡pobre niña! si mi ciencia
Podrá alcanzar para tu mal remedio?

—¿Tan sábio sois?

—Tan sábio,

Que tal vez si me cuentas por tu lábio

Todo el mal que padeces

Creo tener para curarle medio.

Quedó Blanca mirando al peregrino
Tal promesa y palabras escuchando,
Y á su lado sentándose el buen hombre
Desta manera á Blanca siguió hablando.

—¿No es tu padre un hidalgo poderoso
Señor de este castillo?

Dí, ¿no es tambien tu madre

Ésa hermosura de quien es esposo?

—¡Ay! ni él parece á la verdad mi padre,

Ni ella fué nunca sino monstruo odioso

Que me robó mi paz y mi ventura,

Envidiosa tal vez de mi hermosura.

—¿Con que es tan bella y tan.....

—No hablemos de ella,

Que solo con oír su nombre infando

Se me estremece el corazon temblando,

Y por ella no ceso

De vivir suspirando.

—¿Tan dañina ha de ser quien es tan bella?

—Creedme que lo es: por ella solo

Yo que nací contenta y virtuosa,
Yo que siempre viví tranquilamente
¡Ay! de oveja inocente
Me he trocado en serpiente venenosa.
Porque nací señora
Y ella esclava me ha hecho,
Menos que esclava sí, que á cada hora
Con el puñal agudo
De una injuria mortal me hiere el pecho.
Ella me hizo á mi padre aborrecida,
Y así ¡ay de mí! cuando á mi padre acudo
El maldice colérico mi vida.
Porque todo su amor, por ella hurtado
Ella sola lo tiene, y avarienta
Del cariño y del oro
Que mi mísero padre la ha mostrado,
Las tristes horas de mi vida cuenta
De su amor heredera y su tesoro.
Y así paso la vida
Viéndome á todas horas despreciada,
Sin duelo castigada
Mi belleza si existe y maldecida.
Y dan por hijas de una mente loca
Las sentidas razones de mi boca,
Llamándome si mísera me quejo
Atrevida mozuela sin consejo.
Y los viles vasallos que me miran
Tan sola y sin amparo
No hallan en injuriarme algún reparo
Y olvidando el respeto que me deben
Todos á la hija del señor se atreven.
Y yo ¡triste de mí! sin mas consuelo
Que llorar á mis solas con mi duelo,
De los míos mofada y los estraños,
Sin esperar favor de tierra y cielo
Huir contemplo mis floridos años;
Y á solas me consumo,
Y en lágrimas mi vida se deshace
Cual flor que el rayo desvanece en humo.

Y así diciendo la apenada Blanca,
Con iracunda mano
Los bellos rizos de su frente arranca;
Y ofende su semblante soberano,
Maldiciendo á la faz del peregrino
La injusticia fatal de su destino.
Hasta que él sujetándola los brazos
Y teniéndola en nudo cariñoso
Asida dulcemente,
Con amorosa voz y acento amigo
La dijo así teniéndola consigo:

—Serena, hermosa mia!
Serena sí, tus ojos de paloma,
Que ya feliz de tu ventura el día
Por el oriente purpurino asoma.
Escucha ¡Blanca bella!
La voz enamorada
De tu libertador, y oirá en ella
Tu alma acongojada
Consoladora música encantada.

Yo nací ¡oh Blanca! en tierras muy remotas
Rico y feliz, pero la suerte avara
Dicha muy en breve me vendió muy cara;
Todas al fin mis esperanzas rotas
Juguete de la suerte me hallé un día,
Y en brazos me lancé de la fortuna
De ella y de mí sin esperar ninguna.
Largo tiempo á través de las fatigas,
Erré cruzando el arenal del mundo
Ya por campo feraz rico de espigas,
Ya por campo erial lleno de espinos,
Ya por montaña estéril,
Ya por valle fecundo
Surcado por arroyos cristalinos.
Del invierno arrostrando los furores
Y espuesto del verano á los ardores.
Pasé al fin por tu patria ¡Blanca hermosa!
Y al punto en que te ví, ciego y sin tino
Corriendo tras tu huella luminosa
Perdí mi pensamiento y mi camino.

Lancéme tras de tí, seguí tus pasos
Atravesé la Francia
Y llegué de Borgoña á la frontera
Siempre en pos de tu rápida litera
Ahora responde ¡oh Blanca! yo soy dueño
De un país rico y fértil y lejano,
Esto que vés en mí todo es un sueño:
Este viejo disfraz con que me embozo
Encubre como vés un noble mozo;
Si me quieres seguir, esta es mi mano.

Y así hablando el fingido peregrino
El bizarro semblante
De su postiza barba separada,
Y su semblante juvenil mostraba
De valor novilísimo radiante.
Y la niña infeliz le contemplaba
Cual bella aparición que ante la vista
El viento cruza y en el viento posa,
Y vá sobre una ráfaga imprevista
Iluminando el aura vagarosa.

Con sonrisa pueril, con mano incierta
La creída vision contempla y toca,
Y á concebir no acierta
Una idea su mente, un ¡ay! su boca.
Que la triste al pesar acostumbrada
Inaccesible al bien escucha y mira
Y á la voz del placer embelesada
Tal vez por no ahuyentarle no respira.

Mas mientras ella goza
Con la idea del bien que aun no comprende,
Y el pensamiento con los ojos tiende
Por el azul espacio cristalino,
Siguió de esta manera el peregrino:
—Blanca pura y hermosa!
Yo te puedo tornar rica y dichosa:
Yo puedo sustraerte
Llevándote conmigo
De una existencia triste y trabajosa,
Que acaso ¡hay Dios! te llevará á la muerte.

Pero tu honra es primero,
Y pues nació con honra y caballero
O obtendré de tu padre la licencia,
O forzaré su gusto
Si á nuestro bien opone resistencia.
—¡Ay! si de él esperais consentimiento
Jamás le otorgará!

—Con tiempo y maña

Todo es fácil. Yo tengo un pensamiento
Que ayudándome tú ¡querida mía!
O neciamente el corazón me engaña,
O de tu libertad despunta el día.
Escucha Blanca bien, en el sosiego
De una tarde serena
Cuando tu gente salga
Por la floresta amena,
Al compás de un laud el peregrino
Cantará dulcemente
Los himnos del monarca penitente.
Y la música ¡oh Blanca!
Es talisman que lo imposible vence
Y del alma mas terca y mas bravia
El pensamiento mas feroz arranca.
Por una sola noche
Demandaré un albergue en el castillo
Y sin que nadie á sospecharlo alcance
En el silencio de la noche umbría
A solas con tu padre razonando
Lograré que consienta; y mas llegando
A saber con mi nombre
La razón de dejar la patria mía.

Y aquí corta el cronista
De quien copio esta historia
El hilo de su cuento, y no hallo justo
Poner yo lo demás de mi memoria.
Solo nos dice al cabo de dos hojas
De inútil razonar, que ambos amantes

De una acacia á los pies se despedían,
Jurándose por vida ser constantes
Al amor que los dos se prometían.
Lo que el viejo hablaria no se sabe
Mas creo que seria bueno y mucho
Pues era en tales lances harto ducho
El tal Romero, y el negocio grave.
Ello es, caro lector que anochezia,
Y apartados al fin, con paso lento
Cada cual á su albergue se volvia,
El al lugar á meditar su intento,
Y ella á sus torres á esperar el dia.

CAPITULO IV.

EN DONDE VERÁ EL LECTOR, SI TIENE PACIENCIA, EL FIN DE
LA COMENZADA HISTORIA.

Era una noche del abril serena,
La luna en el cenit resplandecía
Y el aura erraba de perfumes llena
Que en las tempranas flores recogía.
De esas noches azules, deliciosas
Que solo ideas de placer producen,
Y que solo para almas venturosas
Para escenas de amor voluptuosas
Con fugitivos resplandores lucen.
Todo yacía en lánguido reposo
En torno del castillo solitario,
Circundado de ambiente vaporoso
Cuyo velo entoldaba misterioso
La lejana estension del campo vario.
Todo en tranquila soledad yacía,
Y solo alguna vez lánguido y lento
Partido en frases sin compás se oía
Un pausado cantar que se perdía
Por la tranquila cavidad del viento.
Y esta es la única voz que muchos años
El nocturno silencio ha interrumpido
De este castillo triste abandonado,
Y esta es la única voz que han repetido
De sus bóvedas hondas por los huecos
Los recónditos ecos
Ya á los acentos del placer estraños.

Las aves que se anidan
En sus rotas almenas
El insólito canto oyen medrosas,
Los pardos ojos asomando apenas

Por las grietas añosas.
Y con el son extraño desveladas
Sus ecos por el aire desparcidos
Alguna vez apoyan asustadas
Con graves y monótonos graznidos.

Y el castellano en tanto
Señor de aquella antigua fortaleza
Paga de un viejo trovador el canto
Haciendo ostentacion de su grandeza.
Y le paga el cantor el hospedaje
Dejando á un lado su bordon bendito
Para cantar la historia de su viaje
Mientras el huésped sacia su apetito.
En medio de un salon entapizado
Sobre mesa anchurosa
Y delante de una ancha chimenea
Magro tasajo humea,
Y de las llamas al amor sentado
Enfrente de la hermosa castellana
El baron se harta del castillo dueño;
Y dá al placer el tiempo que es del sueño.
La voluntad torciendo soberana
Con que Dios hizo al mundo
Cuando animado el caos do yacía
La negra noche separó del dia.

A sus pies y en un pico de la alfombra
De la llama á la sombra
Entonaba su cántico divino
Un sonoro laud pulsando diestro
El mismo misterioso peregrino,
Que de figura y caractéres muda
De Blanca por amor, y que sin duda
En música y amor es gran maestro.
Las viandas gustaba
Blanca en silencio mientras él cantaba,
Y si su padre el cántico aplaudia
Con recelosos ojos le miraba,
Y en silencio seguia:
Mas si el baron la copa le alargaba

El peregrino sin temor bebia.
Y el barón al compás de las canciones
Doblaba sin pensar los libaciones,
Hasta que ya exaltada la cabeza
Y alegre el corazón con el Borgoña
Que á dejarse sentir acaso empieza,
Perdió su gravedad mal simulada
Rompiendo en poderosa carcajada.
Y necia ostentacion echando fuera
Interrumpió al cantor de esta manera:
—Dejad los salmos, que en verdad buen hombre
Que aunque santos, son poco divertidos
Para halagar con ellos
De un hidalgo que cena los oídos.
Decid ¿cómo os llamais;
—No tengo nombre.
—¿Qué ¿no os han bautizado?
—El nombre que me dieron
En la pila, señor, se me ha olvidado.
—¿Tambien el suyo vuestra gente ignora?
—No hay de mi gente ahora
Ni un individuo, todos perecieron
A manos de una peste asoladora.
—Mas con nombre ó apodo
Os han de distinguir de cualquier modo.
—Llámanme, gran señor, Juan del Desierto.
—Y es un nombre magnífico por cierto.
—Y otro no he de llevar por vida mia!
Hasta que un voto que ofrecí, cumpliendo,
Con el nombre y la faz que antes tenia,
Pueda á mi patria con honor volviendo
Salir ufano ante la luz del día.
—¿Y cuál es vuestra patria?
—El desierto, señor. ¿Pues no os lo dije?
—¡Por Dios que sois bizarro!
No alcanzo en el desierto que os aflije
Volvais o no volvais, en él ninguno
Habrá que os eche en cara
Mancha ó desdoro en vuestro honor alguno
Desde vuestro bautismo.

—Negocios son de casa y de familia
Que se han de consultar consigo mismo.

—Teneis razon buen hombre

Porque así como así por un negocio
De familia tambien, no uso mi nombre.

—Gózome pues, de haceros compañía
Pareciéndome á vos, mas con permiso,
¿Cuándo le cobrará su señoría?

—Por ser con vos galan, al mismo tiempo
Que vos le recobreis.

—De esa manera
Vuestro nombre postizo echad á fuera
Que yo lo haré mañana antes del dia.

—Que me place! brindad con ese vaso
Para cantar mejor.

—En ese caso
Decid á quien el brindis se destina
O dadme vuestro nombre será á ellos.

—Brindad pues á Lotario y Argentina.
Lo merecen ¡pardiez! que son muy bellos.

Y levantando las copas
A la par ambos á dos
Al mismo tiempo brindaron
Todo apurando el licor.
Volver al canto en seguida
El peregrino intentó
Mas se trababa su lengua
Sin dar con otra cancion.
Hasta que al dar á una estrofa
Un tono desgarrador
Los párpados poco á poco
Sin concluirla cerró,
El cuerpo desfallecido
Tendiendo al dulce calor,
Y en sueños tal vez luchando
Con su enronquecida voz,
A quien ahoga la estrecha

Difícil respiracion.

Esto que vió del castillo

El soñoliento señor

—«Lo entiende! dijo mirándole

»Sigámosle voto á Dios!»

Y asiéndose de su esposa

Para tenerse mejor

¡Alúmbrame! dijo á Blanca

Y en su cámara se entró.

Quedó la estancia en silencio

Sin oirse al derredor

Mas que el chispear de los tizos

Y de las llamas el son.

Mas apenas en la puerta

Blanca otra vez pareció,

Cuando el peregrino alzándose

Con rápida precaucion

Asiéndola de las manos

Hablóla en este tenor:

Blanca, esta noche conmigo

Otro peregrino entró,

Búscale y á este aposentó

Tráemele al punto.

—Señor

¡Qué intentais!

—Que no haya obstáculo

En tu padre á nuestro amor.

Yo sé que tengo palabras

Con que ponerle en razon

Y es un secreto que importa

Consultarlo entre los dos.

—Pero....

—¿Me amas..... ¿quieres necia

A tu vida de dolor

A tus antiguos pesares

Volver para siempre?

—Ah! no.

—Pues obedéceme y calla,

Que te juro por mi honor

Que has de ser esposa mia

Tras esta conversacion.
Y hablando así el peregrino
Blandamente la empujó
Y á la puerta la condujo
Cerrándola de ella en pos.

De este negro castillo abandonado
En cómodo y recóndito aposento
Triste y opacamente iluminado
Con la luz amarilla
De escasa y embozada lamparilla,
Vino á esconder su amor á otro robado
La que antes fué condesa de Castilla.

¿Qué importa que su esposo
Llore en su yermo y despreciado lecho
La herida que ella le dejó en el pecho,
Si ella rie su impúdica torpeza
En brazos del amante licencioso
Que goza en paz de su fatal belleza?
¿Qué importa, sí, que llore y desespere
Como ella con su amante nunca espere
Que sepa el infeliz su oculto asilo,
Para que nunca pueda
Ir á turbar su porvenir tranquilo?
Mas ¡ay! que mal discurre quien mal obra;
Y al fin burlada su esperanza queda
Cuando tal vez la precaucion le sobra.
Ignoraba tal vez el mundo entero
De la esposa perdida la morada,
Del pérfido galan el paradero,
Y Castilla indignada
Y la misma Tolosa avergonzada
Las huellas les seguian,
Y topar con su rastro no podian.
Y Argentina y Lotario
Reposaban en blando y dulce sueño
Dentro de su castillo solitario.

Y ella apenas dormida
Del fuerte cuello de su amante asida,
Y á medias descubierta,
Leve sonrisa sobre el fresco lábio
Y en él palabra produciendo incierta
De amante pensamiento concebido
Con el cabello en rizos destrenzado
Y en la almohada tendido,
Y el pecho contornado levemente
Tras el lino sutil y transparente,
Estaba ¡vive Dios! cual nunca hermosa,
Como nunca á la mente de algun niño
La casta imágen del primer cariño
En sueños se ofreció resplandeciente.
El reclinado entre sus brazos bellos
Y tal vez harto de placer, dormía
Mullido cabezal hallando en ellos.
Pero sonó á deshora
Confuso son de pasos por la estancia,
Y faltando la luz consoladora
Menguaba de los pasos la distancia.
Y una persona que llegaba á oscuras
Con pié callado y precaucion traidora
Del lecho asió las anchas colgaduras.
¿Quién vá? dijo Lotario despertando,
Mas no oyendo respuesta,
Iba á saltar del lecho
Cuando su golpe por su voz guiando
Un agudo puñal llegó á su pecho,
Ante sus ojos vengador brillando.
Lanzóse al punto la infeliz belleza
Un socorro á implorar desatinada,
Y en brazos del incógnito cayendo
¡Amparadme! gritó desalentada.
Mas en la sombra sujetarse viendo
Transida de terror y maravilla
—*¿Quién está aquí?* pregunta vacilando,
Otra voz á la suya contestando:
¿Quién ha de ser? el conde de Castilla.
Cayó de hinojos Argentina al suelo

Con dolorosa voz y amargo duelo
Piedad clamando al conde
Pero él con ronca voz, *en vano esperas,*
En la sombra responde.

Que resolví tan bien tu desventura
Que por no vacilar con tu hermosura
Maté la luz porque á mis piés murieras.

Y animando su ofensa á su venganza
Se dispuso á cumplirla

De la infeliz mujer sin esperanza

Buscando el corazon antes de herirla.

Siguióse un ¡ay! que se apagó en el viento,

Y un momento despues del golpe duro

En su recinto oscuro

Solo guardaba sangre el aposento.

Cuando entró Blanca otra vez
De la cena en el salon,
Tranquilamente sentado
Al peregrino encontró,
Que la barba sobre el puño
Y el codo sobre el sillón
Una cancion castellana
Entonaba á media voz.
Tendió tras Blanca al sentirla
El ojo escuadriñador:
Y viendo á su compañero
Con ella entrar, sonrió.
Y á él dirigiéndose al punto
Con siniestra precaucion
«¿Cumplistes?»—dijo—y el otro
—«Todo está ya» contestó.
A cuya respuesta asiendo
De su capa y su bordon,
Con voz reposada á Blanca
De aquesta manera habló:
—Blanca mia: todo lo hice
A medida de mi honor;

Ya no te queda en la tierra
Otro apoyo mas que yo;
Ya no se opone tu padre
Dueño mio á nuestro amor.
Ya somos entrambos libres,
Vamos puede donde otro sol
Con mas benéficos rayos
Alumbre para los dos.
—¿Con que mi padre?...

—No puede

Ya oponerse.

—Los pies voy

A besarle.

—Tente, Blanca,

Que es con una condicion.

—¿Cuál?

—Que se esparza entre el vulgo

Con preparado rumor

Que él no consiente, y que huyes

Vencida á mi seduccion.

Sígueme pues, Blanca mia,

Que te juro por mi honor

Que si tus padres te vieran

Mudarian de intencion.

—¡Ay! yo no sé peregrino

Que encanto hay en vuestra voz

Que á un mismo tiempo me halaga,

Y me hiera el corazon.

—Partamos Blanca.

—Llebadme

Donde gustáreis señor,

Vos sois quien solo en la tierra

Cariño tal me mostró,

Y no creyera en el cielo

A poder dudar en vos.

Y siguiendo el ciego impulso

De su puro corazon

Del bravo conde en los brazos

Blanca llorando cayó.

Tomóla en ellos el conde,
Y en el mas leve rumor
De sus pisadas poniendo
Esquisita prevision,
Del castillo atravesaron
Uno y otro corredor,
Unos y otros aposentos,
Y uno y otro caracol.
Y así despacio llegando
A la muralla exterior,
El puente echaron, saliendo
De tan lóbrega mansion.
Cruzaron el parque aislado,
Bordearon en derredor
Un montecillo de abetos,
Y hallando tras un peñon
Dos caballos que sin duda
El peregrino apostó,
Montaron á toda prisa,
Y al repentino aguijon
De la espuela se lanzaron
En un escape veloz.
De ellos en breves instantes
Solamente se alcanzó
La sombra, que de la atmósfera
Se atenuaba entre el vapor;
Y un punto negro por último
Al lejos se oscureció,
Quedando otra vez en calma
La solitaria estension.

Y cuando al dia siguiente
Y casi al ponerse el sol
La gente que en el castillo
Quedaba se despertó,
Vió asombrada que su sueño
Tan tenáz, fué en conclusion
Obra del fatál narcótico

Que el peregrino les dió.
En vano desatentados
Por uno y otro salon
En busca de ambos corrieron
Con iracundo furor:
Al aposento llegando
De Argentina y del baron
Solo hallaron sus cadáveres,
Cuya vista daba horror.

CONCLUSION.

A pocas noches en Burgos
Luminarias se encendian,
Dulces músicas se oian
Y alegres danzas do quier;
Y á las puertas del palacio
La multitud agolpada
Pedia desaforada
La nueva condesa ver.

En tanto tras de los vidrios
De sus calados balcones
De los suntuosos salones
Irradiando el resplandor,
Cuadros de la luz brillante
En la plaza se pintaban,
Y mil sombras los cruzaban
En tropel encantador.

Y esto que via la turba
El gozo ageno envidiando
Desde la plaza gritando
Seguia con doble afan,
Cubriendo á veces el ruido
De sus múltiples acentos
El son de los instrumentos,
Que dentro sonando están.

Se abrió por fin á sus voces
Un balcon en el palacio,

Colocáronse en su espacio
Dos personas á la vez
Y conociendo á sus condes
Rompió á una voz de repente
En un aplauso la gente
Espontáneo y sin doblez.

—«¡Viva el conde de Castilla!»

Gritaba la muchedumbre,
Y allá del aire en la cumbre
Se oía el ¡viva! sonar,

—«¡Viva la condesa Blanca!»

Gritando el pueblo seguía,
Y allá en el viento se oía
¡Blanca! ¡viva! retumbar.

Y al son del aplauso ronco

En el balcon recostado

Así en torno sosegado

El conde á su esposa habló:

«Blanca, á la infame Argentina

»Del mismo modo aplaudieron,

»Y al cabo la maldigieron

»Y al cabo la maté yo.

»Pues tan de lejos te traje

»Para sentarte en su silla

»Ház que se olvide en Castilla

»Quien la ocupó antes que tú:

»Que de otro modo, condesa,

»De mi trono hereditario

»No será mas que un sudario

»El pabellon de tisú.»

Dió el conde un ósculo amante

En la mejilla á su esposa,

Y los ojos ruborosa

La bella Blanca bajó;

Aplaudió la turba al punto

Tan cortés galantería,

Y al son de su vocería

El conde el balcon cerró.

Siguió el placer con la fiesta

Prolongado hasta la aurora

Y de Castilla señora
Quedó Blanca desde allí.
Y de la torpe Argentina
Borrada al fin la memoria,
Se guareció de la historia
De donde á sacarla fui.

Lector: Si has visto con gusto
Como mis lindas francesas
Vinieron á ser condesas,
Por un bizarro español,
Léelas, cómpralas y apláudelas,
Y los cielos son testigos,
De que quedamos amigos
Para mientras dure el sol.

FIN DE LA LEYENDA TERCERA.

LEYENDA CUARTA.

MARGARITA LA TORNERA.

(TRADICION.)

INVOCACION.

¡Espíritu sublime y misterioso
Que del aire en los senos escondido
Templas su voz, prestándole armonioso
Eco gigante ó soñoliento ruido;
Arcángel cuyo canto melodioso
El orbe arrulla ante tus pies tendido,
Inspira tú palabras á mi acento
Gratas como la música del viento!

Porque ¿quién como tú me las daría?
Tú, cuya voz dulcísima murmura
En la quietud de la floresta umbría,
Y del bosque salvaje en la espesura,
Y en los gemidos de la mar bravía,
Y en los murmullos de la sombra oscura,
Y cuanto tiene inspiracion ó acento
Tonos te pide para usar su aliento.

¿Quién como tú la inspiracion me diera
Y la armonía celestral y santa,
Y la robusta entonacion severa
De que carece mi mortal garganta?
Cruzar los lindes de tu azul esfera,
Medir audaz la inmensidad que espanta

No osará no, mi pensamiento vano
Sin el auxilio de tu santa mano.

Y tú radiante y peregrina estrella,
María, de los mundos soberana,
Madre sin mancha, compasiva y bella
A quien adoro en ilusion lejana
Cual faro santo que en mi fé destella,
Mi voz perdona, si mi voz profana
Osa hablar de tu amor, y tu hermosura
Con lengua pobre, terrenal é impura.

Sé que mis ojos, inmortal señora,
La gloria manchan de tu faz divina;
Indignos ¡oh celeste emperadora!
Son de mirar tu sombra peregrina;
No merece mi lengua pecadora
Ser alfombra á tu planta cristalina,
Mas deja al fin ¡oh luz de mi esperanza,
Que alce un himno mi voz en tu alabanza!

Venid los que llorais! oid mi canto
Los que creéis en la virtud y el cielo:
Venid, almas transidas de quebranto
Venid á oirme y hallareis consuelo,
Vereis lucir tras la tormenta oscura
Un rayo de esperanza y de ventura.

I.

EL PADRE Y EL HIJO

Dicen que en una ocasion
(El año no hace á la esencia
Del hecho) habia en Palencia
Un tal don Juan de Alarcon.

No era de Palencia el tal,
Mas su padre residia
Alli, porque alli tenia
Crecidísimo caudal.

Gil, era el nombre del padre,
Viudo desque Juan vivió,
Pues el muchacho nació
Dando la muerte á su madre.

Adoraba el buen don Gil,
En su hijo, y era don Juan
El mancebo mas galan,
Mas generoso y gentil

Que en Palencia se encontraba;
Siempre de amigos cercado,
Siempre de ellos festejado
Puesto que él siempre pagaba.

Ello es cierto que por mas
Que el padre le amonestó,
Un libro jamás abrió
Ni oyó un maestro jamás.

Pero en cambio era el mejor
Que habia en todo Palencia
Para armar una pendencia
O enmarañar un amor.

Arrinconaba á un maestro
Tirando la espada negra,
Y dicen que fué á Consuegra

A desafiar á un *diestro*,
Y sacándole á reñir
Matóle y tomó su dama,
Con lo cual creció su fama
Lo imposible de decir.

Iba pues todos los días
En auge, con sus estrañas
Y turbulentas hazañas
Hechas en las cercanías.

Pues aunque áspero de genio
E indolente el tal don Juan
Era mozo muy galan
Y de aventajado ingenio.

Cada noche andaba en vela
Por una nueva beldad,
Y daba gozo en verdad
Verle tocar la vihuela.

Cantaba que era delicia,
Y sabia centenares
De endechas y de cantares
Que rebosaban malicia.

Y tan jóven, tan apuesto
Tan bello y con fama tal,
Dueño de tan buen caudal
Y á cualquier lance dispuesto,
Era en todos los partidos
Entre rondas y querellas
El cucú de las doncellas
Y el coco de los maridos.

Que no hay una cuya reja
A su reclamo no se abra,
Ni le esquite una palabra
Dicho de paso á la oreja.

No hay casado cuyo sueño
Su voz no turbe ó asombre,
Ni marido que á su nombre
No frunza un tantico el ceño.

Y el buen don Gil que sabia
Las proezas de su hijo
Le amonestaba prolijo

Cada noche y cada día.

Mas él seguía sin tino
Dando brida á sus locuras
Y diciendo «que aventuras
Buscar, era su destino.»

Envióle á Valladolid,
Mas fué en la universidad
De rebeldes capataz
Y de zambras adalid.

El fué haciendo mil papeles
En rondas y francachelas
El alma de las vihuelas
Y el terror de los bedeles.

Y causador de las bullas
Y arrestos estudiantiles,
Azotó á los alguaciles
Y acuchilló las patrullas.

Quiso usar de rigor
Con él, y sentó tan mal,
Que un día en la catedral
Se agarró con un doctor.

Tomaron otros la injuria
Tan á pechos, que cerraron
Sus cátedras, y aun hablaron
De don Juan con harta furia;

Mas sus palabras contadas
Ante él, en un claustro pleno
Presentóse, y lo hizo bueno
Con muchos á bofetadas

Un canónigo muy viejo
Pariente suyo le dió
Quejas, á que él respondió
Con insolente despejo:

«Que tenía el alma seca
De hablar de legislacion
Y que sentia intencion
De quemar la biblioteca.»

En fin no hallando mas medio
De estar en seguridad
Mandaron que la ciudad

Despejara sin remedio.

El decidió resistir
La órden cuanto pudiera,
Pero tan precisa era
Que al fin fué fuerza partir.

Salió, sí, de la ciudad,
Pero á caballo y de día
Con tal pompa y osadía
Que fué escándalo en verdad.

Volvióse á Palencia pues
Y en su caballo mejor
Entró cual conquistador
La misma tarde á las tres.

Recibiólo el buen don Gil
Irritado y con razon;
Pidióle el mozo perdon,
Culpó su ardor juvenil.

Pintóse muy ultrajado
Por la estudiantil canalla,
E hizo justa la batalla
A que le habian provocado.

Forjó un enredo chistoso
Con el rector y una moza
Que vino de Zaragoza
Con oficio no piadoso;

Y contó tan peregrinos
Lances de entrambos, que el viej
Tuvo por mejor consejo
Reirle sus desatinos.

Y como era de pensar
Tras tan exótica risa
Diéronse ambos buena prisa
Lo pasado en olvidar.

Tornóle el padre á sus brazos
Y perdonó en conclusion,
Que al cabo los hijos son
De las entrañas pedazos.

Tornó á ser puesto lo que era;
Y quedaron finalmente
El padre tan indulgente

Y el hijo tan calavera.

Viven el padre y el hijo
Frente por frente á unas monjas
Que un esquilon les repican
Dos veces en cada hora.

Don Gil que es hombre devoto
Y acosado de la gota

De tal vecindad se alegra
Mas de ella don Juan se enoja.

Dice el padre: «aquí tenemos
Misa, jubileo y honras,

Pláticas y ejemplos santos,
Que al cabo jamás estorban.»

Dice el hijo: «¡Qué demonio!
»Es una calle tan sola.....

»No hay en toda ella una reja
»Util ni á cita ni á ronda.»

Dice el padre: «esas benditas
»Están ganando la gloria

»Y encomendando al eterno
»Sus vecinos..... ¡él las oiga!

Dice el hijo: «esas mujeres
»Se están como unas marmotas

»Toda su vida encerradas,
»Vaya una aprensión diabólica!

Dice el padre: «el capellan
»Que es doctísima persona

»Me tiene continuamente
»Conversaciones sabrosas.»

Dice el hijo, «si á lo menos
»Hubiera una buena moza

»A quien decir cuatro flores....!
»Serán unos cocos todas.»

Y el padre: «nada me falta
»Para una vejez dichosa;

»La iglesia y la plaza cerca,
»Casa y rentas que me sobran.»

Y dice el hijo: «por último,
»Haremos una intentona
»A ver si las enjauladas
»Son lechuzas ó palomas.»
Y así el padre y así el hijo
Distintos proyectos forman
Aquel con sus devociones
Y estotro con sus devotas.

Don Gil reza y oye misas
Tres ó cuatro, una tras otra,
Y don Juan acecha atento
La morada misteriosa.
Va de continuo á la iglesia
Y al pié del coro se aposta,
Troneras y celosías
De día y de noche ronda.
Mas ni vé, ni alcanza nada,
Pues entre verjas y tocas
Todas son blancas visiones
Que á lo lejos se evaporan.
Si llama al torno—*Deo gratias!*
Responde dentro gangosa
Una voz que huele á vieja
Y suena á campana rota.
El, pide agua de algive,
Y escapularios y tortas
Por echar una puntada
Sobre si háy muchas ó pocas
Madres, ancianas ó jóvenes,
Y por mas que á la rectora
Alaba, y á las novicias,
Y á la que el órgano toca,
Y á las que cantan en coro,
Y á la salmista que entona,
Y hasta á la vieja beata
Que afuera pide limosna,
Es inútil su destreza,
Nada adelanta ni logra,
Siempre á sacar viene en limpio
Noticias que no le importan:

La novena de Santa Ana,
El sermón del padre Acosta,
La nueva casulla verde,
La falda de Santa Rosa,
Cosas de que gusta el padre
Que es viejo y que tiene gota,
Pero que al hijo incluyeron
Por remontarle la cólera.
Y al cabo sale diciendo:
¡Bruja condenada y chocha
Que nunca responde acorde
Ni dice cosa con cosa!
Desistió pues del empeño
Mas fué temporada corta,
Merced á un nuevo incidente
Que al cabo picó en historia.
Llevóle su padre á misa
Un día casi á la aurora:
Ya había en la iglesia gente
Aunque soñolienta y poca.
Oraba el padre de hinojos
En un pico de la alfombra
Que disimulaba en parte
La humedad de las baldosas,
Y él recostado en las verjas
Del coro, en dulces memorias
Dejaba vagar perdida
Al ánima irreligiosa.
Ya sonreía afectado
Por ideas seductoras,
Ya el entrecejo fruncía
Por negros recuerdos de otras.
Y tan absorto se hallaba
Con sus visiones gloriosas,
Que ya alzaba el sacerdote
La sacratísima forma
Y él sin bajarse á adorarla,
En su quietud silenciosa
Continuaba con escándalo
Del pueblo que cree y adora.

Y á la verdad que no era
Culpa enteramente propia
Pues parte habria del diablo
La malicia tentadora.

Ello es que él á sus espaldas
Sintió señal cautelosa

Que le arrancó de sus vanas
Visiones encantadoras,

Y una voz que le decia

Limpia argentina y sonora;

De rodillas, caballero,

Que están alzando la hostia.

Y él advertido y curioso

De hinojos cayó en las losas,

Pero volviendo la cara

Al maestro de ceremonias.

Era el tal una monjita,

Que al notar la codiciosa

Mirada del mozo en ella,

Del rubor se puso roja,

Bajó los ojos al suelo,

Sobre el pecho vergonzosa

Dobló la cerviz, y humilde

Tocó la tierra y besóla.

Mas encontrando al alzarse

La mirada abrasadora

Del mozo clavada en ella

Levantóse presurosa.

Don Juan advirtiéndole astuto

Que se iba y que estaba sola,

Asió la ocasion propicia,

Y á desvanecerse pronta;

— ¡Chist! La dijo, con la mano

Llamándola: Hermana, oiga

Una palabra.

LA MONJA.

¿Qué quiere?

DON JUAN.

¿Sois tal vez la superiora?

LA MONJA.

Yo, señor! soy la tornera.

DON JUAN.

La tornera! sois muy docta
Para oficio tan servil
Y diestra remedadora
De acentos, pues respondeis
¡*Deo gratias!*... tan temblorosa,
Que mas parece que vuestra
La voz de una setentona.

LA MONJA.

Ved qué decís, caballero,
Que yo no he sido hasta ahora
Torneira, y lo soy este año
Por muerte de Sor Leoncia!

DON JUAN.

¿Murió la pobre?

LA MONJA.

Murió.

Mas mirad que se prolonga
La conversacion y....

DON JUAN.

Es cierto:

Si fuerais vos....

LA MONJA.

Servidora

Vuestra.

DON JUAN.

Callada y prudente....

LA MONJA.

Cuando la obediencia importa.

Yo soy obediente y....

DON JUAN.

¡Bueno!

Si no desplegais la boca,
Yo os prefiero á la abadesa.

LA MONJA.

No hay abadesa, es priora.

DON JUAN.

A la priora, es lo mismo,
Para hablaros de una cosa,
De un secreto que interesa.

LA MONJA.

¡Secreto!

DON JUAN.

A la mayor honra
Y gloria de Dios, y vuestra.

LA MONJA.

¿Mia?

DON JUAN.

Pues, y de las monjas.

LA MONJA.

Decídmelo.

DON JUAN.

Es imposible.
Espacio ha de ser y á solas,
Y pronto, pues urge mucho.

LA MONJA.

¡Ay Dios!

DON JUAN.

¡Eso es! ya medrosa
Vais á publicarlo todo
Y vais... vaya ¿teneis hora
En que poder escucharme?
Porque es fuerza que persona
De la casa me segunde
La intencion.

LA MONJA.

Como no escoja
La de maitines....

DON JUAN.

¿De noche?
Mejor es que ninguna otra.
¿Y en dónde os veré?

LA MONJA.

En la reja
De esa capilla; me toca
Velar esta noche.

DON JUAN.

¡Bueno!
No falteis.

LA MONJA.

Estaré pronta.
En oyendo la campana....

DON JUAN.

Sí, mi casa está muy próxima,
La oigo bien.

LA MONJA.

Pues hasta luego

DON JUAN.

Adios, hermana... y memorial..

Salió la monja del coro,
Don Gil con su pierna coja,
Salió acabada la misa,
Y don Juan, el alma loca
De gozo, atisvó la reja
Citada, y buena juzgóla
Para el caso, en sí diciendo:
¿La niña ¡ehl si será tonta?

II.

INSENSATEZ Y MALICIA.

La media noche era dada,
Y aun tocaban á maitines
Los esquilones agudos
Con discordante repique,
Cuando don Juan de Alarcon
Dichoso en amor y lides
Tomaba punto en la calle,
Despreciando la molicie
De la cama, y sin cuidar
De que en el vulgo le tilden
La ronda, si se descubre
O hay lance que la complique.
Largo y toledano acero
Bajo la capa se ciñe,
Por si salen á campaña
Curiosos ó ministriles.
Por lo demas, su disfraz
Maldito lo que le aflije,
Solo de su ropa y cara
En todos lances se sirve,
Pues no le importa que nadie
Le conozca, ni le mire
Por donde quiera que vaya
Pase, espere, oiga ó platique.
Por consiguiente don Juan
Impertérrito prosigue
Esperando que la reja
O se ocupe ó se ilumine.
Y está la noche á propósito,
Pues pardas nubes impiden
A la encapotada luna
Que en toda su fuerza brille.
De modo, que siendo á un tiempo

Clara y nublada, despide
Luz para quien luz desea,
Sombra para quien la pide.
Todo en Palencia reposa
Que es ciudad pobre, aunque insigne,
Y alberga de labradores
Gran parte y de gente humilde,
Y es fuerza que pues madrugan
Largas horas no vigilen,
Ni pasos pues, ni rumores
De vivientes se perciben;
Oyese solo del aire
El son prolongado y triste,
Y el ladrido de los perros
Que ecos lejanos repiten.
Suenan á lo lejos el órgano,
Y vienen á confundirse
Con sus cláusulas calientes,
Las ráfagas invisibles
Que de las torres perdidas
En los calados sutiles
Murmuran, silban, ó zumban,
Chillan, retumban ó gimen.
Horas medrosas son estas
En que la mente concibe
Larga turba de fantasmas
Que estorban aunque no existen.
Horas que para sus juntas
Los espíritus eligen,
Y el vulgo para sus cuentos
De apariciones y crímenes.
Mas sin acordarse de ellas
Con ánimo osado y firme,
Aunque de aguardar cansado,
Y casi tentado á irse,
De arriba abajo don Juan
La calle embozado mide
A la sombra de las tapias,
Y al compás de los maitines.
Y ya en el centro del claústro

Cesado habian de oirse
Tiempo hacia, y ya el mancebo
Renegaba de la estirpe
De la tornera, y de todas
Las monjas que á coro asisten
En el mundo, cuando á espacio
Siente la ventana abrirse,
Y en la oscuridad confusa
Haciendo vista de lince
Un vago contorno blanco
Tras de los hierros percibe.

DON JUAN.

Hermana ¡Gracias á Dios!
Mas de un hora me tuvisteis
De planton, ¡Dios os lo premie!

LA MONJA.

¿Tardé mucho?

DON JUAN.

(Vaya un chiste.)

No hay para que hablar ya de ell
Puesto que al cabo vinisteis.

LA MONJA.

¿Sabe lo que digo, hermano?

DON JUAN.

No hermana, si no lo dice.

LA MONJA.

Direlo: cuando muchacha
Leí unos libros que escribe
Un tal Quevedo, que tienen
A fé mia mucho chiste,
Y hay un lance en uno de ellos
Tan bonito.... y que á decirle
Verdad se parece tanto
A esta noche...!

DON JUAN.

¿En qué, mi Filis?

LA MONJA.

En que hay un mozo en la calle
Que sois vos, y viene á oírle
Una mujer, que soy yo, y.....
Pero antes que se me olvide
Mirad, Filis no me llamo
Sino Margarita.

DON JUAN.

¡Miren

Qué nombre tiene tan lindo
La hermana!

LA MONJA.

¿Os gusta?

DON JUAN.

Indecible

Gozo me da vuestro nombre
Y admiro que signifique
Una cosa tan preciosa
Como quien le usa y recibe.

LA MONJA.

¿Gasta lisonjas hermano?
Mas soy curiosa, decidme
¿Y Filis qué significa?
Que há poco me lo digisteis.

DON JUAN.

Esa es una pastorcilla
Muy bonita, de unos quince
Años, con dos ojos negros
Que en luz con el sol compiten,
Y con un cútis mas blanco
Que las plumas de los cisnes,

Con un cuerpo mas esbelto
Que una palma, y mas flexible
Que los juncos olorosos
Que en el agua echan raices,
Y con dos manos mas bellas
Que el nácar y los jazmines.

LA MONJA.

¿Y dónde está esa muchacha?

DON JUAN.

Es una niña invisible
Que en la idea solamente
De los poetas existe.

LA MONJA.

¿Y qué tengo yo que ver
Con Filis?

DON JUAN.

¿Nunca os pusisteis
Delante de algun espejo?

MARGARITA.

Sí por cierto.

DON JUAN.

Y la visible
Apariencia del cristal
¿Qué os mostró?

MARGARITA.

No es muy difícil
De decir, era otra yo,
Otra monja.

DON JUAN.

¿Nas no visteis
Que era una monja muy bella
Aunque estaba un poco triste?

MARGARITA.

¡Calla! es verdad que lo estaba?

DON JUAN.

Y sin los frescos matices
De un rostro tan jóven!

MARGARITA.

¡Vaya!

DON JUAN.

Y ojerosa, y ¿no os hicisteis
Cargo de lo mal que iban
Aquellos mil arrequives,
De tocas y de sayales,
Y de mantos, que la impiden
Mostrar el cuello de tórtola,
El alto pecho de cisne,
Y los tornátiles brazos,
Y las madejas sutiles
De los sedosos cabellos
Que para nada la sirven?

MARGARITA.

Hermano ¡Jesús mil veces!
Jesús qué cosas me dice
Tan peligrosas. empiece
Lo que tenga que advertirme
Del secreto.

DON JUAN.

(Pobrecilla)

Pues bien, Margarita, oidme.
Si conocierais á un hombre,
Como allá dentro os lo finge
Vuestra mente, osado, jóven,
Cariñoso, irresistible,
Y os dijeran que en el mundo
Pasan sucesos horribles,
Guerras y persecuciones,

Muertes é incendios á miles
Cometidos por contrarios
Victoriosos é invencibles,
Que demuelen las iglesias
Y se teme que se avisten
Dentro de poco en Palencia
Y á todos nos aniquilen;
Y ese mancebo os dijera,
Vén, es forzoso seguirme,
Yo solo puedo salvarte
Yo te amo! ¿osarias seguirle?

MARGARITA.

¡Dios miol

DON JUAN.

Si ese os dijera
Yo sé un lugar infalible
Donde sin guerras ni duelos
Y sin afanes se vive
Con compañerós alegres,
Entre danzas y festines
Prolongados en la noche
Con funciones y con brindis,
Y yo soy dueño absoluto
De esos lugares felices,
Y tú ¡Margarita mia!
¡Luz de mis ojos! tú triste
En la soledad consumes
Tus auroras juveniles,
Tus olvidados encantos....
¡Oh alma mia! presto sigueme
Vén, huyamos amor mio,
Huyamos de estos confines
Donde la muerte te aguarda
Y la desdicha reside;
¿Qué dirias?

MARGARITA.

¡Ay hermano,

No sé qué me dá!... decidme
¿Todo eso es cierto?

DON JUAN.

Muy cierto.

Pero secreto imposible
De revelar, porque todos,
Quieren que todos peligren
Al mismo tiempo y sucumban,
Y á quien lo sabe persiguen
Con tormentos y castigos;
Con que, hermana, por terrible
Que sea la tentacion
De hablar, cómo la resiste
Vea, porque si lo cuenta
Tal vez su vida peligre!

MARGARITA.

¡Ay virgen santa!

DON JUAN.

Y la aviso
Que si á mi razon se rinde
Yo la sacaré del cláustro
Antes que el mal se aproxime.

MARGARITA.

¡Ay sí, sí!

DON JUAN.

¿Consiente en ello?

MARGARITA.

Sí por cierto.

DON JUAN.

¿Y será firme
En resolucion tamaña?

MARGARITA.

¿Qué si seré?—Dios me libre
¡Morir así entre las manos
Sangrientas de esos caribes
Que decís!

DON JUAN.

Pensadlo á solas
Y entraos, no nos atisven
Y nos fustren el intento:
A Dios hermana.

MARGARITA.

El os guie
Y os acompañe.

DON JUAN.

¡Ea á Dios!
Y si estais pronta á seguirme,
Yo os quiero mucho, y con tiempo
Salvaros no es muy difícil.

MARGARITA.

A Dios.

DON JUAN.

A Dios.

Y á la reja
Echó los cerrojos triples
La monja, y empezó el mozo
A todo trapo á reirse.

Abrió al fin y entró en su casa
Con llavin de que él se sirve;
Acostóse, y rebujándose
La ropa hasta las narices
Apagó la luz diciendo:
«Pues señor, bien: muchas hice,
»Mas vive Dios que esta última
»Será tal que me acredite.

III.

TENTACION.

Aun no cuenta Margarita
Diez y siete primaveras:
Y aun virgen á las primeras
Impresiones del amor,
Nunca la dicha supuso
Fuera de su pobre estancia,
Tratada desde la infancia
Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles
Desconocidos y avaros
Compró la infeliz muy caros
Los gustos de su niñez.
Y al cabo tornóse en humo
Y en soledad para ella
La vida futura y bella
Que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta
Cuando en el mundo vivia
Solo del mundo veia
La calle tras un cancel:
Y no alcanzó, de su casa
Fuera del triste recinto
El mágico laberinto
Que se estendia trás él.

Jamás pensó que las flores
Que sus jardines criáran,
Los salones perfumáran
Preparados al festin:

Jamás pensó que las noches
Que ella pasaba en su lecho
Tuvieran bajo otro techo
Mas delicioso, otro fin.

Que las danzas bulliciosas;
Las alegres serenatas,
Las mil quimeras dichosas
De la alegre sociedad,
Aun no habían en tumulto
Ido á tender en sus sueños
Los dos lazos halagüenos
De amor y de *vanidad*.

¡Amor! esa fantasía
Vaporosa y encantada,
Selva escondida, empapada
De armonía y de placer;
Santuario de la ventura,
Magnífico paraíso
Donde ir vagando es preciso
Tras un fantástico sér.

Un sér que huye y se engalana
Con los colores del viento,
Y se nos muestra un momento
En fugitiva ilusión,
Y un sér que á pocos contenta
Cuando por fin alcanzado
Deja el oropel prestado
Y descubre el corazón.

¡Feliz quién halla en su centro
Fresco pabellón tranquilo
De reposo, y no dá asilo
En él á la *vanidad*.
La vanidad, luz fosfórica
Que ilumina los espejos,
Y causa con sus reflejos
Del alma la ceguedad.

¡Inocente Margarita!
Fugitiva mariposa
Que de esa luz engañosa
En torno girando vas!
Plega tus alas errantes,
Y en tu inocencia dormida
No pienses en otra vida
Que te doraron quizás!

Mas ¡ay! que dulces palabras
Sonaron en tus oídos
Y los deseos dormidos
Se revelaron en pos.
¡Ay! ¿por qué en el mundo vano
A quien le da la inocencia,
No le da la resistencia
Para defenderse, Dios?

La vida hermosa se finge,
Y aunque en ilusion escasa,
Ya en impaciencia se abrasa
De sentir y de gozar.
Y no es temor á los males
Que don Juan la profetiza;
Es que el placer diviniza
Y le adora á su pesar.

¡Pobre niña! Allá á sus solas
Ciega por un mal consejo,
Por vez primera un espejo
Elegió para su juez.
Y recordó las palabras
De un seductor insolente,
Y recordó la inocente
Los días de su niñez.

Cuando su madre á deshora
De los festines volvía,
Y entre sueños la veía
Sus adornos deponer;

Cuando acaso desvelada
Al son de los instrumentos,
Sentia los aposentos
Vecinos estremecer.

Y cuando acaso á escondidas
Asomada á una ventana,
Via la turba profana
Voluptuosa pasar;
Y al brazo de los mancebos
Con el deleite mas bellas,
Asidas muchas doncellas
Sonreir y platicar.

¡Oh! que seis años monótonos
De soledad y convento,
Habian su pensamiento
Reducido á un punto ruin.
A espacio tan miserable,
A círculo tan mezquino,
Que era el claustro su destino
Y el altar era su fin.

«Aquí está Dios;» la dijeron,
Y ella dijo: «yo le adoro.»
«Aquí está el torno y el coro.»
Y pensó: «¡No hay mas allá!»
Y sin otras ilusiones
Que sus sueños infantiles,
Pasaron sus seis abriles
Sin conocerlo quizá.

¡Pobre tórtola enjaulada
Dentro la jaula nacial!
¿Qué sabe ella si hay mas vida
Ni mas aire en que volar?
Si no vió nunca sus plumas
Del sol á los resplandores,
¿Qué sabe de los colores
Con que se puede ufanar?

Mas ¡guay que alcance á lo lejos
Del dia la lumbre pura,
De la selva la frescura,
Y el arrullo de su amor.....
Su nido será su cárcel,
Su potro serán las rejas,
Sus arrullos serán quejas,
Y su silencio dolor!

Mas es tarde; Margarita
En la noche solitaria
Oyó amorosa plegaria,
Y se despertó su afan.
Su corazon revelóse
Con incógnitos afectos,
Y ódio los santos preceptos
Al recordar á don Juan.

Y confundiendo en su mente
Sus amagos y alabanzas,
Ya en risueñas esperanzas
Ya en inocente pavor
Contemplándose al espejo
Con la luz de la bujía
Así pensaba y decia
Margarita en su interior.

«¿Con que hay fiestas y banquetes.

»Y nocturnos galanteos,

»Y deliciosos paseos

»De esta pared mas allá?

»¿Con que esta toca de lana

Cambiada en perlas y flores

Hará mis gracias mayores

»Y mas hermosa me hará?

»¿Con que aquellas relaciones

»De encantos que yo leia

»Y que apenas comprendia

»Ni comprendo ciertas son?

- »De aquellas magas fantásticas,
- »De aquellos bravos guerreros
- Y gentiles caballeros
- »La historia no es ilusion?

-
- »Y se encuentran y combaten
 - »Por bizarras hermosuras
 - »Y corren mil aventuras
 - »Por agradarlas mejor;
 - »Y ellas viven en palacios,
 - »Y vagan por sus jardines:
 - »Y celebran con festines
 - »La ventura de su amor.

-
- »¡Oh! ¡qué ese hombre me lo ha dicho
 - »Sí, sí, negros son mis ojos.....
 - »Y esta toca me da enojos
 - »Y me hace fea tal vez!.....
 - »El me lo dijo ¡lisonja!
 - »Mas probemos, me la arranco;
 - »¡Oh como el armiño blanco
 - »Mi pecho...! blanca mi tez!

-
- »Blancos mis brazos redondos,
 - »Mis mutilados cabellos
 - »Son de azabache... y en ellos
 - »Puesta aunque mal esta flor!...
 - »Cuán bien me va... ¡oh soy hermosa!...
 - »Y encerrada me consumo,
 - »Y se pierden como el humo
 - »Mis dias de mas valor.»

Así desnuda al espejo
Presentando su hermosura
Margarita, en su locura
Deseó la libertad,
Y acosada por tan varios
Pensamientos tentadores
Los deleites seductores
Amó de su vanidad.

Y desde esa triste noche
Cabizbaja y distraida
Sintió su fé decaida,
Estéril su religion;
Y allá muy lejos del claústro
Perdido su pensamiento
Para huir no tuvo aliento
La terrible tentacion.

Y pasaron muchas noches,
Y don Juan siguió viniendo
A la reja, y siguió oyendo
Margarita al seductor,
Y con las dulces promesas
Del galan adormecida
Suspiró por otra vida
De deleites y de amor.

Que era el mozo muy astuto,
Y era muy cándida ella,
Y era la monja muy bella
Y el rondador muy audaz;
Las noches eran oscuras.
Las citas muchas y en calma,
Y el amor prende en el alma
Con la chispa mas fugaz.

¿Y quién esplica aun queriendo
El efecto poderoso
Con que un coloquio amoroso
Cambia al fin un corazon?
¿Y quién los medios esplica
Con que nos sale al encuentro
Un amor que enciende dentro
El volcan de una pasion?

¿Qué puede hacer Margarita
Si lo ignora aunque lo siente?
Como victima inocente
Ir, dejarse arrebatat,

Hacer dentro de su pecho
Sus creencias mil pedazos
Y de don Juan en los brazos
Caer, al pié del altar.

Y cayó: que en una noche
Por don Juan determinada
Debia la desdichada
Con él la fuga emprender.
Y oyóseles en la sombra
Darse la cita postrera,
Y acabar de esta manera
Ya cerca de amanecer.

DON JUAN.

»No hay mas medio Margarita.

MARGARITA.

Mañana pues.

DON JUAN.

Tanto monta
Un dia antes; estad pronta.

MARGARITA.

¿Con que á las dos?

DON JUAN.

A las dos.

MARGARITA.

Por el huerto.

DON JUAN.

Estaré á punto,
Traeré una escala pequeña
Y al dar las dos me hareis seña.

MARGARITA.

Y haré cuanto os plazca á vos.

DON JUAN.

Pues á Dios.

MARGARITA.

Idos tranquilo
A dormir y hasta mañana.
Y se cerró la ventana,
Y entró en su casa don Juan;
Y dicen que entre la puerta
Quedó á la reja mirando
Su posicion meditando
Tal vez con algo de afan.

Mas al fin dijo perdiéndose
Por una escalera estrecha:
«Pues señor, es cosa hecha;
»¡Mas me ocurre una cuestion!
»Dineros.... ¡bah! tiene padre
»Dentro su alcoba una arquita
»Que há un año que la maldita
»Me está dando tentacion.

«Con que don Juan no hay cuidado
»Vendrá Dios y medraremos.»
Y asiendo los dos estremos
De la sábana á la par
Con un movimiento rápido
Se hundió don Juan en su lecho,
Y durmió tan satisfecho
Que era cosa de envidiar.

IV.

¡Oh religion consoladora y bella,
Feliz mil veces quien á tí se acoje
Y el norte sigue de tu fija estrella,
Y tu divina luz constante adora;
Que en la fiera borrasca asoladora
De esta vida de llanto y de pesares
Nunca extraviado perderá la huella
Del *mas allá* que empieza en los altares!

Sí, misteriosa religion, tú tienes
Consuelos para el triste, y alegrías
Para quien cuenta sus tranquilos días
Por venturas y bienes!
Tú tienes el azote del malvado,
La corona del justo,
La palma de la virgen inocente,
Y esperanza del náufrago postrado,
Y ánimo del soberbio delincuente
Siempre se vé brillar allá en la altura
El vivo lampo de tu lumbre pura.

Si Jehová soberano
Indignado recurre el mundo inicuo
Y aparta del su poderosa mano
Y las razas maldice,
Torpemente mezcladas
De su Dios y su origen olvidadas;
Si agita sus caballos iracundos
Y su carro de fuego airado lanza
Por medio de los mundos,
Y encima de las turbas insensatas
Revienta las henchidas cataratas;
Al justo salva, y luego
Tornando compasivo á la bonanza
De su ira celestial matando el fuego
En prenda de salud y de sosiego

Tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Gólgota pendiente
Tinto en su sangre con horror espira,
A la precita gente

Con tiernos ojos espirando mira,
Y conociendo que quien tal le puso
No merece perdon por parte suya
A su madre infeliz les encomienda.

«Vuestra madre mirad.»—dijo muriendo,

»Esa de mi bondad última prenda,

»Si algun dia verteis sincero llanto.

»Por vosotros pidiendo

»Para salvaros del azar tremendo

»Real protectora os tenderá su manto.»

Y á tí, madre amorosa,

Los tristes ojos con afan volvemos

En la airada tormenta procelosa

Y en tí esperamos y en tu amor creemos

Y á tí tornados á tus pies caemos.

Porque del hijo Santo

Quien ha escupido en la divina cara

Arrepentido al cabo ¿á quién mostrara

Mas que á la madre el doloroso llanto?

¡Ah! ¿quién le comprendiera

Ni quién capaz para enjugarle fuera

Sino quien puede de su dulce boca

Con la dulce sonrisa

Calmar la ira que el baldon provoca,

Como disipa la apiñada niebla

El lento soplo de la blanda brisa?

¡Oh dulce madre celestial y bella

Feliz mil veces quien á tí se acoje

Y el norte sigue de tu fija estrella

Y tu divina luz constante adora,

Feliz mil veces, inmortal Señora!

Feliz Margarita bella,
Cuya infantil confianza
De la luz de tu esperanza
No perdió nunca la huella.

V.

LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada
Por don Juan, fria y oscura;
El aire revuelto augura
La vecina tempestad.
Ni un astro al azar perdido
En el cielo azul riela,
El aire que corre hiela,
Triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla,
Por las bóvedas sombrías
De sus largas galerías
Ni un viviente, ni una luz.
Ninguna perdonó el soplo
Del viento desordenado
Tada la tierra ha calutado
La noche con su capuz.

De los laureles del huerto
Las ojas mecidas suenan,
Y el claustro vecino llenan
De ruido amedrentador,
Que prolongado en la bóveda
Y perdido en su hondo hueco
Sin cesar le arrastra el eco
De uno en otro corredor.

A veces por un instante
Todo el ámbito ilumina
La claridad repentina
De un relámpago fugaz.

Y en el momento en que todo
A la vista se presenta
Todo de formas aumenta
Y todo cambia de faz.

— — —
Allá á través alumbrado
De un arco el contorno crece,
Y un ántro infernal parece
De cárdeno resplandor:
Allí las verjas clavadas
En los pilares sujetos
Fugitivos esqueletos
Representan con pavor.

— — —
Allá un tapiz suspendido,
Sobre una puerta enrollado
Semeja un monstruo enroscado
Que se arrastra en un rincón,
Allí empinado en su losa,
De algún fundador el busto
Remeda con fiero susto
Gigantesca aparición.

— — —
Acongojada la gente
Con tan varias ilusiones
Redobla las aprensiones
Que la vienen á turbar;
Y engañados los sentidos
La lengua á invocar no acierta
Favor, ni la planta incierta
Se decide á caminar.

— — —
Estorbos mil al encuentro
Nos salen á un punto mismo;
Do quiera se abre un abismo
Donde avanzamos el pié,
Do quiera una sombra horrible
Nos descarria y espanta,
Y se anuda la garganta
Y se acobarda la fé.

Noche medrosa era en suma
La elegida por el mozo,
Aunque él obra sin rebozo,
Remordimiento ni afan:
Y atribulada en su celda
Esperaba Margarita
El momento de la cita
Postrimera de don Juan.

Su mente infantil, curiosa,
Ansiaba el dulce momento,
Mas vago remordimiento
La roía el corazón.
Y recostada en su lecho
Sin apagar su bujía
Luchaba, mas no podía
Con la loca tentación.

De aquellos seres fingidos
Por don Juan, con la presencia
Se amedrentaba en Palencia
Creyéndoles ya tal vez;
Y se fingía entre sueños
A sus quietos moradores
Envueltos en los horrores
En que cree su sencillez.

Mas apacible otras veces
Su ilusión la presentaba
Mil sombras que engalanaba
Su imaginación pueril;
Y recorría entre sueños
Los encantados espacios
De los mentidos palacios
De su seductor gentil.

Blanca paloma perdida
Próxima a tender su vuelo
Para buscar otro cielo
Mas diáfano en que volar,

Media el espacio inmenso
Que recorrer intentaba,
Y antes de alzarse dudaba
Si le podría cruzar.

Tal vez sentia su nido
Dejar allí abandonado
Do habria tal vez gozado
De su ventura mayor;
Mas ciega y enamorada
Y acaso falta de aliento
Iba á lanzarse en el viento
Para seguir á su amor.

Pobre barquichuela débil
Que en pos de nave enlonada
Salia desesperada
Sin mas norte que el azar.
Tal vez temia la triste
Que una tormenta futura
La sorprendiera en la altura
Del no conocido mar.

Y aunque fiada en su breve
Tranquilidad engañosa,
Imprudente ú orgullosa
Se preparaba á partir.
Temia que una vez suelta
Botada á la mar bravia,
Fuera imposible la vuelta
Y el fondo su porvenir.

Mas ¡ay así estaba escrito!
De oculto sino impelida
De su azarosa partida
La hora precisa llegó.
Llegó, y al fin Margarita
Que oído prestaba atento
Oyó perderse en el viento
Los dos golpes del reló.

Salió cautelosa y tímida
De su celdilla temblando,
A todas partes mirando,
Y á tientas guiando el pié;
Mas ya en la lucha postrera
Paóxima á colmar su falta
Siente que el pesar la asalta,
Y que renace su fé.

Al corazon se le agolpan
Mil vagos remordimientos
Y vagos presentimientos
De incomprendible pavor.
Y en su creencia sencilla
Del Dios mismo á quien ofende
Tal vez recibir pretende
Perseverancia y valor.

Cruzó el solitario claustro
Bajó el caracol estrecho
Y á una ventana en acecho
Quiso un instante posar;
La tempestad empezaba,
La lluvia espesa caia,
Y el recio viento la hacia
Sobre los vidrios botar.

«¡Qué noche! dijo espantada,
»Si habrá don Juan desistido!»
Mas percibiendo ruido
Por las tápias del jardin,
Escuchó sobrecogida
Y en un postigo inmediato
La seña oyó á poco rato
Que la avisaba por fin.

No esperó mas, con pié rápido
Ganó el último aposento,
Deseando del convento
Los límites trasponer

Y ya del sacro recinto
Fuera la planta ponía,
Cuando en una galería
Una luz alcanzó á ver.

Detúvose á los reflejos
De aquella luz solitaria
Y lágrima involuntaria
Sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
Por una dulce memoria
Y al claustro precipitada
La pobre niña volvió.

Por imbécil ó insensible
Corazon vil que se tenga,
Fuerza es que alguna mantenga
Consoladora ilusion;
Y por mas que sea odiosa
La mansion donde se pasa
La vida, siempre á la casa
Se apega nuestra aficion.

Siempre, aunque sea una cárcel
Hay un rincon olvidado
Do alguna vez se ha gozado
Un instante de placer,
Y al dejarle para siempre
Conociendo que le amamos,
Un ¡adios! triste le damos
Sin podernos contener.

Margarita que encerrada
Pasó en el claustro su vida
A dar una despedida
Tornó á su amado rincon;
Porque en la virtud criada
Y segura en su creencia
Uno buscó en su inocencia
Su cándido corazon.

En un altarcillo humilde
En un corredor alzado,
De flores siempre adornado
Y alumbrado de un farol,
De una Concepcion habia
Primorosa imagen una
A quien calzaba la luna
Y á quien coronaba el sol.

— — —
Era el lugar retirado,
Mas la escultura divina
Tan bella y tan peregrina
Que era imposible pasar
Por delante sin que un punto
El celestial sentimiento
De su rostro, el pensamiento
Se gozara en contemplar.

— — —
Y aquel fué de Margarita
El rincon privilegiado;
Ni una noche se ha pasado
Mientras en el claustro vivió
En que allí no haya venido
Humildemente á postrarse
Y en manos á encomendarse
De la que nunca pecó.

— — —
La pobre niña agoviada
De soledad y fatiga
Buscó en su encierro una amiga
En quien creer y esperar;
Y hallando aquella escultura
Tan amorosa y tan bella
Partió su amistad con ella
Y se encargó de su altar.

— — —
Cortóla preciosas flores,
La hizo ramilletes bellos,
Puso escondidos en ellos
Aromas de grato olor;

Tendió á sus pies una alfombra
Y en un farol que ponía
Conservaba una bujía
Con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando
Aquella luz solitaria
Vino la última plegaria
Con lágrimas á exhalar,
Y allí á la divina imágen
Con voz triste y lastimera
La dijo de esta manera
De hinojos ante el altar.

«Ya ves que al fin es preciso
»Que deje yo tu convento,
»Mas ya sabes que lo siento
»¡Oh virgen mía! por tí.
»Y puesto que de él sacarte
»No puedo en mi compañía
»No me abandones María,
«Y no te olvides de mí.

»Ojalá entre mis hermanas
»Hubiera otra Margarita
»Que con tu imágen bendita
»Obrara como ella obró.
»Ojalá esta luz postrera
»Que en esta noche te enciendo
»Estuviera siempre ardiendo
»Mientras te faltara yo.

»Mas ¡ay! ninguna te quiere
»Como yo, son mis angustias
»Pensar que estas flores mústias
»A tus pies se quedarán,
»Y se apagará esa vela,
»Se ajarán tus vestiduras,
»Y los que pasan á oscuras
»Tu hermosura no verán.

»Al fin yo parto, señora,
»Mi confianza en tí sabes,
»En prueba toma esas llaves
»Que conservo en mi poder.
«Guárdalas, otra tornera
»Elige á tu gusto ahora,
»Y el cielo quiera señora,
»Que nos volvamos á ver.»

Así Margarita hablando
Con lágrimas en los ojos
Ante la imágen de hinojos
Los sacros pies la besó.
Y dejándola las llaves
Y encendiendo la bujía
Traspuso la galería
Ganó el jardín y partió.

Quedóse el claústro recóndito
Por el farol alumbrado
Que dejó al irse colgado
Margarita en el altar.
Y solo se oyó tras ella
El rumor del aguacero
Y el soplo del aire fiero
Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,
Y al revolver una calle
Un mancebo de buen talle
Y resuelto continente
Con otro dió que volviendo
La esquina del otro lado
Con él se quedó encarado
Cual memoria de él haciendo.
Y al fin ambos contemplándose
A poco reconocidos
Se abrazaron decididos
En tal coloquio trabándose.

DON GONZALO.

¡Por vida mia! don Juan,
¿Pues cómo en Valladolid?

DON JUAN.

De paso para Madrid.

DON GONZALO.

¿A las fiestas?

DON JUAN.

Todos van.

DON GONZALO.

Mas falta un mes todavia.

DON JUAN.

Paréceme don Gonzalo
Que llegar pronto no es malo:

Ya sabeis que es mi mania.
Do quier que de diversion
Barrunto un lijero asomo,
Lo menos para ir me tomo
Un mes de anticipacion.

DON GONZALO.

¿Y para qué tiempo tanto?

DON JUAN.

Si la funcion sale huera
Yo no me pierdo siquiera
Todo el mes que me adelanto.

DON GONZALO.

A fé que razon os sobra
Y á poder irme con vos.....

DON JUAN.

¿Teneis que hacer, vive Dios,
Mas que ponerlo por obra?

DON GONZALO.

Y mi tutor ¿qué dirá?

DON JUAN.

¿Pensais que en este momento
Mi padre estará contento?

DON GONZALO.

Vos pues...

DON JUAN.

La pregunta está
Demas, mas ved que os aviso
Que si os venis á Madrid
Salir de Valladolid
Dentro de una hora es preciso.

DON GONZALO.

¿Cosa es tan desesperada?
Yo nada tengo dispuesto.

DON JUAN.

¡Por Dios es grande pretesto!
Jamás dispongo yo nada
Y logro cuanto deseo.

DON GONZALO.

Los medios que usais ignoro.

DON JUAN.

¡Busco un puñado de oro,
Tomo un jaco y Laus Deo!

DON GONZALO.

¡Ya! jacos tengo ya dos,
¡Mas dineros....!

DON JUAN.

¡Grande afan!
Vended el uno á un chalan
Y echad en el otro vos.

DON GONZALO.

Dadlo por hecho.

DON JUAN.

Atended
Don Gonzalo, mejor fuera
Tomar un coche si hubiera.

DON GONZALO.

¿Pues qué tiene su merced
Que le estorban los caballos?

DON JUAN.

¿Qué se yo? tengo una yegua

Que apenas anda una legua.....

DON GONZALO.

¿Se resiente de los callos,
Eh? pero como gustéis,
Decision es lo que importa.

DON JUAN.

Pues la cuestion es muy corta,
Mis dos caballos podeis
Vender tambien y en una hora
Yo tendré coche buscado,
Pues va otro asiento ocupado.

DON GONZALO.

¿Por quién?

DON JUAN.

Por una señora.

DON GONZALO.

¡Hablarais para la noche
Cuerpo de tal!

DON JUAN.

Bien, pues id,
Y á las puertas de Madrid
Vos con oro y yo con coche
Dentro de un hora estaremos,
Mas no digais donde vamos
Que somos dos y bastamos
Para ir como merecemos.

DON GONZALO.

Iré.

DON JUAN.

La hora cabal.

DON GONZALO.

Ya vereis mi rapidez,
Allí estoy fijo á las diez.

DON JUAN.

Pues eso es lo principal.

Y así diciendo, á buen paso
Partieron á su destino
Cada cual por su camino
Y no en brazos del acaso.

Que eran amigos antiguos,
Y en el tiempo que escolar
Fué don Juan, para habitar
Tomaron cuartos contiguos.

Por eso se conocian
Tan á fondo ambos á dos,
Y el uno del otro en pos
Mil locuras emprendian.

Y aquí lector por no ser
En demasía prolijo,
Que te imagines elijo
Lo que pudo acontecer.

Pues los mil inconvenientes
Que ambos de orillar tuvieron,
Y el cómo se compusieron
Para obrar tan diligentes,
Te aseguro que se ignora;
Mas lo cierto de este asunto
Es que estuvieron á punto
Al concluirse la hora.

Daba las diez el reló
Y el coche les aguardaba,
Y don Gonzalo llegaba
A quien don Juan demandó:

DON JUAN.

¿Qué hay don Gonzalo?

DON GONZALO.

Tomad.

—¿Cuánto?

—Sesenta doblones.

No pude de esos bribones
Conseguir mas cantidad.

—¡Bah! don Gonzalo, si os pesa
Que el número sea tan vil,
Yo traigo aquí mas de mil
Para ayuda de la empresa.

—Adelante pues.

—¡Pues ea!

Mayoral, pica el ganado,
Que el viaje será apreciado
Conforme el camino sea.

Y al punto sin mas azares
Aprontaron el transporte
Y echaron hácia la corte
De Olmedo por los pinares.

Eran seis meses despues
Y trocada la fortuna
Estaba ya para todos,
Que todo el tiempo lo muda.
Lanzados del mar del mundo
Entre la corriente turbia
Margarita, don Gonzalo,
Y don Juan, los tres á una
Las heces de los deleites
Apuraban en hartura
Repletos hasta el hastío
De sus delicias inmundas.
Pasado habian las fiestas
Que los reyes acostumbran
A dar á sus pueblos cuando
Su padre baja á la tumba.

Fueron las que el Conde-Duque
Dió á Felipe Cuarto muchas,
Y ellos corrieron en ellas
En brazos de la locura,
Y de su oro disipada
La crecidísima suma,
Harto don Juan de la monja
Que sus desvíos acusa,
Dudosa de los dos mozos
La amistad, que poco dura
Entre quien de ella pagándose
Inconsiderado abusa,
Del porvenir de los tres
El horizonte se anubla
Y la discordia fermenta
Dentro sus almas oculta
Y tantas nubes preñadas
De descontento se agrupan
Que está la tormenta próxima
A desatarse con furia
Al menor soplo de viento
Que la impela ó la sacuda;
¡Tan poco del mundo estéril
Las satisfacciones duran!
Don Gonzalo, que debiera
Mirar de don Juan la mucha
Generosidad mostrándole
Ciega confianza mútua
Pues usa de cuanto tiene
Y hasta de su nombre usa,
De su amistad poco á poco
Afloja las ligaduras.
Sus negocios le recata,
De sus conquistas nocturnas
No le dá parte, y descubre
A Margarita las suyas.
De un lado atiza los celos,
De otro sospechas abulta,
Y en fin su próxima vuelta
A sus hogares anuncia.

Don Juan no lo siente y calla,
Porque don Juan no se cura
Mas que de vivir gozando
Mientras que sus oros triunfan.
Y don Gonzalo que advierte
Que estos están en las últimas
Pretestos busca á sus solas
Para afean su conducta.
Que es don Gonzalo hombre p^érvido
Que la envidia disimula
De quien es mejor que él,
Y cuya alma no renuncia
A una venganza que siempre
A medios mezquinos junta:
Discolo en fin, aunque acaso
Su educacion le disculpa.
Y entre aquestos dos espíritus
Maléficos que la turban
Margarita el hondo caliz
De las desdichas apura.
Margarita que engañada
Consintió y necia en la fuga
Y salió exhalada al mundo
De los deleites en busca,
Cual mariposa perdida
Por el aura que perfuman,
Mil flores entre las cuales
Vaga errando de una en una
Mas que al apoyarse en ellas
Se estremecen y la asustan,
Y aturdida y fatigada
No osa parar en ninguna.

Hoy siente que la atormenta
Melancolia profunda,
Y uno tras otro sus días
En el pesar se sepultan.
Y vé sus mil iusiones
Que al principio se agrupan,
Del abismo de la nada

Donde con mano insegura,
En los bordes se mantienen
En desesperada lucha,
Y unas tras otras al cabo
Sin remedio se derrumban.

«¿En dónde están (se decía)
»Los sueños de mi ventura?
»Aquel país encantado
»Que exento estaba de angustias,
»Cuadro espléndido y magnífico
»Con una sola figura,
»Que era ese don Juan que ahora
»Duelos sobre mí acumula!
»¿Por qué le he creído? ¡neceia!
»¿Por qué le he creído nunca?
»¿Qué he encontrado yo en sus brazos
»Sino ficción y locura?
»¿Qué me ha dado en sus caricias
»A beber más que cicuta?
»¿Qué espero de sus promesas
»Sino que jamás se cumplan?
»Arrastrada entre sus vicios
»Y entre sus orgias impuras,
»Su amor me devora el alma
»Y él se harta de mi hermosura!
»Sí, por otro amor me deja
»Encerrada en esta oculta
»Mansion, mientras él va ciego
»Tras de quien su amor rehusa;
»Tras esa beldad vendida,
»Que abre á la codicia pública
»Sus gracias, para que vaya
»A hojar en ellas la chusma;
»Y cuyos torpes aplausos
»La envilecen y la ensucian,
»Pues la apellidan á un tiempo
»Celestial y prostituta.
»¡Ah! los zelos me devoran:
»La envidia, el ódio me abruman.

»¡Yo le amo!.... y es imposible
»Que su indiferencia sufra.
»Él me sedujo; él mis ojos
»Abrió á la luz de la culpa;
»Yo era una pobre inocente,
»Mi alma era cándida y pura,
»Sus palabras me eran dulces
»Como una lejana música,
»Mas ardientes que un volcan
»Y mas que una lanza agudas.
»¿Qué hiciera yo mas que oírse las
»Con idolatría estúpida?
»¡Ay! ¿quién pudiera tornarme
»A mi sencillez inculta
»Y á mi inocencia del claústro?
»¿Quién amansara su furia
»De este amor y esta conciencia,
»Que para herirme se juntan?.»

Y es cierto cuanto en su duelo
La niña infeliz pronuncia,
Porque Don Juan la abandona
Harto ya de su hermosura.
Mozo sumido en los vicios
De juventud disoluta,
Todos los gustos le cansan
Si mas de una vez los gusta.
Y mientras hallaba encantos
Su pasión entonces única,
De la bella Margarita
En la virtud, su alma impura
Adoraba sus hechizos
Locamente, y mas la lucha
Con su virtud empeñaba
Aun de su victoria en duda;
Pero al punto en que sus ansias
Que por eternas la jura,
Trasladó á su corazón,
Ya de su amor se disgusta,
Y pues no espera otros nuevos

A sus placeres renuncia;
Y sus caricias le cansan,
Y le enojan sus preguntas,
Y le fastidian sus quejas,
Y su compañía escusa;
Y ella acosada de zelos,
Y herida de sus repulsas
Sus pensamientos acecha,
Y sus palabras estudia.
A veces desatinada
Y colérica le insulta,
A veces los pies le besa,
Y á veces humilde y muda
En cuantos gustos le advierte
Darle contento procura.
Mas él ni una mirada
Su amarga afliccion la endulza,
Ni una palabra la dice
Que confianza la infunda;
La espalda vuelve en silencio
Y tal vez con una injuria
Compensa sus atenciones
Que no le agradece nunca;
Y ella se queda llorando,
Y él sale, la faz ceñuda
Tras una mirada incierta
De la bailarina impúdica.
Y entre tanto don Gonzalo
Que calla, mira y escucha,
Cobra hastío de don Juan
Cuya elegancia y bravura
Se llevan la primer parte
En amores y fortunas:
Y él tiene, mas que le pese,
Que apechar con la segunda,
Que es cual todos los imbéciles
Que con los pillos se juntan,
Un inferior que acompaña
O que divierte ó que ayuda;
Pero al fin del sol del otro

Satélite que no alumbra.
Mas van tres meses que arde
Oculto el fuego, y en suma
No puede cumplirse el cuarto
Sin que á incendio se reduzca.

VII.

LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas
Tristes, nubladas y lóbregas
En que la luz de los astros
Rasgar no puede la atmósfera
En que un vapor se respira
Que en vez de aliviar sofoea,
Y en que la calma parece
De desastres precursora.
Don Juan en un negro acceso
De calentura amorosa
Y al ver que ni una sonrisa
De la bailarina logra
Dejó su casa llevando
Con él su riqueza toda,
Y resolvió por el juego
Tentar la fortuna loca.
Lanzóse pues en sus brazos,
Pero la inconstante Diosa
Mostrábale como siempre
La faz amenazadora.
Quedábanle ya tan solo
Sus diez postrimeras doblas
Cuando á una carta sin tino
Levantándose tirólas.
La suerte fué aquella vez
Menos cruda que las otras
Pues se cambió de repente,
Y él, que jamás la malogra,
De oro y de amor insensato

En la sed que le devora
Todo de una vez lo arriesga,
Todo de una vez lo cobra.
Y comprimidos los lábios,
Las pupilas en las órbitas
Rodando desconcertadas,
Burlando la astucia pronta
De los jugadores pálidos
A quien impone su torba
Mirada, el mozo impertérito
Oro sobre oro amontona,
Ya juegan sobre palabra
Y en vez de monedas joyas,
Y don Juan, que vé su suerte,
Las admite y las abona.
Ansiosos la tientan todos
Una vez y otra vez y otras,
Mas siempre en vano, el mancebo
Va tan certero que asombra.
En fin, don Juan, satisfecho
De fortuna tan dichosa
Se alzó, asomando á sus lábios
Una sonrisa diabólica.
Nadie le habló una palabra,
Ni saludó él á persona.
Guardó el dinero sin cuenta
Y, devolviendo las joyas,
Tomó la puerta en silencio;
Y aquellos á quien despoja
Le vieron por la escalera
Sumirse como una sombra.

«Todo lo puede el dinero,»
«Dijo en la calle á sus solas:
»Lo que al valor no se rinde
»Con la riqueza se compra.
»Veremos pues si con oros
»Hacemos mas que con horas.»

Y así hablando, en el teatro
Compró silla y ocupóla.
Era ya tarde y la fiesta
De aquella noche era corta,
Que daban una comedia
De Lope, sin otra cosa.
Estaba pues concluyéndose
Cuando entró: mas era otra
Su intencion que la de oirla,
Porque concluida toda
Fuese al vestuario y con maña
Llamando aparte á una moza,
Que él sin duda conocia,
La interpeló en esta forma:
«Toma esos ocho doblones,
»Y á esa Sirena engañosa
»A quien sirves, si te estimas,
»Dirás lo que aquí me oigas.
»Y és: que hay un noble extranjero
»Que al verla tan seductora
»Volver no quiere á su patria
»Sin un á Dios de su boca.
»Que si mañana en su casa
»Cenar con él no la enoja
»En presencia de un amigo
»Y de una fiel servidora
»Recibirá mil doblones
»Para recuerdo de la honra.
»Conque, olvidarte procura
»De que yo soy la persona
»Que irá a cenar, y no olvides
»Que el amigo será un mómia,
»Que tú serás quien nos sirva,
»Y que por cuenta redonda
»Bien te dará cien doblones
»Quien la dá doscientas onzas.»
Y así acabando don Juan
Hasta los ojos se emboza
Y parte, añadiendo bajo:
«Hasta mañana á estas horas.»

Quedó la criada un punto
Embebecida y absorta
Sin una idea en el alma
Ni una palabra en la boca,
Viendo cómo por la entrada
De una escalerilla angosta
El impetuoso don Juan
Se hundia como una sombra.
Que siempre aturde y fascina
La vista de una persona
Que tantos doblones gana,
Y tan sería los derrocha.

En un lujoso aposento
Y en derredor de una mesa
De viandas esquisitas
Y ricos vinos cubierta,
Sentada entre don Gonzalo
Y don Juan está Sirena,
Para ambos encantadora
Mas para don Juan risueña.
Es la tal una hermosura
Danzante, que apenas cuenta
Veinte y dos años de vida,
Mas en el arte maestra.
Y si va á decir lo cierto
La chica es como una perla,
Y fina como un coral,
Aunque hay una diferencia;
Que perla y coral con arte,
Con red y estacion se pescan,
Y aquí sucede al contrario,
Pues la pescadora es ella.
Sirena la llama el vulgo,
Y en verdad que no hay Sirena
Ni de voz mas seductora,
Ni en los encantos mas diestra.

Dice ella que tiene padres
En Jerez de la Frontera,
Aunque esto de su progenie
Maldito lo que interesa;
Porque ella es cosa lindísima
Y aunque de cuerpo pequeña,
Es acabada de formas,
Muy delicada y esbelta.
Tiene los cabellos negros,
La tez purísima y fresca,
Que puesta á distintas luces,
Puede ser blanca ó morena.
Manos torneadas y puras,
Mirada brillante y tierna,
Y dos lindos piececitos
Tan menudos que, á no verla
Usarlos tan fácilmente,
Nadie á sus solas creyera
Que todo su cuerpo en ellos
Sin peligro se mantenga.
Tal es la Sirena hermosa
Con quien esta noche cenar
En compañía algo libre
Alarcon y su colega;
Y tales son las palabras
Que en tal punto se atraviesan
Entre el vapor de los vinos
Y el humo de la opulencia:

SIRENA.

¿Y á qué extranjero fingiros
Cuando extranjero no erais?

DON JUAN.

Tu vanidad consultando,
Porque de lejanas tierras
Viniendo al son de tu fama
Mas fácil te envanecieras.

SIRENA.

¿Y á qué fingiros tan pobre
Dueño de tantas riquezas?

DON JUAN.

Para probar si podian
Mis particulares prendas
Adquirirme lo que al cabo
Me comprarán mis monedas.

SIRENA.

Quiere decir que de dos
Mal os salió una esperiencia.

DON JUAN.

Quiere decir que he tendido
Dos redes para una cierva.

SIRENA.

Pero ella saltó por una.

DON JUAN.

Pero en otra quedó presa,
Y es muy distinto, querida
Ser de una ú otra manera,
Pues que en la una hubo maña,
Y en la otra maña y fuerza.

SIRENA.

Quiere decir.....

DON JUAN.

Te equivoc as
La interpretacion es esta:
Si en las redes del amor
Incautamente cayera,
Fuera conservada ó libre
Acaso por su inocencia,

Pero á la fuerza rendida,
Sin mas azar ni defensa
Será olvidado en una hora
Su precio por su torpeza.
Y esta es la interpretacion
Del hecho y la diferencia
De amor que gana y estima
Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras, mordiéndose
La bailarina la lengua,
Cambió de copa don Juan,
Y destapó ot ra botella.
Hubo aquí una breve pausa
Durante la cual, repuesta,
Con una sonrisa de ángel
Al de Alarcon dijo ella:

SIRENA.

Buen cazador sois don Juan.

DON JUAN.

Y vos escelente pieza.

SIRENA.

¿Siguierais mucho la pista?

DON JUAN.

Hasta hallar la madriguera.

SIRENA.

¿Y si era falsa la boca?

DON JUAN.

Yo atinara con la cierta.

SIRENA.

¿Y si salir no queria?

DON JUAN.

Yo me pondria en espera.

SIRENA.

¿Por empeño?

DON JUAN.

Por empeño.

SIRENA.

¿Y durará?

DON JUAN.

Hasta cojerla.

SIRENA.

Figuráos pues que asoma.

DON JUAN.

Me preparo.

SIRENA.

¿Y si se entrega?

DON JUAN.

Tiendo la mano y la cojo.

SIRENA.

¿Y si muerde?

DON JUAN.

Norabuena,
Sóbrame á mi mucha maña
Y al cabo se hará doméstica.

SIRENA.

Brindad pues y olvidad eso.

DON JUAN.

¡A su orgullo!

SIRENA.

¡A su obediencia!

DON JUAN.

Espera ¿quién canta ahora
El amor ó la Sirena?

SIRENA.

El amor está vencido.

DON JUAN.

¿Y la encantadora?

SIRENA.

Muerta.

DON JUAN.

En ese caso alma mia
Brindemos y echarlo tierra.

Brindaron ambos á un tiempo,
Y las amistades hechas
Mas estrepitosa y franca
A ser empezó la fiesta,
Bebe don Juan sin cuidado
Que el vino jamás le altera,
Bebe don Gonzalo poco
Mas se turba su cabeza;
Y sus mas hondos secretos
Sin rebozo manifiesta,
Que el daño de los licores
Por la alegría comienza.
Crujen los brindis sin número,
Crece la orgia sin reserva
Y ya ni voces ocultas
Ni pensamientos se dejan.
De amor y placer se trata
Y entre el son de las botellas
Crujen los besos perdidos
Y los requiebros penetran.

De amor loco está don Juan,
Prendada de él está ella,
Don Gonzalo bebe y toma
La callada por respuesta.
Don Juan improvisa y canta
Y al compás de su vihuela
Gira en danzavoluptuosa
La bellisima Sirena,
Y en un sillón don Gonzalo
Sentado y tendido á medias
Como una sombra fantástica
Embebido la contempla,
Ella, sutil como el aire
Y como el aire lijera,
Gira en redor; pasa y huye
Como aparicion risueña,
Flota su falda plegada,
Sus cabellos se destrenzan,
Radian sus ojos ardientes
Luz mas viva á cada vuelta,
Y cuanto del baile rápido
Mas los círculos estrecha,
Mas los májicos hechizos
De sus perfecciones muestra;
Y el velo con que sus manos
Primorosamente juegan,
La variedad de sus formas
Y sus encantos aumenta.
Y segun, rápidamente
Le recoge ó le desplega,
Le anuda, enlaza y con él,
O se cubre, ó se rodea,
La alegoría que finge
Graciosamente renueva.
Ya es una Náyade errante,
Ya una Venus hechicera,
Ya la Aurora fugitiva
Flores derramando y perlas,
Ya el Iris tornasolado
Y ya la Fortuna inquieta,

Y su flotante figura
En el ambiente deshecha,
Confundidos sus contornos
Por su rapidez aérea
Ante los ojos parece
Májica ilusion que vuela
Sobre el rumor que producen
Sus vestiduras de seda
Y el perfume que despiden
A merced del aire sueltas
Cuando los muebles pasando,
Ligerísimas tropiezan,
Y gira, y cruza y resbala,
Y los sentidos no aciertan
Si de ella nacesu impulso
O el airesutil la lleva.
Hasta que al fin, fatigada,
Sobre un almohadon se sienta,
Mas seductora que nunca
Y mas que nunca halagüeña.
Y mientras don Juan de besos
Y de caricias la llena,
Don Gonzalo les aplaude
Trastornada la cabeza.
«Bravo, exclamó, solo falta
Margarita.»—A cuya necia
Esclamacion levantóse,
Como una tigre Sirena,
Y con don Juan encarándose
Desencajada y colérica
«¿Quién es esa Margarita?»
Le dijo de rábia trémula.
Quedóse un punto don Juan
Sin acertar la imprudencia
A componer de su amigo,
Quien á carcajada suelta,
Sin ver el fuego que atiza
Les añadió por respuesta:
«¡A fé que es linda muchacha!
»Y ahora que se me acuerda

»Pues en casa estará sola
»Su compañía me peta.»
Y asió su capa, esto dicho,
Corroborando la idea.

—Gonzalo, esclamó don Juan,
A no mirar que la lengua
Os entorpece el Jerez
Ya os encontrarais sin ella.

—Pues os digo que me agrada,
Y, pues su merced la deja,
Pido como prenda antigua
Para tomarla licencia.

—Eso sí, si la pedís
Lleváosla norabuena,
Mas cuando al fin os fastidie
A su convento volvedla.

—¿Conque es monja? ¡vaya un lance!
Tengo yo una hermana lega
En un convento metida
Para birlarla una herencia,
Y aunque en mi vida la he visto
Solo por recuerdo de ella
Lo haré como lo decís.

¿Y á qué convento?

—A Palencia

Y á las monjas de Jesús
De donde es.

—¡Jesús me tengal!

—¡Calla! ¿qué os dá don Gonzalo?

—Decidme por vida vuestra

Don Juan, ¿cuál es su apellido?

—Cosa, don Gonzalo, es esa

Que jamás la he preguntado.

Mas ¡voto va!... ¡lance fuera!

¿No es Bustos vuestro apellido?

—Sí.

—Pues Bustos es el de ella.

Quedó, tal oyendo, Bustos,
Inmóvil como una piedra

Y en carcajada ruidosa
Rompió la infame Sirena.
Sigióla don Juan á poco
Diciendo: «¡cosa como ella!
»¿Quién demonios lo pensara?
»Pero en fin ya es cosa hecha.»
Y dobló las carcajadas
Con la bailarina, mientras
De don Gonzalo se iban
Coordinando las ideas.
Hasta que el vapor de la orgía
Disipado con la fuerza
De su deshonra arrojóse
Sobre don Juan con fiereza,
Mas sentóle este los puños
En el pecho, y con la mesa
La lámpara y la bajilla
Vino don Gonzalo á tierra.
La bailarina se puso
Por medio de ellos resuelta,
Diciendo á un tiempo: «Señores,
»¡Que están en mi casa vean!»
—Don Juan, á la calle vamos.
—Vamos don Gonzalo fuera,
Que es cosa que ya no tiene
Mejor compostura que esa.
Alborotóse la casa,
Hubo lágrimas y quejas,
Y el aposento asaltaron
Los pajes y las doncellas.
Mas don Juan les tuvo á raya,
Añadiendo con firmeza:
¡Atrás canalla! y silencio:
Y tú amiga, ten paciencia,
Que como escape con vida,
Volveré cuanto antes pueda.
—Si sois valiente don Juan,
Cuando gustéis dad la vuelta.
—Advierte que no te pido
Ni consejos ni licencia

Que yo te sigo la pista
Por voluntad ó por fuerza.
—Pues voved sin compañía
Y encerrad á la manceba.
—Ten esa lengua de víbora
Y no te pases en cuenta,
Que de rendirse á venderse,
Hay una distancia inmensa.

Y así diciendo don Juan,
Tiró un bolsillo en la mesa,
Y dejó el puesto, encajándose
El sombrero hasta las cejas.

VIII.

Ya era alta noche, en el nublado oriente
Próximo estaba á despuntar el día,
El viento resonaba tristemente
Y áspera lluvia gotear se oía.
Y la noche pasaba,
Y Margarita en soledad lloraba
La ausencia de don Juan que no venia.
Entreabierta tenia su ventana
La enamorada niña
Con la esperanza vana
De sentirle mejor cuando volviera,
Y oyendo sus pisadas desde lejos,
Y alcanzándole á ver con los reflejos
De un vecino farol presto le abriera;
Y al conservado fuego se enjugara,
Y los húmedos miembros arrecidos
Al calor agradable restaurara.
Mas en vano á la reja
Al percibir pisadas acudia,
En vano por la lóbrega calleja
Los tristes ojos con afan tendia;
Muchos alguna vez por ella entraban,
Y unos riendo y otros disputando,
Huyendo unos tal vez y otros cantando
Pasar bajo su reja los veia,
Mas de ella á largos pasos se alejaban
Y con ellos don Juan nunca venia.
Hundida la infeliz en su abandono
Suspiraba de amor por quien la olvida,
Por quien su amor pospone y su ternura
A una caricia sin pudor vendida,
De la insolente bailarina impura.
¡Ay pobre Margarita! tú sentada
Bajo la reja espesa

Aguardas á don Juan desesperada,
De dolorosos pensamientos presa:
Tu amor por él de suspirar no cesa,
¡Y ójala no volviera desdichada!
Pero ya acelerados
Pasos de alguno al fin se percibieron,
Cuanto próximos mas, precipitados
Y mas cercanos cada vez se oyeron,
Y por la calle oscura
Vió Margarita un hombre que se entraba,
Cuya negra figura
Ante su misma puerta se paraba.
«El es, dijo bajando y no mentia,
Que era en verdad don Juan el que venia.»

El era, sí, por el cruzado embozo
Asomando el semblante macilento
Con ceño torbo y fatigado aliento,
Cubierta de sudor la osada frente,
Y empuñando el acero refulgente
Hasta el torcido gavilan sangriento.
¡Dios mio! dijo al verle Margarita,
Mas con planta ligera
Dentro él sin contestar se precipita,
Y la mirada de la niña evita
Salpicando de sangre la escalera.

Subió tras él la pobre acongojada
Y la puerta tras ella asegurando,
«Traeis sangre, don Juan» dijo aterrada,
Mas don Juan si la oyó siguió callando,
Su roja espada ante la luz limpiando.
Mudó despues de gola y de vestido,
Se lavó, se enjugó, y echando al fuego
El de sangre teñido,
Sentóse ante la llama con sosiego,
Diciendo con acento decidido:
Margarita, á la aurora
Es preciso partir.

—¿Dónde?

—Lo ignoro.

Abandonar la córte por ahora

Es lo esencial no mas, en esta casa
No es posible vivir.

—¿Pero qué pasa?

—¡Oh! no es para subirse á los tejados,
No es lo que viene ni un leon ni un toro,
Poca cosa, señora,
Teniendo libertad, audacia y oro.

—Hablad, don Juan, mi amor es infinito.
Nada es mi vida si salvar la vuestra
Logro con ella. Y lo que vi me muestra
Que vos necesitais...

—¿Yo? ¡qué locura!

Gozadla vos, que no la necesito,
Y serenad por Dios esa pavura
Que en el rostro mostrais, porque á fé mia
Que el asunto no es cosa estando á punto
Tan cerca el oro y tan vecino el dia.
Oidme en dos palabras, Margarita,
Y os contaré el suceso.
Ya á don Gonzalo conocias.

—Eso

Bien lo sabeis.

—Tenia una maldita

Cabeza el tal, y la perdió esta noche,
Mas bebió con esceso,

Y no es estraño que perdiera el seso.

—Pero en fin ¿qué es el caso?

Que me teneis violenta.

—Me habló de vos, y aunque detrás de un vaso

Me lo dijo, no fué tan de mi gusto

Que al contestarle yo, por un fracaso,

Le entré el estoque por mitad del busto,

Y el alma se le fué tan de carrera

Que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! siquiera.

—¿Le matásteis? don Juan, ¡sois un malvado!

—Tal vez tengais razon, mas bien mirado

Como si no le mato, al fin me mata,

En matarle salí muybien librado,

Que el caso era durillo, hablando en plata.

En fin, bien está así; y pues ya esclarece

Si no quereis hablar con la justicia
De lo que á don Gonzalo pertenece,
Venid conmigo y adelante vamos.
—Pues que remedio no hay, don Juan, partamos.
—Pues echaos ese oro en el bolsillo
Y vamos á buscar un par de potros,
Que como en campo libre nos veamos
Maldito si da el diablo con nosotros.

Y hablando así con gravedad resuelta
Cerró el cuarto don Juan, tiró la llave,
Y en dos caballos, cuyo brío sabe,
Tomó á Castilla con la monja vuelta.

Al cabo de dos dias de camino,
Al despertar la niña una mañana
De una posada en una alcoba, vino
Al ruido de su voz una villana,
Y á tal punto entre dama y posadera
Diálogo se entabló de esta manera:

POSADERA.

Dios guarde á su merced ¡hermoso dia!

MARGARITA.

¡El os proteja madre, ¿Teneis hora?

POSADERA.

No parece que sois madrugadora.

MARGARITA.

Pues ¿qué hora es?

POSADERA.

Es casi medio dia.

MARGARITA.

¡Medio dia!

POSADERA.

¿Quereis el desayuno?

MARGARITA.

Si: mas hacedme la bondad primero
De decirle la hora al compañero,
Que tiene el sueño á fé bien importuno.

POSADERA.

Pero ¿de quién hablais?

MARGARITA.

Del caballero
Que ocupa ese otro cuarto.

POSADERA.

No hay ninguno.

MARGARITA.

¿Cómo no?

POSADERA.

El pasajero que ahí habia...

MARGARITA.

Que vino ayer.

POSADERA.

Con vos.

MARGARITA.

Precisamente.

POSADERA.

Montó á caballo al despuntar el dia.

MARGARITA.

No puede ser.

POSADERA.

Miradlo.

MARGARITA.

¡Dios clemente!
Partió sin mí.

POSADERA.

Yo me creí, señora,
Que erais de su partida sabedora.

MARGARITA.

¿Yo? ¡justo Dios!

Y aqui de Margarita
Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento,
Desplomóse en mitad del aposento.
Gritó la posadera, entró la gente,
Se murmuró la historia comentada
Por el curioso vulgo maldiciente,
Y cuando en sí volvió la desdichada,
Solo encontró á su lado
Un hidalgo que acaso acompañado
De su mujer viajaba,
Quien viendo su hermosura condolida
Guardarla quiso la honra con la vida.
«Pobre jóven, la dijo aquella dama,
Cobrad valor, no os deis por tan perdida.
¿A dónde quereis ir?»

MARGARITA.

¿Dónde, señora?
Saberlo me pluguiera,
Yo iría solamente donde él fuera.
¿Sabeis de él?

LA DAMA.

¿Quién es él?

MARGARITA.

Ese viajero.
Que salió con el alba.

LA DAMA.

Un caballero
Mozo y galán.

EL CABALLERO.

¿Sobre un caballo obero?

MARGARITA.

El mismo, justamente.

LA DAMA.

¿Es de vuestra familia?

MARGARITA.

¿De mi familia? No, precisamente,
Pero si yo supiera su destino...

LA DAMA.

Dijo que de su casa iba camino.
¿Sabeis su casa vos?

MARGARITA.

Sí, es en Palencia.

LA DAMA.

Hasta Dueñas venid si os acomoda
En nuestra compañía, y diligencia
Para que os lleven á Palencia haremos,
De la mejor manera que encontremos.

MARGARITA.

¡Ay señora, quien quiera
Que seais...

EL CABALLERO.

Levantad ¡por vida mia!
Cualquier noble español lo mismo haria,
Ea, venid, que enganchen y partamos.

LA DAMA.

Enjugad esas lágrimas y vamos,
Y tomando la mano el caballero
De la infeliz y triste Margarita,
Dejaron al momento la posada,
Emprendiendo hácia Dueñas la jornada.

IX.

AVENTURA TRADICIONAL.

¿Dó irá la tórtola amante
Sino tras su amor perdido?
¿Dónde irá mas que á su nido
Y al bosque en que le dejó?
¿Dónde irá su pensamiento
Ni la llevará el destino,
Si no sabe otro camino
Que el solo en que se estravió?

¡Ay! ¿dónde irá Margarita
En su ciega inesperienza?
¿Dónde irá sino á Palencia,
Do tal vez está don Juan?
Porque ¿quién logrará nunca
Con descaminado intento,
Que el humo no busque al viento,
Ni el hierro busque al iman?

Era en el fin de una tarde
De junio, seca y nublada;
De un convento en la portada
Sobre el gastado escalon,
Una mujer se veia,
Como esperando el momento,
En que abrieran del convento
El entornado porton.

Y á través de un velo espeso
Con que el semblante cubria,
Los ojos fijos tenia,
Con constancia pertinaz,

En el balcon de una casa
Situada frente por frente,
Donde no asoma un viviente,
Por mas que mira la faz.

Y la mujer, sin embargo,
Aquel balcon contemplaba,
Como quien algo esperaba
Que apareciera por él.
Y el balcon siempre cerrado
Y á abrirle no venia,
Y solitario seguia,
Dueña, galan, ni doncel.

¿Qué hacia, pues, á tal hora
Tal mujer y tiempo tanto,
Mirando con tal encanto
Aquel cerrado balcon?
¿Será cita?—Es imposible.
No hay mas que un hombre en la casa
Que de años setenta pasa,
Que es un don Gil de Alarcon.

¿Serán zelos?—¡Qué locura!
¿Quién, ni de quién los tuviera,
Si por una y otra acera
La calle ocupan no mas
La casa del viejo hidalgo
Y de Jesus el convento?
¿Será espera?—A tal intento
Propio es el sitio quizás.

Mas nadie llega, y la noche
Se oscurece y encapota,
Y la lluvia gota á gota
Pronostica el temporal,
Y se oye al lejos el viento
Que en ráfagas cruza errante,

Y va del turbion delante
Con el mensaje fatal.

Y la mujer sin moverse
Ni hacer de la lluvia caso,
Del escalon no da un paso,
Siempre mirando al balcon.
¿Quién es? ¿qué busca? ¿qué espera?
Fatídica así ¿qué augura?
¿Su misteriosa figura?
¿Es ente real ó es vision?

¡Ay! pobre amante olvidada!
¡Ay! ¡infeliz Margarita!
¿Quién comprenderá tu cuita
Ni compasion te tendrá!
Tú esperas, los tristes ojos
En ese balcon fijando,
Y en vano estás aguardando
Lo que al balcon no saldrá.

Tú ignoras que la hermosura
Es prenda que con envidia,
El cielo dió, y con perfidia
Por castigo á la mujer,
Y que quién cifra sobre ella
El bien del amor ageno,
No acierta mas que veneno
En su delicia á verter.

Mas tú infeliz no lo sabes,
Y en *él* esperas por eso,
Cuando *él* por un solo beso
De cualquier nueva beldad,
Te viera espirar de angustia,
Sin que le hubiera ocurrido
Darte un adiós, ni aun fingido
Al pié de la eternidad.

Mas en tanto el viento arrecia:

Rebienta el cóncabo trueno,
Y se desgaja de lleno
El espantoso turbion;
La calle se inunda en agua,
La noche cierra, y los hombres
Invocan los santos nombres
Con miedo en el corazon.

— — —
Margarita amedrentada
Buscando asilo seguro,
Acogióse al templo oscuro
Y se amparó del altar:
Y al postrarse ante él humilde
Allá dentro de su mente,
Mil recuerdos de repente
Empezaron á brotar.

— — —
Ella hizo aquel ramillete,
Ella bordó aquella toca,
En aquella cruz su boca
Puso mil besos y mil;
Aquella alfombra en su tiempo
Delante del coro estaba.....
Toda su vida pasaba
Por ella en sueño febril.

— — —
Toda en ilusion fantástica
Su antigua y pura existencia
Venía con su inocencia
Su corazon á asaltar;
Y dentro del pecho cándido
Ir saliendo le sentia,
De la penosa agonía
De su roedor pesar.

— — —
Y segun bellos recuerdos
Poco á poco iba encontrando,
Poco á poco iba olvidando
La belleza de don Juan;
Hasta que en santa tristeza

Su alma inocente embebida,
Suspiró por otra vida
Sin bullicio y sin afán.

La soledad de su celda,
El rumor santo y sonoro
De sus rezos en el coro,
Y la paz de su jardín,
El consuelo de una vida
Con Dios á solas pasada,
De amor y mundo apartada,
Que son delirios al fin.

Todo en tropel presentóse
A sus ojos tan risueño,
Tan sabroso y halagüeño,
Tan casto y tan seductor,
Que en llanto de fé bañada
Dijo: «¡Ay de mí! ¿quién pudiera
Volverme á mi vida austera,
Y á otro porvenir mejor?»

En esto allá por el fondo
De una solitaria nave,
Con paso tranquilo y grave
Vió Margaritá venir
Una santa religiosa,
Cuyo rostro no veía,
Por una luz que traía
Para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
Tal vez la reconociera,
En su manto de manera
Margarita se envolvió,
Que aunque de la monja incógnita
Los pasos cerca sentía,

Ella apenas la veía
Hasta que ante ella llegó.

Pasó á su lado en silencio,
Y Margarita al mirarla
Estrañó no recordarla
Ni su faz reconocer.
«Será novicia (se dijo),
»Habrá al convento llegado
»Desde que yo le he dejado,
»No puede otra cosa ser.»

La monja en tanto seguía
Los altares arreglando,
Y la seguía mirando
Margarita por detrás;
Y hallaba en todo su cuerpo
Un *no sé qué* de estrañeza,
Que aumentaba su belleza
Cuanto la miraba mas.

Habia cierto aire diáfano,
Cierta luz en sus contornos,
Que quedaba en los adornos
Que tocaba por do quier;
De modo que en breve tiempo
Que anduvo por los altares,
Viéronse en ellos millares
De luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro,
Tan fosfórico y tan ténue,
Que el templo seguía oscuro
Y en silencio y soledad.
Solo de la monja en torno
Se notaba vaporosa,
Teñida de azul y rosa
Una estraña claridad.

Llegaba hasta Margarita,

A pesar de la distancia
De las flores la fragancia
Que ponía en el altar,
Y, ó un inefable sueño
La embargaba los sentidos,
O escuchaban sus oídos
Música al lejos sonar.

Y aquel concierto invisible,
Y aquel olor de las flores,
Y aquellos mil resplandores
La embriagaban de placer;
Mas todo pasaba en ella
Tranquila y naturalmente,
Cambiándola interiormente,
Regenerando su sér.

Olvidó la hermosa niña
Sus pasadas amarguras,
Sintió en sí castas y puras
Mil intenciones bullir,
Mil imágenes de dicha,
De soledad y de calma,
Que pintaron en su alma
Venturoso porvenir.

Su vida era en aquel punto
Un éxtasis delicioso,
Era un sueño luminoso,
Un delirio celestial,
Un dulce anonadamiento
En que nada la oprimía,
Y en donde nada sentía
Profano ni terrenal.

Solo quedaba en el alma
De Margarita un intento,
Un impulso, un sentimiento,
Hacia la monja, de amor,
Que á su pesar la arrastraba

A contemplarla y seguirla,
A distraerla y pedirla
Consuelos á su dolor.

Pues siente que es, Margarita,
Un talisman su presencia,
Necesario á su existencia
Desde aquel instante ya;
Y su recuerdo divino
Es á su dolor secreto,
Un misterioso amuleto
Que fé y religion le dá.

Y en ella fijos con ánsia
Los ojos, y el pensamiento,
La gloria por un momento
En su delirio gozó,
Mientras aquella divina
Aparicion deliciosa,
De la bella religiosa
Ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja
Y por la iglesia cruzando,
Pasó á su lado rozando
Con sus ropas al pasar,
Y sin poder Margarita
Resistir su oculto encanto,
Asióla, al pasar, del manto,
Mas sin fuerzas para hablar.

«¿Qué me quereis?» con acento
Dulcísimo preguntóla
La monja.—«¿Me dejais sola,
Dijo Margarita, así?»
—Si no teneis mas amparo,
Contestó la religiosa,
En noche tan borrascosa,
Venid al cláustro tras mí.
—¡Oh! imposible!

—Si os importa

Hablar con alguna hermana,

Volved si gustais mañana.

—Yo hablara....

—¿Con quién?

—Con vos.

—Decid pues.

—No sé que empacho

La voz el hablar me quita...

¿Cómo os llamis?

—Margarita.

—¡El mismo nombre las dos!

—¿Asi os llamis?

—Sí, señora,

Y en otro tiempo yo era...

—¿Qué oficio tenéis?

—Tornera.

—¡Tornera! ¿cuánto tiempo há?

—Cerca de un año.

—¡De un año!

—Diez llevo en este convento,

Y en este mismo momento

Cumpliendo el décimo está.

Quedó Margarita atónita

Su misma historia escuchando,

Y el tiempo á solas contando

Que oyó á la monja marcar,

Su mismo nombre tenia,

Y su misma edad, y era

Como ella un año tornera,

Y diez monja..... ¿qué pensar?

Alzó los ojos por último

Margarita á su semblante,

Y de sí misma delante

Asombrada se encontró;

Que aquella ante quién estaba

Su mismo rostro llevaba,

Y era ella misma... ó su imágen
Que en el convento quedó.

Cayó en tierra de hinojos Margarita,
Sin voluntad, ni voz, ni movimiento,
Prensado el corazón y el pensamiento
Bajo el pié de la santa aparición;
Y así quedó, la frente sobre el polvo,
Hasta que el eco de la voz sagrada,
A el alma permitió purificada
Ocupar otra vez su corazón.

Entonces, envolviéndola en su manto,
Su cabeza cubriendo con su toca,
El dulce acento de su dulce boca
Dijo á la absorta Margarita así:

«TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AMPARO —
Y NO TE ABANDONÉ: VÉ TODAVÍA —
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUJÍA:
YO OCUPÉ TU LUGAR, PIENSA TÚ EN MÍ.»

Y á estas palabras, retumbando el trueno,
Y rápido el relámpago brillando
Del aire puro en el azul sereno,
Se elevó la magnífica vision.
La Reina de los Angeles llevada
En sus brazos purísimos huía,
Y á Margarita oyendo sonreía,
Que adoraba su santa aparición.

Sumióse al fin del aire trasparente
En la infinita y diáfana distancia,
Dejando en pos suavísima fragancia
Y rastro de impalpable claridad.
Y al volver á su celda Margarita,
Volviendo á sus afanes de tornera,
Tendió los ojos por la limpia esfera
Y no halló ni vision, ni tempestad.

Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle
Y al vital resplandor de su bujía,
Aun encontró la imágen de María,

Y sus flores aun sin marchitar.
Y á sus pies despidiéndose del mundo,
Que en vano su alma devorar espera
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA
Sin mas mundo que el torno y el altar.

FIN DE LA LEYENDA CUARTA.

APENDICE A MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA LA BAILARINA.

I.

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle,
Nublada y oscura aquella,
Esta solitaria y grande;
Aquella escasa de luces,
Y esta escasa de habitantes,
Pues que solo entre un convento
Y un caseron viejo se abre,
Venía sobre un caballo
Un hombre, que á tientas sabe
Sin duda el sitio que pisa,
Pues vá sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos,
Y del caballo apeándose,
Dió en la puerta dos seguidas
Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Despues en las cavidades
De lo interior retumbaron,
Y al fin las devoró el aire,
Pasaron tras de los golpes
De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana
Se alumbraron los cristales.
Apareció detrás de ellos
Una sombra vacilante
Al reflejo de una luz,
Y tras esto desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja: ¿quién llama?

Y el que llamó dijo:—¡Abre!

—¿Qué quereis?

—Abre, demonio;

¿No me conoces? que baje
Damian por este caballo.

—¡El es! Jesucristo valme!

Dijo la mujer en lo alto,

Y la ventana cerrándose,

Abrióse al punto la puerta

Y á oscuras quedó la calle.

En una apartada alcoba
De su casa de Palencia,
Sin otro mal ni dolencia
Que el esceso de su edad,
Don Gil de Alarcon, á solas
Con su confesor, espera
Su cercana hora postrera
Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen
La vida y la menoscaban,
Los días solo le acaban
Que ya han pasado por él.
Que es el tiempo una carcoma
Que todo á traicion lo mina,
Y con mano igual arruina
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia
Muere don Gil, buen cristiano,
Aun hay un recuerdo humano
Que le angustia el corazon:
Hay una idea rebelde
Con fuerza á su mente asida,
Que lucha, no con su vida,
Mas sí con su religion.

Un hijo ¡ay Dios! que tenia,
Por quien se afaná viviendo,
Y por quien llora muriendo,
Y que lejos de él está.
Y al Dios en quien cree suplica

Que por piedad le conceda,
Un punto en que verle pueda
Por la vez postrera ya.

El pobre padre, impelido
Por su amor y sus virtudes,
Las negras ingratitudes
Olvida de su don Juan;
Y darle el último abrazo,
Darle el último consejo,
Es no mas del pobre viejo
El acongojado afan.

—«Padre, al confesor decia,
Padre, me acosa una idea.
—¿Cuál es?

—Que mi hijo me crea
Con él airado al morir.
Nunca otro fin me propuse
Que su bien y su fortuna,
¡Mas no hay esperanza alguna
En que poder consentir!

En busca de los deleites,
Mozo á los deleites dado,
El se partió de mi lado
Y acaso teme volver.
Acaso teme el enojo
De su padre que le adora;
¡Ay Dios! en la última hora
¿Qué puede de mi temer?

Solo quisiera, os lo juro,
En este trance tremendo,
Poder echarle muriendo
Mi paternal bendicion,
No hay locura que no olvide,
Dolor que no le perdone,
Ni recuerdo de él que encone
La ira en mi corazon.

Asi decia el buen viejo
De su don Juan acordándose.

Cuando don Juan, arrojándose
En sus brazos, exclamó:

«Ya estoy aquí, padre mio,
»Ya estoy ante vos de hinojos,
»Tornadme, padre, los ojos,
»O muero de angustia yo.»

Y ambos á dos tiernamente
Padre é hijo se abrazaban,
Y ambos á dos sollozaban...

¡Cosa triste de mirar!
Lloraba el padre, de gozo,
Lloraba el hijo, de duelo,
El dolor con el consuelo
Los dos gustando á la par.

Perdon le pedia el hijo,
Y le estrechaba asintiendo
El viejo, que al fin cayendo
Sin fuerzas, le dijo así:

«Hijo, levanta y escucha
Mis postrimeros acentos,
Que tengo pocos momentos
Para disponer de mí.»

Sentóse á su lado el hijo
Y, á solas los dos quedando,
Así el padre siguió hablando,
A su fin próximo ya:

—Juan, voy á darte mi última
Prueba de amor, y quisiera
Que esta voluntad me fuera
Bien cumplida.

—Lo será.

—Tuyo es cuanto yo poseo
Sin mas condicion que una,
Y Dios, Juan, te dé fortuna
Para gozarlo sin mí.

¿Me juras obedecerme?

Responde, Juan, porque siento

Que se me arranca el aliento:

¿La cumplirás?

—Padre, sí,

Por cielo y tierra os lo juro!
Pues bien, junto á Torquemada,
En tu herencia vinculada
Una casita hallarás
Cercada de un huertecillo:
Allí, Juan, mi cuerpo entierra,
Y esta casa y esta tierra,
Juan, no la vendas jamás.
Si algun dia (y nunca llegue)
Tus dispendiosas locuras
O imprevistas desventuras
Te roban cuanto te doy,
Vén á mi tumba escondida,
Que en mi sepulcro al postrarte
Mi sombra saldrá á ayudarte...
Y, á Dios Juan, que á morir voy!
—¡Padre!

—¡A Dios, Juan, hijo mio!
Siento que estoy espirando,
A Dios... y haz lo que te mando
Porque Dios te ayudará.»
Y esto dicho, inclinó el padre
Hácia su hijo la cabeza,
Y él la besó con terneza...
Pero no existia ya.

Tornóse desde este punto
Aquel oculto aposento,
Solitario monumento
De un justo que en paz murió.
Huyóse el alma á los cielos,
Y el vivo que allí quedaba,
Al Dios se la encomendaba
Que ante su sér la llamó.

Y ya próximo al ocaso
El sol del dia siguiente
Turba enlutada de gente
S evió á Palencia volver,

Y tras de todos un hombre
Que en pié, en mitad del camino,
Quedó el lugar por do vino
Estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra
Su denso manto tendiendo,
Y á su mirada impidiendo
La distancia penetrar,
Apartar le hizo la vista
De lo que estaba mirando,
Y, las espaldas tornando,
Viósele en Palencia entrar.

Mas todos, desde aquel dia,
Al campo este hombre salia,
Y del campo se volvía
Poco antes de oscurecer;
Y, ante las puertas llegando,
Los ojos atrás tornando,
Quedábase atrás mirando
Mientras alcanzaba á ver.

II.

Todo en la tierra pasa,
Todo muere, se estingue ó se deshace,
El duelo y el placer tienen su tasa
Del hombre breve en la existencia escasa,
Flor que se agosta con el sol que nace.

Queda el dolor un día
Dentro del corazón más amoroso
En lenta y profundísima agonía,
Pero calma el dolor más riguroso
Y el que más implacable parecía.

Que así va nuestra vida
Caminando entre gustos y dolores
Como fuente silvestre, que escondida,
Por el sombrío bosque va perdida,
Zarzas bañando y campesinas flores.

Así don Juan, con la memoria triste
Del cariñoso padre acongojado,
Vivió con su memoria
En soledad un tiempo retirado,
En jornada diaria
Visitando su tumba solitaria.
Mas sintiendo ceder su amargo duelo,
Y el alma serenarse cada día
Volvió á la sociedad, y halló consuelo
En lo que un tiempo su placer tenía.
Y el consuelo por puntos aumentando
Se iba por puntos en placer tornando.
De su dolor testigos
Con respetuosas chanzas y caricias
A cercarle volvieron sus amigos,
Y se iba á su presencia despertando
Su corazón, sediento de delicias.
Volvió á reír don Juan, volvió á sus ojos

La viva luz del gozo y la esperanza,
Volvió la soledad á darle enojos,
Y su opulencia le tornò á la holganza.
Sus administradores
Cuentas á darle con afan vinieron
De la herencia feraz de sus mayores,
Y á sus ojos pusieron
Sus pingües rentas, por don Gil dobladas
Con mil cuidados y con mil sudores:
Tendió don Juan los ojos satisfechos
Por el risueño porvenir, y el mundo
Halló tal vez con límites estrechos
A su deseo libre y vagabundo.
¿De qué me sirve, dijo, esta opulencia,
Estos montones escondidos de oro,
Si en la oscura y pobrísima Palencia
No me sirve de nada mi tesoro?
¿He de gastar en mantas mis doblones,
O he de hacer de continuo á mis queridas
Regalos de peludos bayetones?
Quedarán ¡vive Dios! agradecidas,
Murió mi padre, ¡duéleme á fé mia!
Pero no es menos cierto
Que yo tan bien me moriré algun dia;
Y si la vida á divertir no acierto
Comprando mi placer con mi riqueza,
¿No se aprovechará de mi torpeza
Otro mas listo cuando me haya muerto?
Adelante, don Juan, ¡viven los cielos!
Menos dicen que son con pan los duelos,
No pasemos la vida
En llorar como imbéciles mujeres,
La riqueza gocemos adquirida,
Y hagamos amistad con los placeres.
Y aqui, don Juan, soltando de repente
Ruidosa carcajada,
Que sin duda escitada
Fué por recuerdo que acudió á su mente,
Siguió diciendo:—Y en verdad que ahora
Pillaré descuidada

A mi antigua Sirena encantadora.
Vaya, vaya, don Juan, duelos aparte,
Y vamos á Madrid, donde á esperarte
Saldrá sin duda alguna
Con los brazos abiertos la fortuna.
¡Madrid, sitio apropósito
Para amorosos y reñidos lances,
De petardos y cábalas depósito,
Y tela de aventuras y percances!
Vámonos á Madrid; es un capricho,
Mas, mi padre perdone
Que á Palencia heredándole abandone,
Que Madrid es mi patria, y está dicho.
Damian, en este punto
Los caballos ensilla,
Y el claro sol al despuntar mañana
Que fuera nos encuentre de Castilla.
¿Qué distancia en don Juan menester era
Para obrar y pensar de una manera?
Todo era en él lo mismo, en un momento
Arregló sus negocios
Conforme al concebido pensamiento,
Y á las diez poco mas de una mañana,
Salió sobre una yegua jerezana,
Mas lijera que el viento,
Y tres dias despues, desde la altura
Del cano Guadarrama,
De Madrid contemplaba la llanura,
Donde sus nieves pródigo derrama.

III.

AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento
De la casa de Sirena,
En que trabó don Gonzalo
Con don Juan una pendencia,
Tienen ahora trabada
Plática amorosa y tierna,
La ambiciosa bailarina
Y don Lope de Aguilera.

Ya sabes, lector discreto,
De muy atrás quién es ella.
Voy, pues, á darte noticias
Del galan que hoy la corteja.

Es don Lope un mozo ilustre,
A quien, de la edad mas tierna,
Sus padres, en Salamanca,
Dedicaron á las letras.

Aplicóse él de tal modo,
O lo hizo de tal manera,
Que se plantó la golilla
De años veinte y dos apenas.

La curia escandalizóse,
De tan imberbe colega,
Teniendo á menos el lado
Con justisima vergüenza.
Murmuraron los doctores
Y alborotóse la audiencia;
Mas él les tapó la boca
Con su suerte y sus riquezas.
Presentóse el noble mozo

Con impávida insolencia
Al tribunal, despachando
Sus negocios con franqueza,
Y sus vuelillos de encaje,
Y sus hebillas con perlas,
Y sus pajes, ataviados
Con magníficas libreas,
Apagaron los murmullos
E hicieron al fin domésticas
Las voluntades agrestes
De la turba descontenta.
Tornóse el ceño en sonrisa,
En cortesía la befa,
En rendimiento el desden,
Y la repulsa en ofertas.
Y en fin, el poder que el mozo
Tener en la corte muestra,
Cambió en baja adulacion
La ojeriza golillesca;
Mas él, despues de humillarlos,
Dióles no mas por respuesta,
De alcalde de casa y corte,
La que recibió real cédula.
Pues, rico en merecimientos,
Con famañas escelencias,
Obtuvo, ó compró una toga,
Y grande fama con ella.
Dióse con brio á las leyes,
Y aunque legislaba á tientas,
Dió brujas al santo oficio,
Y vagos á las galeras.
Dióle además la manía,
Para adquirir pronta y buena
Fama en la corte, de hacer
En las mozas una leva.
Echó, pues, infatigable
Tras damas de vida incierta,
Que tienen por mayorazgos
Los que de vivos heredan.
Para lo cual, de alguaciles

Tenia en campaña puesta
Multiplicada falange
En tales ojeos diestra.
Mas aunque asaz blasonaba,
De rectitud justiciera,
Y andaba en continuo acecho,
Con astuta diligencia,
Del vulgo, siempre maligno,
Murmuraban malas lenguas,
Que dejaba las bonitas
Y desterraba las feas.
Mas esto alababan otros,
Esponiendo en su defensa
Que así atendia celoso
De la corte á la belleza.
Y andaba en esto muy justo,
Pues la hermosura completa
Cuanto hay necesario y útil,
En esta vida terrena.
Pero ¡lo que son las cosas
De mezquindad y de tierra!
La que mas firme parece
Por fragilidad se quiebra.
Este don Lope, que espanto
De las cortesananas era,
Su oro gastaba en secreto,
Pródigamente con ellas.
Y á pesar de su faz torva,
De su voz ronca y severa,
Y de su amor á las leyes,
Y timorata conciencia,
Se le bailaban los ojos
Al dar con una mozuela
Morenilla y vivaracha,
Desenfadada y resuelta.
Y como hiciese su encuentro
Por alguna callejuela
Escusada y solitaria,
Fingiendo tomar las señas
De cualquier casa, tendia

Por el embozo tras ella
Los encandilados ojos,
Y ¡qué cintura! qué pierna!
¡Qué rizo tan bien tirado
Al rededor de la oreja.....
Qué de perfecciones lindas
En la vision pasajera!
Mas no eran todas las gracias
Del jóven golilla estas;
Habia otra que era en él
Costumbre y pasion violenta.
Un vicio que conservaba,
Allá de su edad primera;
Debilidad ya de antiguo
A la noble gente aneja.
Que era el amor desmedido
A las damas de comedia,
Y en su falta á las graciosas,
Además de las boleras.
Porque siempre apetecemos
Lo que mas lejos se muestra,
Lo que menos encontramos
Que á nosotros se asemeja,
Lo de que entendemos menos,
Costumbre ó naturaleza.
Por lo que vemos continuo
Conjunciones tan diversas,
Y voluntades tan locas
Por las cosas mas opuestas,
Como enanos por caballos,
Y robustos por recetas,
Y jorobadas por bailes,
Y los pobres por apuestas;
Y duques por bailarinas,
Y por payasos duquesas.
Que hay quien gusta de unas caras
Barnizadas como puertas,
Y á merced del albayalde
Hechas blancas de morenas;
Y de unos ojos que brillan

Bajo dos postizas cejas,
Y de unos ahuecadores
Convertidos en caderas,
Y de unos rizos espesos
Añadidos con destreza,
Y de un punto de que el sastre
Forma pechos, brazos, piernas,
Y cinturas á su gusto
Y al de la flaca ó la gruesa,
Y dá académicas formas
A gentes de alambres hecha.
¡Qué diablos! cada cual halla
Donde quiere la belleza.
Y todo es farsa en el mundo
Como dice la comedia.
Y si á don Lope esto agrada,
¿A quién su gusto interesa?
Al cabo con ellas anda
Trastornada la cabeza.
¡Qué pié tiene la Felisa!
¡Qué mirada la Lucrecia!
¡Qué movimientos Aurora!
¡Y qué voz la Berenguela!
Pero sobre todas, Diana,
Y sobre Diana, Sirena.
¡Qué gracia en la pantomima!
¡Qué rapidez en las vueltas!
Y ¡qué garganta! y qué todo!...
Desde el momento de verla,
Con la vara y la golilla
El buen don Lope dió en tierra!
¡Y qué diablos hay que hacer!
Somos hijos de flaqueza,
Las tentaciones son graves,
Y son cortas nuestras fuerzas.
Cerró don Lope los ojos,
Y tomadas sus secretas
Medidas, abrió sus arcas
A la danzante hechicera.
Cruzáronse para el caso

Dos virtuosísimas dueñas
Corredoras de placeres
Y lebreles de monedas.
Y en fin, por pasos contados,
Y por doblones sin cuenta,
Legó el juez hasta las plantas
De la bailarina bella.
Tanto mas, cuanto que á ser
La cosa de otra manera,
Hubiera bailado un solo
Con música de la empresa.
Pues las golillas de entonces
En un dos por tres, pudieran
Hacer de un corchete un santo,
Y un testigo de una piedra.
En tal estado se hallaban
Los asuntos de Sirena
Con don Lope, él visitándola
Y recibíendole ella,
Cuando una noche, á deshora,
Y estando de sobre cena
Cruzándose las sonrisas
Por detrás de las botellas
En el mas dulce coloquio,
Del aposento la puerta
Se abrió repentinamente
Y entróse don Juan por ella.
Y diciendo: *Buenas noches,*
Señores, y echando á tierra
Capa y chambergo, sentóse
Sin ceremonia á la mesa.
Quedaron los tres mirándose;
Descolorida Sirena,
Don Juan con franco descaro
Y receloso Aguilera.
Así estuvieron un punto,
Y sin comprender apenas
Don Lope y la bailarina
Del de Alarcon la presencia,
Hasta que una carcajada

De este, á todo trapo suelta,
Cambió del todo por último
La situacion de la escena;
Cesó de reir don Juan
Y dijo de esta manera,
Cada cual dando á su tiempo
A sus palabras respuesta:

DON JUAN.

Sepamos con quién se habla,
Señor hidalgo. En Palencia
Son yo don Juan de Alarcon,
¿Quién sois vos en esta tierra?

DON LOPE.

Ya hidalgo me habeis llamado.

DON JUAN.

No tengo aun mas que sospechas
De que sois tal, por el traje
Y vuestra barba de á terciá.
Mas no es esa la pregunta:
Al rededor de esta mesa,
¿Qué nombre usa su merced,
Sea en otra parte quien sea?
Mas veo que os recatais
Y os haré la delantera,
Que es bien que antes os entere
De lo que acontece. Sepa,
Pues, señor mio, que asuntos
De mi familia y hacienda
Me obligaron de esta casa
A hacer una corta ausencia.
Ahora bien, sin mas rodeos,
Pues veis que he dado la vuelta,
El caso es que aquí sobra uno,
¿Quién, pues, se va, y quién se queda?
Si es que comprais, declaremos
Nuestra posesion en venta:

Si lo debéis á la suerte,
La suerte entre ambos resuelva,
Y ó al que le toque la pierde,
O quien dé mas se la lleva,
O de quererla los dos
Espada en mano, y afuera.
Elegid.

El juez, que en tanto
Todas sus razones pesa,
Y en todo evento prefiere
No dar razon de quién sea,
Dijo, convengo en tirarlo
Al azar.

—En hora buena.
Echóse don Juan al punto
La mano á las faldriqueras
Y dijo al sacarla:—veamos,
Yo dejo el puesto si acierta.

—¿Hay pares, ó nones?

—Pares.

—Contad, pues, esas monedas.
Y echó don Juan en un plato
Nueve onzas en nueve piezas.
—Perdí, dijo el juez, y el otro,
Que adivina lo que piensa,
Dijole: meted espadas
Si los oros no os contentan.
—A poder, en este instante
¡Juro á Dios que las metiera!
—¿Qué inconveniente teneis?
Declaradlo con franqueza,
Que aunque siempre estoy á punto
De empezar una quimera
Cuando me señalan plazo
Ninguno me mete priesa.

Miróle el juez de soslayo,
Y por bajo de las cejas
Chispeándole los ojos,
Tomó á espacio la escalera.
Oyércnse sus pisadas,

Irse alejando por ella,
Y oyósele alzar la aldaba
Y el golpe que dió en la puerta.

SIRENA.

¡Señor don Juan! ¿qué habeis hecho?
Todo lo habemos perdido.

DON JUAN.

¿Pues quién es? ¿es tu marido?

SIRENA.

No.

DON JUAN.

Pues justo es mi derecho.
Ya visteis que le propuse
Para adquirirse tu amor,
Azar, dinero y valor,
No hay pues de que se me acuse.

SIRENA.

¡Ay don Juan! que lleva ese hombre
La intencion mas depravada!

DON JUAN.

¿Acaso estoy sin espada?

SIRENA.

Cuando yo os diga su nombre
Temblareis.

DON JUAN.

¿Su nombre acaso
Es un volcan ó una mina,
Que está ardiendo á la sordina
Y esperando nuestro paso?

SIRENA.

Ese hombre á quien provocais
Es el alcalde Aguilera.

DON JUAN.

No me parece una fiera.

SIRENA.

¡Ay de vos si con él dais!

DON JUAN.

Y, ¡ay dél si conmigo dá!
Mas, niñerías aparte,
Puesto que vuelvo á encontrarte,
Di, niña, ¿cómo te vá?

—Bien, ¿y á vos?

—Famosamente.

—¿Y Margarita?

—No sé

¡Vive Cristo! ni quién fué
La tal mujer.

—Bravamente.

¿Y don Gonzalo?

—¡Buen lance

El suyo! ¡y qué bien riñó!
Mas para otro mundo echó,
Y ya el diablo que le alcance.

—¿Le matásteis?

—¿Y qué hacer?

Se empeñó en hallar venganza;

A causa sin esperanza

¡Qué habia de suceder!

—¡Pobre muchacho!

—¡Eh! dejemos

En paz á quien ya no existe,

Y que no llegue lo triste,

Sirena, á tales extremos.

¿Qué te importa don Gonzalo?

Mientras yo contigo esté,

Paréceme, por mi fé,
Que no va el mundo tan malo.

Bebe, y levanta esos ojos
A la luz de la bujía,
Volvamos á nuestra orgía,
Y... echemos estos cerrojos
Por si acaso.

—Y esto hablando
Don Juan, cerró bien las puertas,
Llenó su vaso, y... no pudo
Mas alcanzarse de afuera.
Porque sin duda, cansado
Del viaje, abrevió la cena,
Y en brazos cayó del sueño,
Tras de poca resistencia.

Las nueve daban apenas
De la mañana siguiente,
Y don Juan con la Sirena
En pláticas bien alegres,
Concluido el desayuno,
Estaban entreteniéndose,
Cuando interrumpió su gozo
Inesperado accidente.
Pálida y despavorida
Llegó la doncella Irene
Diciendo: ¡señor, salváos!
—¿Qué dices, loca?

—Que vienen
A prenderos.

—¿A mi?

—A vos.

Y os acusan de una muerte
Hecha en esta misma calle.
—Sirena, ¿qué enredo es este?
—¡Ay! ¡huid, don Juan, huid!
Y no estrañéis que os recuerde
La muerte de don Gonzalo.

— ¡Vive Dios!

— Ved que quien quiere
Prenderos es Aguilera.

— ¡El! ¡por vida mia! ¡que entre!

— Ved que son muchos.

— No importa.

— Por Dios, don Juan.

— ¡Bah! tenerse

Siempre á mi espalda y dejarlos.

Y asiendo bizarramente

Su larga espada, don Juan

A abrirles la puerta fuese.

Presentóse en ella al punto

Don Lope con sus lebreles

Y grande acompañamiento

De curiosos y de gentes,

Y en sus miradas de triunfo

Bien claro don Juan advierte

El poder que la venganza

Dentro de su pecho ejerce.

Pero no es hombre don Juan

Que á nadie en orgullo cede,

Y así con desden altivo

Aguarda á que el juez empiece,

El cual, con sonrisa doble

Que harto á burla se parece,

De esta manera le dice,

Y don Juan á él de esta suerte:

DON LOPE.

— ¿Quién es don Juan de Alarcon?

— Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?

— Que se dé al rey.

— ¿Con qué causa?

— Hoy su majestad pretende

Que en un sillón duradero

En su presencia se siente.

— Pues dadle al rey muchas gracias,

Que yo no quiero de reyes

Mas que los bustos que corren

En sus monedas.

—No intente,

Señor galán, resistirse,
Que en sangre teñidas tiene
Las manos, y de un tal Bustos
He sido yo algo pariente.

—¡Holá! ¿Sabeis esa historia,
Y esa sangre os pertenece?

Pues no intenteis, seor golilla,
Que con la vuestra se mezcle,
Porque quien vertió la una
A verter otra se atreve.

—¡Ea, mancebo! ya basta;
Espada y persona entregue,
O vive Dios!...

—Norabuena,

Por ella quien guste llegue,
Que por el puño la tengo.

—Pues á él, ministros, prendedle.

—Pues, señor juez, adelante,
Y salga lo que saliere.

Así diciendo, don Juan
Con la cuadrilla arremete,
Sentando en ella sin tino
Estocadas y reveses.

Y en vano se le antepone
Densa nube de corchetes,
De escribanos y testigos;

El tira siempre de frente,
Y en dos minutos despoja
De bultos el gabinete,

Y huye espantada la turba
Al rey invocando siempre.

Desmayóse la Sirena,
Rompió en clamores la Irene,
Y en un momento en la calle
Se arremolinó la gente.

Rejas y balcones se abren
Al ruido, y todos haciéndose
Pregunta sobre pregunta,

Mas todos sin entenderse.
Quién huye despavorido
Sin saber de lo que teme;
Quién oye estúpido y mira:
Quién bravea, sin moverse,
Desde la calle, entre tanto
Que nada vé ni comprende.
Ayes y votos se escuchan,
Estoques por alto vense,
Y bocas abiertas dando
Ordenes que nadie atiende.
Miran todos á la casa
Por fuera de las paredes,
Como si á través pudieran
Ver lo que dentro sucede,
Y el dintel los alguaciles
A pasar sin atreverse
Se desgañitan de miedo,
Y al auditorio ensordecen.
Al fin, por sobre el gentío
Viéronse llegar ginetes
Atropellando la turba,
Y armados hasta los dientes:
Doblaron los alguaciles
Sus roncás voces al verles,
Y oyéronse maldiciones
De la magullada plebe.
Y en tanto, en una antesala
Don Juan esgrime y revuelve
Contra tres que cara le hacen,
Con el juez que se defiende;
Pues insultado Aguilera
Por él, y mofado al verse,
Tiró el baston, y echó mano
Al estoque bravamente.
Mas es muy diestro don Juan,
Y en tal posicion se tiene,
Que espada y daga empuñando
De tal modo les ofende,
Que no desperdicia un golpe,

Ni un pié de terreno pierde.
Dá, cía, para, se cubre,
Amaga, recibe, vuelve,
Al uno tira de punta,
Al otro á revés le hiere,
Y al fin, con un doble amago
Al de Aguilera sorprende,
Y en la tetilla derecha
Honda estocada le mete.
Cayó don Lope, y los otros
Que por él lidian, al verle
Doblaron contra don Juan
Con rabia, aunque inútil siempre.
Pues él, que vé su venganza
Cumplida, y abajo siente
Caballos, tal les acosa,
Que al uno le desguarnece,
Derriba al de la derecha,
Y sobre el tercero llueve
Tal tropel de cintarazos,
Y con voz tan insolente
Les insulta y les confunde,
Que aturdidos los pobretes,
Huyeron al fin mohinos,
Y zurrados malamente.
Entonces don Juan, que nunca
Su peligro desatiende
Ni pierde el tino en su ira,
Con mano asaz diligente
Cerró las puertas, y astuto
Buscó balcon que cayese
A otra calle, y por las rejas
Descolgóse osadamente.
Gritó un hombre que pasaba,
Pero no pudo dos veces,
Porque don Juan, levantándose,
Tendióle de un golpe inerme.
Miró, y eligió camino,
Se embozó bien, y metiéndose
Por una calle escusada,

Para su posada fuese.
Tomó el caballo en que vino,
Salió de Toledo al puente,
Y echó á escape, encomendándose
A su brio y á su suerte.

Echó la justicia mano
De Sirena y de la gente
Que halló en su casa; crecieron
Los procesos como peste;
Y concluyóse la causa
Al concluir nueve meses;
Y en ella, los que quedaron
Pagaron por los ausentes.
Del juez y de don Gonzalo
Las averiguadas muertes,
En una sola sentencia
Se vengaron de esta suerte:
Condenóse allí á don Juan
A morir, si se le hubiere:
Mas nadie pensó en buscarle,
Como continuo acontece.
A Sirena por diez años
A reclusion, y por siete
A la criada, mandando
Que al de Aguilera lo entierren.

*Con que se salva quien corre,
Y acierta quien se defiende,
Y, está visto, la fortuna
Solo ayuda á los valientes.*

Hundia el sol su disco refulgente
Tras la llanura azul del mar tranquilo,
Dando sitio á la noche, que imprudente
Presta con sus tinieblas igualmente

Al crimen manto y al dolor asilo.
Y allá en ocaso al espirar el día
Con su postrera luz reverberaba,
Y del inquieto mar se despedía,
Y de la tierra que á lo lejos via
Que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzabase á Cádiz la opulenta
Blanqueando débilmente entre la bruma,
Sentada á flor del agua turbulenta,
Como queda despues de la tormenta
Témpano errante de perdida espuma.
Y aun se podian distinguir apenas
Los altos y movibles masteleros
Por cima y en redor de sus almenas,
Y en alas de las ráfagas serenas
La voz de los cansados marineros.

Mas no bien el crepúsculo indeciso
Tragó la luz de la amarilla luna,
Cuando en cóncavo son tronó imprevisto
Cañonazo de leva, ronco aviso
De nave que invocaba á la fortuna.

Lanzóse una á la mar y á toda vela,
Abandonando el puerto prontamente,
A par del viento favorable vuela,
Y á la luz clara que en la mar ríela
Se la mira vogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan
A su playa feliz llegar en ella,
Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
Bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va: pais de los placeres,
Encantado vergel rico de flores,
Vivienda de hermosísimas mugeres,
Patria feraz del genio y los amores.

A Italia va don Juan ¿y á dónde iría:
El osado y amante pendenciero,
A prolongar su interminable orgía

Y á gastar su existencia y su dinero?

A Italia, sí; porque en Italia mora
El amor, la molicie y la pereza;
A Italia, sí, donde el placer se adora
Altaires levantando á la belleza.

A Italia va don Juan. ¡Cuánta esperanza,
Cuánta ilusion de amor y de ventura
Lleva en su corazon, que nunca alcanza
Fin á la dicha ni al placer hartural!

Atrás queda y burlada la justicia,
Atrás los muertos que dejó lidiando,
Mas la suerte con él marcha propicia
Cabo feliz á cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA... ¿quiénes fueron?
Ya sus nombres le son desconocidos:
Su amor y sus encantos se perdieron
Un momento despues de conseguidos.

A Italia va don Juan. La España toda
Llena, tras él, de sus memorias queda,
Solo volver á España le acomoda
Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.

«Mientras es jóven (dice) mientras lleve

»Deseo el corazon y oro el bolsillo,

»Lanzarse el hombre á los deleites debe

»Del sol de su fortuna al falso brillo.

»El placer es mi Dios; mi alma desea,

»Para solo gozar, larga la vida,

»Cuando sin oro y sin placer la vea,

»Como una inútil prenda envejecida,

»Con estoica calma indiferente

»Despojareme de ella, convencido

»De que al que un aura de placer no aliente

»Le debe de bastar lo que ha vivido.»

Tal es don Juan y tal el pensamiento
Que á la risueña Italia le conduce,
Reñir, amar, beber, hé aquí su intento,
Gozar solo es vivir de ello deduce.

A Italia va don Juan; ¿y á dónde iría
En verdad el amante pendenciero,
A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

IV.

Fuese á Italia, don Juan, lector querido,
Y aquí cierra la historia su cronista,
Que seguirle hasta Italia no ha podido;
Lo cual, bien sabe Dios que me contrista.

Porque no es conclusion para una historia
Acabar en un viaje

La vida y la memoria

De su mas importante personaje.

Decir que llegó á Italia, como dice,

Sin añadir mas dél, es un suceso

De historiador sin seso;

Porque si al menos naufragar le hiciera,

Bien la historia en naufragio concluyera.

Pero solo nos dijo

A Italia fué, de donde yo colijo

Que fué este historiador un calavera.

Yo que ¡oh lector! tus intereses miro,

Y á darte gusto aspiro,

Tras el fin de don Juan un año anduve

Crónicas y memorias registrando,

Manuscritos y sábios consultando,

Mas nada de don Juan á manos hube.

Hasta que al fin, pasando por fortuna,

Y há poco por Palencia,

Topé con la ocasion mas oportuna.

Un clérigo muy viejo,

En cuya casa por mi buen consejo

Me hospedé aquella noche,

Me contó como cosa verdadera,

Y por los ojos de su abuelo vista,

Una historia, que á fé que si no era

De don Juan de Alarcón, servir pudiera

Para acabar la que empezó el cronista.

A contártela voy, lector benévolo,
Con lo que el cuento de don Juan concluyo;
Y aunque de su verdad no desconfío.
A Dios plazca ¡oh lector! que como al mio
Concluya mi don Juan á gusto tuyo.

Seis años habia durado
Del bravo don Juan la ausencia,
Y su memoria en Palencia
Con ellos se habia borrado.

Mientras él fuera de España
Vivió, habíanse vendido
Sus bienes, que habian venido
A manos de gente estraña.

Y en fin, el mozo ex-patriado
U oculto, no pareciendo,
Fué poco á poco perdiendo
La hacienda que habia heredado.

Siendo ella de las mejores
Que en toda la tierra habia,
Está claro que tendria
Infinitos compradores.

Pues sin deudos ni parientes
Don Gil y don Juan, ninguno
Puso impedimento alguno
A sus nuevos descendientes.

Tomó y pagó cada cual
La parte que le convino,
Sin curarse del destino
De lo demas del caudal.

Y un hombre, que se nombraba
De don Juan apoderado,
Daba un recibo firmado
Con la escritura y cobraba.

Nadie se volvió á meter
En mas averiguaciones,
Ni en ver si los Alarcones
Podrian ó no volver.

De ellos quedó, en conclusion,
La casa donde vivieron,
A la que siempre entendieron
Por la *casa de Alarcon*.

Cuatro paredones, esto
Es lo que guarda Palencia
De su pasada opulencia
Por triste y último resto.

Y á vuelta de algunos años
Y de otra generacion,
Todos serán de Alarcon
A las memorias estraños.

Tal es la vida, lector;
Quien mete en ella mas ruido,
Cae mas pronto en el olvido
Y con vergüenza mayor.

En una tarde nublada
Del turbio enero, venia
Por una dehesa que guia
De Palencia á Torquemada,
Un hombre mal ataviado,
Cuyo traje y porte fiero,
Le daban por extranjero,
Aunque no por muy honrado.

Traia el ceño fruncido,
A través del cual brillaban
Dos ojos, que á par miraban
Con insolencia y descuido.

Una daga milanesa
Por la cintura cruzada,
Y una larguísima espada
En dos garabatos presa.

Todo el resto de su traje
Igualmente convenia
A hombre que mas no tenia,
O á un hombre que va de viaje.

Al ver su cuerpo fornido,
Su capa al hombro, y su fiera
Presencia, bien se pudiera
Tomarle por un bandido.

Sin embargo, en su persona
Hay cierto aire de grandeza,
Que inspira cierta franqueza,
Y á su misterio aficiona.

En un camino el hallarle
Pavor infunde sin duda,
Pero si pasa y saluda,
Vuélvese uno á contemplarle.

Y siéntese que se aleje
Al ver tanta gallardía,
A par que causa alegría
Que franco el paso nos deje.

Y en fin, el viajero es tal,
Que á todos cuantos le ven,
De lejos parece bien,
Pero muy de cerca mal.

Y él, en tanto, sin curar
De quien pasa por su lado,
Iba con pié acelerado
Atravesando el pinar.

Cruzó un viñedo, enseguida
Tomó una senda que á un valle
Por las viñas se abre calle,
De antiguo césped vestida.

Y aunque por lo embarazado
Que está con yerba y ramaje,
No parece aquel paraje,
En verdad, muy transitado.

El sigue siempre constante,
Como quien sabe el destino
A que conduce el camino
Que se le estiende delante.

Siguió por entre los brezos
Y el enredado zarzal.
Con el pié ó con el puñal
Apartando los tropiezos.

Y llegó al fin de la cuesta,
Do se via en la hondonada
Una casilla olvidada,
Ya ruinosa y descompuesta.

Y cubierto de amarillo
Musgo, y de yerba silvestre,
Rodeaba esta campestre
Casa un corto huertecillo.

Y en él no habia señales
De manos de jardinero,
Y el plantío y el sendero
Eran sin cultivo iguales.

Solo en su centro se via
Sobre un monumento,alzada,
De piedra, una cruz labrada,
Que aun en pié se mantenía.

Paróse ante ella el viajero,
Y ya por respeto fuese,
Ya por temor que sintiese,
Dejóse en tierra el sombrero.

Postróse despues de hinojos,
Permaneciendo un instante,
Aunque sereno el semblante,
Con lágrimas en los ojos.

Y oró en silencio un momento,
Al cabo del cual, alzándose,
Con el sepulcro encarándose,
Dijo así, con triste acento:

—Padre, al morir me dijisteis;

Si algun dia tus locuras,

O imprevistas desventuras,

Te roban cuanto te doy,

Ven á mi tumbá escondida,

Que en mi sepulcro al postrarte

Mi sombra saldrá á ayudarte...

Cumplióse así, y aqui estoy.

«Rompe, pues, sombra adorada,

»Esa piedra que te esconde,

»Y á mis suspiros responde,

»Momentánea aparicion;

»Díme, sí, que desde el cielo,
»Do mi padre habita ahora,
»No me lanza aterradora
»Su temible maldicion.»

Calló aquí un punto: y besando
La lápida con tristeza
Inclinando la cabeza,
Dijo alejándose ya:

«¡Quimeras!... nunca los muertos
»Salen de la madre tierra
»Que avara en su vientre encierra
»El polvo que sér nos dá.»

Entró así hablando el viajero
En la casa abandonada,
Roida y desmantelada
Por el tiempo destructor,
Y no halló cosa en su centro
De que echar mano pudiera
Ni aun para hacer una hoguera
Y procurarse calor.

Los insectos y las aves
La ocupaban solamente,
Y en los aires de repente
Se lanzaron en tropel,
Al sentir bajo su techo
Rechinar la antigua puerta,
Que al entrar por ella abierta
Dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono:
Desde el suelo á la techumbre
Vió el triste con pesadumbre
Polvo y miseria no mas:
Y do quier que los tendia
Solo encontraban sus ojos
De otro tiempo los despojos
Que no ha de volver jamas.

La lluvia que penetraba
Por los techos derruidos,
Tenia ya emmohecidos
Los aposentos do quier,

Y en los viejos paredones
Las vigas fuera de asiento
Amagaban de un momento
A otro momento caer.

Las puertas, al empujarlas,
Desvencijadas cedían,
Porque apenas mantenían
Quicio en que apoyarse ya:
Todo, en fin, amenazando
Pronta y deplorable ruina,
Hacia la tierra se inclina
Y á hundirse en su nada vá.

Y todo esto lo contempla
El viajero muy despacio,
Como pudiera un palacio
Magnífico examinar
Un anticuario curioso,
O un avaro que allí viera
Una joya que otro hubiera
Perdido en aquel lugar.

Mas sin duda despechado
De no hallar lo que apetece
Contra si mismo parece
Que revuelve su furor,
Y en la sonrisa sardónica
Con que miró cada objeto
Se vé que le da en secreto
Su vista intenso dolor.

Suelta á veces repentina
E histérica carcajada,
Y á veces, con voz airada,
Espantosa maldición:
Y otras veces, dulce y lánguida
Melancolía le inspira,
Y tristemente suspira
Su oprimido corazón.

A veces se cree que llora,
Y otras, con voz insegura,
Preces por bajo murmura
Queson conjuros tal vez,

Y á veces, con ira impia,
Jura, maldice y blasfema,
Provocando un anatema
De Dios, con insensatez.

En fin, parece que, víctima
De exasperados pesares,
Ni espera ya en los altares
Ni fia en si mismo ya:
Y alguno dijera, viendo
Su descompuesta figura,
Que asentada la locura
Dentro su cerebro vá.

Al fin, abriendo ventanas
Y puertas desencajando,
Rompiendo y aniquilando
Cuanto encuentra aqui y alli,
Llegó hasta un salon oscuro
Cuyo fondo daba entrada
A otra fábrica apartada
Que no habia visto hasta aqui.

Daba de la casa á un ángulo
En que estriba un aposento
Que parece en su cimiento
Mas seguro gravitar,
Y al que separa del resto
De aquel edificio triste
Una puerta que resiste,
Y él pugna por desquiciar.
Mas no pudiendo, y no hallando
Ni llave ni picaporte,
Tentó hallar algun resorte
Que la moviera tal vez;
Y al cabo de ir apurando
Sospechas una por una
Asió un clavo por fortuna
Y se abrió con rapidez.

Daba la puerta á una estancia,
Con escasa diferencia,
Alhajada en opulencia
De las otras á la par,

Aunque algo menos ruinoso,
Y al parecer en secreto
Preparada á algun objeto
Dificil de adivinar.
No habia de aquel oculto
Y aislado aposento en torno
Mas mueble ni mas adorno
Que un antiquísimo arcon,
Cuya llave conservada,
En su propia cerradura,
Tal vez al secreto augura
Misteriosa solucion.

Abrióla aquel hombre, acaso
Esperando en su fortuna;
Alzó la tapa importuna
Ansioso de ver si alli
Algun secreto encontraba
Que influyera en su destino,
Mas solo halló un pergamino
Escrito, y decia así:

COMO CUANDO AQUÍ TE VUELVAS
TODO LO HABRÁS YA PERDIDO,
Y TENDRÁS PUESTO EN OLVIDO
A TU PADRE Y Á TU HONOR,
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA
LO QUE MERECEES TE DEJO,
Y CREO QUE ES EL CONSEJO
QUE PUEDO DARTE MEJOR.

Quedóse don Juan atónito,
Pues no era otro el que leia,
Ni era otro el que escribia
Sino su padre don Gil:
Y sin apartar los ojos
De aquel fatal pergamino,
Contemplaba su destino
Con arrebató febril.

Y vió que habia en el techo
Una escarpia asegurada,
Y en el arcon enrollada
Miró la cuerda fatal;

Y desplegándose toda
Su existencia ante sus ojos,
Su insensatez le dió enojos,
Panorama criminal.

No habia en él mas que juegos,
Pendencias y desafíos,
Disolutos amoríos
Y crímenes por do quier;
Aquí el esposo ultrajado,
Allí la justicia hollada
Acá la monja engañada,
La seducida mujer.

Asesinado el amigo,
Allá en la sombra moria
En su sangrienta agonía
Maldiciendo su amistad:
Allá la lívida sombra
Del desdichado Aguilera
Salia rabiosa y fiera
De la oscura eternidad.

Y todas sus mil memorias
De riñas y seducciones,
En negras apariciones
Mostrándose por do quier,
Veniansese acercando
En muchedumbre siniestra,
Con el puñal en la diestra,
Su impia sangre á verter.

Todas estrechando el círculo,
En redor suyo apiñadas,
Venian desesperadas
A maldecirle á una voz;
Cada cual con justa cólera,
Pidiéndole ansiosa cuenta
De alguna hazaña sangrienta,
O de algun crimen atroz.

¡Ay, delira el desdichado!
La sangre hirviendo en sus venas,
Le deja intervalo apenas
En que podar respirar:

Y ¡miseró don Juan!... ¡miseró!
A donde quiera que mirá,
Vé un espectro, que con ira
Viene su alma á demandar.
¿Y su padre? no, no hay duda:
Al ver de don Gil la letra,
El cruel destino penetra
Reservado para él:
Y sintiendo la conciencia
Que le despedaza el pecho,
Dijo de pronto:—«Esto es hecho.»
Y asíó con ira el cordel.

Hízole un lazo á una punta,
El arca arrastrando trajo,
Hasta ponerla debajo
De donde la escarpia está:
Y atando un extremo en ella,
Y en su cuello el otro extremo,
Maldijo don Juan su estrella,
A morir resuelto ya.

Colocóse sobre el arca,
Disminuyó cuanto pudo
El espacio que del nudo
Hasta su cuello quedó:
Y entonces, segundo Judas,
Con habla ya enronquecida,
Así, de la alegre vida,
Diciendo, se deespidió.

«Teneis razon, padre mio,
»Ya otra cosa no me resta;
»Para una vida como esta,
»Mucho mejor es morir.
»¡Teneis razon! Gran regalo
»Me dejais, y lo merezco;
»Ea, pues, ya os obedezco.
»¡Abra Dios mi porvenir!»

Tras cuyas impías palabras,
Con los pies la arca empujando,
Quedó el miseró colgando,
Blasfemando de su Dios:

Mas, no bien gravitó el cuerpo
En la escarpia, cuando al punto,
Hierro y cordel, todo junto,
Cayó de su cuerpo en pos.

Desplomóse con estruendo
La carcomida techumbre,
Y empolvada muchedumbre
De escombros, bajó detrás.
«¡Malditos maderos viejos!»
Esclamó don Juan, alzándose,
Mas en su plan afirmándose,
Dijo:—«Un árbol valdrá mas.»

Mas, mirando al techo al irse
Por azar, ¡cuál fué su asombro!
Cuando pegado á un escombros,
Otro pergamino vió,
Que á un lado manifestaba
Y en él se veía escrito
Esto, que don Juan leyó:

PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!
HASTA AQUI TE HAN CONDUCTIDO,
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO,
Y MIRA LO QUE Á SER VAS:
TOMA, Y VIVE, MAS ACUÉRDATE,
QUE, CUANDO YA NADA TENGAS,
SERÁ FORZOSO QUE VENGAS
POR OTRA ESCARPIA QUIZÁS.

CONCLUSION.

Tú creerás, lector amigo,
Que don Juan, esto leyendo,
En cuentas entró consigo,
Y por fin escarmentó:
Tambien yo lo suponía,
Pero, amigo, nada de eso,
Porque aquel clérigo obeso
Que esta historia me contó

Me juró como hombre honrado,
Que habia despues sabido
Que este don Juan, perseguido
Por la justicia otra vez,
Se escapó con su tesoro
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra esplendidez.

Y ¿sabes lo que me dijo
Aquel venerable anciano,
Apretándome la mano,
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo
¡Oh lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas...
El refran se lo dirá.

LEYENDA QUINTA.

LA PASIONARIA.

CUENTO FANTASTICO.

INTRODUCCION.

En un fresco valle ameno
De flores y árboles lleno,
Que á un jardín se parecia
Un buen hidalgo vivia
De pesadumbres ageno.

De aquel albergue escondido
La soledad deleitosa
Habia un santuario sido,
Donde pasó guarecido
Su larga vejez dichosa.

Soldado fué mientras pudo
Con el lanzon y el escudo,
Mas su buen tiempo pasado
Volvió á su valle ignorado
A ser campesino rudo.

Allí dejó á su partida,
Para la empeñada guerra,
En una esposa querida,
Y una hija de ella tenida,
Cuanto adoraba en la tierra.

Mas, de la guerra al volver
Con sus heridas ufano,
Echó el buen hombre de ver
Que honrado volvia en vano:
Faltábale su mujer.

El pobre hidalgo la enviaba
Nuevas suyas cada dia
Que una ocasion encontraba,
Pero siempre se perdia
El mensaje, y no llegaba.

Murió, pues, la triste esposa,
Sin noticias de su suerte,
Pues en lid tan azarosa
Dar era difícil cosa
Mas noticias que la muerte.

Lloró su mala ventura
Por largo tiempo el soldado;
Mas todo el tiempo lo apura,
Y el deleite y la amargura
Tienen su fin señalado.

Vivo trasunto de aquella
Perdida ya, dulce esposa,
Quedábale una doncella
Como su madre amorosa,
Y mas que su madre bella.

¿Y, quién ¡vive Dios! no olvida
Los desastres mas prolijos,
Cuando la luz de su vida
Llega á ver reproducida
En el amor de sus hijos?

La vejez desencantada
Tal vez no goza con nada,
Pero la mas cruel historia
Se borra de su memoria
Si de hijos se vé cercada.

Así el valiente Robleda
Todo su amor atesora
En la hija que le queda,
¡Ojalá Dios le conceda
Larga vejez con su Aurora!

Aurora, sí, se llamaba,
Porque en la aurora de un dia,
Conque un abril empezaba,
Nació, y el sol, que apuntaba,
Con ella á la par nacía.

¿Y quién sabe si al prever
Su hermosura venidera,
Quiso el sol su estrella ser,
Y vino la primavera
Su mas bella flor á ver?

Así suceder debió,
Porque en aquella espesura
La bella Aurora creció,
Y dióla doble hermosura
Cada aurora que pasó.

Rosa del valle frondoso
Que del cierzo la guarece,
Su cáliz abre oloroso,
Bálsamo esparce precioso
En el desierto que crece.

Sus primorosos colores
Y su fragancia esquisita,
Vergüenza son de las flores
Que aquellos alrededores
Dan entre yerba marchita.

Y orgulloso y satisfecho
De guardar tan linda flor,
Robleda pide á su pecho
Ambito menos estrecho
Para su ambicioso amor.

Toda su triste existencia
De auroras desventuradas
Y de sangrientas jornadas,
De aquella Aurora en presencia
Sueño es de cuitas pasadas.

Y así, en su albergue escondido,
Y en soledad deleitosa
Contra el pesar guarecido,
Pasa su vejez dichosa
El soldado encanecido.

I.

En una de abril fecundo
Deliciosísima tarde,
Y en la orilla de un arroyo
Que cruza el ameno valle,
Bajo la sombra sentada
De unos juncos desiguales,
Una hermosísima niña
Sola y distraída yace;
Del manso arroyo contempla
Los fugitivos cristales
Que en las arenas del fondo
Reflejan su bella imágen,
Y hállase linda sin duda
Segun lo que se complace,
Ya sonriendo con ella
O ya con ella enojándose.
A veces turbando el agua
La borra por un instante,
Volviendo curiosa luego
A ver como se rehace,
Y asoma sobre sus lábios
De purísimos corales
Vaga é infantil sonrisa
De nuevo al verla formarse.
Mirala atenta esperando
A que las aguas se aclaren,
Y á solas con su reflejo
Plática entabla muy grave.
—¿Por qué me miras, le dice,
Cuando me inclino á mirarte,
Y si me aparto te apartas,
Y si salgo á verte sales?
¿No sabes que es mucho orgullo

Para una sombra tan frágil
Hasta quien la dá la vida
Osar subir arrogante?
¿No sabes que con un soplo
Romper y manchar me es fácil
Los ojos con que te atreves
En los míos á mirarte?
¿Quién eres tú, necia sombra,
Para salir á encontrarme
Tras el quebradizo muro
De tu trasparente cárcel?
Tú, pobre ilusión sin vida,
Sombra sin cuerpo palpable.
Que solo á la sombra de otro
Puedes vivir arrastrándote.
Tú, que á mi solo capricho
Debes no mas cuanto vales,
Puesto que nunca nacieras
Si yo á ti no me acercase?
¿Y todavía me miras,
Y te me ríes, infame,
Y me provocas sirviéndote
De mis mismos ademanes?
Para insolencia tamaña
Ya no hay paciencia que baste;
Toma, descarada, y sea
Cada granito un ultraje.
Y así la hermosa diciendo
Por castigar á su imagen,
Tiraba al fondo del agua
Las arenas de la margen.
Al ver la espuma que elevan,
Al ver los innumerables
Circulillos que producen,
Y unos y otros quebrándose
Fugitivos de su centro,
Y en tumulto interminable,
Los unos van á perderse
Adonde los otros nacen,
Y entre la confusa tela

De sus líneas vacilantes
Al ver en el fondo turbio
Inquieta siempre su imagen
Con inocente sonrisa
Y con infantil donaire:
—Eso es, decia, ya vuelves,
Necia sombra, á tus desmanes;
Mas veremos por quién queda,
Tú á salir y yo á borrarte.
Y arena tiraba al agua
Con caprichoso coraje.
En tal entretenimiento
Se la pasaba la tarde
Luchando contra su sombra
Que parecia constante,
Cuando un mancebo que estaba
Tras ella, con voz suave
Y afectuosísimo tono
Dijola:—Aurora, ¿qué haces?
Tornóse al punto la niña,
Y ruborizada alzándose,
Dijo bajando los ojos:
—¿Qué he de hacer mas que esperarte?
—Tan entretenida estabas
Con el arroyo...

—Tirábale

Las arenillas que cria,
Por venganza.

—¿En qué es culpable
Para que así le castigues?

—Detesto sus falsedades,
Y él me engaña.

—¿Qué te dice?

—Me copia todo el semblante,
Y miente sin duda alguna.

—¿Por qué?

—Porque á ser iguales

Yo y el reflejo que pinta,
Mas, en verdad, te agradase.

—¿Pues quién te ha dicho, alma mia,

Que yo no te le idolatre?
—Mas á menudo vinieras
Si asi fuera á contemplarle.
—¿Acaso tardé?

—Lo ignoro.

Cuando vienes nunca es tarde.
Pero cuando pasa un dia,
Y otro, y otro, y aguardándote
Paso horas y horas sentada
Mirando por todas partes,
Sin que por ninguna lleguen
Mis ojos á tropezarte,
¡Ay, Felix, qué de recelos
Me atormentan!

—¿Pues no sabes

Que tengo yo, Aurora mia,
Ayo, maestros y padre,
Que me acechan de continuo,
Y que me es fuerza robarles
Los minutos para verte
Si no para idolatrarte?
Cuando el castillo abandona,
Ya por caza, ya por viaje,
Es solo cuando evadirme
De mi preceptor es fácil;
Y solo con mil pretestos
Logro entonces engañarle,
Y no oir sus importunos
Consejos inagotables.
Con él del noble ejercicio
De las armas, salgo al parque,
El caballo se desboca,
Salta la zanja y al valle.
Tanto, bien mio, me cuesta
Verte unos cortos instantes,
Mas no hay azar que no arrostre
Por oirte y contemplarte.
—¡Ay Felix, siempre palabras
Consoladoras me traes!
Mas no sé qué falta en ellas

Que nunca me satisfacen.

—¿Dudas acaso?...

—No en ti,

Que no me atreviera amándote.

—¿Pues en quién?

En la fortuna.

Tú tan noble...

—Y es bastante

Garantía la nobleza

De mi encumbrado linaje

Para cumplir mis palabras.

Y esto, Aurora mia, baste,

Que me ofenden esas dudas.

—¡Siempre ese altivo lenguaje,

Felix, siempre te me enojas!

—¿Yo, Aurora mia, enojarme

Contigo? Mi bien, mi gloria.

Jamás.

—Pues tu mano dame,

Júrame que me amas mucho,

Y hagamos la amistades.

—Las manos no, el corazón.

—No puedo yo tanto darte.

—¿Pues qué, corazón no tienes?

—No, que ha venido á robármelo

Un mancebo muy gallardo.

—¿De veras?

—Sí, como un ángel.

—¿Y se lo llevó?

—Sin duda.

—Como yo llegué á encontrarle...

—¿Se le pedirás?

—No á fé.

—¿Pues qué has de hacer?

—Arrancársele.

Y aquí, cayendo la niña

En los brazos de su amante,

Sonó un regalado beso

Que devoró ansioso el aire.

—Aurora, dijo el mancebo,

Mira el sol.

—Felix, ¿te partes?

—¿Qué he de hacer? Espira el día.

—Es verdad, Felix. Mi padre

Tambien estará impaciente.

¿Volverás pronto?

—Cuanto antes.

—¿Te acordarás de mi?

—Siempre.

Mi existencia es solo amarte

No tengo en mi corazón

Mas que un altar con tu imagen.

—¿Se borrará?

—Nunca, Aurora:

Pintada está con mi sangre,

Y por el crisol pasada

Del fuego que en ella arde.

Y al dulce beso tornaron

En punto tal, separándose,

Y mientras verse pudieron

No dejaron de mirarse.

Subia aprisa don Felix

Y con pasos desiguales,

Por la tortuosa vereda

Que lleva fuera del valle;

Y lentamente cruzaba

Aurora, la opuesta parte,

Por la olorosa pradera

De que es su casa el remate.

Y á cada paso volviéndose

Y de lejos saludándose,

Ambos á dos se juraban

Como quien eran amarse.

¡Pobres niños, que, insensatos,

Juzgaban interminable

Lo que era con solo un soplo

Interrumpirles muy fácil!

II.

Tendia sobre la tierra
Su oscuro manto la noche,
De estrellas poblando el cielo
En magnífico desorden.
Lanzaba apenas la luna
Sus tímidos resplandores,
Como enamorada que abre
Recelosa sus balcones
Por ver al galán que espera
Y que las sombras la esconden;
Mas cuyo contorno vago
En la oscuridad conoce.
Todo en el valle reposa,
Y con murmullos acordes
Entre las ojas susurran
Los céfiros juguetones.
El manso rumor del agua
Que entre los céspedes corre
Mezclado con sus murmullos
Incesantemente se oye.
Perfuma el ambiente puro
De las campesinas flores
El grato y sencillo aroma
Que ávida el aura recoge.
Brotan del húmedo césped
Imperceptibles vapores
Que de las ráfagas vuelan
Sobre las alas veloces.
Y la frescura se aspira,
Y los sentidos absorbe
Vaga languidez, dulcísima,
Que hace su deleite doble.
El pensamiento perdido

El ancho espacio recorre,
En pos de mil imposibles
Encantadas ilusiones.
Los ojos, alucinados
Con mil falsos resplandores,
Realidades imaginan
Sus increadas ficciones.
Y en el azul trasparente
Cuya estension desconocen,
Sus errantes fantasias,
En su desvario ponen.
Y un vapor que le atraviesa,
Un insectillo que indócil
Le cruza inquieto, sonando
Sus alillas uniformes,
Una hoja que va en el aire
Sin hallar en qué se apoye,
Y desprendida de un tronco
Acaso de sábia pobre,
Por una vision la toman
Que pasa ante ellos informe,
Suspiro tal vez de una hada,
Plegaria acaso de un monje.
Noche azul, limpia y serena,
Tras la cual se reconoce
Lo infinito del espíritu
Que con un soplo hizo el orbe.
En esta noche tranquila,
Y en este valle fué, donde
Delante de una ventana
De su alquería, sentóse
El bueno de Juan Robleda
En un gran sillón de roble,
Asegurando los codos
En sus brazales enormes.
Los ojos en tierra fijos,
Mohino el semblante noble,
Sumido el ánimo muestra
En graves meditaciones.
Jamás se le vió tan triste;

Sin duda su pecho esconde
Algún secreto funesto
Que el corazón le corroe.
Secreto que en el silencio
Es fuerza que le devore,
Que en su corazón se entierre,
Y en su corazón se ahogue.
Mas él desea sin duda
Que fuera de él se desborde,
Reduciendo sus tormentos
A sentidas espresiones:
Que otro las oiga y las sienta
Como él las siente y las oye,
Ya porque él lo necesite,
O ya porque á otro le importen.
Y esto, sin duda, resuelve,
Porque dejando su inmóvil
Posición, por la ventana
Llamó á Aurora, y levantóse.
Entró la hechicera niña,
Volvió á su sillón de roble
El padre, y entre los dos
Plática tal entablóse.

ROBLEDA.

¿Dónde has estado?

AURORA.

En el soto.

ROBLEDA.

Que has hecho allí?

AURORA.

Cojer flores.

ROBLEDA.

Y has cogido muchas?

AURORA.

Muchas.

ROBLEDA.

Ten cuenta con las que cojes,
Y no vayas á buscarlas
Al parque de los señores
De Aracena, porque tiene
Muy malos alrededores.

AURORA.

Yo, señor....

ROBLEDA.

¿Me has entendido?

No están mis ojos tan torpes
Todavía, que no alcancen
Hasta el lindero del bosque.

AURORA.

Duéleme, padre y señor,
Que mi conducta os enoje;
Mas yo prometo...

ROBLEDA.

Hija mia,
No hay desdicha que no arrostre
Tu padre por tu ventura,
Ni mal que por tí no afronte.
Mas no hay tampoco desdicha
Que me desvele ni asombre,
Como el temor de perderte.

AURORA.

¿Y á qué, padre, esos temores?
Aquí hemos siempre vivido
Retirados; nuestra pobre
Posesion respetan siempre
Los bandidos y los nobles.

Mil veces me habeis contado
Que allá, detrás de esos montes,
Éstá la tierra turbada
Con guerra y desolaciones.
Que todo el mundo está henchido
De desventuras y horrores,
Pero jamás han llegado
A nuestro valle las voces.

ROBLEDA.

¡Ah! que no es, Aurora mia,
Tan peligroso el redoble
Del atambor que convoca
Para matarse los hombres,
Como la voz engañosa
De esas májicas pasiones
Que viven en nuestro pecho
Como huéspedes traidores.
Lides se vencen lidiando,
Y al fin, ya que no se logre
Salir de una guerra siempre
Felices ó vencedores,
La fuga salva aunque manche,
¿Mas, cómo de las traiciones
Defenderse de enemigos
Que á par con nosotros corren?
Bajas, Aurora, los ojos,
La faz ruborosa escondes;
¡Ay de tí, luz de mi vida!
Si freno al amor no pones.

AURORA.

¡Callad, por Dios, padre miol

ROBLEDA.

Fuerza es decírtelo, óyeme:
Todo lo sé, pobre niña,
Esas desdichadas flores
Que vas á cojer al campo,
Son las falsas espresiones,

Los juramentos de amor
De un mozo á quien no conoces,
Y de quien tu no has nacido
Mas que sierva. Y si no rompes
Tan torpes lazos, si no echas
En olvido hasta su nombre...

AURORA.

Padre, imposible. Se mezcla
En mis mismas oraciones,
No se aparta de mi mente
Ni de dia ni de noche.

ROBLEDA.

Pues bien, Aurora, es forzoso
Que desprendértele logres
Del corazon, es preciso
Que huyamos lejos de ese hombre.
Tú no naciste condesa,
No heredaste mas blasones
Que tu honor, y esa no es prenda
Para perdida de un golpe;
Venderé nuestra alqueria,
Aurora, á partir dispoñte,
La distancia es el olvido,
Y el tiempo allana los montes.

AURORA.

Pues bien, padre, partiremos:
Conozco vuestras razones,
Iremos donde gustáreis;
Será un sacrificio enorme;
Tal vez me cueste la vida;
El alma tal vez indócil
Se resista de tal modo
Que el aliento me sofoque,
Pero primero es mi padre:
Vuestros caprichos son órdenes
Para mí; sí, padre mio,
Mas dejadme que le llore.

No estrañeis, no, que á los párpados
Las lágrimas se me agolpen,
No me preguntéis la causa
Que será mentar su nombre.

Y aquí de hinojos Aurora
Ante su padre se pone
Diciendo:—Padre, partamos,
Antes que don Felix torne.

III.

Catorce dias despues
De su alqueria á la puerta
Iba á montar á caballo
El bravo Juan de Robleda.
Ya estaba á su lado Aurora
Sobre una jaquilla negra,
Y un criado conducia
Sobre una mula su hacienda.
Las crines tenia asidas
El soldado, y el pié cerca
Del estribo, cuando á ellos
Vió, con estraña sorpresa,
Venir un hombre, en un potro
Desbocado, por la cuesta,
Y á pique de despeñarse
Por la tortuosa vereda.
Las compasivas miradas
Clavó en él con ánsia extrema
De que descendiera vivo,
Lo que á la verdad no espera.
Mas, gracias á su fortuna,
Mucho mas que á su destreza,
Por la orilla del arroyo
Siguió su rauda carrera.
Pasó el linderø del soto
Tan veloz como una flecha,
Saltó la zanja del bosque,
Cruzó el puente de madera,
Y pasó por medio de ellos
Sin ser dueño en su violencia
De contener de su potro
El impulso y la fiereza.
Era don Felix. Aurora

Palideció á su presencia,
Y el viejo esperó pregunta
Para concebir respuesta.
—¿Partis? preguntó don Felix
Con faz pálida y colérica:
Y con altiva mesura
—Partimos, dijo Robleda.

DON FELIX.

¿Por mucho tiempo?

ROBLEDA.

Por mucho,
Si es mucho la vida entera.

DON FELIX.

Los vasallos de mi padre
No pueden sin su licencia
Abandonar sus estados.

ROBLEDA.

Por eso fui yo á obtenerla
De él mismo no há muchas horas.

DON FELIX.

¿Y os la dió?

ROBLEDA.

Y gracias con ella.
Conque así, señor don Felix,
Mire si paso nos deja,
Porque la jornada es larga
Y la mañana está fresca.

DON FELIX.

No será mientras yo viva,
Buen viejo, y tened paciencia,
Que no ha de salir mi esposa
De donde su esposo queda.

ROBLEDA.

¿Qué estais hablando, don Felix?
¿Qué esposa ó qué rayo es esa,
Ni qué tengo yo que ver
Con quien vuestra esposa sea?

DON FELIX.

Mas de lo que vos pensais
Mi mujer os interesa,
Que os vengo á pedir á Aurora
Para mi esposa, Robleda.

ROBLEDA.

¡Está su merced sin juicio
Por Cristo vivo!

DON FELIX.

—Ello es fuerza,
Yo la adoro, la idolatro;
Todo el poder de la tierra
No me arrancará del pecho
Esta pasion violenta.

ROBLEDA.

—Teneos, señor, teneos,
Que se os desboca la lengua;
Y aunque os amargue, es preciso
Que oigais la verdad sincera.

Don Felix, doy por supuesto
Que ella os ama, doy que es cierta,
Profunda vuestra pasion,
Decidida y verdadera,
Mas ella nació villana,
Y vos en estirpe régia:
Sí, porque sangre de reyes
Circula por vuestras venas.
Ved, pues, si podeis bajaros
Hasta humillaros con ella,

O si ella puede subir
A vuestra altitud escelsa.

DON FELIX.

—Si puede ¡viven los cielos!
Que en la mujer no hay nobleza,
Y en alas de la hermosura
Se encumbra hasta las estrellas.
Cuando yo herede el condado,
Aunque segadora fuera
La esposa que yo tomare,
Fuera siempre la condesa.
Que si soy de sangre noble,
Soy tambien...

ROBLEDA.

—Un calavera,
Que os cansareis en dos meses
De una záfia lugareña,
Y la encerrareis, tirano,
En alguna fortaleza,
Para gastar en la corte
Vuestro oro con las ajenas.
Creedme, señor don Felix,
Yo tengo mucha esperiencia,
Y sé lo que son las cosas;
Dejaos, pues, de quimeras.
Cada oveja, ya sabeis
El refran, con su pareja.

DON FELIX.

—Pues bien; viejo testarudo,
Ya que me provocas, guerra
Te haré desde hoy, de tus brazos
La arrancaré.

ROBLEDA.

—Y eso prueba
Bien claro que sois un vil,
Porque tan villana idea

Le ocurre solo á un menguado
Que contra la ley atenta.

DON FELIX.

—Nada me importa tu cólera,
Me olvido de tu insolencia.
Y tú, Aurora de mi vida...

ROBLEDA.

—Don Felix, su merced vea
Que si dá un paso hácia Aurora,
La vida al punto le cuesta.
La justicia de mi causa
Ha defendido mi lengua
Con honor; de vuestro arrojo
Mis pistolas me defiendan.

Asi Robleda diciendo,
Metióse con faz resuelta
Entre don Felix y Aurora,
La mano en las armas puesta.
Postróse á sus pies la niña,
De miedo en llanto deshecha,
Volvió en su acuerdo don Felix,
Y á punto tal, por la cuesta
Aparecieron ginetes
Del conde con la librea;
El mismo delante de ellos
Avanzando á toda rienda.

EL CONDE.

¡Voto á San Dimas! ¿Qué es esto?
¿El siervo contra el señor?

ROBLEDA.

No busco de tal rigor
Para escusarme pretesto.
Mas yo mi honor defendia,
Y antes de volver atrás,

Poco es de él, de Satanás,
Señor, le defendería.

EL CONDE.

¿Mi hijo á tu honor atentó?
Robleda, en verdad responde.

ROBLEDA.

Al vuestro atentaba, conde,
A no impedirselo yo.
Pidióme, loco, la mano
De mi hija y se la negué.

EL CONDE.

¿Eso pensó? ¡Por mi fé
Que eres, Félix, un villano!

ROBLEDA.

Yo se lo dije tambien,
Mas á fuerza dijo, airado,
Que obtendria de contado
Lo que no de bien á bien.

DON FELIX.

Pues bien, padre...

EL CONDE.

Calle el necio.

Robleda, tú has peleado
En otro tiempo a mi lado
Y siempre te tuve aprecio.
No, por mi vida, no es justo
Que pagues solo la pena
De culpa que ha sido agena;
No has de partir, es mi gusto:
La posesion te concedo
De todo el valle que habitas;
Y vé si mas necesitas
Que agradecido te quedo.
Y tú, niña, olvida ese hombre,

Que no es en verdad razon
Que tenga tu corazon
Quien no ha de darte su nombre.
Otro encontrarás mejor,
Pues la dueña de este valle
Marido es fácil que halle,
Si no conde, con honor.

ROBLEDA.

La proteccion agradezco,
Señor, mas es castigarme
A que me quede obligarme
En un lugar que aborrezco.

EL CONDE.

Entiendo tu repugnancia,
Robleda, mas he curado
De que vivas descuidado;
Enviaré á Felix á Francia.

Y aquí el conde de Aracena
Volviendo el rostro á su hijo,
Frunciendo el ceño le dijo
Con voz decidida y llena:
—Y ahora vos, caballero,
De hinojos ante ese anciano
Pedidle á besar la mano.

ROBLEDA.

¡A mí, señor!

EL CONDE.

Yo lo quiero.

DON FELIX.

Padre y señor, si esto es
Para vos buen desagravio,
Con gusto pondré mi lábio
No en sus manos, en sus pies.
Mas ved que mi corazon....

EL CONDE (*interrumpiéndole*).

No hay mas en ello que hablar,
Yo dél os sabré arrancar
Tan indigna inclinacion.

¡Hincáos: besad: muy bien!
Ahora montad é id delante,
Mas id con mejor talante,
Por la estrella de Belen.

Y si quereis desde ahora
Que mi cólera no estalle,
Ólvidáos de este valle
Y no penseis en Aurora.

Dios sea contigo, Robleda,
Y ahora á escape, señores,
Que estarán mis cazadores
Esperando en la alameda.

Salió la gente del conde
Tras él á escape resuelto,
Pero no sin haber vuelto
Los ojos Felix á donde

Su Aurora, en llanto deshecha,
Recoje aquella mirada,
Que acaso, la desdichada,
Como la última aprovecha.

Mientras los pudo alcanzar
La vista sobre ellos tuvo;
Cuando perdido los hubo
No pudo con su pesar.

Huyó de su alma el valor
Que hasta allí habia asistido,
Y al fin cayó sin sentido.
¡Tan tirano era su amor!

IV.

Cumplió su palabra el conde
Y envió á don Felix á Francia,
Porque son tiempo y distancia
Grandes contrarios de amor.
El conde está satisfecho
Y estálo tambien Robleda:
Aurora es solo quien queda
Abismada en su dolor.

Don Felix va caminando
A pesarado y mohino,
Aliviando su camino
Con las memorias de ayer.
Mas, mozo ilustre que al mundo
Hoy sale por vez primera
¿Quién sabe si allí le espera
Felicidad y placer?

Siempre en el negro castillo
De su familia encerrado
Mas fortuna no ha llegado
Ni mas gloria á concebir;
Toda su ambicion silvestre
Se redujo á sus vasallos,
Sus perros y sus caballos:
Ese fué su porvenir.

Mas, si dichoso en la córte
Y afortunado en la guerra,
Fama se conquista y tierra
Con bien merecida prez;
Si el hidalgo en provincia,
Allá en pais extranjero,
Venturoso aventurero,
Medra en el mundo á su vez;
Si envuelto en el torbellino

Del lujo y de la grandeza,
Altivo con su nobleza
Y fiero con su valor
Avasalla á la fortuna,
¿Quién de que viva responde
En el corazon del conde
Del campesino el amor?

La juventud es la fuerza,
La prevision la osadía,
La juventud con un dia
De suerte amiga no mas,
Al golfo de la fortuna
Sin brújula y sin estrella
Se lanza, y voga tras ella
Sin volver cara jamás.

La felicidad no existe,
La gloria es una mentira,
Mas solo la gloria inspira
Hazañas de gran valer.
La dicha es la incertidumbre
En que estriba la esperanza,
Y porque nunca se alcanza
Damos tras ella en correr.

En pos de esa lumbre falsa
Acrecienta su renombre
Y acrecienta su ambicion.
Y así fué grande Alejandro,
Y así inmortal vive Homero,
Por su fortuna primero
Despues por su corazon.

Ese es el hombre, deseos,
Ambicion, fortuna, gloria,
Eso es su vida, su historia,
Del hombre es siempre el valor.
Mas la mujer... ¡desdichada!
Débil y hermosa nacida,
El amor solo es su vida,
Su porvenir el amor.

Mientras el hombre combate
Con la fortuna contraria,

Ella, triste y solitaria,
Orando por él está:
El hombre egoísta, avaro,
Piensa en sí mismo primero,
Y el corazón todo entero
Ella entre tanto le da.

¡Pobre Auroral en vano tiendes
Los ojos desencajados
Por los peñascos quebrados
Que fuera del valle dan;
En vano pasas tus días
En silencio y pesadumbre,
En tu escasa incertidumbre
Acrecentando el afán.

«¿Si volverá?»—se pregunta
Todos los días Aurora.
«¿Qué hará don Félix ahora?»
En eso piensa no más.
Verle venir á lo lejos
A cada instante imagina,
Mas la ilusión peregrina
No se realiza jamás.

En vano el viejo Robleda
Consuelo estéril la ofrece
Su duelo no desvanece
La verdad ni la razón.
Si acaso muestra en sus labios
El buen viejo una sonrisa,
Una lágrima le avisa
Su amor en la soledad.

«No llores, mi bien, la dice
»Desolado el pobre viejo:
»Al fin es mejor consejo
»Lo que se pierde olvidar.»
Y ella responde:—«¡Perderle!
»¿Por qué ocultar que me pesa?
»Ya sé que mi suerte es esa,
»Mas dejádmela llorar.
»Yo os prometí, padre mío,
»No verle más, no buscarle,

»Mas no prometí olvidarle,
»Que fuera imposible á fé,
»Su imágen está con fuego
»En mi corazon grabada,
»Y eternamente guardada
»En él la conservaré.»

—«¿Y piensas, pobre inocente,
»Que él conservará la tuya?»

—«Padre, quien quiera le arguya

»Por la palabra que dió.

»El será mi pensamiento

»Mientras me dure la vida,

»Si él, padre mio, me olvida,

»No he de culpárselo yo.

»Solo su bien es mi anhelo

»Y si á mi costa ha de hallarle,

»Quiera logrársele el cielo

»Si es venturoso sin mí.»

Asi á su padre, llorando,

Dice la infeliz Aurora,

Y el viejo oyéndolo llora

Porque el triste lo cree asi.

Y en esta penosa calma,

En esta intensa amargura,

Sin mengua su desventura

Pasaba el tiempo veloz.

Afanábase Robleda

En consolar á su hija,

Mas ella en don Felix fiija

Desatendia su voz.

Pasaba el dia, la triste,

Al pié del cerro vecino,

Siempre mirando al camino

Con insensata avidez,

Contínuamente sentada

En la pradera florida

Donde le vió á su partida

Por la postrimera vez.

Y el desdichado Robleda,

Que ciego la idolatraba,

Veia bien que la ahogaba
Su inestinguible dolor.
¡Pobre viejo! ¡con qué gusto
Toda su sangre vertiera
Para sofocar la hoguera
De aquel insensato amor!

V.

En una tarde de julio,
 Que los nublados embozan
 Del sol cubriendo los rayos
 Tras de su cortina lóbrega,
 Del arroyuelo á la márgen
 Está la infeliz Aurora,
 Embebecida la mente
 En lisonjeras memorias.
 Pálida y desencajada,
 Aunque atractiva y hermosa,
 Piensa en que el año se cumple
 Y su don Felix no torna.
 ¡Un año! Y la pobre niña
 Aún siente devoradora
 De su amor la eterna llama
 Que el tiempo apagar no logra.
 Un año va á hacer que, ausente
 Del dulce sueño que adora,
 Aún de su vuelta conserva
 Una ilusion mentirosa.
 Aún sale todas las tardes
 A contemplar á sus solas
 La senda por do solia
 Bajar por entre las rocas.
 Aún vuelve los tristes ojos
 Con esperanza engañosa,
 Creyendo verle á lo lejos
 Doblar la empinada loma.
 Mas nunca llega don Felix;
 Jamás aniga persona
 Trae carta ó noticia suya
 A la enamorada Aurora.
 Y ella, sin embargo, espera;

Mas ¡ay! esperanza loca,
El año entero se cumple
Y su don Felix no torna.

Y estaba pensando en ello
Meditabunda y llorosa,
Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra,
Que se deslizaba rápida
Por la vereda tortuosa,
Aclarando sus contornos
Segun la distancia acorta.
No es ilusion esta vez;
Un bulto de humana forma
Es la aparicion. Los ojos
Se la saltan de las órbitas.
¡Con cuánta ansiedad y ahinco
En el que viene los posa!
Sondear quisiera al verle
Su nombre, su ser, su historia.
Y en tanto descende al valle
La aparicion venturosa,
Que es un viejo peregrino
Con su bordon y sus conchas.
Agil y recio de miembros,
Su larga edad no le estorba
Para caminar, y apenas
Sobre su baston se apoya.
Cana la barba y crecida,
Talante y faz majestuosa,
Vaga sonrisa en los lábios,
Mirada escudriñadora.

Tal era aquel extranjero,
De cuya agradable boca
Oyó Aurora un «Dios te guarde»
Tras de sonrisa amistosa.
Y ella, atenta, contemplándole
Por si tal vez le conozca,
Volvióle la cortesía
Con un «vengais en buen hora.»

Quedaron ambos un punto
En actitud silenciosa,
Trabando entrambos á poco
Un diálogo en esta forma:

EL PEREGRINO.

¿Qué haces en medio del campo
Con la tormenta tan próxima,
Pobre niña?

AURORA.

—Ya lo veis,
Llorar.

EL PEREGRINO.

—¿Y qué es lo que lloras?

AURORA.

Mis desventuras, señor.

EL PEREGRINO.

¿Tan joven, y ya te acosan
El corazón las desdichas?

AURORA.

Cada día se redoblan.
Mas, perdonadme, extranjero,
Si mi pregunta os enoja,
Y á vuestra edad sin respeto
Os interrumpo curiosa.
¿Venís de Francia?

EL PEREGRINO.

—Es mi patria.

AURORA.

¿Y la habeis andado toda?

EL PEREGRINO.

Toda la conozco á palmos

Desde una punta á la otra.
Mas ¿qué te suspende, niña?
¿Qué empacho pueril te estorba
Finalizar tu pregunta?
Nada me has dicho hasta ahora.
Si acaso en Francia se hallare
Alguna madre amorosa....

AURORA.

No la tengo.

EL PEREGRINO.

Algun hermano....

AURORA.

Tampoco.

EL PEREGRINO.

Alguna persona
Querida.... Tal vez la misma
Ocasión de tus congojas.

AURORA.

Pues bien, anciano, es muy cierto.
Hay una, cuya memoria
De mí no se aparta nunca.

EL PEREGRINO.

¿Un hombre?

AURORA.

Sí.

EL PEREGRINO.

¿De española
Sangre nacido?

AURORA.

En sus reyes
Origen su sangre toma.

EL PEREGRINO.

¿Pasó á Francia?

AURORA.

Por mi culpa.

EL PEREGRINO.

¿Le amabas?

AURORA.

Mucho.

EL PEREGRINO.

¿Y se nombra?

AURORA.

Don Felix es de Aracena.

EL PEREGRINO.

¿Altivo?

AURORA.

Y galan.

EL PEREGRINO.

¡Dichosa

La mujer que para suya
Tan buen caballero escoja.

AURORA.

¿Le conoceis?

EL PEREGRINO.

Sí, por cierto
Que es conocerle gran honra.

AURORA.

¡Hablad por Dios!

EL PEREGRINO.

La fortuna
Le acude con mano pródiga.
Mas liberal cada dia,
De dicha y de honor le colma.
La Francia entera le aplaude,
Y va su nave orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa.
El sábio rey Luis Onceno
Con ciega pasion le adora,
Y el principe sin empacho
Le admite en su misma alcoba;
Con ellos á caza sale,
Gran fama con ellos goza
De entendido y de valiente:
Y aunque parezca lisonja,
No fué mejor caballero
Con el rey Luis á Borgoña.

AURORA.

¡Callad, buen viejo, callad!
Que la ventura me agobia
Al oir tan gratas nuevas.
Mas decidme, ¿tanta gloria,
Buen peregrino, del alma
Le habrá arrancado, ambiciosa,
El amoroso recuerdo
De su abandonada Aurora?

EL PEREGRINO.

¡Ay! todo el tiempo, hija mia,
Lo confunde y lo trastorna,
El curso á los rios tuerce
Y las montañas desploma.

AURORA.

Basta, peregrino, basta,
Que siento que sangre brotan

Las mal cerradas heridas
Que mi corazon destrozan.
¿Conque me olvida?

EL PEREGRINO.

Lo ignoro.

AURORA.

¿Mas no sabeis?...

EL PEREGRINO.

Que ama á otra.

AURORA.

¡Triste de mí! Si él me falta
Todo lo demas me sobra.

Y á estas palabras, sintiendo
Que las fuerzas la abandonan,
El extranjero los brazos
Tendió á la infeliz Aurora.
Cayó sin sentido en ellos,
Y él blandamente dejóla
De la florecida yerba
Sobre la mullida alfombra.

Cuando tras breve desmayo
La niña á vida volvió,
Tendió desalentada
Los ojos en derredor
Y del arroyo á la márgen
Cuando sola se encontró.
—«Sin duda, dijo, he soñado,
»Así sea, ¡plegue á Dios!
»Que á ser realidad, con ella
»No pudiera el corazon.
»Sí, sueño fué: el peregrino
»Que tales nuevas me dió,

»De mi loca fantasía
»Fue no mas una ilusion.
»Sí, todo ha sido un ensueño
»¡Mas cuánto me atormentó!»

En tanto avanzaba el lóbrego
Nublado amenazador,
Y ya á lo lejos se oia
De trueno el cóncavo son.
Zumbaba el viento, arrastrándose
En torbellino veloz,
Mas sin templar de la atmósfera
El ádito abrasador.
Caían de cuando en cuando,
Precursoras del turbion,
Anchas y redondas gotas
Que se tornaban vapor:
Y amedrentadas las aves,
De abrigo preciso en pos,
Cruzaban el aire denso
Sin segura direccion.
Solo el salvaje milano,
Con vuelo fascinador,
Suspendido se cernia
En la azulada region,
Y á la impetuosa tormenta
Precediendo sin temor,
Giraba en círculos sesgos
Graznando en áspero son.

La senda con lento paso
De su alquería tomó
Aurora, saliendo apenas
De su honda enagenacion,
Y por la arenosa márgen
Del arroyo saltador
Hasta el umbral de su puerta
Meditabunda llegó.
Allí, arrancando un suspiro
Del fondo del corazon,
¡Qué hará don Felix!—se dijo,
Y á su aposento subió.

VI.

Y yendo dias y viniendo dias,
Y Aurora sin ceder en sus manías,
Un año se pasaba y otro año
Sin que entendiera nunca el desengaño.
Sueño no mas creyendo al peregrino,
Creia sin embargo en la firmeza
De don Felix, agüero sospechándolo,
Mas feliz esperando su destino
Cuanto cierta su dicha y su riqueza.

¡Tal es nuestra locura!
Nunca creemos más de los agüeros
Que la parte de bien y de ventura:
Si allá en noche afanosa
Negro, espantoso, aterrador ensueño
Con tenaz pesadilla nos acosa,
Su memoria azarosa
Olvidar procuramos con empeño
Cual creacion del alma vaporosa.

Mas si dulce ilusion blanca y risueña
Nuestro reposo encanta,
Al punto la juzgamos
De grato porvenir ilusion santa.
Así pensaba Aurora,
La vuelta de don Felix esperando
Fiada en su palabra engañadora;
Siempre en su cierta ingratitud dudaba,
Mas siempre en la fortuna,
La fama y los honores que adquiria
Creia sin cesar, sin ver que fuesen
Visiones de su amante fantasía.
Y siempre en la ladera
Del manso arroyo con afan sentada
Por la senda tendía

La vista enamorada,
Creyendo que don Felix volveria.
Embebida en tan dulces pensamientos,
Una tarde de julio calurosa
Descansaba la niña fatigada
Del arroyo á la márgen arenosa:
Los ojos en el cielo
En lágrimas de amor humedecidos,
Distraida fijaba
Sin fé ni objeto por su azul perdidos.
La imágen de don Felix
Mas que nunca amoroso,
Mas que nunca galan veia acaso
Que á su valle volvia
Con ciego amor y presuroso paso,
Y ella, ufana á su vez con su hermosura
Los brazos le teadia.
¡Mas ay, que la vision nunca venia!
Siempre, sí, de sus bellos pensamientos
La efimera ventura
Deshacia de un soplo
Su secreta y fatídica amargura.
Siempre se hundian sus dorados sueños
En el mar de sus lágrimas, y al cabo
Sus delirios no mas siendo la suerte
Que aguardaba dichosa,
Miraba al porvenir... y no veia
Mas esperanza que la tarda muerte,
¡Pesadilla fatal que la oprimia!
Y aquella bienandanza
En que soñó á don Felix, la privanza
Que en Francia con el principe gozaba,
Todo cuanto la dijo el peregrino,
La idea de otro amor la emponzoñaba.
Todo era en su opinion sueño y mentira,
Todo ilusion de su alma enamorada.
Mas ¡cuánta fé, cuánto placer le inspira
Su esperanza infundada!
Y al par ¡con cuán fundada incertidumbre
Su dichosa ilusion tenaz conspira

De su amor á que dude despechada!
¡Ay, desdichada Aurora,
Cuán arraigada la memoria guardas
Del ingrato amador á quien aguardas!
¡Con cuánta fé tu corazon le adora!

Y así, sin claro objeto
Y sin clara razon, la pobre niña,
Presa infeliz de su dolor secreto
Enamorada llora,
Y del límpido arroyo en la ladera
Siempre su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando
Meditabunda y llorosa,
Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra
Que deslizándose rápida
Por la vereda turtuosa
Se aclara y se patentiza
Segun la distancia acorta.
Tembló de pavor al verla,
Que no es ilusion ahora
De su ardiente fantasía
Sino realidad odiosa.
Es el mismo peregrino
Que ha vivido en su memoria
Dos largos años, imágen
De un sueño amedrentadora.
El es, con su blanca barba,
Su paso y faz majestuosa,
Su indefinible sonrisa,
Su mirada escrutadora,
Con su sayo penitente
Y su bordon y sus conchas.
El és, sí: y á su presencia
Todo lo comprende Aurora.
Toda la verdad del sueño
A su mente se le agolpa
Con el certero puñal
De una exactitud diabólica.

Don Felix, rico y dichoso,
Cuya nave va orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa;
Herederero del condado
Que, muerto su padre, goza,
Querido del rey de Francia,
Celebrado en toda Europa
Por entendido y valiente,
Sin ayos que se interpongan...
Mas de su amor olvidado
Y enamorado de otra.
Todo esto en su mente bulle,
Todo esto el alma la acosa,
Como horrible desencanto
De esperanza engañadora.
Y ella... necia, sin ventura,
Que de firmeza blasona,
Conserva de quien le olvida
La ingrata imágen que adora!
Si aun era sueño dudaba,
Cuando á sus oídos próxima
Oyó una voz que decía:
«Dios sea contigo, Aurora.»
Rompió á llorar escuchándola
La muchacha, y su congoja
Respetando el peregrino
Tras larga pausa así hablóla:
—¿Aun vives, niña, y aun amas?
¿Y aun el raudal no se agota
De tu llanto y de tu vida?
¡Fortuna infeliz te toca!

AURORA.

¿Conque es verdad que á don Felix
Protege fortuna pródiga,
Y en honores y riquezas
Consigue cuanto ambiciona?
¿Con que es verdad, y no sueño,
Que há dos años, vuestra boca,

En esta misma ladera,
Me dijo que amaba á otra?
¡Ah! quien quiera que seais
Hombre, ó vision ilusoria
Que desde Francia venís
No mas que á apagar la antorcha
De mi esperanza, volvéos,
Tornad á esa Francia odiosa
De donde venir no pueden
Mas que sierpes ponzoñosas.
Idos, buen viejo, y dejadme
Con mis pesares á solas;
Dos años há que os conozco
Y en vos no creí hasta ahora.

EL PEREGRINO.

¿Y no me preguntas nada?

AURORA.

Cuanto me digais me sobra
Si Felix no vuelve.

EL PEREGRINO.

Nunca.

AURORA.

¿Conque es ella tan dichosa
Que en las redes de su amor
Para siempre le aprisiona?

EL PEREGRINO.

Para siempre.

AURORA.

¿Tanto le ama?

EL PEREGRINO.

Ambos con furor se adoran.

AURORA.

¡Fortunado de él!

EL PEREGRINO.

Sin duda,
Pues cuanto apetece logra.

AURORA.

¿Y ella es muy noble?

EL PEREGRINO.

Duquesa.

AURORA.

¿Jóven?

EL PEREGRINO.

Mucho.

AURORA.

¿Y muy hermosa?

EL PEREGRINO.

Toda alabanza es escasa.

AURORA.

¡Ojalá Dios les dé toda
La dicha que les desea
Quién por sus venturas llora!

EL PEREGRINO.

¿No le amas ya, pues tan fácil
Su ingratitud le perdonas?

AURORA.

Cual nunca de sus recuerdos
El fuego ¡ay Dios! me devora:
Sí, *mas yo, solo á quien amo*
Deseo fortuna y gloria.

EL PEREGRINO.

¡Mas si él te ultraja!...

AURORA.

En amarle
Yo pago una deuda propia.
Si me olvida, cuenta es suya.

EL PEREGRINO.

¿Mas no de otro amor celosa...?

AURORA.

No, si él es feliz con ella,
El no serlo yo ¿qué importa?
¿Por qué la ventura ajena
Querré turbar envidiosa?
No, que gocen y que nunca
Les encje mi memoria.

Y aquí el raudal enjugando
De sus lágrimas, Aurora
Quedó al parecer tranquila;
Mas ¡ay! calma mentirosa,
Porque dentro de su pecho
Fermenta devoradora
La llama de sus pesares,
Que ni estingue ni sofoca
La virtud, que la consuela,
Pero que su amor no doma.

Absorto, ante esta sublime
Abnegacion generosa,
Al fin el viejo extranjero
Dejó correr, turbia, sola,
Por su tostada mejilla,
De amargo llanto una gota.
Y á Aurora tornando el rostro,
En cuya faz amorosa
Distinto aspecto sus rasgos
Y extraño carácter toman,
Dijo así con voz dulcísima,
Mas firme y fascinadora,
A la que Aurora no pudo
Permanecer silenciosa:

—¿Ningun deseo te resta
Que te se pueda lograr?

AUROBA.

Solo imaginarlo es dar
En necesidad manifiesta.

EL PEREGRINO.

¿Quisieras volverle á ver?

AURORA.

Sí, siempre verle quisiera,
Mas sin que él verme pudiera
Que fuera aguar su placer.

Sí, en ser eterno testigo
De su ventura me holgara,
Pero sin que él sospechara
Que estaba siempre conmigo.
Verle, oírle noche y día,
Poder, cual ángel de Dios,
Ser continuo, entre ellos dos,
Espiritu de armonía.

Inspirarle siempre fé,
Siempre amor, siempre ventura,
Y encontrar mi sepultura
De su sepultura al pié.
Mas esto, buen peregrino,
Ya veis que és delirio necio!...
La voluntad os aprecio
Mas seguid vuestro camino.

EL PEREGRINO.

*No hay cosa que alguien no pueda:
Y nadie en la tierra sabe
Lo que en lo posible cabe,
Lo que en lo imposible queda.*

Esto contestó aquel viejo
A la propuesta de Aurora
A punto que por la tierra

Se derramaban las sombras.
Cerraba la noche oscura,
Tan negra y tan tenebrosa,
Que no alcanzaban los ojos
A la distancia mas corta.
El viento lánguidamente
Suspiraba entre las rocas
Y alzaban triste murmullo
Las casi agostadas hojas.
Con grande inquietud Robleda
De gran pesar precursora,
De los elementos via
La revolucion medrosa.
Pavor sentia su alma,
De noche tan densa y lóbrega,
En que imagina su suerte
Tan negra como la atmósfera,
Y ante una ventana abierta,
Enterrado en su póltrona,
Al cielo sin luz miraba
Con faz y con vista torva.
¿Qué espera allí? Lo que nunca
Volverá á ver mas; su Aurora.
Su amor, la luz de sus ojos,
El aliento de su boca.
¡Ay, padre infeliz! bien haces
En llorarla: llora, llora,
Que no has de volver á verla
Porque el amor te la roba.

En vano al ver que se pasan
De la noche horas tras horas,
Por todo el valle la buscas
Con ansiedad congojosa.
En vano de los peñascos
Por las quebradas recónditas
Con tristes voces la llamas,
Cuando á tu voz está sorda.
En vano vas al castillo
Donde los restos reposan
Del viejo conde, y preguntas

A sus gentes lo que ignoran.
En vano sí, al pié del busto
Que su sepulcro corona
Con supersticion sencilla
Humildemente te postras.
En vano, sus pies besando
De piedra insensible y tosca,
Le ruegas que, como en vida,
Vele por él y su honra.
En vano le dices:—«Conde,
Mira que es mi única joya,
Y aun vive tu hijo... ¡Levántate
Entre el seductor y Aurora!»

La estatua no te responde,
Ni dentro la huesa cóncava
Aunque tus ayes retumben
Encontrarán quien los oiga.
No, no. La buscas en vano;
Vé, ya en el Oriente asoma
La aurora del nuevo día
Mas no volverá tu Aurora.
Grande misterio la esconde,
Grande voluntad la estorba
A tus fatigados brazos
Volver bella y cariñosa.

Solo te quedan, buen viejo,
Los ojos y la memoria,
Para llorarla perdida;
Llora, desdichado, llora.

VII.

En una selva del Garona á orillas,
De antiquísimos robles rodeado,
De recios chopos y hayas amarillas,
De almenas y de torres coronado
Un enorme castillo se levanta;
Y el viajero mirando se amedrenta
Tanto artificio y fortaleza tanta,
Que es por demas su fábrica opulenta.

Profundos y anchos fosos le circundan,
Cuyos cóncavos senos
Las turbias aguas del Garona inundan;
Y dos seguros y macizos puentes
De gruesas barras y cadenas llenos
Dos caminos franquean diferentes,
Que á poco de la oscura fortaleza
Se pierden de la selva en la maleza.

Por cima de los árboles copudos,
Afrenta audaz de su estatura enana
Y sus silvestres pabellones rudos,
La gigantesca torre
De los vijias se levanta ufana
Ceñida de esquisita filigrana
Que al encaje sutil parejas corre.

Allí, á merced del ábrego tendida,
De remate sirviéndola, tremola
Una bandera sola:
Y esa bandera sobre el bosque erguida,
De aquella tierra protectora ejida,
Es bandera feudal, y es española.

Sí, española; que entonces nuestra España
No era menguada y voluntaria presa
De la ambicion y la doblez francesa
Y á la extranjera posesion estraña.

Para lavar con sangre una mancilla
Podía en solo un sol, con justa saña,
Tercios y buques aprontar Castilla,
Y su fiero leon, pronto á la guerra,
Con un rugido amedrentar la tierra.

Era española, sí, su lienzo rojo
Mostraba de un blason, en los cuarteles
De Aragon y Navarra, los laureles,
Los timbres de Leon y Andalucía,
Que siempre con acérrima hidalguía
A su Dios fueron y á su patria fieles.

En esta solitaria fortaleza,
Cansado de las cuitas cortesanas
Y de sus necias ceremonias vanas,
En los brazos del ocio y la pereza
Un conde jóven y español vivía,
En bailes y festines repartiendo
Las horas de la noche, y eligiendo
Para la caza ó la sortija el día.

Con él iba á la par su bella esposa,
Y á celebrar sus bodas les seguía
Comitiva de amigos numerosa,
Llenando sus efimeros deseos
Los mas alambicados devaneos.

Séquito de escuderos y vasallos
Y sumas de dinero nunca escasas,
Proporcionaban cañas y torneos
Luchas de fieras, puestas de caballos,
Y zambras de cristianos y de moros
Ricamente dispuestas y vestidas,
Y aun con gasto escesivo prevenidas
Corridas hubo de navarros toros.

Admirados quedando los franceses
De ver un español, que con destreza
Rendia audaz de las pujantes reses
A un trapo y un estoque la fiereza.

Y así el señor don Felix de Aracena
Gozaba en su castillo del Garona,
De su reciente union la enhorabuena,
De conde y duque doble la corona.

Y orgulloso ademas, (que al cabo era
En España nacido)
De continua fortuna lisonjera
Por demas protegido.

Mozo, rico, y feliz con la que amaba,
De su ventura y juventud gozaba.
¿Y quién su antojo-reprochar podria?
¿Quién su suerte ¡pardiez! no envidiaria?

Era una noche azul, serena y clara;
Resplandecia en el cenit la luna,
Sin que perdida nube la manchara
Ante su faz cruzando inoportuna.

Lánguida brisa de campestre aroma
Bullir entre los árboles se oia,
Y allá del monte en la encumbrada loma
El manantial de la fecunda fuente
Brillar al lejos con su luz se via,
Por un peñasco al resbalar pendiente.

El desigual murmullo campesino
Del bosque espeso, á su raudal vecino
Ensondecia al rápido Garona
Hirviendo sin cesar allá en la hondura,
Y su rugiente voz lanzando osado
Del monte enmarañado
Por la frondosa y lóbrega espesura.
Ya dentro del castillo no sonaba
El son de los alegres instrumentos
Que el oido á sus dueños regalaba
Hartos de fiesta y de pesar exentos.
Mas se vian aun por las ventanas
Cruzar las luces y la sombra errante
De atentas camareras cortesanas,
Viejo escudero, ó pajecillo amante,
Que de la estancia oculta retiraban
Donde ya sus señores reposaban;
Y aunque ya no se oian de contado
Las báquicas canciones,
Aun se via el servicio descuidado,
Las mesas del festin en los salones.
Y ya á su fin tocaba la carrera

De la noche apacible,
Y la luna á su hora postrimera,
Cuando en su rica y silenciosa estancia,
Bajo el dorado pabellon del lecho,
La duquesa Clotilde con su esposo,
A impulso del amor que arde en su pecho,
En el lenguaje de la culta Francia
Así seguia diálogo amoroso.

CLOTILDE.

No es feliz adorado
Mostrar que mancha en tu pasion sospecho
Tu historia demandar : te has engañado.
Solo intentaba, pues rebelde el sueño
Nos niega su benéfico beleño,
Entretener nuestra tenaz vigilia
Con divertida historia ;
Y sin pensar me vino á la memoria
Recuerdos demandar de tu familia.

DON FELIX.

Aleja de ella, mi Clotilde hermosa,
Toda sospecha ruin ; y no te crea
Por ignorarla sin razon zelosa ;
Yo te la contaré tal como sea,
Aunque por muy vulgar es fastidiosa.

CLOTILDE.

Y yo la escucharé grata y atenta,
Celebrando sus lances,
Sintiendo sus percances
Y teniendo á la par las travesuras
De tu inesperta juventud en cuenta.

DON FELIX.

Pues escúchame ya ¡Clotilde mia!
Juveniles locuras, y un momento
De sonrisa que logren arrancarte,
Será mi recompensa y mi contento.
Y, si el cuento monótono te auxilia

En brazos á caer del manso sueño
Ese favor demás ¡oh dulce dueño!
Deberemos los dos á mi familia.

CLOTILDE.

Empieza, Felix mio, que te escucho,
Y estoy por tu relato
Mucho antojada, y cuidadosa mucho.

DON FELIX.

Nací español; lo sabes por mi trato
Franco y leal, y por mis nobles hechos;
Que no hay en mi país doblez ni engaños
En palabras de nobles, ni en sus pechos
Miras serviles, cábalas, ni amaños.
Era mi padre conde de Aracena:
Para avaro heredero corto estado,
Mas posesion muy buena
Y herencia suficiente
Para heredero jóven y valiente
Con humos y esperanzas de soldado.
Pasé mi juventud en un castillo
De Aracena, entregado
A un preceptor escueto y amarillo
Cuya cabeza vana
De lógica encerraba mas cuestiones
Que girones y puntos su sotana.
Este me hacia leer la antigua historia,
Mucho inútil latin y mucho griego,
De fárrago atestando mi memoria
Que lo aprendia y lo olvidaba luego.
Este viejo Fermin que habita ahora
Con nosotros aquí, franco soldado,
Como niño á tratarme acostumbrado,
Ducho en caballos y en combates diestro
Cuando á próspera edad hube llegado
De armas y equitacion fué mi maestro.
Y puedes colegir, Clotilde mia,
Por tan ilustre y célebre colegio
Lo que la suerte de mi hogar seria.

Aunque en Dios y en verdad que tengo oído
Que mi padre vivía en aquel tiempo
Por la corte y el rey muy mal querido
Por no sé qué opiniones de partido.
Y, aquí, bella Clotilde,
Tu indulgencia reclamo
Ya que á tal confesion me avengo humilde.

CLOTILDE.

¿Hay algun pecadillo
De amor?

DON FELIX.

Precisamente
La ocasion de salir de mi castillo,
Que fué de esta manera.

CLOTILDE.

¡Bravamente!
Pláceme el cuento así, franco y sencillo.

DON FELIX.

Tenia entonces yo veinte y dos años,
Fieros con mi selvática nobleza,
Los riesgos del amor me eran estraños,
Y con mil esperanzas y deseos
Tenia, de una vez y sin rodeos,
Fuego en el alma y aire en la cabeza.
Allá en mi mente un mundo comprendía
Que no era el mundo real, con largo trecho,
Pero era un mundo como ser debía,
De mis ideas miserables hecho.
Yo, reducido al círculo mezquino
De mi dismantelado castillejo,
De un valle á él vecino,
Y un pueblecillo viejo;
Sin mas ocupacion que los sermones
Del preceptor, católico-latino.
Los perros, los caballos, los halcones,
Sin mas servicios que correr la sierra

Al javali y al ciervo haciendo guerra,
Era un mozo en verdad muy decidido
De quien, con una direccion juiciosa,
Se podia sacar muy buen partido.

En este estado, pues, cruzando un dia
El valle ameno á mi mansion cercano,
En una aislada casa ó alquería
Encontré una doncella
Como los sueños de un muchacho bella.

CLOTILDE.

¿Bella?

DON FELIX.

Menos que tú ¡Clotilde mia!
Mas de tu claro sol, vívida estrella;
Hija de un militar viejo y lisiado,
Que habia con mi padre en sus niñeces
Como valiente con honor lidiado,
Y aun salvado su vida varias veces.
Yo, mozo y tan travieso,
Ella, hermosa y tan pura,
Yo rico de alma y ella de hermosura...
Vine al fin á perder mi poco seso.
La amé y me amó: con infantil locura
De la pasion en brazos nos lanzamos,
Y dos años vivimos
Viéndonos siempre que ocasion hallamos,
Fieles al par cuanto mejor supimos.

CLOTILDE.

¿Y la amabas?

DON FELIX.

La pobre zagaleja
Sin duda por su padre sorprendida
Me iba á huir sin razon ni despedida;
Me opuse á tiempo, mas mi padre atento
Me espiaba á su vez, y en un momento
Nuestro amor se rompió y nuestra constancia

Enviándome mi padre á hacer fortuna
A las campiñas de la alegre Francia;
Donde guerrero injerto en cortesano
La suerte amiga me tendió su mano,
Y la memoria del amor primero
Se borró con el tiempo y la distancia,
Aunque no mi deber de caballero.

CLOTILDE.

¿La amas pues todavía?

DON FELIX.

¿A quién despues de ti, Clotilde mia?
Mas ella, la infeliz, allí encerrada
Con las aves no mas del valle oculto
Acaso vivirá muy desdichada
Por culpa de un mancebo, que insensato
La juraba un amor que era imposible,
Y que era fuerza que olvidara ingrato.

CLOTILDE.

¡Y aun guardas su memoria inestinguible!...

De su diálogo aquí los dos esposos
Dulcemente llegaban
Cuando la bella historia les turbaron
Alaridos y gritos misteriosos
Que á la reja del cuarto en que se hallaban
En repentina música estallaron.

Oíase á lo lejos
Rodar la tempestad, arrebatada
En alas del revuelto torbellino;
Y en pós de los vivísimos reflejos
Del rápido relámpago rugia
La poderosa voz del ronco trueno,
Que la nube sombría
Dentro guardaba del preñado seno.
Del viento proceloso
Al vaiven vigoroso
Crugir se oían los tronchados robles,

Y de los puentes las cadenas dobles
Rechinar en los goznes sacudidos
Por el recio huracan estremecidos.
«¿Oyes, Clotilde?» preguntó don Felix
A su aterrada esposa:
Sin duda se ha formado de repente
Tempestad horrorosa.

CLOTILDE.

Yo no sé qué temor me sobrecoje,
Felix, á ese rumor.

DON FELIX.

Hace un momento
Que en la enramada de la selva hojosa
Tranquilamente suspiraba el viento.

CLOTILDE.

¡Mas escucha!... parece,
Felix, que esa ventana se estremece.

DON FELIX.

El viento que se estrella
Con estrépito en ella.

CLOTILDE.

Eso será:

DON FELIX.

Sí á fé.

CLOTILDE.

Mas, parecia
Que alguna voz humana...

DON FELIX.

Pura imaginacion, Clotilde mia,
Solo las aves pueden
Llegar á esa ventana.

Mas, la sangre de horror se heló en las venas
De los esposos nobles,
Y paso hallaban al aliento apenas
Al oír el diabólico ruido
Con que en aquella reja se efectuaba
Un misterio á los dos desconocido,
Mas cuya inmediatecion amedrentaba.

Tras aquella ventana, parecia
Que el espíritu negro de la noche,
La tempestad horrenda dirigia.
Allí, agitado el viento,
En las caladas piedras estrellándose,
Bramaba airado con salvaje acento,
En las molduras góticas rasgándose.
Ya remedaba el suspirar doliente
De angustiada mujer; ya murmuraba
Como escondida fuente,
Y á veces parecia
Oírse en realidad, no en apariencia,
Diabólico concierto que auguraba
De séres invisibles
La cercana presencia.
Y entonces se mezclaba
En desacorde son y grita horrible
Detrás de aquella reja
El graznido fatal de la corneja,
De la hiena irascible
El áspero gruñido,
De la tímida tórtola el arrullo,
Del pardo lobo el prolongado ahullido,
Y el agudo silbido
De la sutil culebra,
Y el trémulo relincho del caballo,
Y el canto triunfador con que celebra
Su victoria ó su amor el ronco gallo.
De este tumulto á par se percibian
Palabras cuyo bárbaro sonido
Ofendia el oído,
Y que mucho á conjuros parecian.
Ya era un susurro sordo y soñoliento



Al son de las abejas parecido,
Ya era penado é íntimo lamento
Arrancado á un dolor fiero y profundo,
Ya el son ahogado del escaso aliento
Del último estertor de un moribundo.
Y acaso entre tan varios alaridos
Se perciben dulcísimos quejidos
De voz enamorada,
Voz de mujer que trémula suspira,
Amorosas canciones
Que ciego amor á su pesar le inspira;
Y esta voz mujeril, tierna y amante,
De hondo misterio incomprensible henchida,
Halagaba tal vez por un instante,
Pero dejaba luego
De pena el alma y de pavor transida,
Ya remedando interesante ruego
Ya congojosa y triste despedida.
Y estos aterradores
Fatídicos clamores,
Estas mil voces sin compás mezcladas,
Formaban tan fantástico conjunto,
Tan estraña y confusa bataola
Que el mas bizarro corazon si oyóla
Olvidó su valor de todo punto.
Don Felix, aunque asaz supersticioso,
Y mucho á tal rumor amedrentado,
Saltó por fin del lecho
Y á la ventana se arrojó brioso,
De santa fé fortalecido el pecho
Y de agudo puñal el brazo armado.
Abrió, y en el instante,
Repentino relámpago
El aire opaco iluminó brillante;
Bocanada de viento revoltoso
Al aposento penetró ostentoso;
Las gotas de la lluvia desiguales
Botaron de través en los cristales
Desparramadas resbalando al suelo,
Sin que se viera en la estension lejana

De la nublada cavidad del cielo,
Mas que las nubes que en tropel seguian
De la tormenta el fugitivo vuelo.
—Ya la tormenta pasa
(Dijo don Felix en redor mirando)
Y por Oriente el horizonte arrasa.

CLOTILDE.

¿Qué vés?

DON FELIX.

La lluvia, que en verdad no escasa
En pantano cambió toda la tierra;
Mas cesa ya.

CLOTILDE.

Pues cierra,
Felix, que ese aire mata.

DON FELIX.

Cierro y durmamos, que se acerca el dia,
Y si el aire las nubes arrebatá
Mañana haremos á mis ciervos guerra
Y otra vez tendrá fin la historia mia.

VIII.

Amaneció el siguiente
Limpio, sereno y luminoso día,
Coronado de sol resplandeciente,
Y dispuesta al placer la noble gente
Que en el castillo á la sazón habia,
Se aprestó diligente
Para pronta y alegre cacería.

Ordenaron los pródigos barones
A escuderos y pajes y vasallos,
Sus perros aprontar y sus caballos
Y las demas precisas provisiones.
El rumor de la fiesta en un momento
Retumbó de aposento en aposento,
Y atronaron los largos corredores
Con apodos con trompas y con gritos
Guias, palafreneros y ojeadores.
Por los patios cundieron
Con gran tumulto y bataola fiera
Voces de mando y ruidos de quimera,
Y tumulto de gente aglomerada,
Y relinchos, y silbos, y ladridos,
En que rompió azuzada
Toda impaciente la trahilla entera.

Al repentino estrépito
Don Felix y Clotilde despertaron
Y al ver del sol los vivos resplandores
Dorar de las ventanas las junturas
Al punto adivinaron
La prisa de sus bravos cazadores.
Ya del lecho á saltar iba don Felix
Cuando Fermin, su viejo camarero,

Leal aragonés encanecido
En servicio del conde, y el primero
Que á empuñar le enseñó tajante acero
Y á domeñar un potro embravecido;
Entró en el aposento alegremente
Con franqueza exclamando aragonesa:
—«¡Voto á cribas! ¿aun duerme aquí la gente?
Levantáos, señor, y daos prisa
Que no quiero que os llame negligente
Ésa orgullosa multitud francesa.»
Lo cual, Clotilde oyendo,
Dijole sonriendo:
Fermin, ¿qué audacia es esa?
Y él contestó la frase corrigiendo.
«Perdone mi señora la condesa,
Francesa fué cuando doncella y sola,
Mas unida á mi amo es ya española.»
Con lo cual, las cortinas apartando,
El buen Fermin á su señor sirviendo,
Pronto, si no muy bien, fuele ataviando.

Y díjole don Felix:

—A esos señores dí que nos esperan
Que partan cuando quieran.
—¿Cómo, señor, y estando en vuestra casa?
—Obedece, Fermin, que el día pasa
Y nosotros al punto montaremos
Y á encontrarles iremos.

Salió el viejo, y don Felix,
Ya vestida su esposa,
Abriendo la ventana, exclamó, al cielo
Mirando: ¡qué mañana tan hermosa!
—Mas, con lo que ha llovido, dijo aquella,
Debe de ser un cenagal el suelo.

A cuya reflexion bajando el conde
Los ojos, tropezó con un objeto
Del que no osaba mudo de sorpresa
Volverlos á apartar... y la condesa
Viendo que ni se mueve ni responde
Llegóse, apoyándose en su hombro,
Siguió su vista, y el objeto hallando

Que contemplaba, enmudeció de asombro.

Pura, olorosa, fresca y solitaria

En una grieta que en el muro habia

Vejetaba una hermosa PASIONARIA

Que á los besos del aura se mecía.

Ocultas en el hueco sus raices,

Solo en el aire al parecer segura,

Mostraba sus riquisimos matices

De la pared sobre la piedra oscura.

Nacida en el dintel de su ventana,

Y en medio de sus góticas labores

Dijeran que la flor salia ufana

A ser vista no mas de sus señores.

Para ellos es la esencia soberana

Que exhalan sus purisimos olores;

Solo su mano alcanza á su guarida,

Y en su mano no mas tiene la vida.

En un capricho de la esposa bella,

En un deseo del galan esposo

Puso Dios el influjo de su estrella,

Y estriba en él su porvenir dudoso.

Acaso adorne su beldad con ella

Si halla Clotilde su valor precioso,

Y él acaso la arranque y se la ofrezca

Como oportuno adorno le parezca.

Mirábanla los dos y no podian

Dejarla de admirar. ¡Qué hermosa era!

Al sol sus verdes hojas se tendian

La flor de su capullo echando fuera,

Y una encantada tienda parecian,

Cuyos lienzos plegando una hechicera,

El primoroso encanto que guardaba

Bajo su rico pabellon mostraba.

Y al májico poder de sus conjuros,

Sometida la flor por el encanto,
Los tornasoles de la luz mas puros
Reberveraba su oloroso manto.
Los del iris radiante eran oscuros,
Y no brillaban los del alba tanto
Como los que la flor mostraba en ella
Ante los ojos de la esposa bella.

Si, á fé: los de Clotilde parecian
El espíritu y luz de sus colores;
Con mas lujo y valor resplandecian
Cuanto mas la miraban sus primores;
De su cáliz así se desprendian
Mas suaves y puros sus olores,
Y, á do Clotilde en derredor miraba,
Girasol de sus ojos se tornaba.

Si tendía su mano hasta cojerla
Oscilaba á su tacto estremecida;
Si acercaba sus ojos para verla
Se esponjaba al favor agradecida;
Si llegaba con su álito á mecerla
Cobraba al recibirle doble, vida,
Y era en fin de su antojo tributaria
La encantada y silvestre PASIONARIA.

—¿Cuándo ha nacido esa flor?
Dijo el conde á la condesa.
—¿No has sido de esta sorpresa,
Dijole ella, tú el autor?

DON FELIX.

¡No, á fé mia!

CLOTILDE.

Yo pensaba
Que tú la hubieras traído.

DON FELIX.

No por cierto, ahí ha nacido.

CLOTILDE.

Artificio la juzgaba,
¿Pues cómo en piedra tan dura
Flor de tal delicadeza?

DON FELIX.

¡Estraña naturaleza!

CLOTILDE.

¡Y mas estraña hermosura!
Mas la tormenta pasada
¿Cómo de ahí no la arrancó?

DON FELIX.

Antes creo que brotó
Con ella fecundizada.

CLOTILDE.

¡Raro portento!

DON FELIX.

Si á fé.

CLOTILDE.

¡Y qué olorosa, y qué bella!

DON FELIX (*alargando la mano para cogerla*).

Orna tu frente con ella.

CLOTILDE (*deteniéndole*).

No la cortes, no.

DON FELIX.

¿Por qué?

CLOTILDE.

Es que viva privilegio
Que la quiero conceder,
Páreceme que ha de ser

Arrancarla un sacrilegio.
Pues ha venido á adornar
Mi ventana flor tan bella
Ha de mantenerse en ella
Y en ella se ha de agostar.
Sea un secreto su vida
Velado á todo importuno,
No quiero que por ninguno
Pueda ser apetecida.

DON FELIX.

Sea, pues, como tú quieres.

CLOTILDE.

Secreto es mio, lo he dicho;
Ya sabes que en un capricho
Se esclavizan las mujeres.

DON FELIX.

No quiera Dios, alma mia,
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Por tu sola fantasia.
Viva esa flor hechicera
Cuanto asi pueda vivir;
Y.... ¡ha de pesarla morir
Siendo tú su jardinera!

Y asi hablando los esposos
Al viejo Fermin llamaron,
Y ambos á dos afanosos
Cuidados muy officiosos
Por la flor le encomendaron.

Y viendo en el encinar
Correr ya los ojeadores
Para irlos luego á encontrar
Se mandaron ensillar
Sus dos caballos mejores.

IX.

Tres jornadas duró la cacería,
Fecunda en reses y en azares varia,
Y al volver la condesa al otro día
A visitar su linda Pasionaria
Encontróla en la grieta todavía
Pura, olorosa, bella y solitaria,
Más frescos y brillantes sus matices,
Más á la piedra asidas sus raices.

Las hojas de su verde enredadera
Profusamente en su redor brotaban,
Y muchas ya de la ventana fuera
En sus ricas labores se enlazaban;
Pero entre ellas la flor única era,
Más capullos en ellas no apuntaban
Ni anunciaban sus galas esquisitas
Próximo el tiempo de ceder marchitas.

Y un día se iba tras otro,
Y mas fresca y mas lozana
Abria cada mañana
Su tienda de hojas la flor,
Como amante cuidadosa
Que con el alba despierta
Y abre en silencio su puerta
A la señal de su amor.

La condesa, que hechizada
Con su hermosa flor vivia,
Pasábase todo el día
Contemplándola crecer;
Y cada vez el ramaje
De su libre enredadera
Mas rico y sombrío era,
Mas lujurioso do quier.

Por do en el muro encontraban

O en la prolija moldura
Sus tallos una hendidura
Prendian una raiz,
Y de ella brotando pródiga
Rama fecunda y lozana,
Entoldaba la ventana
Fresco y silvestre tapiz.

A par que se iba cerrando
Su enmarañado tejido,
El tallo á la flor asido
Iba creciendo á la par,
Y del ameno follaje
La flor colgada en el centro
Del arco, quedaba dentro
Entre uno y otro pilar.

Allí del sol y del viento
Y del turbion guarécida
Se prolongaba la vida
De la misteriosa flor;
Y allí, conforme pasando
Iban los dias por ella,
Amanecia mas bella
Y con hechizo mayor.

Y allí gozar dulcemente
Larga existencia esperaba,
Pues ella misma plantaba
Donde vivir un vergel;
Y allí, sin duda orgullosa,
A reinar sola venia,
Pues ella se suspendia
Su primoroso dosel.

Ufanos de poseerla
Los dos amantes esposos,
Guardábanla cuidadosos
De todo estraño desman,
Y á fé que no se pasaba
Un dia en que veces ciento
No entráran en su aposento
De la flor con el afan.

Para velarla á las aves

De la ventana por fuera,
Tendieron una lijera
Y sutilísima red,
Y nadie entraba en su estancia
Ni de noche ni de día,
Pues solo á Fermin se hacia
Tan señalada merced.

Allí pasaban las horas
Los condes enamorados,
Con su flor embelesados
En sabrosa soledad;
E ibanse mientras sus huéspedes
Del castillo despidiendo,
Enojosa comprendiendo
O inútil su sociedad.

Así, olvidados y ajenos
De amistades é intereses,
Iban pasando los meses
En su castillo feudal,
Sin ver que pronto vendría
Lluvioso el invierno y crudo,
Y de su pompa desnudo
Seria el campo un erial.

Acostumbrados sus ojos
A encontrar cada mañana
Vejetando en su ventana
Con nueva vida su flor,
Tal vez identificóla
Clotilde con su existencia,
Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.

Tal vez simpático afecto
Hácia la flor la arrastraba,
Y un sér oculto adoraba
En su capullo gentil,
Y acaso algun amoroso
Espíritu desterrado
Creia en ella encerrado
Con sencillez infantil.

Le saludaba gozosa

Cuando el capullo se abria,
Y al plegarle despedia
Su nocturno pabellon,
Como si en verdad pudiera
En aquella Pasionaria
Algún alma solitaria
Recibir su estimacion.

El inocente capricho
Su amante esposo reia,
A su loca fantasia
Crédito dando tal vez,
Pues era el amor su vida,
Y en el amor hay instantes
En que vuelven los amantes
Del niño á la candidez.

Mas ya el abrasado agosto
Tras julio ardiente pasaba,
Y nunca se marchitaba
Ni envejecia la flor;
Plegaba todas las tardes
Su capullo al caer el dia,
Y siempre á abrirle volvia
Con mas hechizo y primor.

Nunca brotaron sus ramas
Otros capullos, y nunca
Ni la tormenta la trunca
Ni la arrebata el turbion.
Ni el crudo cierzo la hiela,
Ni la consume el rocío,
Y el invierno y el estio
Benignos al par la son.

Señor, (á don Felix dijo
El viejo Fermin un dia)
A no ser vuestra, diria
Que hay hechizo en esa flor.
—¡Hechizo, Fermin! ¿qué dices?
—Cosa de encanto parece

Porque ni mengua ni crece
Ni muere nunca, señor.

 Mi señora la condesa
Con ella está enloquecida,
Como á vos mismo la cuida
Y quiérela como á vos.

No tiene empeño mas grave,
Ni cosa que mas la importe,
Y hacer á una flor la corte
No es cosa que manda Dios.

 Honores, fausto y nobleza,
Por ella habeis olvidado,
Por ella habeis enojado
A vuestros deudos tambien,
Pues su amistad concibiendo
Que os era enojo importuno
Desfilaron uno á uno
¡Y ojalá que pare en bien!
—¿Qué quieres decir?

—Yo, nada,

Mas, mucho el vulgo murmura,
Y dan por cosa segura
Que á la nigromancia os dais;
Que no sois francés recuerdan
Y corren, aunque en secreto,
Sospechas sobre el objeto
Que en vuestro encierro llevais.

 Dicen que habeis sometido
Por medio de un sábio ó brujo
De los astros al influjo
El horóscopo del rey;
Y si va por donde quema
Del vulgo la vil malicia
Me temo que la justicia
Nos encare con la ley.

 Y en fin, señor, yo, que embustes
No puedo sufrir en calma,
Un dia me rompo el alma
Con el mejor del pais;
Y con tres zaragozanos

Que meta entre esos franceses

Hay una de aragoneses

Que se estremece Paris.

—¡Ah! buen Fermin, no desbarres

Soñando con tus paisanos.

—¿Y los tres zaragozanos

Que os sirven?

—¿Y qué son tres?

—Como el mas imberbe de ellos

En un callejon se aposte

Ya sé yo que el gran Prevoste

Con su ronda vuelve pies.

Fermin, replicó don Felix,

Decididos y tenaces

Ya sé yo que sois capaces

De eso y mas los de Aragon;

Mas si meteis algun dia

Quimera con los paisanos,

Os mando cortar las manos

Sin otra averiguacion.

Y esto escuchando, á una seña

De su señor, el camino

De la escalera, mohino,

Tomó y humilde Fermin.

Quedóse á solas don Felix

Con su flor y con su esposa,

Y en su posicion dudosa

Empezó á pensar al fin.

Estranjero, y largo tiempo

De la corte retirado,

Y acaso el rey prevenido

Estando ya contra él;

Por bizarro y opulento

Con muchos enemistado,

Y de muchos envidiado...

Era algo ruin su papel.

Audaz por naturaleza,

Por español altanero,

Valiente y buen caballero

Sufriera un desaire mal:

Y en su honor y antigua fama
A mantenerse resuelto
Hubiérasele devuelto
Al mismo rey por igual.

Mas existia otra causa,
Otra razon, otro objeto,
Otro escondido secreto
Que le impedía partir;
Secreto, sí, que hasta entonces
Dentro de su alma escondido
Había tal vez vivido
Sin dejarse percibir;

Aquella flor, que gozando
De una frescura infinita,
Jamás doblaba marchita
Su primoroso boton;
Aquella flor misteriosa
Cuya inmediata presencia
Tenía oculta influencia
En su propio corazon.

Aquella flor, cuya vista
Era el placer de su esposa,
De cuya esencia olorosa
Gozaba con tanto afan,
Vió el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado,
Había el poder cobrado
De un dañoso talisman.

De aquella flor peregrina
La hermosura le hechizaba,
En su presencia gozaba
Incomprensible placer,
Y al percibir de su cáliz
El májico aroma, apenas
Sentía dentro sus venas
La sangre inquieta correr.

De aquella flor á la vista
Sentía que en su memoria
Se renovaba una historia
De mucho olvidada ya,

Y en ella ardia un recuerdo
Triste, eterno y solitario,
Como luz que en un santuario
Ardiendo perenne está.

Jamás entibiado habíase
Con su esposa su cariño,
Pero su historia de niño
Jamás se le recordó,
Hasta aquella horrible noche
De repentina tormenta,
En que de su historia cuenta
Clotilde le demandó.

Indiferente y tranquilo
En la siguiente mañana
Abrió él mismo su ventana,
Mas la Pasionaria al ver
Sintió por la vez primera
Con amargo sentimiento
Aquel fatal pensamiento
En su mente aparecer.

Vago y sin fuerza hasta entonces,
Y allí en el alma escondido
Recuerdo tal había sido
Un imperceptible imán,
De cuya robusta fuerza
Jamás llegó á recelarse
Hasta que quiso apartarse
Del funesto talisman.

El, de sí mismo, con miedo
Juzgólo aprension, capricho,
Y él no se lo había dicho
Ni aun á sí mismo jamás;
Mas el buen zaragozano
Fermin, la ruda franqueza,
Corroboró la certeza
De sus sospechas en mas.

Entonces, con claros ojos
La realidad contemplando,
Fué don Felix empezando
La verdad á comprender;

Por una parte alarmada
La suspicacia francesa,
Por otra victima, y presa
De unos hechizos su sér.

De tantos ojos voraces
Atentos á sorprenderle,
Ocultarle y defenderle
Fué cosa imposible al fin;
Y de la flor el secreto
Por último divulgado,
Por do quier fué interpretado
Con la malicia mas ruin.

Ya con amistad fingida
Y con pretextos capciosos
Llegaron varios curiosos
El castillo á penetrar;
Del español envidiado
En la mansion ó el semblante
Buscando del nigromante
Señales que denunciar.

Y algunos sábios fanáticos
Con curiosidad sencilla
Quisieron la maravilla
De la Pasionaria ver;
Mas enojado don Felix
De su impertinente audacia
Negóse con pertinacia
Su permiso á conceder.

Arrastrólos sin embargo
La fé de su ciencia vana
Hasta acechar la ventana
Donde existia la flor,
Y viendo á los dos esposos
En ella continuamente
Tuvieron por evidente
Un sér maleficiador.

Dieron al conde don Felix
Por enemigo de Francia,
Y adquirió tal importancia
Esta opinion, que hasta el rey

Llegó á recelar acaso
De aquel hechizo el infiujo
Teniendo al supuesto brujo
Vigilado por la ley.

Don Felix, que idolatraba
Con toda su alma á su esposa,
Sintiendo otra poderosa
Llama en su pecho brotar,
Airado contra sí mismo,
Loca tentacion juzgándola,
Quiso de su alma arrancándola
La fé de su amor salvar.

Y un dia que ambos gozaban
La bella flor contemplando
Conversacion entablando.

Dijo don Felix así:

—¿No te parece, Clotilde,
Que hay en esa Pasionaria
Una májia extraordinaria
Que nos alucina?

CLOTILDE.

Sí.

Yo cerca de ella un deleite
Tan soberano percibo
Que me parece que vivo
Donde ella vive mejor.
Nada con ella echo menos
Y en su presencia me place
Sentir, Felix, que renace
Más tierno por tí mi amor.

DON FELIX.

No es tal mi dicha, Clotilde:
Yo siento una incertidumbre,
Una estraña pesadumbre
Al contemplarla no mas.
Paréceme que á su vista
Nuestro amor se disminuye,
Y la ventura nos huye

Para no volver jamás.

CLOTILDE.

Felix ¡tú pierdes el juicio!
¿Qué puede en nuestra ventura
Intervenir la hermosura
De esa solitaria flor?

DON FELIX.

No acierto, Clotilde mia,
De tal misterio el origen
Mas mil temores me afligen
Y... destruirla es mejor.

CLOTILDE.

Eso no; cuando la vimos
La acoji bajo mi amparo
Y quien la toque declaro
Que atenta á darme un pesar,
Aqui esa flor ha nacido
Y es mi deleite, mi encanto;
Y aquí, Felix, por lo tanto
Cuanto pueda ha de durar.

DON FELIX.

Sea, y no quieran los cielos
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarte un placer.

CLOTILDE.

Ah, Felix mio, perdóname
Si mi amor te la defiende
¿Mas en qué mi flor te ofende?
¿Qué puede en tu mal tener?
Mis ojos gozan mirándola
Tan pura siempre y tan bella,
Tengo mi capricho en ella
Como mi amor tengo en tí,
Tan poderoso es el mio

Como es el otro constante.
¿Piensas que menos amante
La flor ha de hacerme; dí?

No; los gustos peligrosos
De la necia corte olvido,
Hélos ya sustituido
Con su inocente primor;
Y aquí en soledad tranquila
En pura y campestre calma
Más no apetece mi alma
Que su Felix y su flor.

Y así diciendo, en los brazos
Cae Clotilde del conde;
Y este el semblante la esconde
Alterado de placer.
Y así su enojo ahuyentando
Con dulcísimas caricias,
Tornaron á las delicias
Del amor que les da el sér.

Y uno tras otro así fueron
Los bellos días pasándose,
Su dulce vida llevándose
De soledad y de amor.
Y al asomar por Oriente
La Aurora cada mañana,
Fresca, olorosa y lozana,
Se abría siempre la flor.

X.

¡Ay del que necio en la fortuna fia!
¡Ay del que espera en el poder mundano!
El que vive feliz un solo dia
Otro tal vez igual espera en vano.
Sí, todo al fin el tiempo lo trastorna,
Todo en la tierra por su mano pasa,
Y el monte que hoy adorna
Con espeso amenísimo follaje
En breve espacio con furor le arrasa,
Sin que halle en él la yerba mas escasa
El pájaro mas ruin por hospedaje.
Y su golpe no quita
Casco ferrado ni áurea corona,
Ni su arbitraria enemistad se evita
Con fuertes torres ó tendida lona,
Porque salva la mar con solo un paso,
Y á su soplo se hienden las murallas
Como en el fuego se quebranta un vaso:
No hay para el tiempo ni exencion ni vallas.
Diez meses no serian
Tal vez cumplidos, y en dolor trocadas
Las dichas de don Felix se veian,
Su esperanza y sus glorias trastornadas.

Era un dia de niebla húmedo y frio,
Todo era soledad, silencio todo
El castillo sombrío.
No por sus anchas bóvedas sonaba
Rumor alegre de placer y vida,
Do clamorosa multitud se hallaba
En sus largos salones reunida.

No, no ; todo es ahora
Duelo y quietud, que el tiempo y la fortuna
Sientan allí su mano asoladora,
Y quien le habita llora
Sin esperanza alguna.
En un largo aposento
Do medio roble humea
Tendido en una antigua chimenea,
El rostro macilento,
Y de pesar el corazón transido
yace don Felix en el hondo asiento
De una poltrona hundido.
Las lágrimas que brotan de sus ojos
Indicios son de su dolor ; estrecho
Paso sus labios dan á los gemidos
Que arranca de su pecho,
Y claros de la suerte los enojos
Se muestran en sus ayes doloridos.
Fermin, el buen soldado,
Mustio tambien y pálido el semblante,
Del fuego está delante
Junto al conde sentado.
Y acreditar sus pesadumbres puede
La igualdad del señor con el vasallo,
Pues solo el infortunio la concede.
—No hay remedio, Fermin, dijo don Félix,
Los doctores así me lo aseguran,
—Los doctores, señor, por si la yerran,
Casi siempre desgracias nos auguran.
—¡No, Fermin, es inútil esperanza!
Ellos mismo confiesan
Que su ciencia no alcanza
La muerte á detener.

Y aquí callando
Tornó al llanto don Felix,
Y el anciano Fermin siguió llorando.
Y era razón llorar por la condesa,
Pues de dolencia inestinguible presa
Aunque de tres doctores asistida,
Se hallaba en tal momento

A las manos de un mal íntimo y lento
Próxima á despedirse de la vida.
Y en aquel aposento,
Del esfuerzo postrero de la ciencia
Esperaban el fallo
Con dudosa impaciencia
El mejor conde y el mejor vasallo.

Abrióse al fin la puerta
Que de la esposa al aposento daba,
Y la mirada incierta
Ninguno á ella dirigir osaba.
Tuviéronse en silencio los doctores
Al dintel, con respeto
Al intenso dolor del noble esposo,
En su gesto turbado y lastimoso,
Mal ocultando su fatal secreto.

—Acercáos, señores,
Don Félix dijo al fin, dárame ayuda
Para arrostrar en calma mis dolores
El Dios á quien suplico que me acuda
En mis cuitas mayores.
¿Hay esperanza aún?

—«La ciencia vana
»De los hombres, señor, no encuentra alguna.
»Solo de Dios la ciencia soberana
»Sabe qué sol alumbrará mañana,
»Y vé de todos el sepulcro y cuna:
»Fuera de esa esperanza no hay ninguna.»

Cayó en su silla el conde desplomado,
Y ocultando en las manos el semblante,
En su propio dolor quedó abismado.
Y aprovechando al punto aquel instante,
Del cuarto los empíricos salieron
Y del castillo á do jamás volvieron.

Su fin tocaba el día
Y mas densa la niebla encapotaba
La atmósfera; la noche que avanzaba,
Fria, lluviosa y lóbrega venia;
Y sin fuerzas el viento no sonaba

En la enramada umbria.
En apartada alcoba
Que alumbra escasa lámpara , se queja
Clotilde, hermosa á quien la vida deja,
Y á quien la muerte para el mundo roba.
Desencajado el rostro, y amarilla
La tez rosada y pura,
En sus radiantes ojos ya no brilla
La luz de la hermosura.
Sus lábios sin color no se desplegan
Con amorosa y celestial sonrisa ,
Y sus ebúrneas manos ya no juegan
Con sus espesos rizos ,
Que no mecerá mas la mansa brisa
Descubriendo los májicos hechizos
Del torneado cuello,
Del pecho virginal y el hombro bello.
Aun tiene amante con su mano asida
De don Félix la mano ,
Y aun con escaso aliento
Murmura su postrera despedida.
Y aun buscan en el lóbrego aposento
Sus turbios ojos al objeto amado
De su alma enamorada aun no borrado.
El amoroso conde que la adora
Junto á su lecho desolado llora,
Y á las palabras de su amor responde
Con palabras mentidas de consuelo ,
Porque no se le esconde
Que á ver no volverá la luz del cielo ,
—¿Por qué lloras, mi bien? le preguntaba
La moribunda esposa.
Y con voz cariñosa
—«No lloro» el infeliz la contestaba ,
Y así plática entre ambos se entablaba :

CLOTILDE.

Sí, sollozar te escucho.

DON FELIX.

Tu mente débil te lo finge acaso.

CLOTILDE.

No, Félix, no me engaño, te amo mucho,
Y esta mano en tus lágrimas me abraso.
Leo en tu corazón....

DON FELIX.

Clotilde mía,
Del pensamiento aleja
Tan tristes ilusiones.

CLOTILDE.

¡Ay, Félix! es en vano tu porfía,
Escusa ya ficciones,
Falsas palabras deja,
Ya sé que llega mi postrero día.
¿Me amas aun?

DON FELIX.

— Mis lágrimas te dicen . . .
Cuánto es mi amor: la eternidad entera
Escaso tiempo para amarte fuera.

CLOTILDE.

Dime, ¿y mi flor? ¿estiende todavía
Sus hojas ante el sol? ¿han decaído
Sus brillantes colores?

DON FELIX.

No, Clotilde, sus ramas han crecido.

CLOTILDE.

¿Pero y la flor?

DON FELIX.

Aun sola permanece
Y otro capullo en derredor no crece.

CLOTILDE.

¿Cuánto tiempo hace ya que no la veo?

DON FELIX.

Pocos dias no mas.

CLOTILDE.

Años perdidos
Sin contemplarla que pasaron creo.
¿Se alcanza desde aquí?

DON FELIX.

Tal vez corriendo
Tus cortinas, y abriendo
La puerta de esa cámara vecina
Se alcance á ver.

CLOTILDE.

Pues abre, y que mis ojos
La vuelvan á mirar, antes que cieguen
De la muerte implacable al ser despojos.
Abrió en esto don Felix
La puerta de la cámara en que estaba
La flor maravillosa,
Y al gótico balcon donde brotaba
Tendió los ojos la doliente esposa.

Oscura estaba la noche,
Los ojos mas perspicaces
No hubieran sido capaces
Su lobreguez de sondear.
Tendió á la ventana el conde
En las tinieblas la mano
Mas abrió con ansia en vano
Sus hojas de par en par.

El mas escaso reflejo
No vió penetrar por ella
Que no alumbraba una estrella
Del cielo la inmensidad.
Su negro manto en los aires
Las nieblas habian tendido,
Y de la luna sorbido

La trémula claridad.

Aun fresca, olorosa y pura

La encantada Pasionaria

Vejetaba solitaria

En su enramado vergel;

Y aunque no pueden los ojos

Percibirla en la distancia,

Revela bien su fragancia

Su eterna presencia en él.

¿Dónde estás, dijo Clotilde,

Flor mia, que no te veo?

Si comprendes mi deseo,

Déjate ver, linda flor.

Siento ¡ay de mí! que al buscarte

Los ojos se me oscurecen;

Muéstrate, flor, si merecen

Mis ojos ver tu color.

A estas palabras, del lecho

De la moribunda enfrente,

Se iluminó de repente

Ténue y fosfórica luz,

Producida en las tinieblas

De la culta Pasionaria

Por la esencia extraordinaria

Y la mágica virtud.

Retrocedió amedrentado

La luz fantástica viendo

Don Felix, y no sabiendo

Los ojos de ella apartar

Ni á respirar se atrevia,

Cuando en el otro aposento

Con desfallecido acento

Oyó á Clotilde llamar.

Acudió el triste solícito

Al pié de su cabecera

Y allí de aquesta manera

Decir á su esposa oyó:

«Escucha, Felix, sentada

»La muerte á mi lado veo,

»Mas un estraño deseo

»Al sentirla me asaltó.
»Y dulcemente la vida
»Mi espíritu abandonara
»Si este deseo lograra.»
—¿Cómo lograrle? di.
—De tí tan solo depende.
Mas que te cueste no es justo
Este capricho un disgusto.
—Acaba.

—¿Consientes? —Sí.

—«Pues mira, esa Pasionaria
Que fué mi encanto viviendo,
Pluguírame que muriendo
Fuera mi último placer.
De nuestro mal compañera
Cual de nuestro amor testigo,
Que muera esa flor conmigo
Pues que me debe su sér.

Sí, apenas contaba un día
Cuando quisiste ofrecérmela,
Sea su suerte la mia,
Felix, arráncala hoy;
Ese es el favor postrero
Que ya de tu mano espero,
Cúmplemele, y al sepulcro
Tranquila y contenta voy.»

Quedó aterrado don Felix
Propuesta tal escuchando,
La mano tender no osando
A la misteriosa flor;
Los desencajados ojos
Fijos en ella teniendo,
Y en los pupilas sintiendo
Su májico resplandor.

A comprender esta idea
Su mente no se atrevia,
Su voluntad resistia
Su ejecucion á emprender;
Y aquel pensamiento solo

Le tiene en duda tan fiera,
Como si á su impulso fuera
Un crimen á cometer.

Sí, sometido al influjo
De un vértigo incomprendible
Sentia en sí una terrible
Desusada conmocion:
De un sér incógnito, oculto,
Secreto terror le asalta,
Y conoce que le falta
Valor en el corazon.

Que aquella flor que fué un tiempo
Las delicias de su esposa,
Cuya existencia preciosa
Quiere hoy romper con afan,
Ve el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado
Todo el poder ha cobrado
De un dañoso talisman.

De aquella flor á la vista
Siente que allá en su memoria
Se le renueva una historia
De mucho olvidada ya,
Y en ella vive un recuerdo
Triste, eterno y solitario,
Como luz que en su santuario
Ardiendo perenne está.

¡Oh! no, imposible que él sea
Quien aquella flor destruya;
Su vida es la vida suya,
El suyo tal vez su sér.
No, imposible, sin su esposa,
El, como ella, necesita
Aquella flor inmarchita
Por compañera tener.

Será de su amor pasado
Cuando ella falte un objeto.
Será un místico amuleto
Que aliviará su dolor,
Y de Clotilde el espíritu

Identificado en ella,
Siempre pura y siempre bella
Será ella misma la flor.

En sus brillantes colores,
En su inmarchita frescura,
El hallará su hermosura,
Su perdida sociedad;
Y en su castillo encerrado
Para siempre noche y día,
No tendrá mas compañía
En su larga soledad.

Mas ¡ay! que á la par Clotilde
Desea arrancarla ahora,
Y el buen don Felix la adora
Con toda su alma y su ser,
Y es imposible que al cabo
Su afan postrimero estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarla un placer.

Acostumbrado de antiguo
A encontrar cada mañana,
Al ir á abrir su ventana
Con nueva vida su flor,
Tambien identificóla
Clotilde con su existencia
Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.

Y aun en la misma ventana
Su enredadera ceñida,
Aun vejetaba prendida
La Pasionaria al dintel:
Mas ya crecidos los tallos
De sus ramas parecia
Que desprenderse queria
Á su verde cuna infiel.

Y en la mas larga pendiente,
Ya dentro del aposento,
Yacia en el pavimento
Sin arrimo y sin sosten;
Como si el fin contemplando

Avanzar de su señora
Al suyo en la misma hora
Quisiera llegar también.

Dijeran que, adivinando
El término de su vida,
La postrera despedida
Quería á Clotilde dar,
Y que, hasta su mismo lecho
Subir intentando en vano,
Tomó el lugar mas cercano
A donde pudo arribar.

Y él la contemplaba trémulo,
Y ella su flor le pedía,
Y don Felix no sabía
En verdad qué resolver.
La flor seguía en la sombra
Ante sus ojos brillando
Y él la seguía mirando
En acuerdo sin volver.

Al fin, la voz de su esposa
Oyendo desfallecida
Que á Dios decia á su vida
Clamándole por su flor.
Sobre ella dió de repente,
Y en la oscuridad asiéndola
—¡Sea, pues! dijo, rompiéndola
Con insensato furor.

A tal momento Clotilde
Lanzó el último gemido,
Y el conde, de horror transido,
En las tinieblas quedó,
Al escuchar que su nombre
Dentro del mismo aposento
Otro conocido acento
Tiernamente pronunció.

— ¡Cielos! exclamó espantado
¿Es realidad, ó deliro?

¿De quién era ese suspiro
Que en las tinieblas oí?

— Felix, repuso en la sombra

Aquella voz dolorida,
¿No me conoces, mi vida?
Yo soy, acércate á mi.

Desatinado y atónito
Tomó una lámpara el conde
Y al sitio volviendo donde
Donde la Pasionaria arrancó,
Vió con estúpido asombro
El desconocido objeto
Que miedo y amor secreto
Hacia la flor le inspiró.

Pálida, fria, y sin aliento apenas,
Enamorada aun y encantadora,
En lugar de la flor yacía Aurora
En medio del oculto camarín.
Contemplábala atónito don Felix
El misterio fatal no comprendiendo,
Y tendíale Aurora sonriendo
Los yertos brazos, próxima á su fin.
Y aun amoroso el rostro moribundo
Dijole así con voz desfallecida:

—«He estado junto á tí toda mi vida,
Y muero con mi amor cerca de tí.
Velada á vuestra vista entre las hojas
De una hermosa y silvestre Pasionaria
Fuí huésped de esa reja solitaria,
Y os ví felices y dichosa fui.»

«Siempre te amé, mas siempre cuidadosa
Miré mas que á mi amor á tu ventura;
Tú no fueras feliz con mi hermosura,
Y en mí encerré mi generoso amor.
Dios hizo que á este amor triste y sin premio
Fuera el amor de tu Clotilde unido,
Mas nuestro tiempo le pedí medido
Por el tiempo no mas de aquella flor.»

«No nos fué dado nunca conocernos

Mas á la par vivimos y te amamos;
Ambas unidas á la tumba vamos
Y te perdemos á la par las dos.
Juntas morir nos otorgó el destino,
Y tú mismo, al cortar mi Pasionaria,
Cumpliste mi recóndita plegaria:
Recibe, pues, mi postrimer á Dios.»

Y á estas palabras la cerviz doblando
Voló al cielo su alma enamorada,
Y en medio de la atmósfera nublada
Repentino relámpago brotó.
Las ramas de la verde enredadera
En la estrecha ventana se inflamaron,
Y sus hojas ceniza se tornaron
Que el agitado viento arrebató.
Tendió don Felix las convulsas manos
Ciego á su vista y de dolor transido,
Y privado de aliento y de sentido
De la ventana al pié se desplomó.
Y diz que en su castillo de Aracena
Pocos años despues triste vivia,
Y que á Aurora buscaba todavía
Por el ameno valle en que vivió.

Aun de su viejo castillo
En una capilla oscura
Se encuentra la sepultura
De su postrero señor;
Y en vez de busto de mármol
Y de inscripcion funeraria
Hay solo una Pasionaria
De mano de un escultor.

LEYENDA SESTA.

APUNTACIONES

PARA UN SERMON SOBRE LOS NOVISIMOS.

TRADICION.

AL LECTOR EL AUTOR.

Como lo vas á leer,
Me lo contaron, lector:
Atañe al historiador
Lo cierto que pudo haber.
Lo que mas la plazca de ello
Crea tu razon discreta,
Mas no olvide que al poeta
Pertenece lo mas bello.
Querer dar con la verdad
Fiándose en sus escritos,
Es á yerros infinitos
Asentir con ceguedad.
Yo no pretendo enseñarte,
Lector, á menos atento;
Me daré por muy contento
Si es que consigo agradarte.
Solo á arrancarte un suspiro
O una sonrisa, aunque leve,
Mi estéril pluma se atreve,
Solo á deleitarte aspiro.
Dejemos la verdad, pues,
Que es la verdad siempre amarga,

Y lo cierto, grave carga
Para los poetas es.

Lo falso á lo verdadero
Lleva ventaja infinita,
La mentira es mas bonita
Y yo siempre la prefiero.

La razon fria y severa
No hallará esta fantasia
Muy de su gusto, á fé mia,
Pero piense lo quiera.

El pueblo me la contó
Y yo al pueblo se la cuento:
Y pues la historia no invento
Responda el pueblo y no yo.

No hay en ella mas verdad
Que lo que Hartzembusch ha escrito,
Y yo, por dármelo, admito
Importancia y gravedad.

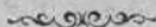
El, verídico escritor,
Me garantiza esta historia;
Pues yo soy, pese á mi gloria,
De mentiras profesor.

Yo vivo con la mentira,
Lector, en público trato,
Y confieso sin recato
Que la verdad no me inspira.

Empiezo mi cuento, pues,
Y si te agrada, lector,
No preguntes al autor
Si mentira ó verdad es.

INTRODUCCION

QUE EL SEÑOR HARTZEMBUSCH HA TENIDO LA GALANTERÍA
DE PONER Á MI LEYENDA SESTA.



Pero antes que en el Duero se sepulte
Cruza Pisuerga plácida campiña,
Donde la rica mies, la rica viña,
Derraman sus tesoros á la par.
Descuella un monte allí; sobre su cumbre
Un gigantesco torreón se eleva,
Mónstruo que con las víctimas se ceba
Que le da el despotismo á devorar.

Agrio son de cadenas y cerrojos,
Amenazas de bárbaros sayones,
Súplicas, alaridos, maldiciones,
Llenan aquella lúgubre mansión.
Fortaleza la llama, quien lejano
Su mole vé sin registrar su centro,
Lámala infierno quien suspira dentro,
Cárcel la ley, su afrenta la razón.

Allí un anciano en miserable estancia,
Mas bien que calabozo sepultura,
Sufre de sus pesares la tortura
Con el pié de la muerte en el umbral.
Pero en aquella frente consagrada
Señales duran de lo que era un día,
Centellea en su frente todavía
La llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido
Violento late el corazón de Acuña:

Cuando su mano el pectoral empuña
Fué un acero tal vez lo que buscó.
¡PADILLA! sin cesar suena en su lábio,
Y un ¡ay! le sigue y el prelado llora:
Y es el audaz prelado que en Zamora
¡Santiago y libertad! apellidó.

—«¿Por qué, señor, arrodillado dice
Delante de un ebúrneo Crucifijo,
Por qué, Señor, tu cólera maldijo
La jornada infeliz de Villalar?
¿Era pendon de iniquidad acaso
La bandera del noble comunero?
Por defender al injuriado fuero
¿No es lícito la espada desnudar?»

Si entronizado el codicioso belga
Saqueaba el palacio y la cabaña
Y desangrando á la infeliz España
Rios de oro enviaba á su nacion;
Si reía en espléndido banquete
Sirviéndole de música el gemido
De un pueblo que por él empobrecido
Moribundo imploraba compasion;

Si al pedirle justicia el triste padre,
Padre á quien deshonoró vil cortesano,
Decia el extranjero al castellano:

Cómprame la venganza y la tendrás:

¿Debió Castilla tolerar su afrenta?

¿No debió armarse para entrar en liza

Y gritar á la chusma advenediza:

«No reinarás sobre mi suelo mas?»

¿Condenaste, Dios mio, por mi culpa,

La empresa, que si no te fuera grata,

Porque soltando el báculo de plata

Del profano baston el puño así?

No, que Samuel, ministro de tus aras,

Tambien en sangre se bañó la diestra,

Joyada de tu templo hizo palestra,

Moisés armó los brazos de Leví.

Lo veo, sí; con nuestra ruin fortuna
Tú quisiste enseñar á las naciones

En dos tremendas útiles lecciones
Lo que merecen, lo que deben ser.
Quéjese el pueblo, que agobiado llora,
Solo de sí porque obedece al yugo;
Mas sepa, si combate á su verdugo,
Que sin union es fuerza perecer.

Percieron por eso en el cadalso
Los hijos de la gloria y de la guerra.
Sus casas igualadas con la tierra
Yacen cubiertas de ignominia y sal.
«¿Por qué me ha perdonado la cuchilla?
¿Por qué esta cárcel mi vivir esconde?»
Una voz pavorosa le responde;
«Porque te espera muerte de dogal.»

Abrese con estrépito la puerta,
Y, precedido de villana tropa,
Vestido un hombre de funesta ropa
Resuelto avanza en la prision el pié.
Vara sutil de magistrado lleva,
Que en él parece látigo sangriento,
Ningun rasgo de humano sentimiento
En su frente fanática se vé.

Sanguinaria la boca, sanguinarios
Los torbos ojos de iracunda hiena
Con desplegar el lábio ya condena,
Con su mirada martiriza ya:
Mudo, pasmado el infeliz Acuña
La decision espera de su suerte,
No le acobarda la imprevista muerte,
Pero le aterra ver al que la da.

«En nombre de don Carlos os lo mando»
Grita á los suyos el feroz alcalde,
Pero dicta sus órdenes en valde
Tiembra el esbirro, párase el sayon.
«Obedeced» el bárbaro repite.
Los satélites claman ¡sacrilegio!
Y acatando el sagrado privilegio
Se lanzan en tropel de la prision.

«No teme el vengador de la justicia,
Dice el cruel, del hombre ni del cielo,

Ese dogal tirado por el suelo
No quedará sin víctima esta vez.»
¡Ronquillo! fué á esclamar el sacerdote,
Pero apagó su voz el duro lazo
Que estrechó con la planta y con el brazo
Aquel verdugo en hábito de juez,

Por los tránsitos luego de la cárcel
Su trofeo arrastró, dejando en ellos
Con la sangre de Acuña y los cabellos
Señalado el camino que llevó.
Y á un corredor llegando, guarnecido
De dorado arabesco pasamano,
A ver el espectáculo inhumano
Téstigos el sacrilego llamó.

Y llegaron, y dijo: «Comuneros
Que desdorar quisisteis la corona,
La clemencia de Cárlos os perdona;
De Simancas salid, pero mirad.»
Y el cordel ominoso atando á un hierro
Lanzó al aire el cadáver palpitando...
Calló la turba misera temblando
Pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba
Del ancho patio el ámbito vacío;
Sucedió al penetrante vocerío
Misterioso susurro de oración.
Y oscilaban pendientes entre tanto
Del corredor los miseros despojos,
Y el llanto que asomaba en muchos ojos
Lo tragaba en secreto el corazón.

Pero el cáñamo vil con un crujido
Turbó el piadoso fúnebre homenaje
Y anunció desde el alto barandaje
Nuevos horrores que mirar despues.
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
Sonó un golpe violento... Y de repente
De sangre salpicósele la frente
Y vió el roto cadáver á sus pies.

«Esconda, dijo, su ignominia luego
La sepultura que á pedirme vino.

Comuneros, sabéis vuestro destino;
Sed fieles al invicto emperador.»
Y salió del castillo á lento paso
Con la mano enjugándose la cara,
Y agitando en el aire aquella vara
Que sembraba el espanto y el horror.

I.

Tal fué el alcalde Ronquillo,
Y tal el fin execrable
Del noble Acuña. La causa
Solo los cielos la saben.
Lidió por su libertad
Como valeroso y grande,
Mas vencieron los de Carlos,
Y es inútil lamentarle:
Su crimen fué ser vencido,
Y fué el iracundo alcalde
Su juez y verdugo á un tiempo.
¡Caiga en él toda su sangre!
En vano gritó Castilla
Contra el sacrilegio infame,
Que estaba el rey de por medio
Y fueron voces al aire.
Dióse por traidor al muerto,
Y, para mas ultrajarle,
Su infamia estendióse á todos
Los que su nombre llevaren.
Dió el emperador por bueno
A su juez, pródigo honrándole
Con su amistad, y él fué un tiempo
Su lebel mas formidable.
Ansioso de distinguirse
En su servicio, y mostrarse
Agradecido y celoso
Por los intereses reales,
Atropelló sin escrúpulo
Cuanto encontró por delante,
Sin que justicia ó nobleza

Fuesen valla á sus desmanes.
Que en él fué delirio al cabo
Lo que al principio coraje,
Y la sed de su venganza
Degeneró en insaciable.
Era su presencia agüero
De horrendas calamidades,
Y era su nombre un conjuro
De desventuras y males.
Seguíanle por dó quiera
En apiñada falange
Alguaciles y verdugos
Con hachas y con dogales.
Donde fijaba la planta
Su huella marcaba en sangre,
Donde ponía los ojos
Iba la muerte á sentarse.
Como destructor cometa,
Como fantasma implacable,
En todas partes se hallaba
Sin distincion de lugares.
Y un encuentro, una palabra
Casual ó poco esplicable,
Una plática en secreto
O una seña poco fácil
De comprension, una muerte
Evocaba en el instante.
«Comuneros son (gritaba),
¡A ellos, prenderles... matarles!»
Y nunca volvió sin presa,
Que era plan irrevocable
No hallar jamás inocente,
Ni justiciar nunca en balde.
¡Ah! no hubo español valiente,
Cuyo sueño no turbase
Alguna vez de Ronquillo
La amenazadora imágen.
Pues por dar con un rebelde
Pasára sobre el cadáver,
Poco es del mejor amigo,

De su esposa y de su madre.
Mas tan caduca es la vida
Y todo en ella es tan frágil
Que se hunde lo mas brioso,
Lo mas encumbrado cae.

Vecino á su hora postrera,
Tendido en su lecho yace
Llena de angustias el alma
El desapiadado alcalde.
Los ojos desencajados
De las cuencas se le salen
Como si espantados vieran
Mil espectros rodearles.
La cólera y el terror
Pintados en el semblante,
Pide al mismo tiempo auxilios
Mundanos y espirituales.
A veces sobre su lecho
Iracundo incorporándose,
«Llamádme al rey» dice á gritos
Con feroces ademanes.
A veces entre la ropa
Atribulado ocultándose,
«Que traigan un confesor,»
Dice con voz lamentable.
Y corre desalentada
Su gente, plazas y calles,
Unos en busca del rey
Y otros en busca de un fraile;
Mientras el vulgo enumera
Los infinitos desastres
Que lleva detrás el nombre
Del golilla agonizante:
Y no hay en Valladolid
Una casa ni un linaje
Que con dudosa impaciencia
La muerte del juez no aguarde.
Parece que mientras viva
Sobre la tierra un instante

Sus miradas y su aliento
Han de emponzoñar el aire.

Que así mueren los impíos,
Sin ser llorados de nadie,
Y agobiados bajo el peso
De su conciencia culpable.

II.

Así en su lecho Ronquillo
Ya casi á espirar cercano,
Un Crucifijo en la mano
Y á su lado un confesor,
Su hora postrera aguarda
En oscura incertidumbre
De su fé muerta la lumbre,
Vivo de su alma el terror.

Los recuerdos de una vida
A la ambicion consagrada,
De crímenes mil sembrada
Secretos entre Dios y él,
Hérvian en su conciencia,
Y al exacto pensamiento
Se agolpaban en violento
Irresistible tropel.

Allí, con faz iracunda,
Se alzaba el fantasma fiero
Del bizarro caballero
Degollado en la prision;
Y sus hijos y su esposa
Víctimas del abandono,
Pedíanle con encono
De aquella sangre razon.

Allí el engañado amigo
Y la mujer deshonorada,
La inocencia condenada,
La vendida rectitud,
A recias voces pedían
Contra el culpable venganza,
Y de ella con esperanza
Asidos de su ataud.

Revuelve el juez por do quiera

Los ojos desencajados,
Mas por do quiera apiñados
Sangrientos fantasmas vé;
Do quiera una sombra pálida
Le recuerda una sentencia
Que dió contra su conciencia
Y contra justicia fué.

Y al través de cada pliegue
Del cortinaje ostentoso
De su lecho, un horroroso
Espectro aguardando está;
Y en vano cierra los párpados,
Que bajo forma distinta
En sus pupilas se pinta
Mas espantoso quizá.

Mas sobre todos Acuña
Ante sus ojos se muestra
Con el báculo en la diestra
Y en la siniestra el dogal,
Clamando el buen caballero
Por la honrosa sepultura
Merecida á su bravura
Y á su cetro episcopal.

Y en vano el mal juez le tiende
Su mirada suplicante;
Acuña le está delante
Con gesto amenazador,
Y al rezo con que el alcalde
Conjura la sombra santa,
Acuña el dogal levanta
Que mata con deshonor.

«Mi fama importaba poco:
»(Dice el obispo insepulto)
»Si el crimen quedára oculto,
»Menos mi sangre en verdad.
»Pero ¿no viste ¡sacrilego!
»Que habia en mí mas que un hombre,
»Y que iba unida á mi nombre
»Mi sagrada dignidad?»

—«No (gritaba el moribundo),

»No á mí esa cuenta me pidas:
»La ley cortó vuestras vidas
»Acude á quien la dictó.
»Rebeldes, á muerte fuisteis
»Condenados, y en conciencia
»Será injusta la sentencia,
»Mas no quien la ejecutó.»

—«¡No! (reponia la sombra)

»¡Mientes! si hacerte le plugo
»Su juez, jamás su verdugo
»Te nombró el emperador.
»¡Mientes, sí; dióte la vara
»Que aunque castiga no humilla,
»Mas no te dió la cuchilla
»Ni el dogal infamador.

»Cuando oscilaba mi cuerpo
»Colgado en el barandaje,
»No recibí aquel ultraje
»De tu rey, sino de tí.»

Y esto diciendo, la sombra
De Acuña el dogal mostraba,
Y él con la vision luchaba
Sin ahuyentarla de sí.

«¡Huye! el infeliz decia,
¡Huye, delirio funesto!»

Y con terror manifiesto
La vista apartaba dél.

«¡Huye!» escondiendo la cara
Entre las ropas decia,

Mas siempre, siempre veia
El mismo espectro cruel.

En tanto el sol su occidente
Y el dia su fin tocaba,

Y á largo paso avanzaba
La noche lóbrega en pós:

Y al miserable Ronquillo
Le iba el aliento faltando,

Cada vez mas escusando
La memoria de su Dios.

—«La vida es breve é incierta,

»Morir es negocio grave,
»La hora nadie la sabe»
Le decia el confesor;
Mas él, sin oirle casi,
La moribunda mirada
Tendia desesperada
De la puerta en derredor.

—«Si hubiera, padre, un menguado

»De esos doctores, decia,
»Que cortara mi agonía
»Hasta que viniera el rey,
»Le hiciera pesar en oro;
»Mas toda es farsa su ciencia,
»Y á su orgullosa impotencia
»Siempre el mal pone la ley.

»¿De qué les sirve el estudio

»De esa facultad mentida,
»Si se les huye la vida
»Y vence la enfermedad?»

—«Pensad en Dios, replicaba

»Compasivo el religioso,
»Buscad, señor, el reposo
»En su incierta eternidad!»

Mas el alcalde impaciente
Siempre mirando á la puerta,
Su atencion mostraba incierta
Entre el rey y el confesor;

Decíale este: «él reparte

»Con el justo su corona:»

Y él decia «su persona

»No tuvo adicto mayor.»

«¡Mas me olvida, cuando siento

»Preso mi vida en un hilo,

»Y él solamente, tranquilo

»Pudiera hacerme morir!»

Y así Ronquillo diciendo

Con supersticion impía,

En el rey ¡necio! ponía

Su esperanza y porvenir.

Decía el fraile: «¡habed cuenta

Que eso el diablo no os arguya!»

—Con una palabra suya

Me salvo, decia el juez.

Y oraba el buen religioso

Por él fervorosamente,

Y él murmuraba impaciente

Una maldicion tal vez.

Al fin abrióse la puerta

Y entró por ella embozado

Un hombre pálido, armado

De una espada y un baston;

Sobre cuya negra ropa

De seda á un cordon asido,

De su cuello suspendido

Brillar se via un toison.

Tendió por el aposento

Rapidísima mirada

Este hombre desde la entrada,

Y con perezoso pié

Llegó al lecho de Ronquillo,

Mientras el buen religioso

Acercóle respetuoso

Blando sitial y se fué.

Sentóse á la cabacera,

Del juez, el recién llegado,

Y con aliento apagado

De este modo el juez le habló:

A cuyas voces, el otro

Sus razones esponiendo

Preguntando y respondiendo

Diálogo tal se entabló:

EL JUEZ.

Ya, príncipe y señor mio,

Cercana mi muerte siento,

Pero no es mi sentimiento

Mayor el verme morir;

No es dejar mi casa y gente

Sobre la tierra olvidada

Cuando por vos amparada

Sé, señor, que ha de vivir.
Solo una cosa quisiera
¡Oh, gran señor! demandaros,
Y por cuanto hay conjuraros
Para obtenerla de vos.

EL REY.

Sabes, Ronquillo, que siempre
Tu amigo mejor he sido,
Y sé cuán bien me has servido;
¡Prémiate en la gloria Dios!
Cuanto por ello me pidas
Mi amistad te lo dispensa,
Con tal que no sea ofensa
Del Señor, concluye pues.

RONQUILLO.

Es una bondad que aguardo
De tan magnánimo pecho.

EL REY.

Ronquillo, dalo por hecho,
Mas acaba, di lo que es.

RONQUILLO.

Oidme, señor, yo espiro,
Aunque pecador, en calma:
Solo me atormenta el alma
Un peso que solo vos
Podeis quitarme: la muerte
Del obispo de Zamora.
La muchedumbre traidora
No temo, que le fué en pos.
No, aquella chusma rebelde
Murió á las leyes conforme,
Yo di á vuestro padre informe
De cuantas sentencias di:
Mas la de Acuña me aflige,
Librarme de ella deseo,
Que por todas partes veo

Aquel obispo ante mí.

Si vos, señor, compasivo
De mi conciencia en descargo
Quisierais tomarla á cargo
De vuestro padre en lugar,
Yo descansado muriera,
Porque vuestro padre al cabo
Mandó á Padilla y á Brabo
Y á los rebeldes matar.

Y yo, señor, en Acuña
Su ley imperial cumplía,
Pues probé su rebeldía
Y le sentencié por tal.
Y así diciendo el alcalde,
Que alentaba con trabajo,
Miró al rey, que cabizbajo
Meditaba en su sitial.

¡Miseria humana! aquel hombre
Que por su ciencia y sus leyes
Aconsejaba á los reyes
Y se aconsejaban dél,
Supersticioso y fanático
Quiso á otro hacer responsable
De lo que él solo culpable
Obró, sin culpa de aquel.

Mas vió con gran desconsuelo
Que allí en la ocasion mas crítica
Le abandonó su política,
Que aun con Dios quiso emplear:
Porque el rey, muy compungido
De no complacerle en esto,
Le dijo con grave gesto
Y voz tierna de escuchar:
—«Hijo mio: tú no puedes
Concebir el sentimiento
Que tengo en este momento
Por no poderte servir.
Mas si tomase á mi cargo
Lo que mi padre pecara
Dios me lo echaría en cara:

Y ¿qué le iba yo á decir?
Responderle no podría
De lo que yo no supiera,
Y Dios condenar me hiciera
En vuestro lugar á mí.
Harto hará cada nacido
En responder de lo suyo,
Carga tú, pues, con lo tuyo,
Y hable mi padre por sí.

Que si sus órdenes régias
Como te las dió cumpliste,
Tu deber, Ronquillo, hiciste,
Y no hay por qué recelar.
Mas, si á tu interés miraste
Sus órdenes escediendo,
Que injusto es por ello entiendo
Al emperador culpar.»

Y, así diciendo con calma
Al alcalde moribundo,
Salió Felipe Segundo
De allí con rápido pié.
Y era este alcalde sin duda
Hombre de grande importancia,
Cuando hasta su misma estancia
Felipe Segundo fué.

Desde este fatal momento
Y desde oyó tal respuesta,
Fué la inquietud manifiesta
Del desconsolado juez;
Y á su confesor llamando
Para acallar su conciencia,
Acudió á la penitencia
Humillando su altivez.

Al fin, con señales santas
Y cristianos pensamientos,
Recibió los Sacramentos,
Nombró heredero, y murió.
Y con suntuoso aparato
Y gran pompa, se asegura
Que le dieron sepultura

Bajo un altar que él dotó.
Y á ver su tumba de mármol
En labores esquisita,
Y la riqueza inaudita
Del recamado tapiz
Con que colgaron la iglesia
Desde el suelo á la techumbre,
En espesa muchedumbre
Acudió Valladolid.

III.

Era la noche del siguiente día
En que murió Ronquillo,
El túmulo en la iglesia todavía
Se alzaba, aunque entre mármoles yacía
Su cuerpo ya, y sus honras encargadas
A los severos padres franciscanos
Estaban con gran pompa preparadas.
Del mismo rey por cuenta
Celebrarse debían,
Y sin duda serían
Magnífica función, cosa opulenta.
Pues era justo que quien tanto ruido
En el mundo mortal metió viviendo
A la mansion bajase del olvido
Con pompa, con escándalo y estruendo.
Y un monje reverendo,
De edad proveccta y elocuencia suma,
La fúnebre oración tomó á su cargo,
Y en que saliera, voluntad poniendo,
Obra maestra de su docta pluma,
Tomó, pues, en la oscura biblioteca
Ancho sillón de suspendido cuero,
Mesa espaciosa con papel no escaso,
Volumenes traídos para el caso,
Péñola blanda, y colosal tintero.
Ojeó á San Agustín y á San Crisóstomo,
Y trajo á su memoria
De sagrada oratoria
Cien sublimes y clásicos modelos,
No sin costarle las ideas santas
Dentelladas de uñas unas cuantas
Y alguno que otro refregon de pelos.
Y así, á veces el techo contemplando,

Leyendo á veces lo que estaba escrito
Con voz tan alta que rayaba en grito
Y períodos á veces murmurando;
Y en el hondo sillón arrellanándose
Unas borrando y otras añadiendo
El bendito sermón iba saliendo.
Y ya el buen fraile el parabién se daba
Notando que al epílogo llegaba,
Repasando renglones por renglones,
Descuidados conceptos y oraciones,
Limando sus períodos inconcusos,
Mezquinos ó confusos;
Cuando dió de repente en sus oídos
Tremendo son de silbos y cadenas,
Y horroroso concierto de alaridos
Que la sangre de horror heló en sus venas.
Huyósele la pluma de las manos,
Borrósele el sermón de ante la vista
Al son de aquellos gritos sobrehumanos
Y aquella serenata no prevista.
Los ojos con pavor clavó en la puerta,
Trémulo el corazón, roto el aliento
En la boca entreabierta,
Sin fé esperando su postrer momento.
Y entretanto el estrépito crecía
Y mas á cada punto se acercaba,
Y mas horrendo cada vez se hacia
Y cada vez mas próximo sonaba.
Ya semejaba del airado trueno
El repentino y cóncavo estampido;
Ya de desolación íntima lleno,
Largo, medroso y lúgubre gemido;
Ya por el ronco vendabal sin freno
Ancho y voraz incendio sacudido,
Y ya el fragor de la borrasca fiera
Con que la mar retumba en la ribera.
Giró la puerta al fin sobre sus goznes
Y dió paso su hueco á un enlutado
Que entró sin ceremonia y escoltado
Por multitud de incógnitas figuras

Fantásticas y feas,
A cuyas repugnantes cataduras
Daban color sus azufradas teas.

Quedóse el pobre fraile anonadado,
Y, encomendando á Dios su alma imbécil,
Ante la negra aparicion postrado
Cayó humilde de hinojos,
Lleno de miedo el corazon menguado
Y de cobardes lágrimas los ojos.
Y el incógnito, viendo tal postura,
Dijole con voz dura:

«No doubles, insensato, la rodilla
»Al mas ínfimo sér que alienta y sufre
»Y ante la cruz de tu sayal se humilla.
»Levanta, miserable, de la tierra,
»Y guia á la capilla
»Do yace el cuerpo del maldito alcalde,
»Que para tu sermon lo que allí veas
»No te será, por Dios, párrafo en balde.»

En vano el monge conjurar quisiera
La aparicion con la palabra santa
De oracion eficaz; inútil era
Su esfuerzo y voluntad, ni una siquiera
Pudo el triste arrancar de su garganta.
Trémulo y cabizbajo echó delante
De la turba infernal, que silenciosa
Caminaba tras él, poco distante,
Hasta dar en la iglesia tenebrosa.
Por bajo de sus arcos ojivales
Pasaron lentamente en des hileras
Aquellas cien fantasmas infernales,
Sin que en el templo cóncavo crujiesen
Sus misteriosas huellas,
Sin que sus sombras proyectar se viesen
Sobre los muros, desprendidas de ellas.
La luz iluminaba
Sus contornos tal vez, mas su figura
No oponia á la luz compacta, oscura,
Su masa corporal: la luz en torno
No se estendia, no, de su contorno,

Que el reflejo su cuerpo traspasaba.
Vacilaba su forma á cada paso
Como se vé variar la de un objeto
Cercado de agua y á través de un vaso,
Y parecia que era solamente
Cada figura un árido esqueleto,
Que con cuerpo aparente
Su desnudez disimular queria
Mas dar con la apariencia no podia.
Así llegaron del alcalde muerto
A la tumba ostentosa
Do escribieron en vano «aquí reposa;»
Pues tomando al morir un rumbo incierto,
De la horrorosa duda
Entró su alma inmortal en el desierto:
Cercó la turba el féretro, y la losa,
De su jefe á la voz, dócil girando,
De Ronquillo mostró la pavorosa
Figura; á cuya vista el negro bando
De espíritus que el féretro cercaba,
Rugió iracundo al contemplar su presa,
Cual de la suya en torno en noche oscura
De cuervos roncós la bandada espesa.
El enlutado entonces, que mostraba
Autoridad entre ellos, la voz fiera
Alzó, en un pergamino que llevaba
Leyendo en torva voz de esta manera:
«Mirando los pecados infinitos
»Con que manchó su vida y su conciencia
»El alma de este juez, y sus delitos
»No mereciendo de su Dios clemencia,
»Y en la balanza igual de su justicia
»Pesando mucho mas que su inocencia
»La venganza, el orgullo y la avaricia,
»Al cuerpo infame el Hacedor sentencia
»Con el alma á sufrir males eternos
»Por una eternidad en los infiernos.»
Y á estas palabras la infernal caterva
Del vil cadáver con furor asiendo
Iba á ensayar en él venganza acerba

Con ira horrible y tronador estruendo,
Cuando á la voz de Satanás cediendo
El tumulto feroz, el triste monje,
Que el juicio eterno á su pesar veía,
De esta manera oyó que le decia:
«Refiere tú en el púlpito mañana
»Lo que has visto esta noche, y quien osare
»Dudar de esta justicia soberana,
»Que en este muro nuestra huella vea
»Y ante esta marca se horrorice y crea.»

Y así diciendo, con su negra mano
En la pared trazó círculo oscuro,
Y un fuego roedor en polvo vano
Trocó la piedra del macizo muro:
Y soplando despues en la pavesa
Por el ancho y mefitico agujero
Huyeron los fantasmas con su presa;
Huella indeleble su espantoso bando
En el tostado boqueron dejando.

Quedó aterrado el santo religioso
Al pié de la vacia sepultura
Mirando por el aire nebuloso
Veloz huir la aparicion impura;
Hasta que al cabo de terror transido
Desfalleció sin voluntad ni aliento
Y cayó sin sentido,

Al desgarrarse airado el firmamento
De un trueno con el cóncavo estampido.

Brotó la tempestad: rompió el nublado
Su henchido vientre, y con fragor crujiéron
El rayo de las nubes desatado
Y el granizo con furia desgajado
Que el paso audaz del huracan siguieron.

Al iracundo estrépito inaudito
Estremeciósse la ciudad dormida,
Tal vez creyendo que la humana vida
Tocaba con su término prescrito:
Y al desórden innoto
Que vió desbaratar los elementos
Tembló el malvado y se humilló el devoto

Vueltos á Dios sus torpes pensamientos.

Y diz que al otro dia
Todo Valladolid se despoblaba,
Y la tumba vacía
A contemplar venia,
Y viendo el boqueron se santiguaba;
Porque en su Dios la multitud creia
Y á su Dios adoraba....
¡No era cual hoy la multitud impía!



Perdona ¡oh, buen lector! si en un exceso
De humor fatal con tan oscura tinta
Pude contarte tan atroz suceso;
No siempre alegre nuestra pluma pinta
De ciego amor el voluptuoso halago,
El bullicio del circo y los festines,
De blancos sueños el tumulto vago
Y el aroma del templo y los jardines.
No siempre paz el corazon respira
Placer y delicioso arrobamiento,
Ni siempre suena en mi cansada lira
Del placer y el amor el grato acento.

Tal es la tradicion: asi la cuenta
El pueblo por do quier, y asi la escribo;
Si como está, lector, te descontenta,
Tu juicio al fin con humildad recibo.
Y en fé de que te escucho y te respeto
Relacion esmerada y esquisita
A la vuelta de esta hoja te prometo;
Desagráviete, pues, mi FAVORITA.

FIN DE LA LEYENDA SESTA.

LEYENDA SETIMA.

LAS PILDORAS DE SALOMON.

CUENTO.

Vivia en cierto lugar
De la Estremadura un juez,
De ir llegando á la vejez
Con grandísimo pesar.

Era el tal un hombre obeso,
De gran nariz, buen color,
Formidable bebedor...
Hombre, en fin, de mucho seso.

Hombre á quien nunca ablandaron
Las desventuras mayores,
Ni las palabras mejores
Crédito con él lograron.

Hombre de peso y medida,
Que por los dedos contaba,
Pero que no equivocaba
Número alguno en su vida.

Juez tan recto y justiciero
Que tendió, con gran pericia,
La izquierda á la justicia
Y la derecha al dinero.

Y así solía decir:

«El que dinero no tenga
»Que no litigue ni venga
»Justicia mía á pedir.

»Porque si hacerla es mi oficio,
»No he de ser tan majadero
»Que no sea yo el primero

»Que goce su beneficio.»

Y con este parecer,
Y con tan santa opinion,
Era el oro su razon,
Su porvenir el placer.

Vivir bien era su afan,
Vivir y gozar sin tasa,
De modo que era en su casa
No el señor, sino el sultan.

No se escaseaba delicias
Ni se negaba placeres,
Y su mesa y sus mujeres
Fruto eran de sus justicias.

Egoista hasta lo sumo,
Voraz por naturaleza,
Y de una rancia nobleza
Embriagado con el humo;

Era este juez, (sin rodeos)
Un ricote de lugar,
Que nunca pensó en tasar
Su ambicion ni sus deseos.

Tan satisfecho y casado
Con sus propias opiniones,
Como asido á los doblones
Que le sudaba el juzgado.

Jamás pensó en su egoismo
Que mirar por los demas
Debia, ni vió jamás
A nadie como á sí mismo.

Jamás su opípara mesa
Parásitos asaltaron,
Ni sus sentencias fallaron
Sino en razon de la presa.

Con mas razon litigaba
Quien mas ofrenda esponia,
Y mejor causa tenia
Quien mejor se la pagaba.

Tal era, amigo lector,
Este golilla estremeño,
Que alcanzaba mucho empeño

En la corte, y gran favor.

Pues poderosa le auxilia,
Por su gran privanza en ella,
Una negocianta bella
Allegada á su familia.

Mas es tan frágil, tan vana
La felicidad terrena,
Que toda nos la envenena
La desazon mas liviana.

Gozaba este juez sin tino,
Sin mas bien ni porvenir,
Dejándose en brazos ir
De su pródigo destino.

Mas habia un pensamiento
En su cabeza empotrado,
Que le tenia agobiado,
Desabrido y mal contento.

La idea de que *tan poco*
La vida mortal duraba,
Era cosa con que andaba
El buen extremeño loco.

Pensar que al fin era ley
Imposible de evitar
La existencia abandonar
Lo mismo el patan que el rey;

Y pensar que en un grosero
Sayal áspero enterrado,
Habia de ser pateado
Por algun sepulturero;

Era un pensamiento cruel
Que afanado le traia,
Y apechugar no podia
El extremeño con él.

Continuamente al espejo
El semblante se miraba,
Sobre la edad que mostraba
Demandándole consejo.

Y porque de sus cabellos
No hubiese blanco ninguno,
Arrancaba uno por uno

Cuantos encontraba entre ellos.

Y en fin, si medio le hallara
De vivir un año mas,
Aun del mismo Satanás
Las propuestas escuchara.

Consiguiente á esta manía
De tropezar con manera
Para hacer mas duradera
La vida mortal, tenia

Con solo un hombre amistad,
Y esta amistad era un médico,
Cronicon enciclopédico
De su oscura facultad.

Amigo de las botellas
Como el golilla, testigo
De sus proezas, y amigo
Por demas de las doncellas.

Era el único mortal
Que osaba delante dél
Representar su papel
Sin que él lo llevare á mal.

El era quien de las multas
Cargaba con el producto
Por el seguro conducto
De sus continuas consultas.

Y con su docto consejo
Y acertadas opiniones,
Gastaba el juez sus doblones
Para no llegar á viejo.

Y asi la melancolía
De la vida iban matando,
En la noche prolongando
Los bacanales del dia.

Y asi, contentos los dos,
Aunque con diversos fines,
Con récipes y festines
Iban del placer en pos.

El médico, del golilla
Imperturbable verdugo,
Iba sacándole el jugo

Del juzgado á maravilla.

E iba creyéndose el juez
Que con remedios tamaños
Iba alargando los años
Y esquivando la vejez.

Es una noche de marzo,
Turbia por demas y lóbrega,
En que con ira los vientos
Desencadenados soplan;
Desiertas están las calles
De Medellin, y en la sombra
Todo solitario yace,
Todo tranquilo reposa,
Solo el silencio interrumpe
La voz destemplada y bronca
Del abrego, que se estrella
Contra las murallas sólidas,
Y el ágrío son con que giran
En las agujas mohosas
Las veletas, al impulso
De las ráfagas sonoras.
Era ya tarde, y estaba
La media noche muy próxima,
Cuando en la casa postrera
De una callejuela angosta,
Se oyeron voces confusas
De diferentes personas,
Que del portal se acercaban
Por la cavidad recóndita.
Brilló la luz de la puerta
Por entre las tablas rotas,
Giró la llave, y salieron
Cinco hombres en faz de ronda.
Llevaba el uno delante
Encendida una farola
Con que alumbraba los pasos
De otro que á distancia corta

Le seguía, y los demas
Daban á este último escolta
Embozados en sus capas
Y asidos de sus tizonas.
Cruzaban así á buen paso
Las calles una tras otra,
Y ya tocaban al término
De su marcha silenciosa,
Cuando al salir á una plaza
Dieron de manos á boca
Con la figura de un hombre
Que la cruzaba á deshora.
Su aventajada estatura
Serena y majestuosa.
Su tez y su barba negra
Y el traje con que se adorna,
Su oriental origen pronto
Y á claras voces pregonan.
Mas no era de Medellín
La gente en trajes muy docta,
Y así se quedó un momento
Ante esta vision atónita.
¿Quién vá? (dijéronle.)

—Un hombre.

—¡Buena razon!

—No tengo otra.

—¿Vuestro nombre?

—Es un secreto

Que á mí tan solo me importa.

—¿De dónde venis?

—Del mundo.

—¿Dónde vais?

—Donde me arroja

El impulso á que obedezco.

Mi rumbo es la tierra toda;

Por ella camino siempre

Sin consultar mi derrota.

Donde amanece principia,

Donde anochece se corta,

Y igualmente me cobijo

En la corte que en la choza.
Quedó el juez meditabundo,
Y con sus miradas torvas
Tomando del extranjero
Las señas mas minuciosas.
Y al fin, como quien sospecha
Idéntica la persona
Con las señales que tiene,
Repuso con voz de mofa:
—Veníos, señor viajero,
A la cárcel por ahora;
Y aclararemos mañana
Respuestas tan misteriosas.
—Solo la verdad he dicho
Y no añadiré otra cosa.
—Mañana habeis de contarme
Sin rebozo, vuestra historia,
Y si me engaño ireis libre,
Si sois quien busco á la horca.
A esta amenaza el incógnito,
Con sonrisa melancólica,
Dijo: ¡Si fuera posible
Esa promesa engañosa!
—Ya lo veremos mañana.
—Mañana ¡ay! saldrá la aurora
Y á otros lugares la brisa
Me arrebatará imperiosa.
—Eso será lo que sea,
Vuestra merced.
—En buen hora.
—Ea, asidle y registradle,
Y prevenir que no esconda
Papel ni objeto que aclare
Su relacion sospechosa.

De la mañana siguiente
Rayaba la aurora apenas,
Y ya el juez de Medellin,

Asentado ante su mesa,
Con ojos devoradores
Registraba una cartera,
Que en su pupitre tenia
Cuidadosamente puesta:
Era un libro de memorias,
Mas de tan antigua fecha
Que ya de usarlas andaban
Todas sus hojas revueltas.
Veíase que añadido
Estaba en distintas épocas,
Segun el papel menguaba
Y crecia la materia.
Y era indudable que el dueño
Conocia muchas tierras.
Muchas distintas costumbres
Y muchas gentes diversas.
Porque en sus hojas se hallaban
Colorarios y advertencias
De los sucesos mas célebres
Que en las historias se cuentan.
En seis hojas de papiro,
Escrita en latinas letras,
Estaba de Marco Antonio
Toda la historia secreta.
Su amor hácia Cleopatra,
Las lágrimas de la bella,
Su fuga de los romanos
Y su muerte lastimera;
Mas adelante unas notas,
De oscuras cifras hebreas
Con una imágen de Cristo,
Obra de mano maestra.
Leíase en una parte:
«Y oi de su boca mesma
Decir esto á Constantino
De su madre Santa Elena.»
En otra parte decia:
«Copia de las cifras negras
Con que escribió en una gruta

David su salmo cincuenta.
Hizomelas ver su hijo
Cuando visitó esta cueva
Donde iba el rey pecador
A cumplir sus penitencias.»
Y eran unos caracteres
Inteligibles apenas.
Leíase en otra hoja:
«En mil trescientos setenta,
De don Pedro de Castilla
En Burgos vi las exequias.»
En otra parte una página
De preguntas y respuestas
De el rey Luis XI de Francia
Y el dueño de la cartera.
Aquí variaba el papel,
Y con pluma mas moderna
La escritura ejecutada
Leíase toda entera.
Había allí muchas firmas
De personas de gran cuenta,
De Luis XIV de Francia,
De Ricardo de Inglaterra,
Del emperador don Carlos
De Alemania, y en pos de esta
La del cardenal Cisneros
Y Carlos XII de Suecia.
Parecia que aquel hombre
Sabía todas las lenguas,
Pues notas tenia escritas
De su mano en todas ellas.
Y era muy sábio sin duda,
Pues las artes y las ciencias
Igualmente sometía
A su critica severa.
Pasaba el juez muchas hojas
Que probablemente eran
Aquellas que no alcanzaba
Su mezquina insuficiencia.
Pero con ánsia indecible

Se apoderaba de aquellas
Que, escritas en castellano,
Suministrábanle ideas.
Sobre todo ávidamente
Devoraba las postreras
Que estaban la mayor parte
De historias y versos llenas.
Muchas habia de insignes
Desconocidos poetas,
De quien, por mas que valieron,
Huyó la fortuna adversa.
Mas siempre del juez dejaba
La imaginacion incierta
Cuanto en las hojas leia
De la confusa cartera;
Porque esparcidos á trozos
En desordenadas piezas,
Sus misteriosos fragmentos
Decian de esta manera:

PRIMER FRAGMENTO.

Jamás me pararé: siempre á mis ojos
Se estiende, y á mis pies, algun camino:
Por breñas, por pantanos, por abrojos,
Sin término vagar es mi destino.

He corrido sin ver por todo el mundo
Mas que miseria, ingratitude y dolo,
He sentido tal vez duelo profundo
Por falta de un hermano vagabundo
Con quien girar... pero mejor voy solo.

Que en esa farsa insensata,
Esa orgia que llaman mundo,
Al plomo apellidan plata
Y madre á la tierra ingrata
Y hermosura al cieno inmundo.
Y si es que brilla en el cielo

Tan magnífico farol,
Es porque en vez de consuelo,
Reverberando en el suelo,
Los ojos deslumbra el sol.

SEGUNDO FRAGMENTO.

El mundo dijo á la hermosa:

«Puro tu honor guardarás.»

La hermosa dijo: «Soy débil.»

Y entonces, la sociedad

Encerró el honor en cláustros,

Y dorando su desman,

Delante de los cerrojos

Alzó traidora un altar.

¿Qué debes, mujer, al mundo?

Guardó tu honor, bien está,

Pero por darte la honra

Te robó la libertad.

Ciñó á tu cuello una toca

Que fué para tí un dogal,

Que en vez de ahogar tus pasiones

Te las hizo acariciar.

Puso á tus puertas un templo,

Un muro ante la ciudad;

Celosias en las rejas,

Locutorios para hablar:

Y tú en tu largo abandono

Con descuido criminal

Profanaste el santo templo,

El muro pasaste audaz,

El mundo á las celosias

Te sentaste á contemplar,

Y abriste apenada tornos

Que al mundo van á llevar

En primorosos juguetes

Los suspiros de tu afán.

TERCER FRAGMENTO.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire trasparente por la region azul?

¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del cenit suspendiendo su tenebroso túl?

¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el espacio van?
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene
Sus cóncavas llanuras que sin lumbrera están?

¡Cuál rápidas se agolpan! ¡cuál ruedan y se ensanchan
Y al firmamento trepan en lóbrego monton,
Y el puro azul alegre del firmamento manchan
Sus misteriosos grupos en torba confusion!

Resbalan lentamente por cima de los montes,
Avanzan en silencio sobre el rujiente mar,
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,
El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas:
Su claridad escasa la inmensidad sorbió;
Ya reinan solamente por los espacios ellas,
Do quier se ven tinieblas, mas firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
Del tenebroso velo que le embozó detrás,
Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarle,
Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.

¡Las nubes solamente!—¡Las nubes se acrecientan
Sobre el dormido mundo!—¡Las nubes por do quier!
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,
Y se las vé en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos

Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusion,
Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
Ya de movibles mónstruos aligero escuadron.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
Las desiguales copas y el campo desigual,
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
Cuando retumba el trueno y cuando va bravía
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
El Hacedor Supremo del universo va,
Y envuelto en sus vapores sus senos mas profundos
Estudia y sus cimientos por si caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda
Con impotente saña caminará Luzbel,
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda,
Agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Sinai,
En tanto que el ardiente misterio impenetrable
Que iluminó al profeta, se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios,
Acaso sea alguna la que en los mares toma
Las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! la noche azul, serena,
Me dice desde lejos: «TU DIOS SE ESCONDE ALLI.»
Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice mas pujante «TU DIOS SE ACERCA Á TI.»

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto

En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el eter relampagueando vas.

Conozco, si, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que vogan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crugiente son.
Las chispas de tu carro conozco en las centellas
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia
Mas que una arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el dia; tu soplo es la existencia:
Tu alfombra el firmamento; la eternidad tu sér.

¡Señor! yo te conozco, mi corazon te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus pies está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su álito llegara al harpa del poeta,
Si á mí, señor, bajara tu espíritu inmortal,
Mi corazon henchido del fuego del profeta
Cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera mas dulce que el ruido de las hojas
Mecidas por las auras del oloroso abril,
Mas grata que del Fenix las últimas congojas,
Y mas que los gorgeos del rui señor gentil.

Mas grave y majestuosa que el eco del torrente

Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Mas grande y mas solemne que sobre el mar hirviente
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! que solo puedo postrarme con mi lira
Delante de esas nubes con que ceñido estás.
Porque mi acento débil en mi garganta espira
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Y aunque mi vista impura tu aparicion no vé,
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fé.

IV.

Quando sentí de tus ojos
Las miradas sobre mí,
Humildemente de hinojos
Ante tus plantas caí.

Señor, tu soplo me impele,
Tu voz me sigue detrás,
No hay nadie que me consuele
Ni me conozca jamás

Muchos siglos viví, mas no envejezco,
Cada noche ¡ay de mí! que oscura cierra
Imagino que es mi última en la tierra,
Mas con el nuevo sol siempre amanezco.

Aquí perdió los estribos
El buen juez, y empezó á dar
Furiosos campanillazos
Con desatinado afán.
¡Jesus mil veces! (decía)
Si no lo comprendo mal,
Este hombre ha vivido siglos
Sin envejecer jamás.
Ya di con lo que buscaba,
¡Voto va Dios! aquí está.
Este hombre tiene un secreto
Con que obra prodigio tal,
Y como instantes los años
Dulcemente se le van.
De qué modo se compone
Para hacerlo me dirá,
O por quien soy, que esta noche

Con Lucifer va á cenar.
¡Lo hemos de ver á fé mia!
¡Lorenzo, Justo, Damian!...
—¡Señor!

—El preso de anoche
Idme corriendo á buscar,
Y á mi presencia traedle
En diez minutos lo mas.

Hizose así, y tan á tiempo,
Que este plazo al espirar
Con el extranjero á solas
El juez se encontraba ya.

EL JUEZ.

De este lugar no salís
Mientras no sepa de vos
Vuestra edad, patria y oficio,
Qué buscáis aquí y quién sois.
Responded, pues, francamente.

EL ESTRANJERO.

Ya os dije anoche, señor,
Que es un misterio mi nombre
Que á no descubrirle yo
No hay quien le alcance en la tierra
Ninguna interpretacion.
Yo voy sin fin caminando
De la tierra en derredor,
Sin poder elegir sitio
En que fijar mi mansion.
Llego á poblado de noche,
Descanso hasta el nuevo sol,
Pero al despuntar el alba
«¡Marcha!» me dicen, y voy.
En vano el poder del hombre,
Su capricho ó su temor,
Torcer intentar el rumbo
Que el cielo me señaló.
En vano á necias sospechas

Abriendo su corazon,
En un lugar como espía,
En otros como traidor,
Asegura mi persona
En una oscura prision
Y ata mis pies fatigados
En un potro infamador.
Yo sé que á la nueva aurora
Volveré á oir esa voz
Que siempre me grita «¡marcha!»
Y á cuyo mandato voy.
Y entonces todo es inútil,
El torbellino veloz
De mi destino á otra parte
Me arrastra sin compasion.
Este es mi oficio y mi suerte,
Mi ser es este, señor.
No pretendais saber mas
De lo que os digo.

EL JUEZ.

—¡Eso no!

En vano inventa tu lengua
Tan insensata ficcion;
Pese á ese fatal destino
Que dices llévate en pos,
Si á mis preguntas te niegas
Tu fin verdadero es hoy.

EL ESTRANJERO.

Las amenazas no pueden
Torcer mi resolucion;
Mas ya que es tanto el antojo
Preguntad.

EL JUEZ.

¿De dónde sois?

EL ESTRANJERO.

De Jerusalem.

EL JUEZ.

¿Qué años

Contais?

EL ESTRANJERO.

Veinte y dos
Siglos lo menos.

EL JUEZ.

¡Es cierto

Lo que decís! ¿Conque vos
Que contais veinte y dos siglos...

Mas me falta la razon:

¡Hablad, hablad, esplicadme

Ese misterio por Dios!

Yo he visto en esa cartera

Que habeis llorado el dolor

De caminar siempre solo

Estraño á toda aficion.

Pues bien; del secreto hacedme

Participe, y por mi honor

Os juro que desde ahora

Vuestro compañero soy.

EL ESTRANJERO.

¡Oh, delirais! mas oidme

Toda mi historia, señor.

Yo he sido el mejor amigo

Del sábio rey Salomon.

(Y al escuchar esto el juez

Dos pasos retrocedió,

Y así siguió el extranjero

Sin notar su conmocion):

Cuando aquel rey descarriándose

A los vicios se lanzó,

Y vió de su muerte cierta

El gesto amedrentador,

Me dijo: «Abasuero, en prueba

»De que aun en mi corazon

- »Vive tu amistad ilesa,
- »A hacerte una ofrenda voy.
- »Mezcla lo que ves escrito
- »En esa tablilla, pon
- »Esa receta por obra
- »Y vivirás mas que yo.
- »Eso ha alcanzado mi ciencia,
- »Mas con la cruel condicion
- »De que ha de gozar otro hombre
- »Su beneficio, y yo no.
- »Tú solo no has olvidado
- »A tu rey: toma, y á Dios.»

A estas palabras, el alma
Entre mil congojas dió.
Mirad, con esta receta
Hize yo la confeccion
De estas píldoras que llevo
En esta caja: y con dos
Que tomo cada cien años,
Otros cien años me doy.
Oid sin interrumpirme,
Que hay poco tiempo, señor;
Yo ¡necio! con mi secreto
Volvime duro, feroz,
Híceme, en fin, un malvado
De perversa condicion.
Vivia en Jerusalem
Al morir el Redentor.
Y al conducirle al suplicio
En que la vida nos dió,
Lleváronle por delante
De mi casa, y al rumor
De los gritos y el tumulto
Del pueblo salí al balcon.
Tendióme Jesus las manos
Pidiendome por favor
Un vaso de agua, y un punto
De reposo y detencion.
—«Marcha (le dije inhumano
Y con ademan feroz)

»Vé sin descansar al sitio
»Que la ley te señaló.»
Entonces él, con voz mansa,
Mas que me heló el corazon,
Me dijo: «Tú tambien ¡bárbaro!
»Andarás en derredor
»De tu sepulcro girando
»Sin descanso ni mansion.»
Yo soy el Judio errante;
Esta es mi historia, señor.
Estas pildoras me alargan
La vida, y con ellas Dios
Rejuvenecer me ordena.
Y rejuvenezco y voy.

Aqui el juez de Medellin,
Tras grave meditacion,
Ante el Judio de hinojos
De repente se postró,
Y asi llorando le dijo:
—Dadme una corta porcion
De esas pildoras, y os juro
Caminar siempre con vos.
Yo nada tengo que daros
Mas que mi amistad, mi amor...
Dadme cien años de vida...
Y...

—¡Callad, mísero!

—No,

No partireis sin que logre...
—Pues bien, tomad esas dos,
Y si os vale su asombroso
Poder regenerador
Cien años os doy de vida
Para que alabeis a Dios.

En esto se oyo en los aires
Tronar la gigante voz

Que dijo al Judío: ¡Marcha!
Y al punto mismo partió.

Quando el golilla á sus solas
Se encontró ya en su aposento
Turbósele el pensamiento
Con una idea fatal.

¿Si habrá atentado á mi vida,
Dijo, con tan vil engaño?
¿Si invencion suya en mi daño
Será esta trama infernal?

Y absorto en tan triste idea,
Sombrio y meditabundo,
Quedó en silencio profundo
Y en profunda distraccion;
A su oscura incertidumbre
Solucion buscando en vano,
Las píldoras en la mano,
Y el miedo en el corazon.

Decíase allá en su mente:
¡Si yo algun medio alcanzara
Que alguna luz arrojara
Sobre la oscura verdad!
¡Oh, si cien años de vida
Me asegurara el comellas!...
¿Mas si las trago y con ellas
Me voy á la eternidad?

¿Diréle al médico?... Nunca....
Si la lengua no me muerdo
Por Dios que el hombre no es lerdo
Y se las sopla por mí!
¿Iré al confesor?... Tampoco:
Dirá que es cosa de hechizo,
Y acaso algun bebedizo
Hará de ellas para sí.

¿Qué hacer, Santo Dios? tomar las
Puede salir cara fiesta,
Mas necedad manifiesta

No tomarlas puede ser.

¡Si las tomo y torno á jóven!...

¿Mas si las tomo y estallo?

Probable á la par lo hallo.

¡Válgame el diablo! ¿qué hacer?

Y en duda tal se pasaba

Un dia tras otro dia,

Y nunca se decidia

Por ningun partido el juez.

En contemplar á sus solas

Sus pildoras se ocupaba,

Y del cajon las sacaba

Y las guardaba otra vez.

Al fin tras largas viglias

Dijo una vez decidido:

«Mas vale mal conocido

»Que dicha por conocer.

»Iré pasando la vida

»Como hasta aquí la he pasado

»Y si obro como un menguado

»¡Qué diablos! ¿Cómo ha de ser?

»Pero, con una esperiencia

»Quisiera al fin convencerme...

»¡En el médico, que duerme

»Todavía! ¡ea, valor!

»El está en casa; no hay otro

»Diez leguas á la redonda,

»Cuando al efecto responda,

»Sea en contra ó en favor,

«Nadie dará con la causa.

»¡Bah! salga lo que saliere

»Allá voy.—Y si se muere

»Vaya por los que él mató.»

Y en una copa de leche

Que junto al lecho vió llena

Él juez, con mano serena,

Las dos pildoras echó.

Fuese tras esto el suceso

A esperar solo á su casa;

Cada instante que se pasa

Es todo un siglo de afan.
A cada paso que siente
Por la torcida escalera,
Cree que la noticia fiera
De su muerte á darle van.

Al fin, despues de três horas
De afanosa expectativa,
Llegó, mas muerta que viva,
Del médico la mujer,
Con mil suspiros contándole
Que en su aposento tendido
Está su pobre marido
Muy próximo á fenecer.

Turbóse el juez á estas nuevas,
Mas, cauto disimulando,
Con la mujer razonando
Parte á su casa veloz;
Y al llegar al aposento
Que el terrible arcano encierra,
Encontró al médico en tierra
Sin movimiento ni voz.

Cardeno el rostro, morado,
Los lábios frios y lleno
De manchas, que del veneno
Señal evidente son,
Estaba ya el miserable;
Pero vivo todavía,
Débilmente le latía
Oprimido el corazon.

Lloraba á voces la esposa,
Y el juez, que no se apartaba
Del médico, contemplaba
Los progresos de su mal;
Y cuanto mas le miraba
Mas y mas se convencía,
De que hacerse no podia
Mas por él que un funeral.

Y á media noche el golilla,
Convencido firmemente
De que á la aurora siguiente

Sería cadáver ya,
Volvió á su casa diciendo
Consigo mismo: «¿Eh? ¡ya escampa!
»Si llego á dar en la trampa
»Me largo por donde él vá.»

CONCLUSION.

Despues de una larga noche
De congoja y desazon,
Que en lucha consigo mismo
El juez criminal pasó,
Rindióse por fin en brazos
De sueño reparador
Aunque acosado á las veces
Por fatigosa vision.
Ya vía espirar al médico,
Cuya muribunda voz
Decía: *ese es mi asesino,*
Ese es quien me mató.
Ya le veía á deshora
Fantasma amenazador
Embozado en el sudario
Entrar por algun balcon.
Ya cercado se creia
De los hijos que dejó,
De la mujer y los deudos
Que le venían en pos,
El sustento demandándole
De que con él les privó,
Cuya fatal pesadilla
Le oprimía el corazon.
Al medio de su carrera
Llegaba el siguiente sol,
Cuando á unas desafortadas
Voces el juez despertó.
Furiosos golpes se oían

En su misma habitacion,
A la puerta de su cuarto
Redoblando con furor.

¿Quién es? dijo, y respondieron
De fuera:—Abrid, que soy yo.

Hincóse el juez de rodillas
Traspasado de pavor,

Y con angustia horrorosa
Cuantos santos recordó,

Empezó á llamar á voces
En balbuciente oracion.

El médico era en persona
Que no era de otro la voz.

—Voto á mil diablos (decia),
¿Quereis abrir ó me voy?

—Vuelve, enemiga fantasma,
(Decia el juez), vuelve á Dios;

Yo haré por tí penitencia.
—Pero hombre, por San Zenon,

Haced cuanta os diere gana
Pero abridme!

—¡Abrirte! no,

Vuélvete en paz al sepulcro.
—¿Perdido habeis la razon,

Hombre dado á Barrabás?
¿No estoy diciendo que soy

Yo, don Lucas, vuestro médico
En cuerpo y alma?

—¡Gran Dios!

—¡Abridme, y oireis cosas
Que os parecerán ficcion.

Abrió, por último, el juez,
Pero ¡cuál fué su furor

Al ver el rostro del médico
Vertiendo satisfaccion

Y rebosando alegría
Y juventud y vigor!

Clavó en él una mirada
El juez, con una espresion

Tan desesperada y torva,
Tan siniestra y tan feroz,
Que el médico, percibiéndola,
Dos pasos retrocedió.
—¿Conque es verdad, dijo el otro,
Que vivo estais?

—Sí señor.

—¡Más vigoroso, más jóven!

—Venia por ello yo

A pedir las albricias,

Aunque ignoro la razon.

La ignorais ¡nécio de mí!

(Replico el juez) pues yo no.

—Como señor de un milagro.

—Yo he sido solo el autor,

Y si quereis de mi saña

Salvaros...

—En conclusion,

¿Qué es esto?

—Que os aparteis

De mi vista, ó ¡vóto á Dios

Que os voy á hacer mil pedazos

Sin poder con mi furor!

Y á estas palabras, asiendo

De un larguísimo espadon,

Iba á caer sobre el médico,

Que echó por un corredor.

Un aposento tras otro

Amedrentado cruzó,

Y dió, por fin, en la calle:

Mas al tender en redor

Los ojos despavoridos,

Con espanto grande vió

Que el juez se arrojaba á ella

Lanzado por un balcon.

Cayó en las piedras el triste,

Y de tanta elevacion,

Que si intentaba matarse,

Con tino lo ejecutó.

Llegósele el pobre médico

Movido de compasion,
Mas era el golpe de muerte,
E inútilmente acudió.
El juez le dijo, mostrando
En su rostro y en su voz
Las mas certeras señales
De honda desesperacion:
«Soy el hombre mas estúpido
»Que de mujeres nació,
»¡Maldita sea mil veces
»La ciencia de Salomon!»
A cuyas ruines palabras
El miserable espiró,
No comprendiendo el buen médico
Tan estraña confesion.

FIN.

INDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.



INTRODUCCION; página 5.

LEYENDA PRIMERA.—*La princesa doña Luz*.—La ventana de la torre, página 8.—Aventuras y desventuras, 15.

LEYENDA SEGUNDA.—*La princesa doña Luz*.—El caballero, página 26.—El plazo, 42.—El juicio de Dios, 54.—Encuentro y resolución, 67.

LEYENDA TERCERA.—CAPÍTULO PRIMERO.—De como un español se enamoró de una francesa, página 79.—CAPÍTULO SEGUNDO.—De como se la hubieron la francesa y el español, 89.—CAPÍTULO TERCERO.—En que se cuenta malamente una aventura digna de ser mejor contada, 101.—CAPÍTULO CUARTO.—En donde verá el lector, si tiene paciencia, el fin de la comenzada historia, 113.

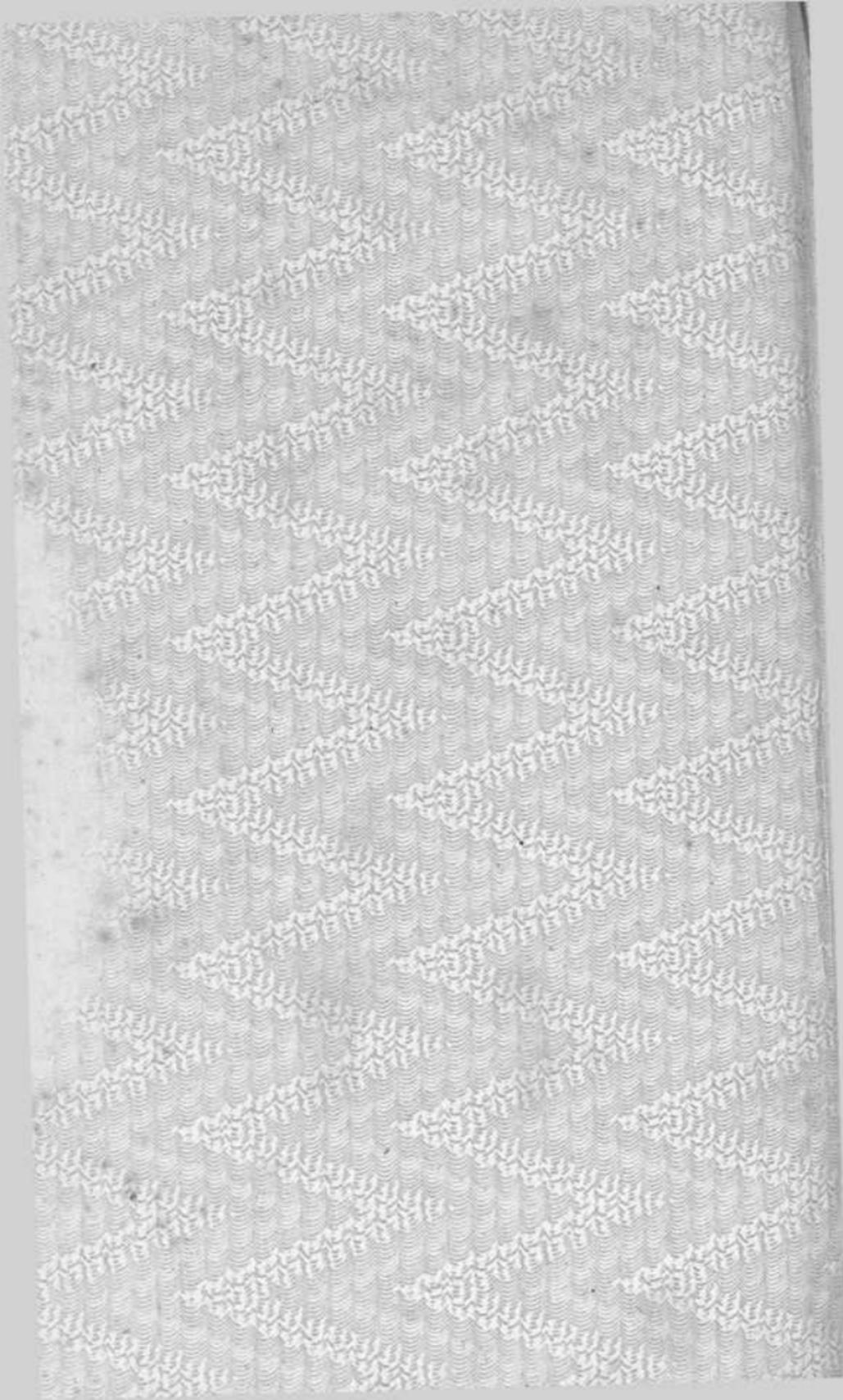
LEYENDA CUARTA.—*Margarita la Tornera*.—Tradicion, 126.—El padre y el hijo, 128.—Insensatez y malicia, 140.—Tentacion, 149.—La despedida, 160.—Lances imprevistos, 181.—Aventura tradicional, 203.—Apéndice á Margarita la Tornera.—Fin de la historia de D. Juan y Sirena la Bailarina, 214.—Aventuras de noche y día, 223.

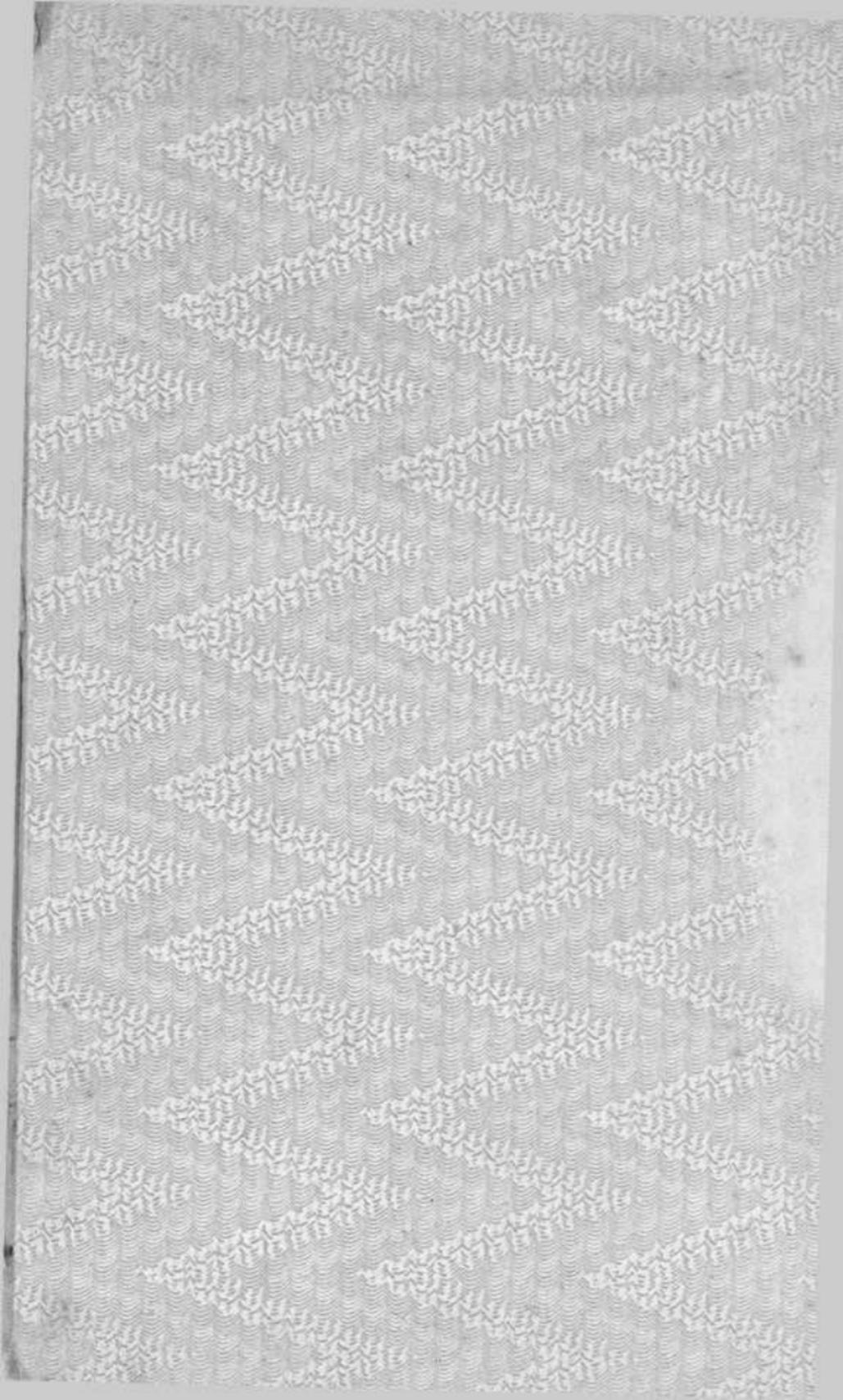
LEYENDA QUINTA.—*La Pasionaria* (cuento fantástico), 249.

LEYENDA SESTA.—*Apuntaciones para un sermón sobre los novísimos*. Tradicion, 345.—Introduccion que el Sr. Hartzembusch ha tenido la galantería de poner á mi leyenda sesta, 347.

LEYENDA SETIMA.—*Las píldoras de Salomon* (cuento), 371.—Primer fragmento, 380.—Segundo fragmento, 381.—Tercer fragmento, 382.









CANTOS
DEL
TROVADO

G 38051